

narrativas

revista de narrativa contemporánea en castellano

Número 13
Abril-Junio 2009

ISSN 1886-2519
Depósito Legal: Z-729-2006

• Ensayo

- Las máscaras en "La región más transparente"* de Carlos Fuentes, por María Pía Pasetti
Agendas narrativas: una lectura de la narrativa peruana última, por Carlos García Miranda
Dos lecturas foráneas de El Quijote. Jorge Luis Borges y Felisberto Hernández, por Mónica Salinas
El mundo de los sentidos en la obra "Café nostalgia" de Zoé Valdés, por Orlando Betancor
El mal del siglo, por Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

• Relato

- La dimensión perdida de los espejos*, por Javier Quiñones
El club de los idealistas de los últimos días, por Gabriel Schutz
Microrrelatos, por Araceli Esteves
Casacas de cuero negro, por Carlos García Miranda
Un día cualquiera, por Roxana Popelka
El número cuatro, por Leopoldo de Trazegnies Grandá
Tres relatos, por Mónica Sánchez Escuer
El dueño, por Porfirio Mamani Macedo
Cuentos eróticos, por Ligia Minaya
Cosas que decidir mientras se hace la cena, por Maite Núñez
Catalina de 9 años, por Carlo Reátegui Avilés
La vida encima, por César Alejandro Obregón Guzmán
- La foto*, por Francisco Ruiz
Juego de mesa, por Luis Emel Topogenario
Los cuentos del posadero de Bacharach, por Enrique García Díaz
La iglesia de Gabor, por José Antonio Lozano
En cuerpo y alma, por Laura López Alfranca
Por qué odiar a Raymond Chandler, por Esther Ranera
Solo era un gato, por Lea del Pozo
A la caza del tesoro, por Daniel A. Gómez
Castañas pilongas, por José María Morales
El orfeón esmeralda, por Blanca del Cerro
El silencio, por Pepe Pereza
Licores de Santa Caterina, por Fran García Parra
Correspondencia nicaragüense, por Berenice Noir
Preciosa y Perezoso, por Olivia Vicente Sánchez

• Narradores

Fernando Iwasaki

• Reseñas

- "Cómo matar a un poeta"*, de Manuel Jurado López, por Pablo Lorente Muñoz
"15 maneras de decir amor", de María Frisa, por Luis Borrás
"La fiebre del atún", de Andrés Casanova, por María Helena Sofía
"Piedad", de Miguel Mena, por Luis Borrás
"Cuatro veces fuego", de Lara Moreno, por Miguel Sanfeliú
"Con la soga al cuello", de Flavia Company, por Pablo Lorente Muñoz

• Miradas

- El gato y la simbología ambivalente*, por Vanessa Alanís Fuentes Oliver
La vorágine oculta, por Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

• Novedades editoriales

Coordinador: **Carlos Manzano**

Consejo Editorial: **María Dubón - Emilio Gil - Mónica Gutiérrez Sancho - Nerea Marco Reus - Luisa Miñana**

www.revistanarrativas.com – narrativas@hotmail.com

Narrativas es una revista electrónica que nace como un proyecto abierto y participativo, con vocación heterodoxa y una única pretensión: dejar constancia de la diversidad y la fecundidad de la narrativa contemporánea en castellano. Surge al amparo de las nuevas tecnologías digitales que, sin querer suplantar en ningún momento los formatos tradicionales y la numerosa obra editada en papel, abren innumerables posibilidades a la publicación de nuevas revistas y libros al abaratar considerablemente los costes y facilitar la distribución de los ejemplares. En este sentido, hemos optado por editar la revista en formato PDF, ya que permite aplicar técnicas de diseño y maquetación propias de la edición tradicional y a la vez facilita su lectura, ya sea desde la propia pantalla o una vez impresa en papel.

Envío de colaboraciones:

La revista Narrativas versa sobre diversos aspectos de la narrativa en español. Está estructurada en tres bloques fundamentales: ensayo, relatos y reseñas literarias. En cualquiera de estos campos, toda colaboración es bien recibida. Las colaboraciones deberán enviarse por correo electrónico como archivo adjunto y en formato Word. En su momento, los órganos de selección de la revista decidirán sobre la publicación o no de los originales recibidos. No se fija ninguna extensión máxima ni mínima para las colaboraciones, aunque se valorará la concisión y el estilo. Se acusará recibo de cada envío y se informará de la aceptación o no del mismo. Los autores son siempre los titulares de la propiedad intelectual de cada texto; únicamente ceden a la revista Narrativas el derecho a publicar los textos en el número correspondiente.

SUMARIO - núm. 13

<i>Las máscaras en "La región más transparente", de Carlos Fuentes, por María Pía Pasetti</i>	3	<i>La iglesia de Gabor, por José Antonio Lozano</i>	80
<i>Agendas narrativas: una lectura de la narrativa peruana última, por Carlos García Miranda</i>	9	<i>En cuerpo y alma, por Laura López Alfranca</i>	83
<i>Dos lecturas foráneas de El Quijote. Jorge Luis Borges y Felisberto Hernández, por Mónica Salinas</i>	13	<i>Por qué odiar a Raymond Chandler, por Esther Rane-ra</i>	86
<i>El mundo de los sentidos en la obra "Café nostalgia" de Zoé Valdés, por Orlando Betancor</i>	17	<i>Solo era un gato, por Lea del Pozo</i>	89
<i>El mal del siglo, por Jorge E. Pacheco Gualdrón</i>	22	<i>A la caza del tesoro, por Daniel Alejandro Gómez</i>	90
<i>La dimensión perdida de los espejos, por Javier Quiñones</i>	28	<i>Castañas pilongas, por José María Morales</i>	94
<i>El club de los idealistas de los últimos días, por Gabriel Schutz</i>	30	<i>El orfeón esmeralda, por Blanca del Cerro</i>	95
<i>Microrrelatos, por Araceli Esteves</i>	36	<i>El silencio, por Pepe Perezza</i>	99
<i>Casacas de cuero negro, por Carlos García Miranda</i>	38	<i>Licores de Santa Caterina, por Fran García Parra</i>	101
<i>Un día cualquiera, por Roxana Popelka</i>	45	<i>Correspondencia nicaragüense, por Berenice Noir</i>	103
<i>El número cuatro, por Leopoldo de Trazegnies</i>	49	<i>Preciosa y Perezoso, por Olivia Vicente Sánchez</i>	104
<i>Granda</i>	49	<i>Narradores: Fernando Iwasaki</i>	105
<i>Tres relatos, por Mónica Sánchez Escuer</i>	51	<i>"Cómo matar a un poeta" de Manuel Jurado López, por Pablo Lorente Muñoz</i>	109
<i>El dueño, por Porfirio Mamani Macedo</i>	53	<i>"15 maneras de decir amor" de María Frisa, por Luis Borrás</i>	110
<i>Cuentos eróticos, por Ligia Minaya</i>	56	<i>"La fiebre del atún" de Andrés Casanova, por María Helena Sofía</i>	111
<i>Cosas que decidir mientras se hace la cena, por Maite Núñez</i>	58	<i>"Piedad" de Miguel Mena, por Luis Borrás</i>	112
<i>Catalina de 9 años, por Carlo Reátegui Avilés</i>	61	<i>"Cuatro veces fuego" de Lara Moreno, por Miguel Sanfeliú</i>	113
<i>La vida encima, por César A. Obregón Guzmán</i>	64	<i>"Con la soga al cuello" de Flavia Company, por Pablo Lorente Muñoz</i>	114
<i>La foto, por Francisco Ruiz</i>	68	<i>El gato y la simbología ambivalente, por Vanessa Alanís Fuentes Oliver</i>	115
<i>Juego de mesa, por Luis Emel Topogenario</i>	71	<i>La vorágine oculta, por Jorge E. Pacheco Gualdrón</i>	119
<i>Los cuentos del posadero de Bacharach, por Enrique García Díaz</i>	75	<i>Novedades editoriales</i>	121

El material contenido en este número está debidamente protegido de acuerdo con la legislación internacional y no puede reproducirse sin permiso expreso de los autores.

LAS MÁSCARAS EN *LA REGIÓN MÁS TRANSPARENTE* DE CARLOS FUENTES

por María Pía Pasetti

ENMASCARAMIENTO DE LA ESCRITURA

Como ya se sabe, los paratextos pueden anticipar mucho acerca de la novela que se leerá. En este caso, lo que se puede llegar a anticipar o prever, basándose en el aparato textual, es exactamente lo opuesto de lo que el lector va a encontrar en el texto.

Fuentes extrae su título de una frase que aplicó Humboldt al referirse al valle de México, donde lo caracterizaba, visto desde el poniente, como «la región más transparente del aire». Según el DRAE, una de las acepciones de transparente es «claro, evidente, que se comprende sin duda ni ambigüedad», pero este significado queda exterminado totalmente si se analiza la configuración de la ciudad que tiene lugar en la novela, sin perder de vista –además– que hoy México DF es una de las capitales más contaminadas del mundo. La región es caracterizada como «gran ciudad chata y asfijada» (Fuentes, 2008: 27), «la ciudad que olía a gas» (Fuentes, 2008: 29), «se le amontonaba la ciudad, se le hacía pedazos en la cabeza. Como que no había cielo» (Fuentes, 2008: 56). Con sólo estos ejemplos puede delinearse una ciudad muy distinta de aquella «transparente y clara, sin ambigüedad», presentándose –en cambio– un espacio agobiante y asfijante, confuso. Esta imagen densa (que acentúa su densidad en la cantidad de adjetivos relacionados con imágenes sensoriales, preferentemente las del olfato), se refuerza en la construcción textual que generalmente acompaña su descripción: repeticiones, oraciones extensas y subordinadas, lo que refuerza desde el mismo discurso esta idea de espacio agobiante. Hasta aquí, por lo tanto, puede observarse una tensión entre la región anticipada en el título y la real, configurándose el primer enmascaramiento de la novela.

Esta tensión entre apariencia (título) y realidad (configuración de la ciudad) es reforzada por el resto de los paratextos. Éstos están constituidos en primer lugar por un cuadro cronológico que relaciona hechos importantes que tienen lugar en la novela con hitos históricos de México, organizados prolijamente según una cronología lineal. Al mismo tiempo, los personajes son presentados en un riguroso orden, pareciendo intentar ayudar al lector a alcanzar una lectura «tan transparente» como la región. Es decir, una lectura no ambigua, de orden temporal lineal: ordenada. Nuevamente las apariencias no son más que apariencias, máscaras: todo será des-orden, ruptura y fragmentación cuando se ingrese en la novela de Fuentes.

A propósito de esta dicotomía entre «lo que parece ser» y «lo que es», resulta interesante hacer referencia a *La nueva novela hispanoamericana* de Carlos Fuentes. Allí define a la realidad latinoamericana como

«una realidad disfrazada por un falso lenguaje: el meollo de la empresa colonizadora era ocultado por el lenguaje renacentista, el lenguaje iluminista de la Independencia escondía la permanencia feudal, y el lenguaje positivista del liberalismo decimonónico, la entrega al imperialismo financiero» (Fuentes, 1969: 188).

Pues bien, a partir de lo analizado hasta aquí podría pensarse el enmascaramiento de los paratextos, y la paradoja que conforman, como una forma irónica de inscribirse en esa (nefasta) tradición mexicana para luego, al avanzar en la novela, hacerla estallar, poniendo en crisis las certidumbres complacientes y removiendo la raíz de un lenguaje intocado e increado: poner en jaque, revolucionariamente, toda una estructura económica, política y social fundada en un lenguaje verticalmente falso.

Continuando con el análisis, otro de los elementos estrechamente relacionados con la noción de máscara son la gran cantidad de alusiones a lo «no dicho» que circulan en el discurso constituyendo

así, junto a «lo dicho», otro antinomio apariencia-realidad, máscara-rostro.

A propósito de esto pueden citarse pasajes como los siguientes:

«¿Cuál sería el punto de unión del rostro diamantino (...) y el rostro grueso y oscuro, de carnes espesas y ojos de cucaracha y sienes rapadas que asomaba a su lado? Las palabras jamás lo habían dicho. Las palabras jamás se pronuncian» (Fuentes, 2008: 177), «La viuda se sentó en cuclillas (...) a ronronear más palabras no dichas» (Fuentes, 2008: 372), «Y Cienfuegos, en las palabras no dichas, vio apretarse una lengua de fuego y anunciación» (Fuentes, 2008: 373).

Esta insistencia en lo «no dicho» es muy interesante y lleva a pensar que dentro de lo dicho y dentro, más precisamente, del propio silencio, estaría latente aquello que no se dice y que, sin embargo, todos entienden. Nuevamente la máscara aparece para oprimir el rostro, la mentira para oprimir la verdad.

ENMASCARAMIENTO DE LOS PERSONAJES

Octavio Paz, en el apartado «Máscaras mexicanas» de *El laberinto de la soledad*, describe al mexicano «como un ser que se encierra y se preserva: máscara el rostro y máscara la sonrisa» (Paz, 1999: 32). En *La región más transparente*, la mayoría de los personajes se presentan como sujetos escindidos entre la máscara y el rostro. Sin embargo, he seleccionado para analizar la figura de Norma Larragoiti ya que es la que experimenta el proceso de desmoronamiento de su máscara para dar lugar al rostro y, al mismo tiempo, es la elegida por Ixca Cienfuegos, hijo de la viuda Teódula Moctezuma, para el sacrificio, lo que la ubica –según la cosmología azteca– en un lugar de privilegio.

Norma Larragoiti es hija de madre mestiza y de un español pobre, comerciante del Norte. Su hermano se encuentra en Estados Unidos como bracero, oficio característico de los estratos más pobres de la sociedad. Es decir que el origen de Norma es visiblemente humilde. A partir de su matrimonio con Federico Robles, poderoso y rico banquero, tiene la posibilidad de formar parte, en cierto modo, de la «elite mexicana». Sin embargo, dentro de estos grupos de clase alta, tanto ella como su marido, son criticados por su bajo linaje y tolerados sólo por su dinero. A raíz de esta situación, Norma Larragoiti intenta «mimetizarse» con aquellos «sujetos de clase», ignorando y rechazando afanosamente su propio origen:

«Su mamá vino de Santa María del Oro. Norma ya no se atrevió a salir a la calle con esta anciana vestida de negro que a veces decía «pos» y no tenía conversación. La mamá se fue llorando a la mina, y le dejó fotos de ella y de su hermano, dedicadas con una caligrafía atroz, que Norma extravió al poco tiempo. En la estación, estaban también las de Ovando, y Norma se cubrió con las pieles hasta la nariz y después le dijeron que la habían visto despidiendo a sus criadas» (Fuentes, 2008: 141).

El empleo del «pos» (partícula utilizada por los sectores populares), la poca conversación, el trabajo en la mina y la caligrafía «atroz», nada tenían que ver con aquel grupo culto y elitista del cual Norma pretendía ser parte. La esposa de Robles no sólo ignora u oculta este origen «que la condena», sino también ha inventado todo un pasado idéntico al de las familias de la aristocracia que habían perdido todo a partir de la Revolución mexicana. Esto se puede observar en el diálogo que mantiene con Pimpinela de Ovando, mujer de gran renombre: «Pimpinela, ¡no faltaba más! Cómo no voy a atender tu asunto, si es el mío, si yo pasé por eso. (...) Cómo crees que no voy a ayudar a una amiga de mi clase (...) No cabe duda que las gentes que se han criado igual acaban juntándose» (Fuentes, 2008: 326)

Es evidente cómo en esta cita, al igual que en los distintos diálogos que tiene con Pimpinela a lo largo de la novela, Norma Larragoiti hace hincapié en la clase, clase que no puede darse sólo por el dinero sino por algo esencial, que es el origen. De allí su énfasis puesto en la crianza.

La tensión apariencia-realidad que opera en Norma no sólo se manifiesta en sus «relaciones sociales», sino también se deja ver en su relación marital con Federico Robles. El matrimonio de Federico y Norma era un acuerdo: Federico es el poder, el dinero y la posibilidad de ayuda para escalar, y Norma es la elegancia y el chic, la «encargada de las relaciones sociales». El matrimonio con Robles, de esta manera, constituye un elemento más de la ficción creada por Norma Larragoiti.

A partir de lo expuesto se puede observar cómo en Norma Larragoiti, al igual que en la mayoría de los sujetos presentes en *La región más transparente*, identidad no es sinónimo de realidad. Se podría ver a Norma como una simuladora, característica que enumera Octavio Paz en *El laberinto de la soledad* como uno de los rasgos más distintivos del pueblo mexicano: «el simulador pretende ser lo que no es. Su actividad reclama una constante improvisación, un ir hacia delante siempre, entre arenas movedizas. A cada minuto hay que rehacer, recrear, modificar el personaje que fingimos, hasta que llega un momento en que realidad y apariencia, mentira y verdad, se confunden» (Paz, 1999: 44).

Es interesante cómo esta diferencia entre la realidad y la apariencia se deja ver también en la tipografía utilizada por Carlos Fuentes. En aquellos momentos en los que Norma dialoga con sus «pares» –cuando está situada en el campo de la apariencia– la mayor cantidad de las veces el diálogo aparece con una tipografía normal. Pero en los momentos en que Norma reflexiona consigo misma –cuando está situada en el campo de la realidad– la tipografía se presenta en cursiva, tal como puede verse en la siguiente cita:

«...sólo le pido a Dios que no me arrebaté mi orgullo; es lo único que tengo, que verdaderamente siento mío: mi orgullo. Que está por encima de esta viejecita mestiza (¿cómo pudo mi padre, rubio y español, casarse con ella? gracias a Dios, heredé el tipo de él) que todo el día anda uniformada de delantal y rebozo. ¡Y el patán de mi hermano! Para picar piedras, para eso es bueno. Creo que hasta los tíos empiezan a verlos con vergüenza, como yo (...) quiero llegar alto, rozarme con lo mejor que ofrece México. ¡No, por Dios, no rozarme! Ser lo mejor que ofrece México» (Fuentes, 2008: 137)

Es sumamente sugerente esta diferencia de tipografía que emplea Fuentes, porque sería un elemento constitutivo más de la tensión apariencia-realidad, ya no dada sólo por el «contenido», sino también por el mismo discurso.

A partir de lo analizado, podría desprenderse la idea de que en la novela se presenta una especie de «figura-fondo». El fondo se encuentra siempre operando, siempre latiendo, detrás de la figura que, naturalmente, no es independiente del fondo y por lo tanto, siempre lo arrastra consigo.

Hasta aquí se puede observar cómo el ser de Norma Larragoiti presenta una escisión entre lo aparente y lo real, entre la figura y el fondo, entre lo que se dice y lo que no se dice. Se presenta a un sujeto enmascarado o, siguiendo nuevamente el término de Octavio Paz, a un sujeto simulador. Pero este carácter dual de Norma, si se quiere la expresión, sufre una ruptura, un cambio radical. Y esto ocurre a partir del encuentro con Ixca Cienfuegos que a continuación será analizado.

Ya desde un comienzo, el diálogo que establece con este sujeto difiere notablemente del resto. Ixca le hace saber a Norma que él conoce todo acerca de su origen y de su pasado y que, por lo tanto, no tiene que fingir. Cienfuegos emplea este verbo que, al igual que ciertas palabras («estilo ficticio de amistades», «tipo ficticio de conocimientos marginales») denotan la ficción, valga la redundancia, que constituye a la mujer de Federico Robles.

Norma Larragoiti se anticipa al derrumbe, a la destrucción que va a sufrir su ser, viéndose esto en un monólogo interior que, como en la mayoría de los casos, se encuentra en cursiva (tal como se ha mencionado en las líneas anteriores). Pero esta anticipación del pronto estallido, no sólo se puede observar por el contenido, es decir, por «lo que Norma dice», sino también, por la propia escritura:

«No debo permitirle que diga lo que me quiere decir ¿por qué él y ningún otro? mi mundo está hecho, me costó trabajo llegar aquí y ahora sólo quiero gozar de todo lo que tengo –y

este hombre quiere decir palabras, palabras que me hagan desear más y más, y más, hasta que estalle; y yo no puedo callarlo con mis palabras, sino con mi cuerpo y nunca he sentido mi cuerpo tan peligroso y tan alegre como ahora, nunca, ninguna de las dos veces, la vez de Pierre y la vez de Federico, la misma vez repetida y monótona, y mi cuerpo va a pedir y a hablar solo, sin que yo lo quiera, sin que yo quiera nada porque yo ya estoy arriba, donde nadie puede tocarme ni hacerme daño, y ya no puedo llegar más arriba porque me destruiría y estallaría, sí, y estallaría, sí y estal» (Fuentes, 2008: 337)

Es interesante la presencia de todo un campo semántico relacionado con la destrucción: *estalle*, *destruiría*, *estallaría*, y la idea de saturación, de desborde, que deja ver este monólogo. Ante todo, no hay ningún punto, lo que lleva a una lectura continuada y sin ningún corte. Igual de sugerente es la notoria repetición del coordinante y, generando una acumulación que, junto a la ausencia de puntos, logran un efecto de «arrastramiento» y saturación, ocurriendo lo mismo con la repetición de ciertas palabras *como cuerpo, palabras, más, sí, nunca*. De esta manera la propia escritura, a partir de la repetición y de la saturación, estaría sugiriendo la idea de un pronto desborde, una pronta destrucción, que se deja ver claramente en la ruptura de la última palabra del discurso («estal»).

En este encuentro, en el cual Norma se destruye y se re-construye, la figura de Ixca Cienfuegos se sitúa en un plano metafísico: «Tú eres el amor como la muerte, más, como océano (...) amor como la muerte, más allá de nosotros (...) intocable para nuestras manos sucias» (Fuentes, 2008: 337). Es comparado con el océano, con el amor y la muerte, y «aún más», situándolo en un campo que trasciende lo humano («intocable para nuestras manos»). Cienfuegos no puede ser, si se quiere el término, «catalogado». Ixca es la energía y es la unidad, es una figura totalizadora y andrógina: «A ratos pareces gitano, encanto, y al rato te me conviertes en una especie de guadalupana feroz» (Fuentes, 2008: 337).

Norma Larragoiti, en este encuentro con Ixca, pierde todo tipo de control y de dominio de sí misma. La racionalidad es totalmente dejada a un lado, o mejor dicho, aniquilada. En lo que refiere a este punto es interesante de ver en la descripción de Norma la presencia de todo un campo semántico vinculado con lo animal, que estaría relacionado con esta pérdida de dominio y razón: «Escuchaba, todavía dentro del cuerpo, imperceptible para Cienfuegos, un jadeo de animal herido y gozoso» (Fuentes, 2008: 338); «Un rugido ronco envolvió sus palabras» (Fuentes, 2008: 359); «Las uñas de Norma (...) penetraban más y más en su carne hasta abrirla y rasgarla y gemir» (Fuentes, 2008: 341); «Un ansia irrefrenable de morderle la espalda la asaltó» (Fuentes, 2008: 358), «Norma sólo dejó escapar un rugido hueco» (Fuentes, 2008: 428).

Norma «se haría y se destruiría a sí misma» en este encuentro que va más allá de lo corpóreo o carnal. Cienfuegos no le entrega su carne, sino sus palabras; o mejor dicho, Cienfuegos le entrega su cuerpo, que es un cuerpo de palabras. Y precisamente son las palabras las encargadas de destruirla: «este hombre quiere decir palabras, palabras que me hagan desear más y más, y más, hasta que estalle» (Fuentes, 2008: 337). Es notoria la repetición de la palabra, valga la redundancia, «palabras», que empapa todo este episodio. Esta repetición, nuevamente, denota una idea de saturación que lleva a pensar en un pronto desbordamiento o estallido. Y precisamente el estallido o la destrucción de Norma, la aniquilación de su máscara, termina de concretarse en el naufragio. Es sumamente interesante, en este momento, cómo se puede rastrear un campo semántico relacionado con la idea de nacimiento, dado por las palabras «placenta de sal», «oscuridad», «alumbramiento», «embarazar», «hinchada», lo que llevaría a pensar al naufragio (así como al encuentro con Ixca) como un re-nacimiento, una re-construcción de sí misma. En este naufragio, también se puede ver un abandono de las estructuras: «La oscuridad se pobló de ráfagas plateadas, peces invisibles que surcaban el océano sin otra presencia que su desplazamiento de color sin forma» (Fuentes, 2008: 359). La presencia de ráfagas y de colores sin formas podría estar mostrando un desprendimiento de las estructuras, tal como el que realiza Norma Larragoiti. Octavio Paz, en *El laberinto de la soledad*, afirma que los mexicanos manifiestan constantemente su amor a la forma, que es la que contiene y encierra a la intimidad y los preserva de las explosiones y excesos. Siguiendo con este razonamiento, la forma o la estructura sería la apariencia, la encargada de ocultar bajo su velo a la realidad. Por lo tanto, un

abandono de la forma mostraría a la realidad sin ninguna máscara, tal como sucede, a partir de estas situaciones, con Norma.

La Norma re-nacida es caracterizada por adjetivos tales como «total», «tensa», «hinchada de fuerza», «demacrada» y «flaca»: su rostro se había reducido a las líneas definitivas: los ojos enrojecidos, la mueca, el cuerpo flojo. Esta descripción contrasta notablemente con la de la Norma anterior: «La cara (...) se había ido refinando hasta corresponder, cada vez más, a la máscara de todos los modelos de estilización internacional» (Fuentes, 2008: 176).

El contraste entre «las dos Normas» puede definirse a partir de una diferencia esencial que se presenta entre las dos descripciones: el reemplazo del término máscara por el de rostro, reemplazo más que significativo. Considero que precisamente en este «cambio» de términos, que a primera vista puede llegar a resultar hasta arbitrario, reside todo lo desarrollado anteriormente. La máscara oprime al rostro, la máscara es el velo, la máscara, finalmente, es la apariencia. El rostro es lo que reside debajo de ella, lo real, lo que se encuentra dentro del campo de lo no dicho, y que, sin embargo, está siempre operando, siempre latente. Al respecto no debe dejar de mencionarse el destino de Norma: la muerte, como si el desprenderse de la máscara no dejase otra alternativa válida.

En síntesis, a partir de lo analizado puede observarse cómo la noción de máscara opera tanto en la escritura como en los personajes que circulan a lo largo de la novela, generando antinomias del tipo apariencia-realidad, mentira-verdad y figura-fondo. De este modo, la idea de un único significado estalla, dando lugar a un nuevo lenguaje: el de la apertura.

© María Pía Pasetti

* * *

BIBLIOGRAFÍA

Carpentier, Alejo (1968): "La nueva novela latinoamericana en vísperas de un nuevo siglo" en *Ensayos*. Casa de las Américas. Cuba.

Diccionario de la Real Academia Española, <http://buscon.rae.es/draeI/>, 9 de abril de 2008.

Fuentes, Carlos (1969): *La nueva novela Hispanoamericana*. Joaquín Mortiz. México.

Fuentes, Carlos (1971): *Tiempo mexicano*. Joaquín Mortiz. México.

Fuentes, Carlos (1992): *El espejo enterrado*. FCE. México.

Fuentes, Carlos (1994): *Nuevo tiempo mexicano*. Aguilar. México.

Fuentes, Carlos (2008): *La Región más transparente*. Alfaguara. Buenos Aires.

Ingenieros, José (1996). *La simulación en la lucha por la vida*. Losada. Buenos Aires.

Paz, Octavio (1999). *El laberinto de la soledad. Postdata. Vuelta al laberinto de la soledad*. FCE. México.

Williams, Raymond Leslie (1996): *Los escritos de Carlos Fuentes*. FCE. México.

La autora:

María Pía Pasetti (Mar del Plata, 1985) es Profesora de Letras, graduada en la Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina. Actualmente se desempeña como becaria en la UNMDP y es integrante del grupo de investigación "Historia y ficción", perteneciente a dicho establecimiento. Ha colaborado con diversos artículos en el diario local La Capital como así también en distintas revistas literarias.

AGENDAS NARRATIVAS: UNA LECTURA DE LA NARRATIVA PERUANA ÚLTIMA

por Carlos García Miranda

En el presente ensayo se explora la narrativa peruana de los últimos quince años en el marco de las agendas¹ narrativas provenientes de periodos anteriores. Para ello, empezamos, sumariamente, refiriendo las agendas que se formularon en décadas pasadas, y luego analizamos cómo estas se insertan y renuevan en la producción narrativa última.

AGENDAS CANÓNICAS

La historia de la narrativa peruana está marcada por una serie de agendas problemáticas formuladas desde distintos colectivos sociales y lugares de enunciación. En algunos casos, logran ser desarrolladas, convirtiéndose en agendas canónicas, pues, debido al consenso que logran, establecen los tópicos centrales de la narrativa peruana, y fijan su corpus. Uno de estos casos es el indigenismo. Fue una agenda formulada a finales del siglo XIX y comienzos del XX, en el marco de los proyectos de estado-nación que por esa época se estaban gestando en el continente latinoamericano. El punto central de esta agenda era la inserción en la plataforma literaria de colectivos sociales y étnicos que hasta ese momento no formaban parte del imaginario cultural peruano. Como ocurrió en otras manifestaciones artísticas, sobre todo en la plástica, en la narrativa el sujeto social insertado fue el indio.² Asumieron esta agenda pensadores de la talla de José Gálvez, José Carlos Mariátegui, y narradores como Clorinda Matto de Turner, Enrique López Albújar, y los hermanos García-Calderón, que lograron dotarle de sentido y profundidad al tema. Esta agenda es una constante en la narrativa peruana, y cada cierto tiempo es renovada y puesta en vigencia. Sucedió con José María Arguedas, que logra disolver las imágenes estereotipadas del indio que había producido el primer indigenismo –un indio colonial, que no habla, está feminizado, y requiere del paternalismo del blanco–, y nos propone un indio más dinámico, problemático y rebelde. Más adelante, se producirá otra renovación con las producciones de Edgardo Rivera Martínez, que trata de reconfigurar los escenarios y los temas propios del indigenismo, insertando en él elementos y preocupaciones de la literatura clásica. En su relato *Unicornio*, por ejemplo, hace aparecer a este ser mitológico en las montañas andinas. Últimamente, en la novela de Laura Riesco, *Ximena de dos caminos*, se vuelve a dar un giro de tuerca a la agenda, sometiendo, desde la plataforma de una novela metafictiva, a crítica los tópicos tradicionales del indigenismo.

Otra agenda canónica es la que da origen a la narrativa urbana. El germen de la propuesta ya estaba en novelas como *El daño* o *El Duque* de José Diez-Canseco, y en *Casa de Cartón* de Martín Adán. Pero alcanzará el nivel de proyecto colectivo en los años cincuenta, con los trabajos de Carlos Eduardo Zavaleta, Mario Vargas Llosa y Oswaldo Reynoso. Así como el indigenismo surgió en el marco de los debates sobre los estado-nación emergentes del siglo XIX, la narrativa urbana aparece en el contexto de los procesos de modernización social generados en la década del cincuenta que cambiará el rostro a la sociedad peruana.³ En esta agenda, el punto central era dar cuenta de un espacio referencial que emergía con fuerza en el imaginario social: la ciudad. O, más exactamente, Lima. Y sobre este espa-

¹ Considero que la palabra “agenda” –proveniente del latín *agenda*, que significa “cosas que se han de hacer”– expresa de manera más nítida la situación de los proyectos generados en la narrativa peruana a lo largo de su historia, pues se presentan como planteamientos urgentes, inconclusos y en constante revisión.

² Noción problemática por su origen colonial. Además, un término “inventado” para dar cuenta de un sujeto también “inventado” por los primeros cronistas. A ello, se agrega su recepción negativa en el imaginario cultural latinoamericano, que la asume como una agresión verbal. Más aún, resulta un término que no se condice con la realidad cultural de los sujetos en la América Latina actual. Usamos la noción con estos reparos.

³ Véase Antonio Cornejo Polar, Hipótesis de la narrativa peruana última. En: *La novela peruana*. 2da edición. Editorial Horizonte. Lima. 1989.

cio, se insertaban nuevas problemáticas y sujetos sociales, ligadas a la vida urbana: marginalidad, el mundo privado de los sujetos sociales, el impacto de los medios de comunicación, la drogadicción, nuevas formas de racismo, y, sobre todo, el subdesarrollo urbano.

AGENDAS NO-CANÓNICAS

Paralelamente a la formulación de estas agendas, se plantearon otras que no lograron un consenso como las canónicas. A comienzos del siglo XX aparecen dos casos. Primero, el relato fantástico, de Clemente Palma. Su propuesta implicaba insertar la narrativa peruana en la tradición occidental, proceso exitoso en otras zonas de América Latina, como Argentina. Pero en el Perú no resultó. Es cierto que en el tejido narrativo de varios autores se puede encontrar «marcas» de este género, pero no logra constituir un corpus diferenciado de otros, al punto de poder hablar de una narrativa fantástica en el Perú.⁴

Una situación distinta se produce con el caso de la narrativa vanguardista, propuesta, también a inicio de siglo, por Adalberto Varallanos. A pesar de su insularidad inicial, la estética vanguardista será uno de los puntos de referencia en la narrativa de los años cincuenta y sesenta, sobre todo en los primeros trabajos de Carlos Eduardo Zavaleta y la primera etapa, «experimental», de Mario Vargas Llosa. De esa manera, la agenda abierta por Varallanos se inserta en la narrativa peruana, aunque no podríamos decir que existe una narrativa vanguardista en el Perú, salvo mencionar casos aislados.⁵ En ambos, estamos ante agendas no-canónicas, pues se presentan como alternas a las canónicas, sin discutir frontalmente sus contenidos, constituyéndose, debido a su presencia, aunque periférica, como una suerte de latencia en la narrativa peruana.

AGENDAS ANTICANÓNICAS

Existen otras agendas que se presentan como anticanónicas. Un caso ejemplar es la que formula en los años sesenta el Grupo Narración. En un periodo dominado por la agenda de la narrativa urbana, sobre todo, en la línea desarrollada por Mario Vargas Llosa, a mediados de la década del sesenta un grupo de escritores, entre los que destacaban Oswaldo Reynoso, Miguel Gutiérrez y Eleodoro Vargas Vicuña, edita una revista llamada *Narración*. Esta publicación se distinguía de otras de su género, como *Mar del Sur* o *El Dominical* del diario *El Comercio*, por tratar de situarse en una posición alternativa a las publicaciones literarias que, asumían, representaban a los grupos de poder económico del país. Esto último los llevó a desarrollar, partiendo de las tesis maoístas del arte y del realismo socialista, un programa que intentaba insertar en la narrativa peruana formas como el testimonio y la crónica social, cuya finalidad era evidenciar la situación social y política de los sectores marginales y empobrecidos de la sociedad peruana. Su planteamiento duró lo que les permitió el entusiasmo, pues poco después, al margen de las polémicas internas, los integrantes del grupo insertaron su producción narrativa en las agendas vigentes. Aunque algunos, sobre todo los periféricos del grupo, insistieron en el programa, e incluso, congeniaron el activismo político con su escritura, como es el caso de Hildebrando Pérez Huaranca, autor de *Los ilegítimos*.⁶

NARRATIVA DEL NOVENTA: RENOVACIÓN, RUPTURA Y PROYECCIONES.

En los últimos quince años en la narrativa peruana se han procesado estas agendas en un contexto donde la cultura global ha diluido las relaciones de centralidad y periferia, propias de la sociedad tradicional, inaugurando un tipo de relación que podríamos denominar, provisionalmente, como «rizomática», tomando la noción de Gilles Deleuze.⁷ En este marco, fenómenos como la globalización, el

⁴ Ciertamente, existe, aunque exiguo, un corpus narrativa, liderado por los trabajos de José Adolf, pero, en relación a las mencionadas en el acápite anterior, pues no.

⁵ Mencionaría el caso de Gastón Fernández.

⁶ Este autor, actualmente preso, militó en el grupo terrorista Sendero Luminoso.

⁷ Deleuze, Gilles y Guattari, Felix. *Mil Mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia, Pre - textos, 2002

multiculturalismo y el fundamentalismo terrorista no constituyen eventos externos a sociedades como peruana –periférica desde la perspectiva del modelo tradicional–, sino que están interiorizados y forman parte de sus estructuras, pues en el mundo global no hay centro, sino redes, puntos de conexión entre los diferentes espacios geopolíticos y culturales.

Estos eventos han producido distintas respuestas en la narrativa peruana, por ejemplo esa suerte de «ilusión» cosmopolita que se denota en los escritores de los noventas, muy proclives a situar sus narraciones en escenarios globales, como París, Nueva York o Madrid, en muchos casos, artificiosa, pues la referencia se reduce a lo toponímico, convirtiendo esas ciudades en un mero listado de calles y zonas, como en algunos pasajes de las novelas de Iván Thays o los cuentos de Marco García Falcón. Asimismo, el multiculturalismo ha generado la atomización de los espacios referenciales. En el caso de la urbe limeña, novelas como, por ejemplo, *Al final de la calle*, de Óscar Malca, se leen como literatura del distrito limeño de Magdalena, lugar donde transcurre la historia del personaje. Otras como de Miraflores, La Molina, centro de Lima, San Juan de Lurigancho, e, incluso, espacios de diferenciación social y cultural como la Universidad San Marcos o La Pontificia Universidad Católica. El fundamentalismo terrorista, en el caso concreto de Perú, con el Movimiento Revolucionario Túpac Amaru y Sendero Luminoso, han desarrollado narrativas que remiten a traumas atávicos, que retoman antiguas dicotomías raciales –blanco y criollo vs cholo e indio–, políticas –apristas vs comunistas, senderista vs MRTA o políticos tradicionales vs políticos chichas–, y de origen –costeños vs serranos, limeños vs provincianos o criollos vs andinos–. Del mismo modo, desarrollan tópicos ya canonizados, como los mitos precolombinos en el caso de Óscar Colchado Lucio –«Rosa Cuchillo»–, conflictos sociales de corte político como en varios relatos de Dante Castro –«Parte de combate»–, e históricos coloniales como en algunos cuentos de Cromwel Jara –«Baba Osain Cimarrón ora por la santa muerta».

En relación a las agendas, observamos, en principio, que las agendas dominantes y su núcleo ideológico perviven, pero con transformaciones en su retórica y forma de exposición. La agenda indigenista se convierte en «agenda andina». Por un lado, se insertan componentes del mundo y cultura urbana, siguiendo las huellas del relato *Unicornio*, de Edgardo Rivera Martínez. Por otro, se introducen problemáticas urbanas en la vida andina, como ocurre con la vida de parejas que presentan los relatos de *Barcos de Arena*, de Fernando Rivera. A ello se agrega una narrativa andina vinculada a los presupuestos del Grupo Narración. Es decir, aunque sin caer en el documentalismo y el testimonio, busca dar cuenta de manera explícita de la Guerra Interna vivida en Perú en la década de los años ochenta.

En el caso de la agenda urbana, se retoma uno de los temas que le dio origen en los años cincuenta, el neorrealismo. Ahora, ya no con la intención de dar cuenta de los barrios emergentes –casi con un tinte sociológico– como en *Congrains*, ni de la novela total, de Mario Vargas Llosa, sino más abierto al tema de la marginalidad juvenil –drogas, violencia callejera, Lima como centro de referencia de su narración. De igual modo, dentro de una de las narrativas de la agenda urbana, la que proyectaba *Casa de Cartón*, de Martín Adán, surgen en el marco de la urbanidad global, muy cuidadosa en el estilo, una literatura que pretende ser cosmopolita y auto referencial. Son narraciones «puristas», cuyas historias ocurren –como ya señalamos– en la aldea global, como Madrid, Nueva York, otros países de Europa o en espacios imaginarios virtuales.

Por otro lado, existe una agenda, evidenciada en el Congreso de Narrativa Peruana de Madrid, del 2005, orientada a insertar esta narrativa en los mercados editoriales globales –España, EE. UU. En esta línea destaca el trabajo de Jorge Eduardo Benavides, y su narrativa neovanguardista que retoma más de un tópico y recurso formal de la narrativa de Mario Vargas Llosa. Es una agenda ligada a la profesionalización del escritor planteado por el autor de *La casa verde*. En esa línea también apunta las obras de Jaime Bayli, que ha logrado sintonizar con un público ávido de estereotipos latinoamericanos, como se denota en su última novela, finalista en el Premio Planeta, *Y de repente un ángel*.

Una variante muy interesante en esta última agenda es la inserción de la narrativa peruana en los marcos del neopolicial latinoamericano, específicamente en su versión *hard-boiled* o novela negra, practicada por los norteamericanos Raymond Chandler, Dashiell Hammett y James M. Cain, entre otros. En síntesis, esté género, asumida como la literatura social de fin de siglo, deja de lado los principios del *enigma* policial, insertando tramas políticas y sociales en sus estructuras, narradas con una prosa de cotidiana, irreverente y proclives de denunciar la violencia dominante en sus sociedades. Casos muy

interesantes de esta línea la vemos en novelistas como los colombianos Santiago Gamboa y Fernando Vallejos; los argentinos Tempo Giardinelli, Juan José Saer –no todas sus novelas– y Osvaldo Soriano; los chilenos Gonzalo Contreras, Alberto Fuguet y Roberto Bolaño; y el boliviano Edmundo Paz Soldán. En el caso de Perú, esta línea ha sido seguida por Fernando Ampuero, Alonso Cueto y Santiago Roncagliolo. Como la anterior –seguida por Jorge Eduardo Benavides–, este registro ha permitido que nuestros narradores puedan insertarse con mayor facilidad en los parámetros de la industria editorial en lengua hispánica, cuyo meridiano editorial lo constituye Madrid.

Debido al éxito en el exterior de esta última agenda –varias distinciones en importantes concursos de novela–, se puede prever que los más jóvenes intenten recorrer sus predios, sobre todo bajo la égida de Roberto Bolaño, cuya fuerza narrativa y vitalismo personal ha encandilado a más de uno. Pero eso no evitará que se manifiesten otras líneas narrativas más ancladas en la tradición narrativa peruana, como el neorrealismo de los noventa –de corte urbano y marginal, con referencias al consumo de drogas y el *punk rock*–, y la narrativa andina referida al tema de la violencia terrorista, con resoluciones mitológicas históricas y sociológicas.

En conclusión, podemos notar que en el arco de los últimos quince años, los noventa se presentan como la década donde se empiezan a reconfigurar de manera frontal las agendas canónicas, no-canónicas y anticánicas. Surgen mezclas, como el neopolicial latinoamericano, que incorpora preocupaciones de la novela urbana en el marco de género negro; se actualizan –aunque no son hegemónicas– las narrativas fantásticas y vanguardistas, expresadas en forma de novelas autorreferenciales y experimentales; y se renueva –sobre todo por el impacto de la guerra interna en el Perú– la narrativa neo indígena de los ochenta, incorporándose elementos de la novela histórica. Y, sobre todo, se denota la necesidad de insertarse en los mercados editoriales globales, fundamentalmente, el español. Aunque todavía está por verse plenamente la estrategia a seguir, pareciera que se continuará el camino seguido por los narradores colombianos, chilenos y argentinos, más posicionados en el mercado editorial. Es decir, el neopolicial latinoamericano. Casos exitosos, pues mencionaríamos novela *La hora azul*, de Alonso Cueto, ganador del Premio de Novela Anagrama 2006, y *Abril rojo*, de Santiago Roncagliolo, que obtuvo el Premio de Novela Alfaguara 2006.

De generalizarse esta «fórmula exitosa», en unos años podríamos estar asistiendo al surgimiento de una nueva etapa en la narrativa peruana, similar a la ocurrida a finales del siglo diecinueve y comienzos del veinte con su adscripción al realismo –Clorinda Matto de Turner, López Albújar, Ciro Alegría–, y en la década del cincuenta, con la aparición de la novela del lenguaje o narrativa experimental –Carlos Eduardo Zavaleta, Osvaldo Reynoso y Mario Vargas Llosa. El cualquier caso, se desarrolle o no esta tendencia, por su heterogeneidad de narrativas –crítica social, histórica, fantástica, experimental, policial y negra– y su proyección en la producción de los narradores más jóvenes –Pedro Llosa Vélez, Juan Manuel Chávez, Sandro Bossio, Fernando Rivera, Julio César Vega y otros–, habría que considera a la década del noventa como un punto de inflexión en la narrativa peruana.

© Carlos García Miranda

El autor:

Carlos García Miranda (Lima, 1968). Escritor peruano. Ha publicado el libro de relatos *Cuarto Desnudo* (Primer Premio en los Juegos Florales Universitarios, en Perú), y la novela *Las Puertas* (Finalista en el Premio Nacional de Novela Federico Villarreal, en Perú). Es Magíster en Filología Hispánica por el Instituto de Lengua Española (Consejo de Investigaciones Científicas), en Madrid, España, becado por la Fundación Carolina; Licenciado en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), de Lima; y actualmente cursa estudios de doctorado en la Universidad de Salamanca, gracias a una beca por convenio institucional entre la UNMSM y la Fundación Carolina. Además ha participado en congresos literarios celebrados en Perú, Chile, Bolivia y España, y ha publicado artículos especializados en diferentes revistas. Es docente universitario en la UNMSM, Lima, Perú. En el 2008 obtuvo el primer premio en el Primer Concurso Iberoamericano de Cuento sobre la Discriminación, convocado por la RIOD (Red Iberoamericana de Organismos y Organizaciones contra la Discriminación) en México D. F., y premiado en Buenos Aires en setiembre del 2008. Dirige los blog literarios <http://www.cafecigarrillos.blogspot.com> y <http://elpesodelasplumas.blogspot.com>.

DOS LECTURAS FORÁNEAS DE *EL QUIJOTE*. JORGE LUIS BORGES Y FELISBERTO HERNÁNDEZ

por Mónica Salinas

Como mundo que es, El Quijote cervantino puede ser visto desde la perspectiva de habitantes de otros mundos. En el texto que sigue se intenta, precisamente, mostrar dos variaciones sobre la celebrada novela: una, de Jorge Luis Borges; la otra, del uruguayo Felisberto Hernández. El objetivo de esta operación es comprobar cómo la obra cervantina despliega sus formas elaboradas e innumerables matices ante las miradas de lectores sabios, que saben ver más allá de lo que la tradición literaria –creativa o crítica– ha consagrado.

MUCHOS AUTORES, MUCHOS LECTORES, MUCHOS QUIJOTES

El postulado fundamental de los estudios cervantinos tradicionales es la autoría de Miguel de Cervantes respecto de El Quijote. El de este artículo, que Cervantes es el autor de *un* Quijote. De igual modo, aquel o aquellos que la historia de la literatura llama Homero lo es, o lo son, de una Odisea, y Dante Alighieri, de un Infierno.

En 1922, siglos después de la primera relación literaria conocida de las aventuras de Odiseo, en su caprichoso viaje de regreso al solar paterno (*oikos*, en griego), un extranjero –un bárbaro, dirían los helenos– recrea ese peregrinaje reemplazando al protagonista y alterando las circunstancias de tiempo y espacio: por voluntad de James Joyce, diez años se reducen a un día; el mar se encauza y petrifica en las calles de Dublín; el héroe rico en ardidés deja la escena al mínimo Leopold Bloom y sus andanzas sin gloria; Marion Bloom, lúbrica y vulgar, desplaza a Penélope, constante y discreta. El texto antiguo y el moderno coinciden en lo medular (vivir es, para los humanos, deambular en busca del origen), pero los puntos de vista difieren: lo egregio, lo memorable, lo ejemplar, lo heroico –parece decir Joyce– sólo pueden existir en el recuerdo; el presente siempre es trivial e imperfecto.

El Infierno dantesco también ha merecido versiones más o menos disímiles: las dinastías sureñas de las obras de Faulkner, condenadas a expiar pecados incesantes; los opresivos recintos de Kafka, donde los hombres pagan culpas que nunca les son reveladas; las mansiones de los relatos de Henry James, con sus moradores fantasmales; la Santa María onettiana, aciaga como las gentes que la habitan.

Si los temas de esas obras literarias se repiten, es porque son asuntos radicalmente humanos. Así sucede con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. De las reformulaciones de esa historia elegí dos: «Pierre Menard, autor de El Quijote», texto de Borges incluido en *Ficciones*¹, y *Lucrecia*, de Felisberto Hernández, que cito en la edición barcelonesa de editorial Lumen, de 1975.

El texto de Borges postula la existencia de un escritor francés, Pierre Menard, a quien el narrador presenta como «novelista» y «poeta». En la enumeración posterior de su obra «visible», sin embargo, sólo se hace referencia a varios sonetos; ninguna novela se menciona. De cualquier modo, lo más notable de esa parte de su producción son las monografías, análisis y críticas en torno a un tema recurrente: la relación entre el lenguaje y la realidad o, dicho de otro modo, la expresión del conocimiento de la realidad por medio del lenguaje. En el principio, Menard se muestra devoto de la objetividad –esto es, la sumisión del lenguaje a lo real, con prescindencia de toda valoración personal–: «*censurar y alabar son operaciones sentimentales que nada tienen que ver con la crítica*», afirma². Y entre los objetos de su atención intelectual se cuentan dos estudios sobre la filosofía de Leibniz; uno sobre el *Ars Magna Generalis* de Ramón Lull; uno sobre los trabajos de John Wilkins. La lista no es inocente: Gottfried Leibniz persiguió la creación de un idioma universal; su inacabada «característica universal» es un lenguaje simbólico destinado a expresar todos los pensamientos humanos sin ambigüedades. Ramón Lull o Raimundo Lulio, teólogo, místico, alquimista y trovador catalán del siglo XIII, construyó un cartabón (Arte Magna) que podía responder miles de preguntas sobre cada disciplina. John Wilkins,

¹ Las citas corresponden a la siguiente edición: Barcelona, Alianza Editorial, 1985

² BORGES, J. L., "Pierre Menard...", pág. 50

científico y clérigo inglés del siglo XVII, ideó un sistema taxonómico que, de resultar eficaz, permitiría derivar *a priori* el sentido de cada término de una lengua.

Según el narrador del texto borgeano, Menard sumó a esas temerarias invenciones «una monografía sobre la posibilidad de construir un vocabulario poético de conceptos que no fueran sinónimos o perifrasis de los que informan el lenguaje común, ‘sino objetos ideales creados por una convención y esencialmente destinados a las necesidades poéticas’»³.

Hasta aquí la obra visible de Pierre Menard, no más que un preámbulo para su obra «*subterránea, increíblemente heroica, ... impar*»⁴. Como sus predecesores, Menard se consagra también, al iniciarse el siglo XX, a la traducción verbal de una realidad: El Quijote. Dice a este respecto el narrador:

*El método inicial que imaginó era relativamente sencillo. Conocer bien el español, recuperar la fe católica, guerrear contra los moros o contra el turco, olvidar la historia de Europa entre los años de 1602 y de 1918, ser Miguel de Cervantes. Pierre Menard estudió ese procedimiento (sé que logró un manejo bastante fiel del español del siglo diecisiete) pero lo descartó por fácil. (...) Ser en el siglo veinte un novelista popular del siglo diecisiete le pareció una disminución. Ser, de alguna manera, Cervantes y llegar al Quijote le pareció menos arduo –por consiguiente, menos interesante– que seguir siendo Pierre Menard y llegar al Quijote, a través de las experiencias de Pierre Menard*⁵.

Al fin, Menard no resulta tan imprudente como esos comentarios nos inducirían a creer, y restringe su tarea a dos capítulos completos, nueve y treinta y ocho, y un fragmento del capítulo veintidós, todos de la primera parte de la novela cervantina. Tampoco esta selección es inocente. El narrador-comentarista señala en primer lugar el capítulo trigésimo octavo, «que trata del curioso discurso que hizo don Quixote de las armas y las letras». Era de esperar que Cervantes y Menard asumieran posturas distintas ante un asunto de esta índole:

*Es sabido que don Quijote falla el pleito contra las letras y a favor de las armas. Cervantes era un viejo militar: su fallo se explica. ¡Pero que el don Quijote de Pierre Menard –hombre contemporáneo de La trahison des clercs y de Bertrand Russell– reincida en esas nebulosas sofisterías! Madame Bachelier ha visto en ellas una admirable y típica subordinación del autor a la psicología del héroe; otros (nada perspicazmente) una transcripción del Quijote; la baronesa de Bacourt, la influencia de Nietzsche*⁶.

Tal vez, todas las interpretaciones tengan algo de verdad; ¿por qué no habrían de influir en la concepción de Menard (en el Quijote de Menard) los postulados de la novela psicologista o la teoría nietzscheana del superhombre con su fanática apología de la acción y, aun, de la violencia? [Abro aquí un paréntesis: ¿Qué decir, entonces, de la posición anacrónica de Borges, en todo coincidente con la de Cervantes? Recordemos el «Poema conjetural», los textos de «Para las seis cuerdas», «El Sur», «Hombre de la esquina rosada», y sus nostálgicas exaltaciones de las mitologías nórdicas. Confío la repuesta a mentes más lúcidas que la mía: las de ustedes, lectores.]

Igualmente significativa es la elección del capítulo noveno de la primera parte, «donde se concluye y da fin a la estupenda batalla que el gallardo vizcaíno y el valiente manchego tuvieron». Cervantes escribió: «la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir». Y Menard: «la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir»⁷. El narrador interpreta: «Redactada en el siglo diecisiete, redactada por el ‘ingenio lego’ Cervantes, esa enumeración es un mero elogio retórico de la historia». Mientras que, en referencia a la versión de Menard, comenta: «La historia, madre de la verdad; la idea es asombrosa. Menard, contemporáneo de William James, no define la historia como una indagación de la realidad sino como su origen. La verdad histórica, para él, no es lo que sucedió; es lo que

³ BORGES, J. L., “Pierre Menard...”, pág. 48

⁴ BORGES, J. L., “Pierre Menard...”, pág. 51

⁵ BORGES, J. L., “Pierre Menard...”, pp. 52 y 53

⁶ BORGES, J. L., “Pierre Menard...”, pág. 56

⁷ BORGES, J. L., “Pierre Menard...”, pág. 57

juzgamos que sucedió»⁸.

En cuanto al capítulo vigésimo segundo, el narrador se abstiene de formular observaciones. Veamos: es aquel que trata «*de la libertad que dio Don Quijote a muchos desdichados que, mal de su grado, los llevaban donde no quisieran ir*» y que solemos denominar «*episodio de los galeotes*». Primero, Don Quijote se encuentra ante un galeote que acabó en las galeras por «enamorado»... de una canasta atestada de ropa blanca, y que, presa de tal pasión, decidió apropiársela. Después, frente a otro que ha merecido castigo por «músico y cantor»; pero es seguro que su canto no fue deleitable pues, según lo aclara un guardia, lo que hizo el condenado fue «confesar en el tormento». Finalmente, entra don Quijote en conversación con Ginés de Pasamonte, de quien dice el guardia que lleva por sobrenombre «Ginesillo de Parapilla», a lo que el propio Ginés responde: «*no andemos ahora a deslindar nombres y sobrenombres*». Como si tanta reflexión acerca de las palabras no fuera suficiente, Ginés de Pasamonte ha escrito su propia historia «*que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que se le igualen*». El tema es, inequívocamente, la palabra y su potencialidad de sentido. Pero de él se sigue otro, más amplio y, creo, decisivo: el vínculo entre palabra y realidad. Si las palabras pueden albergar varios sentidos y, en determinados contextos, es posible o, incluso, necesario que todos esos sentidos potenciales se actualicen, mal pueden ofrecer un testimonio único y definitivo de la realidad, que es una entidad ajena a la palabra. De aquí, los fracasos, tan sistemáticos como sus intentos, de Leibniz, Lull o Lulio, Wilkins, en su búsqueda de un idioma que duplicara la elusiva realidad.

Entiendo que las afirmaciones precedentes son demasiado «densas» como para que yo continúe, ahora, hurgando en sus derivaciones. Me importa volver al inicio de este artículo. Afirmé que Cervantes escribió un Quijote. Afirmo, varias líneas abajo, que Borges creó otro. Con ese fin, no transcribió más que unas pocas frases del original; se limitó a inventar una lectura de la obra que, sin alterar una coma, revelara significados flamantes: «*El texto de Cervantes y el de Menard son verbalmente idénticos, pero el segundo es casi infinitamente más rico*»⁹, sentencia el narrador. El nuevo Quijote que Borges crea no le pertenece, como tampoco a Menard. Obra del lenguaje —objeto que, como la moneda, adquiere valor en el intercambio— el Quijote es propiedad de quienes lo usan, o si se prefiere, lo leen.

*Menard (acaso sin quererlo) —delibera Borges— ha enriquecido mediante una técnica nueva el arte detenido y rudimentario de la lectura: la técnica del anacronismo deliberado y de las atribuciones erróneas. Esa técnica de aplicación infinita nos insta a recorrer la Odisea como si fuera posterior a la Eneida y el libro Le jardin du Centaure de Madame Henri Bachelier como si fuera de Madame Henri Bachelier. Esa técnica puebla de aventura los libros más calmosos*¹⁰.

A mi juicio, El Quijote de Cervantes y el de Borges convienen en un punto: los dos representan un triunfo del lector y de cuanto del saber de su época y de las precedentes hay en su lectura. Ésta es mi definición favorita de un clásico.

CERVANTES DESPUÉS DE FELISBERTO

El otro autor a quien deseo referirme en relación con la obra cervantina es el uruguayo Felisberto Hernández. Es, se sabe, autor de textos de difícil aprehensión. Lo es «Lucrecia», cuya acción se desarrolla en una época pasada que sólo podemos precisar por la presencia de la ominosa mujer que da nombre al relato. En el inicio, el narrador-protagonista evoca, desde su presente, el viaje temporal y espacial que lo acercó a la dama. De los avatares de esta historia, sólo resulta pertinente ahora el encuentro del protagonista con dos personajes apenas delineados. Cito el texto de Hernández:

Me tiré en la cama, que era de madera oscura y colcha amarilla. Me dolía la espalda porque hacía pocos días me habían tirado contra el suelo para sacarme el dinero y yo me caí encima de una piedra. Salí de España con una escolta de dos hombres. Uno era alto, quijotesco y dejaba una familia hambrienta a la cual parecía querer mucho. El otro era bajo, andaba con la cabeza fija y echado un poco hacia delante; parecía que su instinto le indicara algo sospechoso; y se ponía con descuido un sombrero arrugado como una hoja podrida. (Yo había empezado a recordar lo que me había pasado en el

⁸ BORGES, J. L., "Pierre Menard...", pág. 57

⁹ BORGES, J. L., "Pierre Menard...", pp. 56 y 57

¹⁰ BORGES, J. L., "Pierre Menard...", pág. 59

camino, cuando entraron en la pieza y pusieron encima de la mesa un candelabro de tres brazos; en uno de ellos había una vela nueva.) En una de las primeras noches, después de salir de España, mis compañeros se emborracharon, y a la mañana siguiente me dijeron que se habían robado los caballos. Ese día yo anduve en el mío y ellos anduvieron a pie. Pero a la mañana siguiente me dijeron que nos seguían ladrones de caballos y que también habían robado el mío. Además hablaron de compañerismo y de traición...¹¹

La narración continúa y muestra a los dos hombres de la escolta dejando atrás a su custodiado que, finalmente, es víctima de los ladrones. Despojado de su bolso, el protagonista se sorprende cuando aparece un tercer hombre: «Agarré dos piedras para defenderme, pero el hombre pasó corriendo y me di cuenta que los que me habían robado disparaban porque le tenían miedo a éste. Era una vergüenza; yo podía haber hecho lo mismo; pero ahora hubiera tenido que correr a los tres»¹².

El cuento todo y este episodio en particular merecen algunos comentarios; formularé sólo los que se vinculan directamente con el tema de este artículo.

Suele hablarse –a mi entender, en demasía– de la sanchificación de Don Quijote y la correlativa quiijotización de Sancho, que se consolida en la segunda parte de la novela. Afirmar tal cosa implica reconocer en las dos figuras centrales de la obra cervantina, rasgos precisos que conforman sus identidades respectivas; rasgos extremos que van adelgazándose hasta alcanzar esa mentada trans-identidad que la lógica refutaría, puesto que a y b nunca pueden ser idénticos.

Pues bien, Felisberto despoja a Don Quijote y a Sancho de sus identidades, las iniciales tanto como las últimas –hechas de consustanciaciones y aleaciones–; de ellos no quedan más que los signos visibles, superficiales de la oposición: uno era alto, el otro bajo. El alto ha dejado una familia hambrienta (la comida de Quijano era frugal, pero de seguro permitía saciar el hambre de su breve grupo familiar); el bajo..., tal vez conserve algo más del Sancho cervantino: el instinto que lo mueve hacia delante, en actitud recelosa, no vaya a ser que la locura de su amo los pierda a ambos y acaben molidos a palos.

La escena, dolorosamente risible al estilo de la picaresca, queda a cargo del narrador-protagonista, ni tan cauto como Sancho ni tan animoso como el Don Quijote cervantino, sólo un espectador impelido a la acción, con dos piedras en sus manos lerdas y la mente aún más torpe, avergonzado, presa de arrepentimientos tardíos. Mientras tanto, los personajes ilustres ponen pies en polvorosa.

Hernández ha despojado a Don Quijote de lo quiijotesco –el valor irrefrenable y descomedido, el afán de justicia– y a Sancho, de lo sanchesco –la más acendrada honestidad. Los ha trasmutado en «marginales chaplinescos», como llamó la crítica a las criaturas de sus relatos, merodeadores que se entrometen fugazmente en las vidas de otros: los ha «hernandizado». Es ésta una forma de homenaje que Cervantes podría aprobar: al fin y al cabo, él empujó a la llanura a un hidalgo –más que maduro y menos que vigoroso, de cuerpo, hacienda y familia magros, rutinario y tozudo– para que irrumpiera en la vida de cuanto desposeído, injuriado, quebrantado y burlado encontrara a su paso. Que la versión de Felisberto es un tributo, lo confirman las palabras que Lucrecia la bella, y ponzoñosa, le dirige al protagonista del relato: «Tengo mucha curiosidad por saber cómo serán esos libros que harán en España y lo que dirán de mí»¹³. Igual curiosidad inquietó a Don Quijote.

© Mónica Salinas

La autora:

Mónica Salinas. Nací en Montevideo (Uruguay). Soy Licenciada en Letras, profesora de Literatura europea de los siglos XIX y XX y Teoría literaria, en la Universidad de Montevideo. He dictado numerosos cursos, seminarios, talleres y conferencias sobre autores americanos y europeos, y teoría de la literatura. En particular, he investigado sobre la obra de Felisberto Hernández. He publicado muchos artículos revistas uruguayas y extranjeras, y dos libros: *La sucesión* (cuentos) y *Poesía y mito. Alfredo Zitarrosa* (ensayo. Planeta, 2006). Tengo a mi cargo un espacio radial en el programa "Utopía", en CX36 Radio Centenario. Actualmente, estoy trabajando en la biografía artística de Antonio (Taco) Larreta, figura fundamental de la cultura uruguaya y con destacada actuación en España.

¹¹ HERNÁNDEZ, F., "Lucrecia", pp. 110 y 111

¹² HERNÁNDEZ, F., "Lucrecia", pág. 111

¹³ HERNÁNDEZ, F., "Lucrecia", pág. 115

EL MUNDO DE LOS SENTIDOS EN LA OBRA *CAFÉ NOSTALGIA* DE ZOÉ VALDÉS

por Orlando Betancor

INTRODUCCIÓN

La novela *Café Nostalgia* de la autora cubana Zoé Valdés, publicada en 1997, muestra un singular viaje por el universo de los sentidos bajo el amargo sabor del recuerdo y la nostalgia. Su protagonista, Marcela, emprende el camino de la diáspora desde su añorada Cuba y nos desvela su itinerario por el amor, el dolor y el desaliento. En este recorrido a través de los sentimientos de una mujer descubrimos sus obsesiones, miedos y su inmensa soledad, mientras indaga en las fuentes del deseo. Este curioso mundo surge de la contemplación por parte de esta escritora de una hermosa serie de tapices, conocidos como «La dama con unicornio», en francés «La Dame à la Licorne», realizados en Flandes a finales de siglos XV, descubiertos en 1841 por Prosper Mérimée en el castillo de Boussac, en Francia, los cuales despertaron inmediatamente un gran interés en aquel momento gracias a los escritos de George Sand. Este conjunto, conservado en el Musée National du Moyen Âge, Museo Cluny, en París, está compuesto por seis piezas, la última de las cuales se titula «A mi único deseo». Entre los elementos alegóricos que aparecen en esta serie destacan un león y un unicornio que portan el escudo de armas de la persona que los encargó, Jean Le Viste, importante personaje próximo al rey Carlos VII. La fascinación de la autora por esta obra de arte se observa en el siguiente párrafo de este libro:

«En el piso inmediato existe un salón circular forrado en terciopelo negro con la intención de abrigar a los espectadores; allí me dan la bienvenida los seis tapices de *La dama con unicornio*. La riqueza de los colores embriaga, el fondo rojo contrasta con el azul avispado sombrío, creando así una armonía de las más rebuscadas. El tejido evoca decoraciones vegetales inspiradas en flores, hojas y árboles diversos, los pinos, los naranjos, los robles, los acebos, entre otros. La fauna trepida en sus precisas posiciones de acecho, el zorro, el perro, el conejo, el pato, la perdiz alternan con el exotismo de animales leales en furor a su especie, el león, la pantera, la onza...»

Este conjunto de tapices aparece también mencionado en otros artículos publicados por Valdés, entre los que destaca «Mon Pari(s)»¹. Además, la autora nos ofrece en el último capítulo de este libro varias interpretaciones sobre el significado de esta obra maestra.

En este escenario onírico encontramos a la protagonista de la novela, Marcela Roch, inquietante doncella de este singular tapiz narrativo. A lo largo de las páginas de esta obra conocemos aspectos de su vida, sus inquietudes y sus sueños. En 1980, sus padres se exilian en los Estados Unidos, a través del puerto de Mariel, dejándola sola, pues ellos saben que es fuerte y sobrevivirá por sí misma. Anteriormente, su hermana mayor había sido enviada a Miami al cuidado de unos parientes. Después, Marcela se casa, en un matrimonio de conveniencia, con un ciudadano francés, un anciano millonario, como forma de escapar de ese enclave insular y de una realidad opresiva. Pronto abandona a su cónyuge y decide vivir su propia existencia sin ataduras. En París conoce a Charline, mujer inteligente y de profunda imaginación, dueña de una sombrerería, que le ofrece trabajo en su tienda. Posteriormente, la protagonista, joven autosuficiente, renunciará a la herencia de su marido, pues ha decidido subsistir por sí misma. Luego, consigue una beca para estudiar fotografía en Nueva York y descubre su verdadera vocación. En la ciudad de los rascacielos conoce a un muchacho francés, Paul, con el que inicia una relación sentimental. Allí cuenta con el apoyo de Mr. Sullivan, un mecenas, paternal y generoso, que la protege y promociona. Se convierte en una fotógrafa famosa y admirada. Con el paso del tiempo, su relación con Paul se transforma en una pesada carga, pues ella anhela la libertad, la soledad y un mundo sin compromisos. Más tarde, tras una crisis de identidad provocada por la angustia de la fama, decide cambiar de profesión y consigue trabajo como maquilladora en un canal de televisión.

¹ Publicado en el blog de la autora, zoevaldes.skyrock.com, y anteriormente en la revista *Hermès*.

En la figura de Marcela confluyen dos personalidades, como si en su interior habitaran, como en el lienzo «Las dos Fridas» de la pintora mexicana Frida Kahlo, dos mujeres: «Yo era, no lo niego, cándida viva, a pesar de mi debilidad por el silencio. Yo era dos, la llamarada que se afanaba en pulverizar a la triste. No lo digo para que nadie me coja lástima, gozo siendo lacónica; de hecho ha sido la re-traída quien ha vencido sobre la expansiva». Unas veces puede parecer melancólica, introspectiva, una mujer sensible y profunda que sufre ante la soledad y el dolor, que detesta la popularidad y la fama, mientras que en otras ocasiones muestra la imagen de la triunfadora, alegre y frívola que disfruta con él éxito y el reconocimiento. Actualmente, la protagonista está enamorada de Samuel, su vecino recién llegado de La Habana, que se ha convertido en su obsesión y su último deseo. Éste tiene que dejar Francia ante las trabas burocráticas y buscará cobijo en Nueva York, mientras ella permanece en París.

Marcela, cuyo nombre lleva inscrito en las tres primeras letras la palabra Mar, evoca siempre la imagen del océano desde su refugio en París. La protagonista, joven soñadora, rememora «Aquella isla», como forma de referirse a Cuba, y recuerda con sus amigos, definidos como «aquellos isleños», momentos de su juventud en La Habana. El argumento de este libro se desenvuelve entre aquel mágico rincón del trópico, París y la isla de Tenerife.

Este fascinante universo onírico aparece ante nuestra mirada como un conjunto de tapices, a través de los diferentes capítulos de la novela, que llevan por título el nombre de cada uno de los cinco sentidos. Así, con el olfato, la autora nos desvela los cálidos aromas de la seducción; con la vista, el sutil erotismo de los cuerpos; con el oído, el eco lejano de la nostalgia; con el gusto, el dulce sabor de la pasión; y con el tacto, las suaves caricias en el baile sensual de los sentidos.

EL OLFATO, EL PERFUME DE LA PIEL

A través del olfato, la protagonista recuerda la fragancia de una piel, el aroma del mar y la esencia de «Aquella isla» que llena su mente de nostalgia. Un olor desencadena los mecanismos del recuerdo de una calle de La Habana, la imagen de la tierra mojada por la lluvia o la visión del Malecón, el lugar preferido de Zoé Valdés. Marcela compara a sus amigos con sabores de frutas exóticas y tropicales que despiertan el apetito de los sentidos. Los asocia con el perfume de las flores, con cálidas esencias y con los exquisitos aromas de la cocina cubana. El ambiente de la novela se impregna de olores que se elevan como una nube que se extiende por la piel y la mente de sus personajes. Así, Samuel, su amor irrealizable, es descrito como una mezcla de anís con canela. Sus otros amigos se asocian a sabores de deliciosa ambrosía y azucarado néctar: Randy, compota de mango; Enma, naranja satinada; Winna, mermelada de ciruela; etc. Cada olor está vinculado a un rostro y Marcela, doncella encadenada a un destino trágico, se apoya en la amistad: «Y eso que puedo considerarme afortunada porque he tenido suerte con la amistad, para mí es lo más importante, nunca he traicionado a nadie; cuando he sido yo la traicionada he sufrido perenne y con hondura, en diversas ocasiones no he obtenido curación...». La protagonista es una mujer dependiente de sus vínculos afectivos: «...porque yo dependo de la amistad como la araña de su hilo». Sus amigos, miembros de la diáspora, se encuentran desperdigados por el mundo, pero se mantienen ligados entre sí a través de una memoria común. Además, Marcela nos ofrece retazos de la vida de estos exiliados, sin patria ni bandera, que habitan en la «aldea global» y que se comunican a través del teléfono, el fax o el correo electrónico.

La repetición de personajes, rasgo característico de la narrativa de Valdés, se observa en la presencia de Yocandra, fascinante heroína de *La nada cotidiana* (1995), que reaparece en esta novela. Patria, transformada en Yocandra, es un personaje fetiche que actúa de nexo en tres de sus novelas más importantes. Su estela sensual y provocadora, también había aparecido como vecina del mismo bloque de apartamentos donde vivía Cuca Martínez, protagonista de *Te di la vida entera* (1996). Ésta es descrita en esta novela de la siguiente forma: «Yocandra olía a frijoles negros mezclado con Habanita, perfume de Molinar; era la esposa del primer secretario». En *Café Nostalgia* se muestra la etapa parisina de Yocandra, mientras que en *Te di la vida entera* se narra la vida de esta heroína en su complicada relación con sus amantes: el Nihilista y el Traidor. Otro personaje singular, es Daniela, que aparece también en su novela *La hija del embajador* (1995): «En Londres conocí durante una de mis exposiciones personales a Daniela, fresa salvaje, la hija del embajador de Aquella Isla». Es una criatura desvalida que detestaba la legación diplomática y la imagen de sus progenitores. Conoce a un ladrón extrava-

gante que le regala una piedra preciosa de inigualable valor. Se queda embarazada y aborta en la casa de Marcela, que la salva de la muerte con la ayuda de Yocandra. Otro personaje es Anisia, periodista convertida al budismo, que aparece en esta obra descrita como la prima de Vera, que recuerda a uno de los personajes de uno de los relatos del libro *Traficantes de belleza* (1998).

EL GUSTO: EL SABOR DE LO PROHIBIDO

Desde su adolescencia, el sentido del gusto sirve de estímulo para que Marcela experimente con el placer y el deseo. En su itinerario, en busca de lo prohibido, encontramos a la figura de José Ignacio, un amor imposible, pues éste está enamorado de otra joven y pide a la protagonista que interceda ante la muchacha para que acepte sus proposiciones. Ella se sacrifica por amor y decide ayudar a su amado, sufriendo terriblemente por ello. Después, Marcela se sentirá atraída por Jorge, un hombre casado, que tiene un hijo pequeño y cuya mujer es extremadamente celosa. Deslumbrada por su imagen seductora coquetea con él y planea una estratagema para demostrarle sus sentimientos. Un día deja caer desde un balcón, cuando éste pasa por debajo, un puñado de cartas manuscritas dirigidas a su oscuro objeto de deseo. Él, rápidamente, las recoge y las esconde entre su ropa. Un día, la esposa descubre las misivas y mientras el hombre duerme la siesta rocía su cuerpo con un líquido inflamable y le prende fuego. Jorge muere carbonizado y, por avatares del destino, Marcela ve salir el cadáver calcinado de su casa en una camilla. Este suceso fatídico le dejará una huella indeleble de por vida al sentirse culpable de esta desgracia. Junto a esta imagen se encuentra el oráculo de un viejo babaloché, un santero afrocubano, que le pronostica su futuro. Para acabar con sus antiguos fantasmas, la protagonista deberá seguir las predicciones de esta profecía para que su alma atormentada encuentre sosiego.

En este camino de iniciación por el amor y el erotismo, Marcela, a los diecisiete años, descubre la sexualidad con su primer amante en un ardiente encuentro que se transforma en una orgía. La protagonista, en esta época, juega con el peligro y la muerte. Se deja llevar por sus instintos y explora los mecanismos del deseo, de una forma tan arriesgada que tiene como consecuencia un embarazo no deseado.

LA VISTA, LA IMAGEN FOTOGRÁFICA

A través de la mirada de Marcela hacemos un recorrido por la historia del cine. La cinematografía, factor presente en toda la obra de Valdés, aparece como un poderoso referente en la novela. En este viaje por el séptimo arte, descubrimos la fascinación de la protagonista por la magia de las películas desde su niñez. Marcela sueña despierta con el cine de Hollywood en las noches de La Habana. Compara determinadas situaciones cotidianas con escenas de películas de todos los tiempos. Así, encontramos títulos como *La máquina del tiempo*, *El tulipán negro*, *Tiempos modernos* de Charles Chaplin, *Lo que el viento se llevó* con Clark Gable y Vivian Leigh, *¿Qué fue de Baby Jane?* y *Cantando bajo la lluvia*, interpretada por Gene Kelly. Además, rememora, por medio de una asociación de imágenes, un clásico del cine de terror, *Psicosis*: «Saber que Lucio estaba acabado de bañar me dio deseos de ducharme. Lo hice esperando de un momento a otro a Anthony Perkins disfrazado de mujer con el cuchillo en la mano dispuesto a hacerme picadillo en la bañera». También, nos deslumbra con una secuencia de otro film emblemático: «Esa palabra en inglés me recuerda la película *Casablanca* y se me enchumban los lagrimales de sólo pensar en Ingrid Bergman y Humphrey Bogart en la escena de la separación». En este paseo por el paraíso del celuloide tienen cabida películas españolas como *Carmen la de Ronda*, el cine del director Pedro Almodóvar, cintas francesas como *Los paraguas de Cherburgo*, *Los amantes de Pont-Neuf*, interpretada por Juliette Binoche, una película de Godard con Jean Pierre Léaud y Chantal Goya, y obras del realizador británico Peter Greenaway como *Los libros de Próspero*. Además, a través de la percepción visual, Marcela capta el alma de las gentes y con su máquina fotográfica muestra la realidad que le rodea.

EL OÍDO: EL SONIDO DEL MAR

La protagonista escucha en sueños el rumor de las olas golpeando la costa de «Aquella Isla». A este

sonido se unen las voces de sus amigos, desde lugares lejanos, a través del teléfono, que mitigan su soledad. Marcela mantiene vivos los recuerdos de «aquellos isleños», desperdigados por el mundo, que añoran el regreso a su tierra en medio de la diáspora. Ella conserva nítida en su memoria la música de los bailes de su juventud en las azoteas de los edificios de La Habana:

«La fiesta comenzaba después que Monguy llegaba victorioso con los discos prestados de sangre, sudor y lágrimas, Los Beatles, Aguas Claras, Jackson Five, Roberto Carlos, Santana, Rolling Stones, Irakere, Led Zeppelin, Van Van, Silvio, José Feliciano, quien estaba prohibido por la misma razón que nunca pudimos leer completo *Moby Dick*, por las constantes invocaciones a Dios».

Rememora el bullicio de las calles de la ciudad, las voces de sus gentes y los ritmos de la música cubana. A largo de la novela la autora emplea vocablos en francés, en múltiples ocasiones, subrayando su condición de extranjera y exiliada. Así, en sus primeros tiempos en Francia, definía su situación en el país como una SDF, *sans domicile fixe* (sin domicilio habitual). También, utiliza refranes populares de la lengua de Molière y oraciones completas para enfatizar situaciones concretas. Además, nos sorprende con el empleo de palabras, en este idioma, que relaciona con determinados aspectos de la vida cotidiana como *papier mâché* o *vernissage*.

EL TACTO: EL PLACER FÍSICO

El sentido del tacto está representado en el tapiz de «La dama con unicornio» en la imagen de la doncella que porta en una mano un estandarte y con la otra sostiene amorosamente el cuerno del unicornio, en un claro simbolismo sexual. En esta novela, Marcela desea acariciar el cuerpo de Samuel, pero en su mente aparece siempre una barrera infranqueable que no le deja liberarse: «No es culpa de los otros, es mía; nadie podrá solucionarlo, porque el problema está en mí». Además, al descubrir que éste es el hijo de Jorge, el origen de sus miedos, se encierra más en sí misma. No puede olvidar tampoco que este joven, siendo un niño, contempló su iniciación a la sexualidad, mientras espiaba la escena escondido en medio de la oscuridad.

Marcela es incapaz de sentir el clímax de la pasión: «Además, no sé si te has fijado que he renunciado al sexo. Nunca me he sentido a mis anchas en ese dominio, no sé de qué se trata, vaya. Mas claro ni el agua, no le hallo ningún atractivo, soy frígida en una palabra...». Esa frustración, esa imposibilidad de alcanzar el deleite de los sentidos, arranca de su sentimiento de culpa ante la muerte de Jorge, por ello permanece reacia a iniciar cualquier relación sentimental. La protagonista ha tenido varios amantes, pero con ninguno logra alcanzar la plenitud del placer. Asimismo, en uno de las páginas de la novela, su tía le dice a su madre que su marido la ha convertido en una «frustrada sexual». Esta realidad une a madre e hija en una problemática común, su completa insatisfacción en el aspecto carnal.

El erotismo, elemento clave en la obra de Valdés, se muestra en esta novela de una forma directa y sin tapujos. La autora nos ofrece instantes llenos de sensualidad y placer en el delirio de los sentidos. Ésta, a través de sus libros, pretende romper tabúes, desterrar prejuicios y acabar con falsos estereotipos sobre el sexo.

«A MI ÚNICO DESEO»: EL PARAÍSO SOÑADO

El último tapiz de la serie del Museo Cluny se ha interpretado como la imagen del amor o la comprensión. También, se ha analizado como el rechazo del deseo o bien su aceptación plena. En éste se muestra la figura de la doncella que se despoja de sus joyas y se las entrega a su sirviente, que porta un cofre en sus manos, mientras espera la llegada de su amado. La asociación de Marcela como la muchacha del tapiz se establece a través de las palabras de Samuel. Éste se enamora de su imagen al ver las postales de esta serie que unos amigos le envían desde Francia. En la mente del cineasta se establece un claro paralelismo entre la belleza serena de la joven y su onírica pasión que termina convirtiéndose en realidad. Se imagina que, transformado en mítico unicornio, mirase absorto eternamente el rostro de la dama. Por su parte, Marcela, simbólicamente, se desligaría de su pasado, como si fuera un colgante que pende de su cuello, y prepararía su encuentro anhelado con Samuel. Además, la dama

está situada sobre una isla mágica, cubierta de flores de vivos colores, que se convierte en una representación alegórica del paraíso. Marcela sueña con reunir a todos sus amigos, los que se encuentran diseminados en la diáspora y los que todavía permanecen en la isla, en un idílico lugar común. En este imaginario edén se podrán sentir libres para cumplir sus anhelos bajo el lema, colocado en lo alto de la carpa del tapiz y que se convierte en la clave de esta alegoría, «À mon seul désir» (A mi único deseo).

En el último capítulo, tras el regreso de Samuel de Nueva York, Marcela descubre que no es responsable de la muerte de Jorge, pues la estratagema de las cartas fue un ardid de Minerva, su amiga y eterna rival, para disimular su relación con ese mismo hombre y crear una cortina para desviar la atención sobre ella. Marcela cruza así el umbral de su pasado y se libera de sus fantasmas. Encuentra su verdadera identidad y su pasión por Samuel. Asimismo, la protagonista describe su visión del amor en los siguientes términos: «...amar me vuelve inconsciente, flácida, bruta, porque amar me impide reflexionar de manera sencilla y consciente de las sensaciones que me produce». A pesar de su lucha interior, Marcela se siente atraída por Samuel desde el primer momento en que lo vio, pero frena sus sentimientos cuando lee el diario del joven, un guión de cine, y descubre que tienen vínculos comunes:

«Este guión aparece reflejado en la novela en itálica, como un segundo texto que incorpora el mundo de la isla dentro del exilio parisino: el guión es para una supuesta película que transcurre en la isla, y presenta a una serie de personajes que Marcela había conocido en La Habana antes de vivir en París. De esta manera, a través de ese doble texto, y al igual que ocurre con la red de personajes, la novela ofrece la doble perspectiva sobre Cuba: la de aquí (el exilio, y los personajes que viven en la memoria de Marcela) y la de allá (la isla, y los personajes que todavía habitan en ella y que Marcela conoció)»².

La protagonista siempre está escapando, de una manera obsesiva, de la fama, de las ataduras y del amor. Este joven, como el personaje del Nihilista *de La nada cotidiana*, impenitente amante de Yocandra, es un realizador que desea filmar una película sobre un balseiro: «Samuel podrá sentirse a sus anchas trabajando en lo que le apasiona más que nada, filmará a su antojo, mejor dicho, al antojo de la publicidad; pero algún día llegará lejos, talento le sobra. Algún día hará cine (tal vez no el que desea), cuando logre trasladarse a Los Ángeles, allá en la Meca».

Finalmente, se produce el encuentro sexual entre ambos amantes, lleno de referencias sensoriales, en una forma de amar salvaje y sensual. Además, en este último capítulo, la autora describe el significado alegórico de cada uno de los tapices que han servido para realizar este singular viaje por los sentidos. A través de sugerentes sensaciones olfativas, visuales, táctiles, auditivas y gustativas Valdés nos ha conducido en un singular recorrido por los recovecos de la memoria de una mujer, heroína de la diáspora.

CONCLUSIONES

En esta obra observamos el intenso lirismo de la autora al describir la experiencia del exilio, elemento clave en su obra, y el constante recuerdo de una isla bañada por la luz del trópico. Valdés intenta, a través de la nostalgia, mostrar una visión crítica del actual régimen cubano.

Los amigos de la protagonista sueñan con un lugar mítico donde, pasados los años, se reúnan y se encuentren nuevamente, un paraíso soñado, como la isla mágica que aparece en el centro del tapiz del Museo Cluny, donde recordar viejos momentos. *Café Nostalgia* es el nombre de un conocido local de la calle 8 de Miami, del que es copropietario Pepe Horta, el cual aparece en la dedicatoria del libro. El personaje de Marcela muestra en las siguientes líneas el inmenso vacío que supone el éxodo para estos apátridas: «Las personas estarán obligadas al exilio, pero sus sombras quedan. Con eso no hay gobierno que pueda; y por más que se empeñe en dividir a las familias, siempre habrá alguien de aquel lado que guarde un espacio para cobijar nuestras huellas debajo del ramaje de las ceibas». El dolor del exilio aparece en el siguiente fragmento de una entrevista concedida por Valdés:

² González-Abellás (2000), pp. 42-50.

«Cada vez somos más numerosos los desperdigados por el mundo...», dice uno de los personajes de esta obra donde vuelve a ser patente el problema de tantas familias separadas. Los cubanos estamos viviendo la experiencia del éxodo, pero también participamos de ese sentimiento solidario de apoyarnos unos a otros, de salvaguardar lo más noble del pasado y de nuestra cultura. De todo ello habla mi novela, y también de la necesidad de pensar en el futuro, un futuro sobre el cual no puedo pronunciarlo porque me asaltan todo tipo de dudas.»³

Como en otras de sus obras, la autora cita a grandes nombres de la literatura universal, como Julio Cortázar, Cavafis, Anaïs Nin, Alejo Carpentier, José Lezama Lima y Pablo Neruda, entre otros muchos. En esta novela rinde un especial homenaje a la narrativa del escritor Marcel Proust, uno de sus grandes referentes literarios. También observamos la profunda ironía de la autora en descripciones como ésta: «Al realizar los últimos retoques, tal parecía que tenía delante de mí a la marioneta que le dobla en los guiñoles», y su sentido del sarcasmo en este otro fragmento: «No, si cuando yo lo digo, no sé por qué eliminan la carrera de actuación del escalafón; debe de ser porque aquí cada ciudadano es un actor de primera, empezando por el que gobierna».

A medio camino entre lo consciente y lo inconsciente, en este paraíso onírico, esta novela es un recorrido mental por las calles de La Habana, en un viaje por las imágenes del recuerdo, la añoranza y el olvido de un tiempo perdido que no puede volver.

© Orlando Betancor

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- Cardoso, Dinora. "Café Nostalgia: Art and Exile". *Neophilologus* 89 (2005): 563-573.
- González-Abellás, Miguel Ángel. "Aquella isla: introducción al universo narrativo de Zoé Valdés". *Hispania* 83. 3 (2000): 42-50.
- Rodríguez, Argentina. "Zoé Valdés y la nostalgia". *La Jornada Semanal*. 23 mayo 1999. 8 septiembre 2008 <<http://www.jornada.unam.mx/1999/05/23/sem-argentina.html>>
- Rodríguez, Emma. "Los cubanos vivimos entre el éxodo y el deseo de apoyarnos". *El Mundo*. 30 septiembre 1997. 8 septiembre 2008 <<http://www.elmundo.es/1997/09/30/cultura/30N0120.html>>
- Valdés, Zoé. "Cuba, la malquerida". *El País Digital* 957. 16 diciembre 1998. 8 septiembre 2008 <http://www.elpais.com/articulo/opinion/CUBA/Cuba/malquerida/elpepiopi/19981216elpepiopi_4/Tes>
- Valdés, Zoé. *Café Nostalgia*. Barcelona: Planeta, 1999

El autor:

Orlando Betancor es Doctor en Historia del Arte y Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de La Laguna (Tenerife). Actualmente, es responsable de la Hemeroteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Políticas de esta Universidad. Ha colaborado habitualmente, desde 1990, en diferentes revistas especializadas en Artes Plásticas y suplementos culturales de varios periódicos del Archipiélago Canario. Su labor investigadora, en el ámbito de la literatura, está centrada en el estudio de la narrativa japonesa posterior a la Segunda Guerra Mundial y ha publicado varios ensayos sobre este tema en la revista "Espéculo" de la Universidad Complutense de Madrid. También, analiza en este momento la obra deslumbrante y sensual de la autora cubana, exiliada en París, Zoé Valdés.

³ Rodríguez, E. (1997).

EL MAL DEL SIGLO

por Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

*Allí la Vida llora y la Muerte sonríe
Y el Tedio, como un ácido, corazones deslíe...*

Guillermo Valencia, *Leyendo a Silva*

Muchos de los que escriben sobre José Asunción Silva discuten sobre su vida trágica, sus fracasos, sus amores, su estancia en París, su suicidio; algunos, aunque ya lo ha desmentido rotundamente Sanín Cano, hablan sobre la posibilidad de un amor indebido con su hermana Elvira. Estos aspectos y sus poemas –a algunos sólo les basta con *Una noche*–, son los temas predilectos de aquellos que desean hacer una semblanza del poeta. No lo hará así quien escribe estas líneas. Es necesario que se escriba sobre su obra, su faceta de novelista. Sobre el valioso vestigio en prosa que Silva ha dejado a la posteridad. Es necesario hablar de *De Sobremesa*.

Para esto, recordaremos algunos aspectos de la vida y de la obra del poeta; recapitularemos la novela de *De Sobremesa* y, para terminar, citaremos y analizaremos algunos apuntes de la recepción de la obra.

José Asunción Salustiano Facundo Silva nace el 27 de noviembre de 1865, fruto de la unión de Don Ricardo Silva, escritor costumbrista que le dedicará a su hijo su único libro, y Doña Vicenta Gómez. Estudió en colegios privados, como el de Don Luis M. Cuervo, hermano de Rufino Cuervo, y como Asunción Silva poseía un encanto y una belleza particulares, a causa de sus vestidos, sus pañuelos y sus modales; sus compañeros le decían José Presunción. Así lo recuerda su amigo Juan Evangelista Manrique¹:

Allí lo veíamos los alumnos a las horas de clases y lo mirábamos con ese recelo particular que a los estudiantes inspira todo privilegio: la corrección de su vestido, su belleza, su peinado, el aseo de sus libros y cuadernos, la pulcritud de su lenguaje, hacían un fuerte contraste con nuestra pobreza y nuestra indumentaria bohemianas. [...] Pasaba Silva entre nosotros por un orgulloso, pero un orgulloso superior, cuyo aprovechamiento y seriedad nos tenía desesperados.

A su corta edad se interesa por la literatura y está en contacto con los escritores de la época. En su casa se reúnen, en tertulia, personajes como: los Pombos (Don Manuel y Don Rafael), Jorge Isaacs, Vergara y Vergara, Carrasquilla, Marroquín, Camacho Roldan, entre otros. Silva lee con avidez los libros de la biblioteca de su padre y en 1884, con 19 años, su tío, Antonio María Silva lo invita a París. Al llegar encuentra que su anfitrión ha muerto; sin embargo conoce el viejo mundo, las nuevas ideas literarias y médicas de Pasteur, Chevrel, Borget, etc. Allí se encuentra con su amigo de infancia Juan Manrique quien estudia medicina. Del beneficio que le hizo a Silva este viaje, Manrique² afirma:

Mucho aprovechó Silva durante su corto paseo por Europa. Surtió su librería, se dio cuenta objetiva del movimiento moderno, exaltó su gusto artístico y regresó a su país lleno de ilusiones y de buenos propósitos que el andar del tiempo y la incomprensión del público y los desgraciados acontecimientos políticos ocurridos en Colombia en aquella época, [La guerra civil de 1885] se encargaron de desbaratar uno a uno.

Visitó también Londres, donde se apasiona por el movimiento prerrafaelista; y Suiza, donde enriqueció más su cosmopolitismo. Los mismos países que visitará en *De Sobremesa*, su protagonista José Fernández. Después de estos viajes vuelve a Colombia con la esperanza de arreglar los negocios de su

¹ MANRIQUE, Juan Evangelista. José Asunción Silva: Recuerdos íntimos. En: COBO BORDA, Juan Gustavo. José Asunción Silva: Bogotano Universal. Bogotá: Villegas Editores, 1988., p. 126.

² *Ibíd.*, p. 131.

padre aplicando las nuevas ideas europeas; sin embargo fracasa y en 1887 muere Don Ricardo Silva dejándolo a él encargado de la familia. Paga algunas deudas vendiendo sus hermosos libros. En 1891 muere su hermana Elvira y Asunción Silva cae en una incesante depresión ante tantas vicisitudes: la quiebra y la muerte.

Sus amigos, al verlo así, le consiguen un nombramiento para Secretario de Legación en Caracas. Allí hace parte de los movimientos literarios de la época. Es 1884. Muestra algunos textos de sus amigos colombianos; da a conocer la literatura Colombiana a los venezolanos que la aplauden con algarabía. Luego, quiere volver a su patria, toma el vapor *Amerique* y cuando se va acercando a puerto colombiano el barco naufraga. Silva sobrevive pero su obra (*Cuentos negros* y algunas novelas que estaba preparando) se hunde en el mar.

Ya en Colombia, en 1896, Don Hernando Villa urgió a Silva para que reconstruyera seis novelas perdidas en el naufragio. El poeta lo complació reconstruyendo *De Sobremesa*. Lo demás es bien sabido. Era 23 de Mayo de 1896 y José Asunción Silva vagaba por la Bogotá colonial. En la tarde había visitado a un amigo médico, Juan Manrique, y le pidió que le marcara sobre el traje la posición exacta del centro del corazón. Así lo hizo el médico, apaciguando una de las excentricidades del poeta. Se fue a su casa, se acostó colocando el revólver bajo la almohada y, como era habitual, estuvo leyendo hasta tarde. Así lo vio por última vez su ama de llaves. Más tarde, al terminar la lectura, puso la almohada en su pecho y teniendo cuidado de seguir la marca hecha en el traje, se disparó.³ Este fue el final del hombre que fue Asunción Silva y el comienzo de la perpetuación de su obra.

Ahora bien, con respecto a sus obras contamos cuatro libros publicados y algunos textos en revistas de la época. El primero de ellos es *Intimidades*, esta colección la integran poemas escritos entre los 14 y los 18 años del poeta. La componen, aproximadamente, 59 composiciones. Cobo Borda⁴ asegura, sobre esta obra que:

Silva enumera los espacios donde brota con mayor asiduidad la poesía. Sus escenarios, por así decirlo, preferidos. Son ellos los cristianos templos, los lugares que «nunca humanos pies recorrieron», los bosques seculares, los murmullos sonoros de «las ondas y el viento», la voz de los follajes, el amor por los recuerdos, los blancos aposentos de las niñas de quince años, la tristeza de Cristo y las noches estrelladas. De todos esos sitios nace la poesía, nos dice. No de los malos versos.

Vemos de esta manera, que los versos de Silva en esta época corresponden a una época romántica, bequeriana, que luego con su maestría José Asunción revolucionará con otras temáticas y otro estilo.

El libro de versos es su segunda obra. La única organizada por su autor. Ella está dividida en: Infancia, Páginas suyas, Nocturnos, Sitios y Cenizas. Son poemas entre 1891 y 1896. Sobre esta obra, Francisco Socarrás⁵, citado por Cobo Borda afirma lo siguiente:

De todo ello [su obra], lo más sobresaliente es *El libro de versos* en el que se recogen los poemas mejor logrados del infortunado Silva. «Infancia», «Los maderos de San Juan», «Crepúsculo», los «Nocturnos» [...] Es un libro cuidadosamente construido: en primer lugar, un poema-prólogo que define la materia y el tono del libro; luego, la primera parte del volumen reúne los poemas de tema infantil; la segunda, subtitulada *Páginas suyas*, incluye los «Nocturnos» y su tema es el intenso amor de la juventud; la tercera se compone de poemas de temas variados, descripciones, paisajes, estampas [...] Y por último *Cenizas* en donde se concentran los temas más pesimistas.

Este libro, como comprobamos, recorre el ciclo humano y sus preocupaciones dominantes. El poeta va recorriendo el mundo desde su infancia cayendo en un estupor de pesimismo y muerte.

Su tercer libro se titula *Gotas amargas* y, como el primero, fue ordenado y editado póstumamente en

³ Véase: TUÑÓN GONZALEZ, Raúl. Imagen de José Asunción Silva: El suicida de Bogotá. En: COBO BORDA, Juan. Óp. Cit., p. 291-294.

⁴ COBO BORDA, Juan. Silva: Bogotano universal. Óp. Cit., p. 46.

⁵ *Ibíd.*, p. 88.

1908.⁶ Esta colección reúne los poemas más pesimistas, dolorosos y humorísticos de todas las composiciones del poeta. De este libro Cobo Borda⁷ dice:

[Silva] manifiesta en sus «Gotas amargas» nihilismo y asco por sí mismo, rechazo de una sensibilidad románticoide y un idealismo espúreo, desprecio radical por un medio hipócrita e indiferente, en su inicial aburguesamiento, con Sancho Panza como héroe epónimo que los anarquistas vuelan por los aires y con su saludable revulsivo de aplicarse de vez en cuando, «buenos cauterios/ en el chancro sentimental»

Su última obra aparecida, también póstumamente, en 1925 –un año después de la publicación de *La vorágine* de Eustasio Rivera– es *De Sobremesa*. Entre 1904 y 1924 habían aparecido algunos fragmentos en revistas pero fue en 1925 cuando se publicó en libro. La novela está escrita en forma de diario con 33 entradas. Sin embargo inicia con un narrador que le da paso a la lectura del diario. Como es esta la obra que nos permitimos examinar en este texto, haremos, a continuación, un breve resumen de ella.

La novela inicia con la lectura del diario de José Fernández. Sus amigos: Juan Rovira, Oscar Sáenz, Luis Cordovez y Máximo Pérez, después de una cena que ha dado Fernández, le piden que lea los episodios que tratan sobre la explicación del nombre de su quinta –Villa Helena–; cómo fue una enfermedad nerviosa que padeció en París; unas notas escritas en Suiza, y un cuento de una noche de año nuevo en Francia.

La lectura comienza con lo que prácticamente se considerarían dos ensayos. Una refutación a Max Nordau y su libro *Degeneración*, quien clasifica y enumera las obras maestras y le atribuye a sus autores una enfermedad psicológica; y una semblanza sobre los *Diarios* de María Bashkirtseff con la cual Fernández muestra gran afinidad. Luego, en Suiza, adonde ha huido porque cree haber asesinado a María Legendre alias «La Orloff», cuando al encontrarla en la cama con otra mujer la apuñaló; recibe una carta de su prima Emilia donde le cuenta que su abuela ha muerto y que agonizando decía: «¡Benditos sean la señal de la cruz hecha por la mano de la virgen, y el ramo de rosas que caen en su noche como signo de salvación!» (196)⁸ Asunto que marcará el desarrollo de la novela. Fernández aprovechando su estadía en Suiza y disfrutando de la naturaleza formula un plan en el que pretende llegar al poder e implantar una dictadura conservadora en su país.

Ahora desde Ginebra, José Fernández cuenta sus encuentros sexuales con Nini Rousset a quien, también, intenta asesinar. Fuma opio y dura 48 horas bajo su efecto. Empieza a delirar: piensa en la muerte, le teme a la locura. En este estado ve, en el comedor del hotel, a Helena de Scilly Dancourt. Ella se retira, pierde su camafeo, él lo levanta y en la noche tira algunas ramas a su ventana. Helena sale y sin hablarle dibuja con sus manos una cruz y le arroja un ramo de flores. José Fernández, al reconocer en este gesto el mensaje de su abuela se desmaya. Al otro día se entera de que Helena y su padre se han marchado del hotel; entonces, decide buscarla.

Va a Londres a vender sus minas. Allí recuerda en todo momento a Helena y se la figura como una pintura de Fra Angélico. Acostumbrado a la vida sensual Fernández desea tener un encuentro sexual con Constanza Landseer; pero no puede, siente en el cuarto la presencia de Helena. Visita, entonces, al psicólogo Rivington para que le cure de su mal. El doctor le muestra una pintura prerrafaelista en el que está retratada una mujer idéntica a Helena. Entonces Rivington le dice que la visión de Helena es parte de un recuerdo de la niñez y promete darle una copia del cuadro.

Fernández, sin embargo, y pese a las explicaciones que le dan, estudia a los prerrafaelistas y cae en una depresión cada vez más peligrosa. Viaja a París y visita a Chevret, otro doctor, que le receta baños calientes de Bromuro. Recibe el cuadro que le prometió Rivington y Chevret, al verlo, asegura haberla conocido. Resulta ser la madre de Helena. Recomienza la búsqueda; pero con resultados poco alentadores. De pronto, renacen las aventuras sexuales con Nelly de New Port, una norteamericana; con

⁶ Véase: SANTOS MOLANO, Enrique. La novela y los novelistas. En: Revista Credencial Historia. Bogotá. No. 31, Edición 203. (nov. 2006); p. 5-6.

⁷ COBO BORDA, Óp. Cit., p. 82.

⁸ SILVA, José Asunción. Poesía y Prosa. Bogotá: Círculo de lectores, 1984. Todos los números de página corresponden a esta edición.

Consuelo Rivas, una colombiana; con Olga, una rubia baronesa alemana; con Julia Musellaro, una italiana, entre otras. Sin embargo, se aísla del mundo porque cree haber traicionado a su Helena. Vuelve a caer en depresión. Sale a pasear, para recuperar el poco aliento que le queda y se encuentra repentinamente con la tumba de Helena. Aquí termina la lectura.

Después de este brevísimo resumen de la obra de José Asunción Silva podemos reflexionar sobre la interpretación de la misma, para que, de esta forma, la nueva lectura que aquí proponemos arroge nuevas perspectivas de análisis. Como lo habíamos dicho anteriormente, algunos trabajos críticos sobre la obra de Silva sólo tratan aspectos de su vida, y analizan algunos poemas. En esta ocasión se lograron obtener algunos ensayos sobre el congreso «Silva, su obra y su época» que se llevó a cabo en 1996, celebrando el centenario del poeta. Asimismo, contamos con algunas consideraciones de Cobo Borda y de otros autores que presentaremos a continuación.

Al hablar de la novela de Silva, Klaus Meyer-Minnemann⁹ hace una lucida observación cuando examina las diferencias que existen entre la novela naturalista y la novela nueva –después se llamó novela finisecular– a la que corresponde *De Sobremesa*:

En la novela naturalista –dice–, prevalecía el interés por una narración que hacia entendible el por qué de los comportamientos humanos recurriendo a los detalles de origen, momento y ambiente social de los personajes narrador, en cambio en la novela nueva domina un interés por el cómo ya no de los comportamientos humanos sino de las complejas disposiciones psíquicas instigadoras de esos comportamientos.

Estas características las encontramos en *De Sobremesa*. Por ejemplo cuando Fernández se analiza así mismo para descubrir que todo lo llevará a la locura. O cuando, constantemente se está preguntando el por qué de las situaciones que vive. José Fernández es un ser fragmentado, es un hombre lleno de fuerza en algunos momentos de arrojo; pero también es un hombre débil pensativo y soñador. Esto se debe a que en él se unen la ascendencia criolla paterna de intelectuales débiles con los brutales instintos de la rebosante familia llanera, como lo hace ver en la novela. Estas explicaciones psicológicas de los comportamientos inscriben a *De Sobremesa* en la primera novela finisecular de América:

¡Dios es pa reírse de él, el aguardiente pa bebérselo, las hembras pa preñarlas, y los españoles pa descuartizarlos! Grita, voz de mis llaneros salvajes: ¡Hurra la carne! (315)

Meyer-Minnemann¹⁰ asegura, igualmente, que no sólo la apropiación de técnicas y estilos europeos dan esplendor a esta obra, también es importante examinar que:

Las fuerzas ocultas son las que verdaderamente determinan el universo de la novela, el mundo circundante sólo ofrece una superficie bajo la cual, se encuentran las fuerzas fatídicas de la existencia humana [...] con lo anterior Silva se anticipa a una literatura que en Hispanoamérica se manifestaría posteriormente.

Por otro lado, Cathy L. Jade¹¹, afirma que, negando las construcciones novelísticas en boga, la novela de Silva se orienta al futuro. Analiza el desarrollo de la novela en estos términos:

Se desarrolla en toda la novela un profundo descontento con la vida hispanoamericana de fin de siglo. José Fernández llega a representar al intelectual decadente que percibe en la sociedad un proceso de descomposición [...] La novela examina el esfuerzo del intelectual por sobrepasar su desengaño y por apoderarse de una nueva autoridad en nombre de la literatura que le permita tratar los innumerables asuntos preocupantes del día.

Su descripción propia del modernismo, la autocomplacencia, el exceso, lo artificial y el énfasis en lo material destaca el decadentismo que critica en la novela. José Fernández fracasa constantemente cuando se enfrenta a asuntos que marcarían definitivamente su vida como el proyecto político que

⁹ MEYER-MINNE MANN, Klaus. Silva y la novela al final del siglo XIX. En: JARAMILLO, María Mercedes; OSORIO, Dely y ROBLEDO, Ángela (Compiladoras). Literatura y Cultura Narrativa Colombiana del Siglo XX. Tomo I. Colombia: Ministerio de Cultura, 1996., p. 92.

¹⁰ MEYER-MINNE MANN, Óp. Cit., p. 107-108.

¹¹ L. JRADE, Cathy. *De Sobremesa: Novela modernista, novela moderna*. En: Revista Casa Silva. Congreso “Silva, su obra y su época”. Bogotá. Tomo I, N° 10 (Mayo. 1996); p. 206-207.

nunca lleva a cabo, o el encuentro de un amor platónico que nunca se consuma. Estas son las características del hombre de fin de siglo, tiene tantos caminos para seguir que quisiera recorrerlos todos. Silva lo narra de forma irónica:

Hay cincuenta centros teosóficos, centenares de sociedades que investigan los misteriosos fenómenos psíquicos; abandona Tolstoi el arte para hacer propaganda práctica de caridad y altruismo, ¡la humanidad está salvada, la nueva fe enciende sus antorchas para alumbrarle el camino tenebroso! (335)

Con respecto a este mismo punto, María Dolores Jaramillo¹², advierte también, que *De sobremesa*:

Entrecruza las utopías del mundo de la ensoñación y del ideal con el mundo real de los movimientos y las necesidades económicas; la aspiración a la belleza con los cálculos materiales; el «plan» de regeneración política [...] con los sueños estéticos; el mito de la poesía con el mito del progreso social y económico.

Esta actitud es la que marca el estado paradójico de José Fernández – podríamos decir que también el de Silva– que quiere hacer una cosa pero no la consigue, no la hace; y en su lugar busca innumerables maneras de entretenerse: sus estudios y sus lujos.

Asimismo, la misma autora plantea la creación de un nuevo lector a partir de esta novela. Las constantes declaraciones de Fernández sobre el lector-artista, le atribuyen a su relato un carácter de mimetismo entre el autor paradójico, que habla de lecturas y de autores sin ningún orden, de áreas de estudio como la psicología, la medicina, la teología, el arte, la literatura etc.; y el lector ideal, que tendría que entender cómo se relaciona todo este tipo de cosas en el desarrollo de la trama. A este respecto la autora afirma:

Si la lectura se concibe como una actividad estética, la novela moderna se entiende como un espacio narrativo diverso y múltiple, como una nueva práctica textual, determinada por los nuevos cánones simbólicos, lingüísticos y estilísticos. [...] Desde el comienzo de la novela, Silva nos muestra el seguimiento y las múltiples relaciones de las lecturas selectas que rodean la vida del protagonista. Lecturas filosóficas y artísticas y abundantes referencias cultas se entrelazan en el texto dándole un carácter dialógico.¹³

Es así como Silva construye un mundo heteróclito, como lo fue el mundo real en su época, en el que le exige al lector muchas lecturas y un gran conocimiento de la cultura.

Así pues, cuando se lee *De Sobremesa*, el lector se da cuenta de que existen algunas rupturas abruptas en el desarrollo de la trama, quizá Silva las haya dejado a propósito, sin embargo el lector siente que la novela está fuertemente fragmentada y, a veces, encuentra a Fernández sufriendo por Helena y de repente lo ve analizando las piedras preciosas o reflexionando sobre el nihilismo de su tiempo, feliz; para luego caer en la misma depresión. Juan Gustavo Cobo Borda¹⁴ analiza este punto diciendo que:

A través del hilo conductor –la búsqueda de Helena por Fernández– el autor intentó amarrar con él una variada serie de materiales que si bien esclarecen puntos de la obra, o la iluminan en forma tangencial, no pertenecen en sentido estricto al desenvolvimiento de la trama narrativa.

Esto se puede comprobar, al mencionar que *De Sobremesa* fue la reconstrucción de algunas novelas que José Asunción Silva perdió en el naufragio del *Amerique*. O citando a su amigo Sanín Cano¹⁵ que habla de la novela:

El manuscrito casi terminado, consta de dos partes. La primera, que contiene rasgos suntuosos de un talento completo, encierra la sustancia de una serie de novelas cortas escritas antes de 1894 [...] La otra parte, la final, está primorosamente ejecutada. Parece obra de otro autor. La descripción de unos amores abruptos en París es inferior a la fortaleza artística de Silva.

¹² JARAMILLO, María: *De Sobremesa* y la estética de la lectura. Óp. Cit., p. 215.

¹³ *Ibidem*.

¹⁴ COBO BORDA, Óp. Cit., p. 103.

¹⁵ *Ibidem*.

Sin embargo, estas razones que nos plantean Cobo Borda y Sanín Cano, aunque fundamentales e importantes para la lectura de la novela, no desmeritan el trabajo de José Asunción Silva. Hemos visto cómo las diferentes recepciones de la obra han formulado nuevas perspectivas en la lectura de *De Sobremesa*. Su escritura marcó un hito en la literatura hispanoamericana, al darle un uso original a las nuevas técnicas literarias que se usaban; la crítica que instauró en su momento aún persiste, dejándonos una semblanza de una época difícil que no dista mucho de la nuestra; y vimos, también, cómo Silva le exige a su lector forzándolo a identificarse con Fernández.

Una novela que brinde tantas perspectivas y tantas lecturas no puede ser olvidada. No se puede conocer la literatura colombiana e hispanoamericana sin haber leído la obra de Silva. Y, sin duda alguna, al leerla, estudiarla y analizarla encontramos que toda la literatura que se ha hecho en nuestro país le debe a Silva su maduración y sus técnicas novedosas. Una obra que no se desgasta por el tiempo sino que perdura *ad infinitum*, debe ser rescatada, releída y ofrecida a las nuevas generaciones para que no olviden su pasado.

© Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

* * *

BIBLIOGRAFÍA

- AYALA POVEDA, Fernando. Manual de literatura Colombiana. Bogotá: Educar editores, 1984. p. 117-125.
- COBO BORDA, Juan Gustavo. Silva: Bogotano Universal. En: _____. José Asunción Silva: Bogotano Universal. Bogotá: Villegas Editores, 1988. p. 29-121.
- INSTITUTO COLOMBIANO DE NORMAS TÉCNICAS. Normas Colombianas para la presentación de trabajos de documentación, presentación de tesis, trabajos de grado y otros trabajos de investigación. Quinta actualización. Bogotá: ICONTEC, 2007. 147p. NTC 1486.
- JARAMILLO, María. De Sobremesa y la estética de la lectura. En: Revista Casa Silva. Congreso "Silva, su obra y su época". Bogotá. Tomo I, N° 10 (Mayo. 1996); p. 215-221.
- L. JRADE, Cathy. De Sobremesa: Novela modernista, novela moderna. En: Revista Casa Silva. Congreso "Silva, su obra y su época". Bogotá. Tomo I, N° 10 (Mayo. 1996); p. 203-213.
- MANRIQUE, Juan Evangelista. José Asunción Silva: Recuerdos íntimos. En: COBO BORDA, Juan Gustavo. José Asunción Silva: Bogotano Universal. Bogotá: Villegas Editores, 1988., p. 125-134.
- MEYER-MINNEMANN, Klaus. Silva y la novela al final del siglo XIX. En: JARAMILLO, María Mercedes; OSORIO, Dely y ROBLEDO, Ángela (Compiladoras). Literatura y Cultura Narrativa Colombiana del Siglo XX. Tomo I. Colombia: Ministerio de Cultura, 1996. p. 92-106.
- SANTOS MOLANO, Enrique. La novela y los novelistas. En: Revista Credencial Historia. Bogotá. No. 31, Edición 203. (nov. 2006); p. 3-9.
- SILVA, José Asunción. Poesía y Prosa. Bogotá: Círculo de lectores, 1984.
- TUÑÓN GONZALEZ, Raúl. Imagen de José Asunción Silva: El suicida de Bogotá. En: COBO BORDA, Juan Gustavo. José Asunción Silva: Bogotano Universal. Bogotá: Villegas Editores, 1988. p. 291-294.
- VALENCIA, Guillermo. Obra poética. Bogotá: Círculo de lectores, 1984

El autor:

Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón nace el 15 de julio de 1987 en la ciudad de Bogotá. En la actualidad cursa noveno semestre de la Licenciatura en Español y Literatura en la Universidad Industrial de Santander. Asimismo, se desempeña como tutor en la enseñanza del francés como lengua extranjera en l'Alliance Colombo-Française de Bucaramanga. Ha participado en diversos eventos académicos y artísticos como las VIII Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana – Jalla-E Colombia 2006, donde presentó la ponencia Barba Jacob, desarmonía en tres actos. Blog: <http://lassillasmalditas.wordpress.com>. e-mail: helihezer@gmail.com

LA DIMENSIÓN PERDIDA DE LOS ESPEJOS

Cuento escolar con microrrelato

por Javier Quiñones

Para Fernando Valls

A pesar de que le dijeron que no valía la pena, insistió. Siempre había creído en la capacidad innata de las personas para crear belleza con el lenguaje. Las imágenes, pensaba, fluyen espontáneas, surgen inesperadamente, tan sólo hay que saber encauzarlas, vestirlas de palabra; así pues, contra viento y marea, pondría el ejercicio en el que había pensado durante el desvelo de la madrugada. Sabía que les iba a desconcertar; pero también, que iba a poner a prueba su imaginación. Era consciente de que el ejercicio era un salto en el vacío, pero aceptó el reto.

La luz sesgada de un sol amortecido se colaba entre las tupidas cortinas de la clase, que escamoteaban un paisaje árido de monte bajo y matorrales, dulcificado por la presencia del mar a lo lejos. El neón dejaba colores desvaídos en los rostros. La inquietud se adueñó de todos cuando propuso el tema de redacción, que había leído en un libro de un amigo: «¿Qué hacen los espejos cuando nadie los mira?». Se lo debían entregar al terminar la clase. Sólo les pedía veinte líneas.

«Alexandra insistía en que una teoría, la más inquietante, dice que los espejos son una especie de puerta hacia otra dimensión. Sara, a medio camino entre el realismo y la fantasía, sostenía que los espejos “no reflejan nada, tan sólo enseñan con toda claridad el supuesto mundo paralelo que hay al otro lado”»

No las tenía todas consigo, pero esperaba confiado el resultado. Su esperanza no se vio defraudada. Las paradojas de Jaime le desconcertaron cuando, sentado a la mesa de su estudio, se dispuso a leer aquel mismo día después de cenar: «Los espejos, cuando nadie los mira, se van a la dimensión perdida de los espejos». Alexandra insistía en que una teoría, la más inquietante, dice que los espejos son una especie de puerta hacia otra dimensión. Sara, a medio camino entre el realismo y la fantasía, sostenía que los espejos «no reflejan nada, tan sólo enseñan con toda claridad el supuesto mundo paralelo que hay al otro lado». Hizo un alto. Encendió el ordenador y buscó entre sus archivos una carpeta de nombre «Cuentos breves», la abrió y leyó el siguiente:

EL ESPEJO INSERVIBLE

La casa estaba cerrada desde hacía meses, así que el espejo, que había permanecido colgado en la misma pared durante más de cincuenta años, no reflejaba sino el desamparo y la quietud de la estancia deshabitada y polvorienta. Es difícil saber quién se miró en él por última vez. Quizá fue Andrea, cuando después de haber enterrado a su madre, fue a la casa a recoger algunos objetos personales de la difunta que quería conservar. Se miró de refilón, al pasar, como si no quisiera ver su imagen de adulta estragada por los años donde antes se reflejara la pureza de su rostro de niña. Cerró la puerta al salir y el espejo quedó inservible, reflejando la nada.

Puso el piso de su madre en venta, no quería en modo alguno volver a vivir allí, entre aquellas

paredes donde estaban sepultadas su infancia y su juventud, de memoria ingrata y dolorosa: la dura posguerra, la noticia del fusilamiento de su padre, la falta de amigos, el vacío en el colegio por ser la hija de un vencido, el marchitarse lento de su madre, los anhelos imposibles, las dificultades, la soledad.

Cuando salieron del notario, tras firmar la escritura de compraventa del piso, el nuevo propietario preguntó a Andrea si quería alguno de los muebles y objetos que había en la casa, porque pensaba deshacerse de ellos para llevar a cabo las reformas necesarias. Andrea no respondió y el nuevo propietario, un hombre joven de cabello engominado, que vestía un elegante traje y llevaba un casco de moto bajo el brazo, interpretó el silencio de ella como una aquiescencia. Se despidieron.

Días después, un operario rompió el espejo contra el suelo al tropezar con el extremo de una alfombra. Acto seguido lo bajó, junto con otros trastos inservibles, al contenedor. El azar quiso que el espejo quedara mirando hacia el cielo y que una parte del azogue reflejara un mar de nubes algodonosas e ingravidas que pasaban ligeras impulsadas por un viento suave, como flotando en medio del vacío.

Cerró al archivo, y continuó leyendo. Según Miriam, los espejos «son solo un reflejo de luz». Antonia decía que cuando nadie los mira, los espejos observan, lo observan todo. A veces, según Rafael, «juegan con el espacio como niños traviesos, creando formas, imposibles aquí, pero no allí, en su mundo». Los espejos, al menos para Ana, «cuando nadie los mira, lloran de soledad y de frío». Para Silvia son «moldeables y adoptan formas que nos pueden sugerir la fragilidad de nuestras

«Antonia decía que cuando nadie los mira, los espejos observan, lo observan todo. A veces, según Rafael, “juegan con el espacio como niños traviesos, creando formas, imposibles aquí, pero no allí, en su mundo”. Los espejos, al menos para Ana, “cuando nadie los mira, lloran de soledad y de frío”».

emociones». Maite, un poco como síntesis del pensamiento común sobre el tema, escribió que «los espejos, cuando nadie los mira, son el reflejo de la vida».

Le vence el cansancio. Se ha hecho tarde. Cierra el programa y apaga el ordenador. Por uno de esos inexplicables misterios informáticos, la pantalla se queda a oscuras y refleja, como si fuera un espejo de fondo negro, su imagen. Lo primero que piensa es que se ha colgado. Espera. Pone orden en la mesa de estudio y prepara lo necesario para las clases del día siguiente. Cuando se asoma a la pantalla del ordenador, su imagen sigue allí.

Decide hacer un «reset», pero el borrado tampoco se produce. Apaga el ordenador y desconcertado, se va a la cama. Al día siguiente, mientras apura el café de la mañana, decide comprobar si el problema se ha solucionado. Enciende el ordenador. Vuelve la pantalla negra. Su imagen seguía allí, con la misma camisa que llevaba el día anterior.

© Javier Quiñones

El autor:

Javier Quiñones. Nacido en Burgos, en 1954 y desde 1973 reside en Barcelona. Ejerce la docencia en un instituto de la ciudad. Es autor de *De libertad tendidas mis banderas* (1993); *De ahora en adelante* (1995); *Años triunfales. Prisión y muerte de Julián Besteiro* (1998); *Nada que no seas tú* (1999); *El final del sueño* (2002) y *Max Aub, novela* (2007). Interesado en la literatura del exilio republicano de 1939, ha sido editor de las obras de *Max Aub Enero sin nombre. Los relatos completos del Laberinto mágico* (1995) y *Aforismos en el laberinto* (2003); también de la antología *Sólo una larga espera. Cuentos del exilio republicano español* (2006). Blog: <http://jquinyonesblog.blogspot.com/>

EL CLUB DE LOS IDEALISTAS DE LOS ÚLTIMOS DÍAS

por Gabriel Schutz

a

Oscurecía cuando ingresé en la sala. Había faltado a la última reunión, la semana anterior, y estaba ansioso por conocer lo que Sapiro, en un encuentro callejero y furtivo, me había adelantado como «la mayor conquista de la cofradía y, probablemente, de la filosofía toda». Monroy estaba erguido en su silla, con ese aire de barrigón satisfecho y expectante, las piernas abiertas, las manos regordetas apoyadas sobre los muslos, como si un instante antes se hubiese remangado los pantalones para sentarse y sostuviera todavía las arrugas de la tela entre sus dedos. Pero el cenicero lleno, el olor del tabaco frío, dejaban ver que había estado sentado, fumando mansamente mucho antes de que yo llegara. De no ser porque lo conocía de tanto tiempo y sabía que esos hoyos en sus mejillas, como ombligos espontáneos, denunciaban una sonrisa de bienvenida —una sonrisa que en general pasaría inadvertida bajo la cascada gris de su bigote—, me habría sentido intimidado por aquel gesto de cacique mudo. Colgué mi abrigo y mi sombrero, empapados por la lluvia, y pude ver que junto al sombrero de Monroy estaba el de Sapiro, su saco azul, y más allá, la capa y el sombrero negros de Cartoffel. Caminé y miré escaleras arriba hacia la puerta del desván. No parecía haber nadie allí.

—¿Dónde están Sapiro y Cartoffel? —le pregunté a Monroy, acercándome a la mesa, redonda y desierta. Era extraño que esta vez no hubiese libros o papeles arrugados.

—No tardarán en regresar —me dijo, invitándome con las manos extendidas a que me sentara.

Había tres sillas además de la que ocupaba Monroy. A su derecha se sentaba Sapiro; a su izquierda, Cartoffel. Yo me sentaba enfrente de él. Me dejé caer exhausto.

—¿Adónde fueron estos dos? Sus abrigos están colgados en el perchero —señalé. Pero antes de que pudiera responderme, volví a preguntar—: ¿Te sobra algún cigarro? Preciso fumar.

—Claro —dijo Monroy con su habitual calidez, sacó la tabaquera de su viejo chaleco y me la acercó para que yo escogiera.

—Gracias. —Tomé uno al azar—. Al fin un poco de fuego en medio de tanta agua.

Encendí el cigarro. El humo dejó ver pronto el cono de luz que caía a desgana sobre la mesa.

—Bueno —volví a inquirir—, entonces ¿adónde fueron Sapiro y Cartoffel con esta lluvia?

—Ya sabes cómo son —contestó Monroy—: lluvia, no lluvia, todo les da más o menos igual.

Supe en la respuesta esquiva que Monroy se traía algo entre manos; Monroy y quizá también Sapiro y Cartoffel. Vi que los respaldos de los asientos vacíos se apretaban contra el borde de la mesa, como si en su paso por la sede aquellos dos no hubiesen alcanzado siquiera a sentarse.

—¿Y cómo has estado estos días? —pregunté para amenizar un poco la conversación.

—¡Maravillosamente bien! —exclamó Monroy. Era entusiasta, pero su respuesta parecía deberse a un motivo específico más que a su natural optimismo. Encendió un cigarro y no tardó en agregar—: Lo hemos conseguido, Tulp. ¡Lo hemos conseguido! ¡Las Formas Puras! ¡Las hemos visto!

Me sobresaltó la noticia; me despertó sospechas, escepticismo, envidia. Me indignó.

—¡Pero cómo no me avisaron! —protesté escandalizado.

—Los estatutos son inflexibles, no preciso recordártelo. Faltaste la semana pasada.

—¿Pero dónde? ¡Cómo!

—Aquí —dijo Monroy y liberó una bocanada de humo hacia el lugar de Sapiro. La danza de las volutas

hizo reaparecer el cono que proyectaba la lámpara, pero, para mi sorpresa, más allá del respaldo de la silla vacía se hizo patente con el humo un Triángulo de luz que flotaba inmóvil.

Monroy golpeó ruidosamente la mesa con sus manos y volvió a gritar:

–¡Lo conseguimos! ¡Lo hemos conseguido, Tulp! ¡¡Hemos alcanzado las Formas Puras!!

No podía creer lo que veía. Habíamos fundado El Club de los Idealistas de los Últimos Días en un país y un tiempo sin aliento metafísico; y que uno de nosotros usara capa, otro chaleco a la antigua, que hubiese en nuestra biblioteca rarezas y joyas que quizá nadie apreciaría jamás, me parecía, incluso a mí mismo, más una cofradía de locos hastiados, un refugio, que una empresa que pudiera llegar a conquistar algún día un resultado filosófico concluyente. Por eso estaba estupefacto, sin habla, mirando cómo el Triángulo flotante se desvanecía a medida que el humo lo abandonaba.

–Te presento a Sapiro –dijo Monroy, largó una nueva bocanada sobre el Triángulo y soltó una carcajada festiva mientras lo veíamos reaparecer, equilátero y etéreo–. ¡Y a Cartoffel! –Entonces, dirigió el humo hacia la izquierda y pude ver aparecer intermitentemente un Rectángulo de luz.

Sin poder contenerme, me incorporé, fui hasta el lugar de Sapiro, le eché otro poco de humo y atravesé con mi mano el Triángulo flotante, que sobrevivía impertérrito al pasaje de materia.

–Cómo es posible –musité asombrado.

–¡Ésa es la pregunta, Tulp! ¡La vieja pregunta! «¿Cómo es posible?» ¿Lo ves? Ni el sabio de Königsberg ni el mismísimo Sócrates, que alcanzó a contemplar las Ideas Puras en plena serenidad, mientras bebía la cicuta, habrían imaginado jamás un grado de penetración metafísica tan profundo como el que hemos alcanzado aquí.

Miré a Monroy con sospecha.

–Quiero ver –dije–. Quiero ver cómo lo hacen. Quiero intentarlo yo mismo.

–¡Claro, hombre! –repuso sin vacilar Monroy, chasqueó los dedos y al punto apareció Sapiro, de pie, con las manos abiertas como diciendo *Voilà!*, justo detrás del respaldo de su silla. Me miró con sorna, desvió los ojos divertidos hacia Monroy y chasqueó él mismo los dedos. Monroy desapareció, dejando caer el cigarro sobre su silla. A los pocos segundos, las volutas dejaron ver en su ascenso una Circunferencia de luz perfecta, flotante, inmóvil.

Miré estupefacto a Sapiro.

–Que nadie diga ya que no es posible ver las Formas Puras –sentenció y tomó el cigarro caído–. Yo creo que a ti te iría bien el Paralelogramo, Tulp. ¿Probamos?

–S... sí, pero es que no sabría cómo hacerlo.

–Ah, facilísimo. ¿Qué te gustaría ser?

–No sé. Un Rombo, tal vez.

–Bien, Rombo serás. Pero necesitamos a Monroy o a Cartoffel de regreso. Por ahora no sabemos qué puede pasar con varias Formas Puras coexistiendo en el tiempo-espacio durante un lapso prolongado –explicó Sapiro y chasqueó los dedos.

Entonces apareció Cartoffel, tan campante, con las manos en los bolsillos.

–¡Tulp, viejo amigo! –exclamó de muy buen humor, se me acercó y me dio un caluroso abrazo–. ¿Cómo has estado, eh? Yo estoy *más en forma* que nunca –bromeó y soltó una carcajada–. Vamos a llamar a Monroy –propuso y chasqueó a su vez los dedos.

Pero Monroy no apareció.

–Ah, maldito goloso –resopló fastidiado–. Parece que no quiere regresar. Dejémoslo un rato.

Encendió un cigarro.

La sala empezaba a llenarse de humo, pero todavía no era suficiente para dejar ver por sí mismo las

Formas Puras; era preciso dirigir expresamente una bocanada llena hacia el lugar donde flotara la Forma. Para cerciorarme de que Monroy todavía estuviera allí, solté humo sobre su silla. Había mudado: en lugar de Circunferencia, era ahora Rombo. Sapiro rió.

–Temo que te han ganado de mano, amigo –dijo.

–¿Monroy nos escucha? –pregunté.

–¡Claro! Es lo más normal del mundo –repuso Cartoffel–. Estás y no estás, eso es todo.

–¡Quiero probar ya! –dije mirando al Rombo–. Monroy: después serás todo lo Rombo que quieras. Es mi turno ahora.

Chasquéé los dedos y Monroy apareció de piernas y brazos cruzados, mirándome con un reclamo.

–Está bien –dijo al fin.

–¿Cuándo lo consiguieron? –pregunté.

–La semana pasada, aquí –repuso Monroy lacónicamente.

–¿Cómo?

Sapiro fue hasta la biblioteca, abrió las enormes puertas del sector donde guardábamos nuestros escritos y desde allí empezó a sacar pilas y pilas de papeles, desprolijamente apiñados unos sobre otros. Cartoffel fue en su ayuda y al fin, juntos, arrodillados por el peso del papelerío, cargaron aquella torre vacilante que sobrepasaba con mucho sus cabezas. Gimieron en un último esfuerzo y consiguieron al cabo depositarla sobre la mesa redonda. El papel superior arañó el techo y descendió sin prisa, en un lento vaivén hasta quedar detenido sobre la mesa. Lo tomé entre mis manos. Era delgadísimo, casi transparente, el papel más etéreo que hubiese visto jamás, y en él no había otra cosa que no fueran círculos dibujados sin precisión geométrica. Era manifiesto que habían sido trazados a mano alzada. En el ángulo superior derecho de la hoja estaba escrito el número uno.

«Sapiro fue hasta la biblioteca, abrió las enormes puertas del sector donde guardábamos nuestros escritos y desde allí empezó a sacar pilas y pilas de papeles, desprolijamente apiñados unos sobre otros.»

–Escoge al azar un papel de la pila –me dijo Sapiro–. Nosotros la sostendremos para que no se venga abajo.

Seguí diligentemente las instrucciones. Mientras las seis manos sostenían la torre irregular, extraje al azar un papel de entre los más bajos. Estaba numerado con el 1.382.766.

–¡Ah! –exclamó Monroy al verlo–. El 1.382.766, lo recuerdo perfectamente bien. Ya estaba cerca de la Idea Pura de la Circunferencia.

Otra vez no había sino círculos; grandes, pequeños, concéntricos, superpuestos, pero ahora eran, al menos a simple vista, todos y cada uno de ellos de una perfección inobjetable. Nadie diría esta vez que habían sido trazados a mano alzada.

–¿Los has hecho tú? –pregunté mirando a Monroy.

–Del primero al último. En el desván están los triángulos de Sapiro y los rectángulos de Cartoffel. Pero supongo que da igual ver esta pila o las otras.

–¿Puedo ver la hoja de más abajo? –pregunté.

–¡Claro! –repuso Monroy–. Es exactamente la 2.252.821. Pero es preciso que traslademos la pila hasta el borde de la mesa. Si no, no podremos sacar el papel de abajo.

Lo hicimos. Después de una complicada maniobra, Sapiro extrajo la hoja 2.252.821, tan delgada y etérea como la primera de la pila.

Previsiblemente, había un solo círculo, justo en medio. Era imposible decir qué lo distinguía de cualquier otro círculo trazado con un compás de precisión, pero era también imposible dejar de reconocer que algo lo distinguía, tal vez una reverberación imperceptible. Era de una belleza asombrosa.

–¿Y después de esto qué vino? –me apuré a preguntar, sabiendo ya la respuesta.

–¡La Forma Pura! –dijeron los tres al unísono. Sapiro chasqueó los dedos y desapareció. Liberé humo sobre él. Era Cilindro.

–¡Volumen! –llegué a decir, asombrado.

–¡Volumen! –repitió Monroy, chasqueó los dedos y desapareció también.

Me reí. Acerqué mi cigarro hasta su silla: era un Cubo de luz.

–Creo que te quedarás solo un rato, mi buen amigo –anunció al fin Cartoffel y en vez de chasquear los dedos, dio un silbido agudo y se convirtió en Pirámide.

–Muy bien, señores –dije–, es hora de que el viejo Tulp juegue también a las Formas Puras. ¡Oops! –Chasqueé los dedos, pero no apareció ninguno de los tres–. Oh, vamos... ¡Me aburro aquí solo!

Entendí que estaban estrenando su juguete nuevo y, de paso, espetándome mi ausencia durante la semana pasada. Parecían niños. Tan pronto disparaba yo una nueva bocanada de humo, Sapiro ya era ahora Dodecaedro, Monroy Cono, Cartoffel Esfera, Monroy Icosaedro y así, como si estuvieran contestándose unos a otros. Decidí dejar los tres cigarros en las tres sillas vacías, erguidos como chimeneas, para poder ver sin interrupción todas las transformaciones. Después de un rato, los abandoné a su suerte y fui hasta la ventana. El cielo nocturno seguía encapotado, la lluvia había amainado un poco.

–Sigo esperando, señores –dije sin volver la vista atrás.

Pero permanecí largo rato mirando hacia fuera, mientras los otros tres se divertían detrás de mí mostrándose sus destrezas. Recordé nuestras primeras reuniones, la elección del nombre, que en nada representaba nuestra posición filosófica. Lo que sucedía era que el común de las personas que sabía de nuestra afición a la filosofía y de nuestro rechazo a casi todo lo demás, decía de nosotros que éramos idealistas, ignorando, desde luego, los significados filosóficos del término, y utilizando esta palabra como un eufemismo para significar idiotez o ingenuidad en grado sumo; pues, para ellos, un idealista es aquel que cree tan ferviente, inocente y estúpidamente en sus ideales, que no se da cuenta de «los verdaderos problemas de la vida». Así que decidimos adoptar la estupidez que se nos imputaba y elevarla a cuestión evangélica.

Recordé también las discusiones que había suscitado la redacción de los estatutos, nuestro pasional y aguerrido lema, la primera distribución de tareas y cargos, los primeros escritos llevados por Cartoffel. Hasta que el reflejo de la ventana me dejó ver que los cigarros habían terminado de consumirse; Cartoffel, Sapiro y Monroy no eran ya visibles. Y se habían llevado consigo sus tabaqueras, de modo que no tenía yo cigarros nuevos para hacer reaparecer las tres Formas Puras. Monroy había dejado, al menos, su encendedor sobre la mesa. Pero no había qué quemar.

Por un momento pensé que los más de dos millones de papeles estaban allí prestos a ser incinerados. Supuse que sobre todo los primeros esbozos de círculos no revestían especial importancia. Y como tenía a mano la hoja número uno, llegué a considerar que podía valerme de ella para hacer una antorcha y ver en qué estaban aquellos tres. Pero no quería cometer una herejía. Si Monroy había guardado con tanto celo todos sus bosquejos, quizá tuviera en mente hacer algo con ellos, cuando más no fuera guardarlos como recuerdo.

–Bueno, señores, empiezo a aburrirme –declaré–. Hora de volver.

Chasqueé los dedos.

Nada.

–¿Abracadabra? –intenté.

Nada.

Empecé a preocuparme y no tardé en recordar lo que Sapiro había dicho: que todavía no sabían el efecto que podía tener la coexistencia de varias Formas Puras en el tiempo-espacio durante un período prolongado. Sentí pánico. Mis amigos bien podrían estar atrapados en el otro reino. Era preciso que al menos los viese un instante más para tranquilizarme.

Busqué algo que pudiera utilizar como antorcha humeante. Nada en aquella biblioteca era adecuado para este propósito. Habíamos leído juntos cada página de cada uno de aquellos vastos volúmenes, habíamos llegado a declarar que cada letra y cada palabra, cada oración, sección y capítulo de cada libro tenía exactamente el mismo valor que las restantes letras, palabras y oraciones de la biblioteca; que el prólogo a la traducción española de una obra menor valía tanto como el pasaje más bello del *Fedro* de Platón o la demostración más severa de la *Ética* de Spinoza, y esto porque estábamos convencidos de la pareja participación, aun de los elementos más ínfimos, en el destino común de ese único cuerpo vivo: nuestra biblioteca. No, no era posible siquiera quemar la página final con la fecha de impresión o las tediosas advertencias de algún traductor. Pero era insólito que no hubiera papeles sueltos, sin importancia, siquiera periódicos viejos. ¿Dónde estaban los papeles etéreos que habían servido para bosquejar círculos, triángulos y rectángulos? Sonaba extraño que hubiesen utilizado la cantidad exacta de papel en blanco para sus bocetos, ni una hoja más ni una hoja menos. (¿Y de dónde habrían sacado tanta cantidad y de un papel tan exquisito?) Subí las escaleras hasta el desván y encendí la luz. Allí estaban las pilas de Sapiro y Cartoffel. Me acerqué curioso a examinarlas. También era una cantidad monstruosa de papeles apilados, separados en montones que llegaban hasta la cintura. Vi el número uno, lleno de triángulos torpemente trazados, el número 806.922 ostensiblemente más cerca de la perfección, al menos de la perfección geométrica, y no pude reprimir la curiosidad de buscar el último triángulo de Sapiro. Lo había conseguido un poco antes que Monroy: un triángulo único, equilátero, extraordinariamente perfecto y bello, en medio de la hoja 2.050.441. Le eché un ojo presuroso a los rectángulos de Cartoffel. Había sido el más precoz; había alcanzado la Forma Pura, la Rectangularidad, en la hoja 1.765.423. Un prodigio.

«Busqué algo que pudiera utilizar como antorcha humeante. Nada en aquella biblioteca era adecuado para este propósito.»

Más allá, había todavía unas cuantas cajas de cartón enormes. Me acerqué a examinarlas y vi que todas llevaban mi nombre escrito. Me sonreí; habían previsto todo, incluso mi ascenso al reino de las Ideas Puras. Abrí una de las cajas, saqué unas cuantas hojas y escogí una para poder contemplarla sola, en su vacía levedad. Era tan delgada y transparente que apenas resultaba visible. Ella misma era de una belleza extraordinaria y enigmática. Daba pena tener que pasarla por la hoguera.

Bajé de nuevo a la sala, fui hasta la mesa y acerqué la llama del encendedor a una de las hojas. Contra toda expectativa, no era inflamable; no había manera de arrancarle el menor hilo de humo. Me pareció que el secreto para ver las Ideas Puras estaba cifrado en el papel casi tanto como en las innúmeras repeticiones de las formas. Pero no era momento de detenerse en especulaciones. Debía actuar con celeridad. Como no veía nada que fuese inflamable a simple vista, intenté sacar de la madera de la mesa una astilla, raspando con mi juego de llaves. «Que el club me perdone», dije y empecé a raspar la superficie.

La astilla era pequeña, pero encendió al instante. La puse por debajo de Monroy. Entre la imprecisión de mi memoria para dar con el lugar exacto donde estaría él flotando como Forma Pura, y lo delgadas que eran las volutas de humo que despedía aquella astilla, fue creciendo un horror que ninguna presencia, por aberrante que sea, llegará a concitar jamás: el horror de la ausencia. Monroy ya no estaba allí. Moví desesperado la brasa ardiente hasta el lugar de Cartoffel. Pensé, aun en medio de la angustia, en lo extraño que era buscar algo que sólo fuese visible a la luz del humo. Comprobé que Cartoffel también había desaparecido, y enseguida, que Sapiro había corrido la misma suerte.

Me invadieron una impotencia más allá de todo decir y una soledad de muerte.

β

Bajé todos los paquetes de papel que decían ‘Tulp’. Me había dicho que lo más sencillo sería vérselas con la cuadratura. Anoté, en el ángulo superior derecho de la primera hoja, el número uno y así empecé a dibujar, uno tras otro, cuadrados y más cuadrados. Era extraño considerar que Cartoffel, Monroy y Sapiro pudieran estar viéndome, tal vez desde una Supraforma, una Forma Total que fuese invisible incluso al humo, o tal vez siendo todavía meras Formas Puras, pero desde algún otro rincón al que se hubiesen desplazado dentro de la sala en sus intentos por regresar. De ser así, de poder todavía

verme, seguramente estarían preguntándose, como yo, si intentar ir con ellos no era la peor de las ideas, la cancelación de toda posibilidad de regreso para los cuatro. Pero no tenía ninguna otra alternativa y pensaba, o quería creer, que algo se me ocurriría mientras mi mano dibujara mecánicamente millones y millones de cuadrados. Por lo demás, el mundo era un lugar demasiado absurdo sin Cartoffel, sin Monroy, sin Sapiro. Cuando habíamos fundado El Club de los Idealistas de los Últimos Días, en nuestros estatutos, un poco ingenuos, quizá demasiado fervientes en conformidad con los años que teníamos entonces, habíamos sellado el documento con el lema: *Filosofía o muerte*. Y filosofía, para cualquiera de nosotros, no era, no podía ser jamás, únicamente la especulación solitaria. Filosofía era el minucioso diario de observaciones que llevaba Monroy sobre su hormiguero artificial, sociedad perfecta, según él, en la que encontraría las intuiciones políticas para rehacer una nueva utopía; era Cartoffel y su extraordinaria capacidad para ver lo que él llamaba «el gesto metafísico» en las cosas más pequeñas y ordinarias; era Sapiro y su fina disquisición para el detalle moral en los asuntos de nuestra vida; era, en fin, la amistad que nos hermanaba como testimonio vivo de la *philía* griega, y eran todos nuestros proyectos filosóficos, de los cuales apenas uno, seguramente el más descabellado, consistía en idear métodos y atajos para ver las Formas Puras –sin que sospecháramos jamás, por supuesto, su real consecución–. Filosofía y vida eran para nosotros una y la misma cosa, y por eso, así como vida y muerte se excluyen, así también para mí, y estoy seguro de que para cualquiera de los cuatro, una vida sin filosofía era la mismísima muerte en vida.

Seguí trazando cuadrados.

γ

No recuerdo cuántas horas febriles pasaron hasta que la Forma llegó a la hoja número 2.623.459. No podría decir qué sucedió en medio. Sólo sé que ardió fuego negro sobre fuego blanco, que la Forma Pura del Cuadrado quedó así sellada sobre el papel y que en ese preciso instante me desvanecí en una paz infinita y silente. Del mundo sólo quedaba el sonido de la lluvia. Lo demás era sensación ciega y preclara. Supe enseguida, con una certeza arrolladora, que Monroy, Sapiro y Cartoffel flotaban conmigo. Si alguien hubiese ingresado en la sala del club en ese instante, y hubiese hecho el experimento del humo, habría visto un Cuadrado de luz levitando sobre la silla en la que solía yo sentarme. Pero habría visto flotar también, en un punto exactamente equidistante de las otras tres sillas vacías, una única Esfera de luz. Entendí enseguida lo que había sucedido. Mientras se divertían convirtiéndose en esta y aquella Forma, y yo miraba por la ventana, no contemplaron la posibilidad de coincidir al mismo tiempo en una misma Forma. Al coincidir entre sí (tal vez, primero dos de ellos, y luego el tercero), necesariamente tuvieron que fundirse en la única Esfera Pura posible, y esto porque las Formas Puras son, por definición, únicas: puede haber muchas esferas en el mundo, pero la Esfericidad misma, la Forma Pura del ser-esfera es una sola. Y era justo allí donde ahora habitan mis tres mejores amigos. Mis tres únicos amigos.

Como Sócrates, no vacilé. Repetí una vez más «Filosofía o muerte» y me dejé transformar suavemente en Esfera.

Montevideo, mayo de 2006

© Gabriel Schutz

El autor:

Gabriel Schutz (Montevideo, 1973) ha publicado *Una noche de luz clara y otros cuentos* (Montevideo, Cauce, 2001, Primera Mención Premio Casa de las Américas, La Habana, 2001), *Y verás mis espaldas* (Montevideo, Trilce, 2006, Primera Mención Premio Nacional de Literatura, Montevideo, 2008), *El fuelle infinito* (México DF, UNAM, 2006) y *Rapsodia nocturna* (Montevideo, Trilce, 2008). Sus relatos figuran en las antologías *El descontento y la promesa. Nueva/joven narrativa uruguaya* (Montevideo, Trilce, 2008) y *El futuro no es nuestro. Narradores de América Hispana (1970-1980)* (www.piedepagina.com). Ha publicado cuentos y artículos filosóficos en revistas de México, Cuba, España, Ecuador y Uruguay. En 1998 y 1999 recibió el Premio Nacional de Literatura en Uruguay. Se desempeña como docente desde hace diez años, habiendo impartido talleres de escritura creativa y cursos sobre teoría de la narrativa. Es maestro en filosofía por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Actualmente investiga para su doctorado en filosofía, también en la UNAM.

MICRORRELATOS

por Araceli Esteves

EN MANOS DE LA JUSTICIA

No sé de qué me sorprende, nadie me escucha, nunca lo han hecho. No entiendo de leyes ni de jueces, y desconozco los códigos que rigen su justicia. De nada sirvieron los informes psiquiátricos, las alegaciones y los recursos que presentó mi abogado. Todo fue desestimado. El engranaje del sistema funciona solo, la pesada maquinaria se pone en marcha y usurpa nuestro destino, se apodera de él con avidez de ogro hambriento. Yo sólo soy un eslabón más, un pelele.

Sin otra instancia a la que apelar, el 13 de abril se abrieron para mí las puertas del penal. Asustado y confuso, cargando los recuerdos de casi toda una vida en una pequeña bolsa de deporte, crucé el umbral. Acababan los treinta años de presidio y afuera me esperaba eso que algunos necios llaman la libertad.

* * *

EL DESENCUENTRO

Aquella mañana de otoño de 1973, Lorenzo despertó con un leve dolor de muelas palpitando en su mandíbula inferior. Pensó en bajar a la farmacia a comprar unos comprimidos para afrontar lo que parecía el principio de una infección. Ahora bajaré, se dijo entregándose al abrazo de la modorra y a su pequeña promesa de alivio. Aspiró el olor entre agrio y dulzón de su cuerpo caliente y acomodó su erección sobre el vientre. El sueño dejó en suspenso la urgencia por los calmantes.

Laura se decidió por unos zapatos marrones abotonados sobre el tobillo y una falda de ante para acudir a la cita de trabajo. Era la tercera vez que se presentaba esta semana para cubrir una vacante de secretaria. Las otras dos veces había recibido un trato brusco en forma de respuesta idéntica: no tiene usted el perfil. Rebuscó en el baño una píldora de codeína que aliviara los fuertes pinchazos menstruales que amenazaban con arruinarle el día. Encontró el frasco, pero vacío.

La farmacia quedaba de camino a la parada del tranvía.

Pero los hilos no se tejieron, la historia no fraguó.

Lorenzo dormía en el momento en el que Laura abrió la puerta de la farmacia. Cuando tropezó en el segundo escalón y cayó al suelo, él no estaba ahí para ver su gesto de dolor, sus lágrimas azules. No esperó sentado junto a ella la llegada de la ambulancia y Laura no se olvidó un poco de su dolor para sonreírle.

Lorenzo sólo escuchó la sirena lejana, que se acercaba insistente para colarse en su sueño, para confundirlo hasta despertarle. Después la oyó alejarse, se llevaba a Laura y a su fémur roto y también los besos torpes y apresurados que se hubieran dado en el parque dos semanas más tarde, un amor intenso y breve, el desamor, las lágrimas de despedida.

Oyó la sirena alejándose como quien oye un recuerdo, al tiempo que se vestía para bajar a la farmacia.

* * *

MAL DE AMORES

Cansado de sufrir las inclemencias de tantos amores no correspondidos, Cayetano consultó a videntes, astrólogos y alcahuetas. Recibió consejos para elevar el espíritu y contrarrestar un corazón demasiado permeable a las emociones, probó cuantas pócimas le aconsejaron y hasta realizó el ritual de los nueve clavos. Nada funcionó. Agotado por la sobredosis de tragedia amorosa, se puso en manos de un médico suizo que le aseguró que conocía un remedio infalible. Murió en la mesa de operaciones. El cirujano tuvo que reconocer ante la evidencia, que extirparle el corazón tampoco había sido la mejor opción.

* * *

19-F

Hace unos años trabajé como jefe de protocolo en el Ministerio de Exteriores. La tarde en la que recibimos al embajador de Svequia, hacía un frío extraordinario y en las calles la nieve caída había dejado un silencio luminoso y una atmósfera diáfana. El embajador bajó del coche oficial. Vestía un abrigo gris de lana y llevaba un gorro de piel de zorro. Subió la escalinata con las manos metidas en los bolsillos, espirando nubes huidizas de aliento blanco. El Ministro esperaba ante la puerta acristalada y el embajador subió ágil los dos últimos peldaños de la escalinata circular. Ambos se disponían a estrechase las manos. Entonces lo vi. De la manga derecha del abrigo del embajador y en el lugar en el que debía estar su mano, acerté a ver horrorizado como empezaban a asomar los dedos amarillos y huesudos de una pata de gallina.

* * *

SUEÑOS CRUZADOS (*homenaje a Chuang Tzu*)

El maestro zapatero soñó que era una libélula, que soñaba que era un maestro zapatero. La libélula despertó untada en betún y el zapatero desayunó polilla.

* * *

LA FAMILIA UNIDA

Nunca me llevé bien con la familia. Desde la abuela Felicia, con ese don para esparcir cizaña, hasta el patán de mi hermano Ricardo, todos parecían puestos en escena para que la mía fuera una existencia desgraciada. Eran parientes artificiales, implantados en mi vida como órganos ajenos, que mi cuerpo rechazaba con furia desde niño. Durante años fantaseé con ser un niño adoptado. Pero el pulgar en forma de martillo no dejaba espacio para la duda acerca de mi ascendencia. Todo lo que hice para alejarme de mis parientes, resultó inútil. Acabé con la mandíbula de la abuela encajada en uno de mis fémures, las costillas de Ricardo sobre mi coxis y al lado, el cráneo de papá. Juntos y revueltos en el mismo nicho, obedeciendo la costumbre familiar.

© Araceli Esteves

La autora:

Araceli Esteves Castro (Barcelona, 1960). Diplomada por la EUTI en inglés y ruso. He vivido en Londres, Bruselas y ahora en Mallorca. He quedado finalista en la última convocatoria del Premio de relato mínimo Diomedea con el relato "La familia unida" Mi bitácora es: www.elpasadoquemeespera.blogspot.com

CASACAS DE CUERO NEGRO ¹

por Carlos García Miranda

A media cuadra de la esquina de Wilson y la Colmena los vio. Eran tres muchachos de casacas de cuero negro. Uno levantó el brazo para que se detuviera. El taxista pensó que podrían estar borrachos y hacerle problemas. Lo mejor era seguirse de frente. Iba a hacerlo, pero la luz roja del semáforo lo detuvo. Entonces los muchachos se le acercaron. El que levantó la mano apareció en la ventanilla. Tenía el pelo rubio y sonreía nerviosamente.

–Llévanos hasta Corpac –dijo.

El taxista se iba a negar, pero ya los otros habían abierto la puerta del asiento trasero. Subieron. El rubio se sentó junto a él.

–Cinco soles –dijo el taxista.

–No hay problema –respondió una voz desde atrás.

El coche se deslizó raudo por la avenida Wilson. Iba a seguir hasta coger la avenida Arequipa, pero el rubio le sugirió que fuera por el *zanjón*.

–Por ahí es más rápido –dijo.

Entonces dobló por Paseo Colón hacia la Plaza Grau, y tomó la Vía Expresa. Poco después, al pasar al lado del Estadio Nacional, sintió el frío tubo de una pistola en su nuca. Luego siguieron las risas y los intercambios de palabras entre ellos.

–Sigue de frente, hasta Chorrillos –dijo uno.

El taxista, sorprendido, quiso voltear, pero el rubio lo detuvo.

–Mira el volante, no te espongas.

Y él no se expuso. El taxi continuó su marcha hacia Chorrillos en silencio. Uno de los que estaban atrás comenzó a fumar. El otro seguía apuntándole en la nuca. Y el rubio, con el brazo apoyado sobre la ventanilla, miraba impávido la autopista. El taxista comenzó a pensar en lo que le sucedería. «Seguro quieren el auto, a mí me dejarán abandonado en algún pampón», se decía. Hacía unos años, cuando trabajaba de repartidor para una fábrica de embutidos, otros tipos, con una metralleta, lo asaltaron y se llevaron la Combi con toda la mercadería. A él y su ayudante los abandonaron, después de golpearlos, en un descampado de Lurín. El robo le costó el trabajo, pero logró recuperarse. «Seguro ahora harán lo mismo», pensó. Imaginó entonces al rubio dándole golpes mientras los otros lo sujetaban. Tratarían de dejarlo inconsciente. No lo matarían, estaba seguro, sólo querían el auto. Su auto. Betty, su mujer, lloraría de consternación cuando lo viera llegar todo magullado y sin el taxi. Sus amigos tratarían de consolarlo. Tal vez el Grasoso, su amigo, le preste uno de sus Volkswagen, o de repente esos muchachos, después de utilizar el coche en algún robo, lo abandonarían por ahí y podría recuperarlo. En ese momento, cuando estaban por llegar a Chorrillos, el rubio le indicó que tomara una desviación. El taxista siguió por esa ruta de tierra afirmada casi media hora. Se detuvieron al lado de un pequeño cerro. Ahí lo obligaron a bajar.

«Imaginó entonces al rubio dándole golpes mientras los otros lo sujetaban. Tratarían de dejarlo inconsciente. No lo matarían, estaba seguro, sólo querían el auto. Su auto. Betty, su mujer, lloraría de consternación cuando lo viera llegar todo magullado y sin el taxi. Sus amigos tratarían de consolarlo. Tal vez el Grasoso, su amigo, le preste uno de sus Volkswagen, o de repente esos muchachos, después de utilizar el coche en algún robo, lo abandonarían por ahí y podría recuperarlo.»

¹ Cuento ganador del Primer Concurso Iberoamericano de Cuento sobre la Discriminación, convocado por la RIOOD (Red Iberoamericana de Organismos y Organizaciones contra la Discriminación) en México D. F., y premiado en Buenos Aires en setiembre del 2008. Publicado en *Al otrolado. Relatos ganadores del Primer Concurso Iberoamericano de Cuento sobre la Discriminación*, México, CONAPRED, 2008, pp. 43-53.

«Me van a golpear», pensó. Junto con él bajo el rubio. Los otros se quedaron en el auto.

–Voltéate y pon las manos sobre carro –dijo.

El taxista hizo caso.

–Ahora las manos en la nuca y el rostro pegado al carro.

También obedeció. Se quedó en esa posición durante varios minutos. Y mientras sentía el frío del metal en su rostro, escuchó voces, casi gritos que provenían del interior del auto. Quiso voltear y mirar a través del parabrisas trasero, pero el rubio lo detuvo.

–¡Quieto, carajo!

En ese instante sintió miedo. Le asustaba que no lo golpearan de una vez. Pensaba que tal vez querían matarlo. Esa idea lo atormentó durante esos minutos que permaneció de cara a la maletera del auto. Comenzó a sentir un profundo ahogo en el estómago, también náuseas. Iba a vomitar, pero se contuvo. No quería hacer nada que precipitara alguna acción por parte de sus captores. De pronto, escuchó que se abría la puerta del carro. Los que estaban dentro salieron. Al rato, el cielo, que en ese instante comenzaba a pintar azules por todas partes, anunciado el amanecer, se oscureció bruscamente. Habían cubierto su rostro con una bolsa de tela gruesa. Y entonces le inyectaron en el brazo izquierdo una dosis de ácido. El taxista sintió el líquido penetrar en sus músculos. Pero no sabía qué era. Así que comenzó a forcejear con sus captores, y ellos empezaron a golpearlo. Sintió la cachá de la pistola reventándole la cabeza y golpeándole la espalda. Al caer, muchas patadas y puñetes cayeron en sus piernas, pecho y cabeza. Gritó, está seguro que gritó como nunca lo había hecho. Lo hizo hasta quedar inconsciente. Cuando los muchachos se percataron de que ya no se movía, le ataron las muñecas y los pies con un cordel, y la boca con un pañuelo. Luego lo metieron en la maletera, montaron otra vez en el auto y siguieron por aquella carretera pedregosa y polvorienta.

«Querían ir a ver un concierto. Y claro, no tenían plata. Entonces caminaron algo así como cincuenta cuadras. Mientras lo hacían conversaban sobre el grupo al que irían a ver. Hablaban con tanta convicción que daba ganas de creerles. Los malditos eran unos verdaderos fanáticos »

El Toyota se deslizaba raudo por la autopista soleada. Iba al sur. En la maletera, el taxista, con las rodillas casi hasta el mentón, sentía que su cuerpo era una especie de bulto, algo rígido y casi muerto. Mientras, en el interior del auto, el Freso, con las manos en el volante y la radio encendida, miraba a través del parabrisas el paisaje desértico. Veía unos cerros pelados, grandes arenales, casuchas de cartón y madera al borde de la pista. Poco después, al subir uno de esos cerros y doblar a la izquierda vio el mar plateado bajo el sol de la mañana. De pronto se sintió como si estuviera yendo a un día de playa. Eso le hizo sonreír. «Un día de playa con un tipo en la maletera», pensó. Tras él iban otros dos. El Pelirrojo estaba frenético. No dejaba de moverse en su

asiento y sacar la cabeza por la ventanilla y dar gritos, sintiendo el viento feroz en el rostro. Era la primera vez que se embarcaba en un asunto así. Su compañero, Lucas, en cambio, se veía tranquilo. Pensaba en el dinero que le tocaría. Sabía que sería suficiente para largarse por lo menos unos meses de su casa. Estaba harto de sus viejos. Sí, era un vago, no quería seguir ninguna carrera como sus hermanos, sólo flotar en la vida como una especie de boya inútil en el mar. Ese mar que ahora se levantaba ante sus ojos.

–Esto me recuerda a una película –dijo Freso–. Eran tres tipos como nosotros.

Querían ir a ver un concierto. Y claro, no tenían plata. Entonces caminaron algo así como cincuenta cuadras. Mientras lo hacían conversaban sobre el grupo al que irían a ver. Hablaban con tanta convicción que daba ganas de creerles. Los malditos eran unos verdaderos fanáticos. Bueno, la historia termina cuando llegan a su destino. Y no era el concierto, sino un hospital donde se compraba san-

gre. Los muy putos iban a vender litros de su sangre para pagarse el concierto.

–¡Qué locos! –comentó el Pelirrojo–. Yo nunca haría eso. Ninguna banda vale una onza de mi sangre.

–Eso pensé yo –dijo Freso–, por eso mejor sacrificamos a un tipo, como el que tenemos en la maletera.

Y luego estallaron en risas.

Después, mientras miraba a través de la ventanilla, el Pelirrojo recordó en forma de ráfagas las cosas que sucedieron la noche anterior. Se vio en aquel viejo bar de la calle Quilca con Freso y Lucas, tomando ron con Coca-cola. Les narraba su encuentro con Rulo.

–Fue en un Pub bien caleta del Rímac –contó Freso. Y recordó las luces y el humo invadiendo el terral que servía de pista de baile. Estaba con Tere, su loca favorita. Luego, después de bailar hasta sudar como unos cerdos, se sentó en la barra con ella. Tomaban cerveza. En ese instante aparecieron Rulo y Lola, viejos conocidos de la onda subte de hace unos cinco años. Ambos soñaron con integrar una banda de Metal hacía varios años (fue al terminar la secundaria). Luego de los saludos, hicieron grupo y se fueron a sentar en una de las mesas al fondo del local. Lola y Tere también se conocían.

–Y bueno –dijo Freso–, chelas van, chelas vienen, y el Rulo me cuenta el *pase*.

«Estoy forrado de dinero», me dijo. ¿Y cómo pues hermano?, le dije. «Ah, mira, que se vayan las hembritas y te cuento». Y así fue. Ya muy entrada la madrugada abandonamos el local. Cuando íbamos caminando por la Avenida Abancay, el Rulo me contó el asunto.

–Pasando Cerro Azul hay un ranchito –le dijo–. Ahí va mucha gente de plata a pasar el fin de semana. Pero no cualquier gente con plata, sino un grupo bien selecto. Son banqueros, políticos y empresarios. Van ahí a hacer sus cochinas. Son cabros, ¿entiendes? Y no te imaginas viejo, misas negras, orgías, y todo bien caleta.

Las muchachas iban delante de ellos. Freso recuerda que miraba sus traseros cuando Rulo le soltó el rollo.

–En ese lugar hay un tipo llamado Paco –le confió–. Es un flaco pelucón. Un tipo que también estuvo metido en la onda subte. Bueno, él es el proveedor del negocio. Él compra negros bien macetas. Sí, te paga hasta mil dólares por un negro.

–¿Pero cómo es eso, para qué los quieren?

–No sé exactamente, tampoco pregunto, viejo, yo sólo cobro, pero me imagino que será para sus cochinas.

Con ese dato a Freso, al día siguiente fue a buscar a Lucas y al Pelirrojo.

–Mil *luquitas* verdes –les dijo.

Y ellos no demoraron en aceptar. Entonces planearon robarse al primer negro fortachón que se les parara enfrente. El asunto resultaba algo loco. Tan loco como para hacerlo. Ahora el Pelirrojo se ve llegando a La Colmena, levanta la mano, un taxi se detiene. Rápidamente los otros suben. Él los sigue. Y cuando ya están todos adentro, se miran, y en milésimas de segundos deciden que ese taxista sería su víctima. Y entonces Freso le pone el revólver en la nuca.

–¡Qué loco! –exclama ahora el Pelirrojo. Lucas lo miraba, y hacía un ademán indicando que su actitud le parece propia de un enfermo mental, y también sonreía. Pocos minutos después, por la ventanilla vieron el letrero de bienvenida a Cerro Azul.

«El Toyota se detuvo al lado de un enorme árbol, a pocos metros de una antigua casona bien conservada. Rápidamente bajaron y fueron a abrir la maletera. Con mucho esfuerzo sacaron al taxista. Le quitaron la bolsa de tela gruesa con la que le habían cubierto el rostro, y vieron que no estaba tan golpeado como creían.»

El Toyota se detuvo al lado de un enorme árbol, a pocos metros de una antigua casona bien conservada. Rápidamente bajaron y fueron a abrir la maleta. Con mucho esfuerzo sacaron al taxista. Le quitaron la bolsa de tela gruesa con la que le habían cubierto el rostro, y vieron que no estaba tan golpeado como creían. Apenas unos moretones en el pómulo izquierdo y algo de sangre en la comisura de los labios. Cúbrole la cara otra vez, dijo el Pelirrojo. Y así lo llevaron a la casona. Una vez en la puerta, Freso pensó que tal vez sería mejor mantener la mercancía en secreto hasta no ver la paga, como en las películas. Y le dijo al Pelirrojo y Lucas que mejor se llevaran al tipo al coche y ahí esperaran. Ellos entendieron la idea. Luego, Freso tocó el timbre. Tocó varias veces. Minutos después salió un tipo robusto.

–Busco a Paco –dijo Freso.

–Para qué lo buscas.

–Le traigo víveres –esa era la contraseña, según el Rulo.

El tipo lo miró detenidamente.

–Está en el taxi –se adelantó a decir Freso.

–Espera aquí –dijo el tipo robusto y se metió a la casa. Regresó con Paco.

–¿Quién te mandó?

–Un amigo –dijo Freso.

–¿Quién?

–El Rulo.

–Bien.

El aspecto de Paco era deplorable. Tenía el cabello largo, pero una pelada asomaba al centro de su cabeza. Vestía un polo negro desteñado y pantalón Jean, también desteñado.

«El aspecto de Paco era deplorable. Tenía el cabello largo, pero una pelada asomaba al centro de su cabeza. Vestía un polo negro desteñado y pantalón Jean, también desteñado.»

–Está en el carro ¿no?

–Sí.

–Bien, vamos a verlo.

Los tres fueron hacia el taxi. Al ver que se acercaban, el Pelirrojo y Lucas bajaron, dejando dentro al taxista.

–Sácalo –ordenó Paco.

El tipo robusto lo sacó.

–Ahora quítale la bolsa.

El tipo obedeció. Paco lo miró detenidamente.

–Esta así porque le inyectamos algo de ácido –dijo el Pelirrojo.

–Bien, entremos a la casa.

–No, hagamos el trato aquí mismo –dijo Freso.

Paco dudó, luego volvió a mirar al taxista, y dijo:

–Bien, entonces ¿cuánto?

–Mil quinientos –respondió Freso.

–No, no te equivoques conmigo, patita, el precio es quinientos.

Los tres muchachos se miraron.

–No seas pendejo, Rulo habló de mil.
–Rulo es un bocón, te engañó.
–¿Y el auto? ¿Cuánto nos da por el auto? –se apresuró de decir Freso.
–Ese no es mi negocio –respondió Paco.
–Pero igual lo puedes comprar ¿no?
–Ya te dije, quinientos –sentenció Paco.
Nuevamente los muchachos se miraron.
–Es tuyo –dijo Freso unos segundos después.
–Bien –respondió Paco acercándose más al taxista–, pero todavía falta algo. ¿Lo curaron?

El taxista estaba dentro del coche con la bolsa en la cabeza. Un sinnúmero de imágenes flotaba en su mente llena de ácido. Afuera, los muchachos echaban suertes con pajitas. La más corta pierde. Le tocó a Lucas. Inmediatamente sacaron al taxista del coche y a empujones lo llevaron hacia unos matorrales. El taxista forcejeaba con ellos. Luego, le bajaron el pantalón y el calzoncillo. Freso y el Pelirrojo lo obligaron a ponerse en ángulo recto. En ese instante, Lucas comenzó a frotarse el miembro. Minutos más tarde, cuando lo sintió un poco erecto, intentó penetrarlo mientras sus compañeros lo sujetaban. Pero, por más que Lucas empujaba contra las nalgas del taxista no lograba hacerlo. Le echó saliva en el ano para lubricarlo, pero aún así no entraba. No puedo, maldita sea, no puedo. Freso comenzó a maldecir. Sigue intentándolo, le decía. Y Lucas seguía empujando sin resultado. Estuvo en esa situación casi un cuarto de hora. Finalmente, se dio por vencido. Entonces Freso decidió intentarlo. También fracasó. Lo mismo sucedió con el Pelirrojo. Muchos después, ya con el taxista otra vez en el auto discutieron el asunto.

«Inmediatamente sacaron al taxista del coche y a empujones lo llevaron hacia unos matorrales. El taxista forcejeaba con ellos. Luego, le bajaron el pantalón y el calzoncillo. Freso y el Pelirrojo lo obligaron a ponerse en ángulo recto. En ese instante, Lucas comenzó a frotarse el miembro. Minutos más tarde, cuando lo sintió un poco erecto, intentó penetrarlo mientras sus compañeros lo sujetaban.»

–Vamos otra vez con Paco, que nos dé lo que quiera –dijo el Pelirrojo.
Y eso hicieron. Pero Paco no aceptó. Dijo que un tipo que no está *curado* siempre trae problemas con los clientes. Freso insistió.
–Dame lo que quieras, no queremos regresar con él.
Fue inútil. Paco no aceptó. Así que volvieron a la autopista con el taxista en la maletera. La atmósfera era tensa. Freso no dejaba de lanzar maldiciones. Unos kilómetros más adelante, al llegar a un pequeño poblado detuvieron el auto.
–Espérenme aquí –dijo Freso y bajó.

Al rato regreso con una tapita de vaselina. Encendió el coche decidido a regresar donde Paco. Lucas y el Pelirrojo entendieron que iban a intentar *curar* al taxista otra vez. Minutos después entró a una desviación. Se detuvo cerca de unos arbustos. Hasta aquellos arbustos llevó al taxista. En esta oportunidad el Pelirrojo y Lucas sujetaron a la víctima, mientras Freso untaba su miembro y el ano del taxista con la vaselina. Acto seguido, comenzó a penetrarlo. Los gritos del taxista se escucharon a varios metros a la redonda.

Poco después de tocar la puerta de la casona, volvió a salir el tipo robusto. Al verlos, nuevamente entró, y regresó con Paco.

–Ya está *curado* –dijo Freso.

El taxista, con los ojos negros y llorosos, lo miraba. Era evidente que lo habían hecho. Entonces Paco y el tipo robusto soltaron una sonora carcajada. Freso y sus compañeros no entendían. Luego se enterarían que todo fue una maldita broma de Rulo. No existía tal antro donde se compraban tipos para satisfacer sucios instintos de gente adinerada e importante. Paco y el tipo robusto se dedicaban al cultivo clandestino de marihuana en esa zona. Y cada cierto tiempo el Rulo, un asiduo comprador, les enviaba muchachos con el mismo cuento. En un inicio Freso intentó golpear a Paco y su acompañante, pero estos sacaron a relucir sus armas. Una cuarenta y cinco y un FAL. Suficientes para que dieran media vuelta de regreso a casa.

Nuevamente en la autopista Freso se mordía la lengua de rabia. Junto a él iba el Pelirrojo, y atrás Lucas y el taxista, esta vez sin la bolsa de yute en la cabeza. Un par de kilómetros antes de llegar a la garita de control, Freso detuvo el coche y bajó a mear. Después, ya sentado al volante nuevamente, preguntó: «¿Y ahora qué hacemos con él?». Un silencio seco rodeó el ambiente dentro del Toyota. Luego se habló de abandonarlo en algún lugar de la carretera o de llevarlo a la ciudad. Unos minutos más tarde, todavía indeciso, Freso emprendió la marcha. Y mientras avanzaba veía a través del parabrisas la superficie desértica de la costa. Más al fondo, el sol de la tarde resplandecía en el mar.

El cielo era difuso, casi como de humo. A ratos surcaban unas enormes nubes espumosas. Unas nubes en las que de pronto refulgía en su interior un leve color amarillento, aunque también pudieron haber sido rojo o azul.

«Otra vez el ruido de las olas cortándolo todo, haciendo que la voz se hiciera opaca, casi inaudible. Luego el viento corriendo feroz bajo los algarrobos. Y las ráfagas de aire cayéndoles en toda la cara.»

Después de media hora llegaron a un barranco. Freso miraba ese cielo indefinido, mientras tomaba un sorbo del ron que Pelirrojo compró medio kilómetro antes.

–Era un buen negocio ¿no? –dijo Freso mirando hacia el taxista, que estaba en el Toyota.

–De la puta madre –dijo Lucas.

–Y sobre todo tan fácil –intervino el Pelirrojo.

–¿Qué hubieran hecho ustedes con la plata? Yo me hubiera ido con mi loca a Chile. Muero por volver a Santiago y hacer mancha con los punk de Lovalle. El circuito subte ahí es maldito.

–El mejor circuito es el de Buenos Aires. La meca de rock latino, hermano... ¿Me hubieras acompañado Lucas?

–A lo mejor. En realidad, yo hubiera ido a cualquier parte, con tal de estar lejos de mi casa.

Desde que llegaron se sentaron sobre unas piedras, casi al borde al barranco. Tras de ellos las olas hacían un ruido largo. Era como una línea de aire atravesando sus cabezas.

–A mi loca le hubiera gustado conocer el Cerro Santa Lucía y el barrio Mapocho. Ahí vive mi pata Moraga. Tiene un culo de material subte –balbuceó Freso antes de empujarse un trago.

Otra vez el ruido de las olas cortándolo todo, haciendo que la voz se hiciera opaca, casi inaudible. Luego el viento corriendo feroz bajo los algarrobos. Y las ráfagas de aire cayéndoles en toda la cara.

–Entonces qué dicen ¿lo bajamos? –dijo el Pelirrojo mientras le pasaba el trago a Lucas.

–¿Hay otra posibilidad?

–Creo que no –sentenció Freso.

El ruido de las olas seguía allá abajo. De pronto Freso se paró y fue hacia el carro en busca del taxista. Lucas y el Pelirrojo lo siguieron.

–¡Hey tú! –gritó Freso. El taxista volteó. Al parecer estaba algo recuperado. De inmediato lo sacaron del auto.

–Llévenlo hacia esas piedras –dijo Freso. Entonces lo cogieron de los brazos y lo arrastraron hasta el pedregal que estaba al lado del barranco.

–Llévense el auto. No me hagan daño –susurró El taxista.

–¿Por qué dices eso?

–¿No me van matar?

Freso se acercó y lo cogió de los cabellos.

–Eso ya no importa, negro de mierda.

Y lo empujó, haciéndole caer de bruces. Luego, sentados otra vez en las piedras, volvieron a beber mientras miraban al taxista.

Durante varios minutos permanecieron en silencio. Poco después se acercaron a su víctima. Vieron su rostro ensangrentado. El Pelirrojo se reía. El taxista empezó a sudar frío. Y por un instante tuvo la impresión de encontrarse lejos de esa escena. Sólo le llegaba, con una extraordinaria nitidez, el ruido de las olas. Luego la mirada de Freso se cruzó con la de Lucas y el Pelirrojo. Fue algo fugaz, como cuando decidieron raptarlo. Entonces Freso sacó la pistola y le disparó dos tiros en el pecho.

–Ahora ustedes –dijo. Y Lucas y Pelirrojo hicieron lo mismo.

Después todo sucedió como en cámara lenta. A duras penas lograron llevarlo hasta el precipicio. Allí lo sentaron sobre unas piedras. El cielo pintaba violetas y ahora el mar era de un color indefinido.

Y lo dejaron caer.

Segundos después se escuchó un golpe seco en las rocas.

–¡Vamos, vamos! –gritó Freso ganando la puerta del Toyota. Tras de ellos estallaba un ruido de olas y gritos de pájaros.

© Carlos García Miranda

El autor:

Carlos García Miranda (Lima, 1968). Escritor peruano. Ha publicado el libro de relatos *Cuarto Desnudo* (Primer Premio en los Juegos Florales Universitarios, en Perú), y la novela *Las Puertas* (Finalista en el Premio Nacional de Novela Federico Villarreal, en Perú). Es Magíster en Filología Hispánica por el Instituto de Lengua Española (Consejo de Investigaciones Científicas), en Madrid, España, becado por la Fundación Carolina; Licenciado en Literatura por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), de Lima; y actualmente cursa estudios de doctorado en la Universidad de Salamanca, gracias a una beca por convenio institucional entre la UNMSM y la Fundación Carolina. Además ha participado en congresos literarios celebrados en Perú, Chile, Bolivia y España, y ha publicado artículos especializados en diferentes revistas. Es docente universitario en la UNMSM, Lima, Perú. En el 2008 obtuvo el primer premio en el Primer Concurso Iberoamericano de Cuento sobre la Discriminación, convocado por la RIOOD (Red Iberoamericana de Organismos y Organizaciones contra la Discriminación) en México D. F., y premiado en Buenos Aires en setiembre del 2008. Dirige los blog literarios <http://www.cafecigarrillos.blogspot.com> y <http://elpesodelasplumas.blogspot.com>.

UN DÍA CUALQUIERA

por Roxana Popelka

A las cuatro en punto de un martes 10 de Octubre...

Acaba de llegar a la ciudad y está buscando un colegio mayor cerca de la Facultad. Mientras tanto Jessica vive en casa de su tía que no tiene ordenador. A las cuatro en punto de la tarde llegan sus amigas desde Ventas, y su tía, acostumbrada a los chismes del barrio, espía desde la ventana del salón la conversación que mantienen las de Ventas sentadas en la parte de atrás del patio. Sus novios están en un local, al este de la ciudad. Ensayan unas cuantas versiones de un famoso grupo de rap, quieren traducirlas al castellano así que llaman a Daniel que es casi bilingüe, aunque se hace un lío con la g, y quedan con el tal Dani esa misma tarde antes de que se vaya con su madre al Carrefour. Jessica tiene el novio más guapo de la pandilla que la saca a pasear en una moto de 15CV y 234c.c. Su tía no sabe nada del asunto, cree que va en metro como las demás. No sabe que recorre todo Madrid y juegan a carreras por Alcalá cuando no hay policías patrullando la ciudad. A veces, como hoy, Jessi agarra a su novio fuertemente de la cintura e imagina que es un actor famoso; Johnny Depp o Matt Damon, y que están de vacaciones por la costa en plena ola de calor. Llevan un bolso enorme comprado en las tiendas de la rambla, y extienden la toalla familiar al llegar a la playa. Mario, que así se llama en realidad, alquila en esa caseta pintada de colores una tabla de surf, y Jessica, que le da miedo el oleaje, se queda tendida en la arena soñando con películas y pruebas, con escenas subidas de tono donde es la protagonista indiscutible. Aparece en bikini salpicando a los demás, jugueteando con el agua en plan Anita Ekberg. No lo puede remediar y se le escapa un suspiro imposible de interpretar.

«Yohana está sentada en la garita del número 18. Es rumana y trabaja de conserje en el edificio de la tía de Jessica. Suele empalmar dos turnos de ocho horas. La releva su prima Andrea, también rumana.»

Mientras tanto, a las cuatro y media de la tarde de ese mismo día

La tía de Jessica termina de secar la loza de *Sargadelos*, deja comida y agua al abisinio rojo y se dispone a salir, hoy por tercera vez. Conecta la alarma –cuatro dígitos exactos– y cierra la puerta blindada con suavidad. Si por casualidad se equivoca al marcar la numeración salta rápidamente la alarma y llaman de la central preguntando por la contraseña. Ya le ocurrió más veces, por eso lleva apuntada la palabra *Alaska* en un papel, dentro del billetero de piel. Cruza la calle y mira de reojo el largo de la falda en el escaparate de una tienda de caramelos. No hace nada especial para ganarse la vida. Trabajó en una ONG dedicada a recolectar material escolar. Lo mandaban en Airbus a un país de América Latina que nunca llegaría a conocer. Primero estaba su marido, después la población analfabeta. Eso decía Antonio, y ella le hacía caso rellenando cada noche su vaso de Jack Daniels. Eran noches de sofá y tele con concursos y premios, noches sin nada que hacer. Se levantaba de madrugada; sisaba la calderilla de los pantalones de él que luego gastaba en máquinas tragaperras, o contactaba con tarotistas que le auguraban, una y otra vez, un futuro venturoso. Creía en el más allá y envidiaba a su hermana por haberse casado otra vez. Después de la muerte de Antonio conoció a Manuel, pero se lo dejó bien claro cuando le explicó que tenía mujer; nada iba a cambiar sólo se verían los martes hacia las seis. Ahora quiere renovar la casa para invitar a sus nuevas amigas. Las conoció en un hostel de las Rías Bajas, enseguida hicieron buenas migas. Se ven con frecuencia en un café de la calle Doctor Fourquet. Quedan siempre a la misma hora: a las cinco y diez.

A las seis en punto de la tarde

Yohana está sentada en la garita del número 18. Es rumana y trabaja de conserje en el edificio de la

tía de Jessica. Suele empalmar dos turnos de ocho horas. La releva su prima Andrea, también rumana. Hablan con dificultad el español aunque saben deletrear revolución y marginal, y mandan a Bucarest 600 euros a fin de mes. Después del trabajo Yohana regresa a su habitación, se quita el uniforme azul oscuro, lo dobla cuidadosamente y lo guarda en una maleta color verde oliva que guarda encima del armario. Hoy no se ha maquillado, así que se lava los dientes y abre la cama plegable del piso de alquiler que comparte con su prima y otras más.

Tiene colgado en la pared de la habitación un mapa de Rumania donde aparecen itinerarios incomprendibles señalados con rotulador. Podía haber tenido marido e hijos, aunque prefirió huir de la miseria y probar suerte en España. Cuando libra los jueves sale con las demás rumanas; van al centro comercial a comer kebab. A veces también a bailar y se mezclan con gente de otra nacionalidad. El día en que llegó a Madrid caía una tormenta inusual en la capital. Había atascos kilométricos y madres desesperadas que agitaban la mano a taxis demorados. No llevaba impermeable y le preocupaba su pelo recién cortado; quería llegar presentable a la entrevista concertada. El trayecto en autobús lo hizo pensando en succulentos platos llenos de arroz y en cítricos del país. Ahora mira sus uñas esmaltadas con esmero y se muerde un padrastró del pulgar. Saca un espejo de mano y las pinzas de depilar e inclina la cabeza hacia delante; comienza a quitarse

«En el supermercado del barrio de la tía de Jessica una chica de 19 entra a trabajar como reponedora por primera vez. Lleva un piercing discreto en la nariz. El encargado le pide que la acompañe al almacén, dice: quítate el piercing, son las normas de la empresa, y la deja sola con cientos de embalajes y palés.»

algunos pelillos sobrantes de las cejas. Justo en ese momento entran al portal los hermanos del segundo C, llegan gritando, como siempre, escapados de la baby sitter ecuatoriana que le dice a Yohana: al menos tú estás ahí tranquila yo tengo que aguantar a estos dos infiernos sin colegio. Yohana posa las pinzas de depilar y le cuenta que en su país, después de 1989, la gente emigró desde el pueblo a la ciudad, como es natural. La ecuatoriana sonríe; se le nota la dentadura gastada. Prefiere cambiar de tema y saca de la bolsa de plástico una falda estampada comprada en un chino por 8 euros; le pide opinión a Johana que se la prueba por encima del uniforme.

En ese preciso instante el cartero hace su reparto habitual en el número 18, coloca unos cuantos paquetes en la garita y le dice a Yohana: firma aquí, y señala con el dedo una casilla vacía. Se despide dejando el portal abierto que aprovecha el Fox Terrier de pelo corto para salir disparado hacia la calle, a su dueña, la del 4º con las ventanas de aluminio, no le ha dado tiempo a ponerle la correa en el ascensor, y le grita, como si el chucho la fuera a entender: ¡Jack, Jack! ¿Qué fue lo que te dije al salir?

Un cuarto de hora más tarde

En el supermercado del barrio de la tía de Jessica una chica de 19 entra a trabajar como reponedora por primera vez. Lleva un piercing discreto en la nariz. El encargado le pide que la acompañe al almacén, dice: quítate el piercing, son las normas de la empresa, y la deja sola con cientos de embalajes y palés. En la caja número 3 se forma una cola enorme, la señora del abrigo descolorido ha derramado aceite de girasol. La gente se aparta mientras la cajera intenta limpiar el pegote de la cinta con un trapo. Enseguida llega el encargado y frota con un producto estrella el aceite acumulado. Es un supermercado de calidad y los empleados tratan amablemente a los clientes; dicen buenos días qué va a ser, y por supuesto los nombran de usted. Los clientes no responden al saludo, dicen: ponme esto y lo otro. En la sección de charcutería se nota que hay buen rollo; los tenderos se gastan bromas y despachan con humor, menos Rosa que parece ida, nadie sabe muy bien por qué. La chica nueva sale del almacén con el piercing metido en el bolsillo del uniforme; coloca con esmero los productos de perfumería, al llegar a las espumas de afeitar se hace un lío de nombres y pregunta a la jefa de sección, que en ese preciso instante se está ajustando el tirante del sujetador y le dice: no te preocupes, es normal al principio, y al acabar se aleja por el pasillo de los lácteos.

El novio de la chica de 19 años le hace una llamada al móvil, quiere saber cómo le va en su primer

día de trabajo, pero ella lo tiene apagado; son las normas de la empresa. El novio dice: joder qué putada, mientras llena el depósito de su Vagon Kangoo. Antes de pasar por caja se queda mirando la portada del Interviú, le gustaría comprar una para variar, pero le da corte, no vaya a ser que la pille su novia. Tiene 27 años y una hija de un matrimonio anterior. Se casó con una mujer de Toulouse; aquello no funcionó. Discutían por cualquier cosa y ella llegaba de madrugada del bar donde trabajaba, eso no podía ser, ni los escotes que usaba. Conoció a la de 19 en los baños de un Burger King y ahora que ha empezado a trabajar se quieren casar. Están pensando en comprar un piso y dejar de una vez de vivir de alquiler.

A las siete cuarenta y cinco de la tarde

En el patio de la casa de la tía de Jessica dos chavales de 13 años se entretienen mientras esperan a Laura y a Sofi. Se pasan canciones por el bluetooth y exclaman: ¡qué guay, déjame escuchar! Suben el volumen al máximo y tararean una canción *«Pienso todo está como debería haber sido pero no porque mi grupo resulte conocido, pregunto a dónde voy no sé...»* Hablan de conciertos y de móviles, y de películas en otra dimensión. Uno de ellos lleva pantalón y sudadera negra; aunque hace calor va con la capucha puesta.

Es un día como otro cualquiera sólo que hoy están de puente.

Quedar, charlar, reír.

La madre de uno de ellos aprovecha que su hijo está en la calle para echar la siesta un rato. Se levanta mareada; toma un gelocatil. Ahora piensa en las notas del chaval; en el tres con cinco de lengua y en el 4 de mates. La tutora le ha comentado que si continúa así repetirá. La madre se siente impotente, y le echa la culpa al móvil o al centro comercial. Recuerda sus 13 años cuando no había tanto en qué gastar, y en lo bien que lo pasaba cuando bajaba al portal. Ahora son otros tiempos; tanta tele y tanta wii. Lleva puesto un albornoz amarillo de tela de toalla que le regaló su marido, como siempre lejos de aquí, viajando esta vez por Cuba, se supone que para invertir. Le gusta quedarse sola en casa y fisgar

«Un joven escultor, apenas conocido en el mundillo artístico, se quita el mono de trabajo después de una intensa jornada laboral. Cierra la puerta del taller y baja la persiana metálica con la ayuda de un gancho de hierro. Conduce una ranchera de segunda mano por la A-6 [o Carretera de A Coruña] en dirección a Madrid, y deja atrás su estudio en Galapagar, pequeña localidad de la Comunidad de Madrid, a 35 kilómetros de la capital.»

en los cajones de su hijo, a veces encuentra papeles que lee y vuelve a colocar. Son notas que se pasan en clase, notas misteriosas que encierran una realidad. Laura y Sofi llegan gritando: ¡vamos, vamos, no veis que llegamos tarde! Los dos chavales preguntan por qué tanta prisa y recuerdan que es el cumpleaños de Javi, que vive en el tercer bloque, así que guardan los móviles en el bolsillo del pantalón y se largan corriendo hasta la casa de Javi, que le dice adiós a su madre y pega un portazo. Baja las escaleras a toda velocidad, rozando con la yema de los dedos las manijas de las puertas. Se detiene unos minutos en el descansillo de la tercera planta y parte, con su cortaúñas de bolsillo, la rama de un manzano artificial. Si el vecino se entera probablemente lo denunciaría directamente al presidente de la comunidad, pero Javi ha tenido suerte; hoy no está.

A las doce de la noche

Un joven escultor, apenas conocido en el mundillo artístico, se quita el mono de trabajo después de una intensa jornada laboral. Cierra la puerta del taller y baja la persiana metálica con la ayuda de un gancho de hierro. Conduce una ranchera de segunda mano por la A-6 [o Carretera de A Coruña] en dirección a Madrid, y deja atrás su estudio en Galapagar, pequeña localidad de la Comunidad de Madrid, a 35 kilómetros de la capital. Fue en esta pequeña villa donde el rey Felipe II mandó construir una casa de descanso: «La casa veleta», para pernoctar mientras se edificaba el conocido Monasterio del Escorial. El escultor no sabe nada de esa historia, ni falta que hace, sólo se interesa

por lo actual. Suele visitar afamadas galerías de arte, especialmente los jueves, cuando hay inauguración y de paso sirven un vino español. Se codea con artistas de renombre que visten todos igual; llevan gafas de colores chillones para hacerse notar. Le gustaría dejar de ser un desconocido aunque reconoce que el salto a la fama lleva su tiempo. Últimamente le ha dado por presentarse a numerosas convocatorias de artes plásticas; necesita una subvención para preparar su próxima exposición. Ya ha rellenado el impreso de la prestigiosa Academia de España en Roma, y espera con ansiedad el fallo del jurado. Su novia, que vive en el edificio de la tía de Jessica, ignora su intención. Lo espera impaciente redactando un informe en un apartamento de alquiler de 30 m cuadrados (exactamente lo mismo que mide una jaula para perros de cualquier sociedad protectora de animales en una ciudad española de más de 10.000 habitantes). Realidad que ha llegado a convertirse en algo habitual en las grandes metrópolis del primer mundo: parejas jóvenes se independizan del núcleo familiar y pasan a compartir habitáculos diminutos (que decoran a gusto de las grandes multinacionales del mueble). La novia del joven escultor considera que se trata de una sangrante injusticia social. Hace sumas y restas que debe incluir en el informe final, y mientras da con el número exacto escribe unas cuantas frases en su cuaderno personal.

A la novia del joven escultor, que vive en el edificio de la tía de Jessica, NO le gusta:

Hablar por el telefonillo del portal
que suene el teléfono fijo y el móvil al mismo tiempo
oír conversaciones sobre cortinas para el salón
ni oír hablar acerca de neumáticos
ni de la ITV
y menos aún sobre latiguillos,
no aguanta las conversaciones sobre latiguillos

A la novia del joven escultor, que vive en el edificio de la tía de Jessica, LE gusta:

Buscar en la Wikipedia qué instrumentos cortantes usaban en el Paleolítico superior
escuchar a un grupo de turistas japoneses acodados en la Plaza del Sol
que los niños permanezcan en la escuela hasta las siete de la tarde
ver a Colombo en *Cielo sobre Berlín*
manosear las copas de los sujetadores en las tiendas de los chinos
entrar a esas mismas tiendas y salir sin comprar nada, o comprar una braga
hortera por 2 euros y usarla los domingos cuando no tiene que ir a trabajar
escuchar a los músicos tocar en el metro, especialmente si son violinistas rusos.

© Roxana Popelka

La autora:

Roxana Popelka. Ha publicado los libros de poesía *Ciudad del Norte* (1989) y *Simplemente nada común* (1991). Poemas y relatos suyos han sido incluidos en las siguientes antologías: *Gijón Exprés* (1995), *El último en morir que apague la luz* (2001), *Cuentistas* (2004) *Poesía astur de hoy* (2006), todos ellos en ediciones del Ateneo Obrero de Gijón. *La verdadera historia de los hombres* (Eclipsados, Zaragoza, 2005). *Tripulantes* (Eclipsados, Zaragoza, 2007). Ha publicado el libro de relatos *Tortugas acuáticas* (Baile del Sol, 2006). Recientemente ha sido incluida en la antología de relatos homenaje a Bukowski: *Hank Over* (Caballo de Troya, 2008). Dirige la revista literaria *Lunula* del Ateneo Obrero de Gijón. Actualmente colabora en las revistas *Calle 20* y *El duende* de Madrid. *Todo es mentira en las películas* es su primera novela. Se publicará en breve en la editorial Baile del Sol, Tenerife. Próximamente aparecerá su libro *Hotel*. Desde el año 1996 se dedica, paralelamente, al arte de acción, realizando numerosas performances dentro y fuera de España. Es codirectora y guionista de varios cortometrajes: *La vida en un corto* (2003). *El aparcamiento* (2005). Este último ha resultado ganador en la edición 2005 del Festival de Cine de Gijón (día de Asturias), y seleccionado en el festival de cine independiente de Canadá.

EL NÚMERO CUATRO

por Leopoldo de Trazegnies Granda

En días pasados se me rompió un pie, el derecho. No sé cómo. Me desperté por la mañana y estaba roto. Tenía el tobillo descolgado como una caja de puros abierta. A partir de entonces anduve de forma pausada, estirando la pierna herida como si fuera un bastón, como si le faltaran visagras. Luego se soldó el hueso, el hueso astrágalo, y aunque ya podía articular los metatarsianos, que es como se llaman los otros huesos que tenía adoloridos, yo continué andando con la pierna rígida dejando caer el peso del cuerpo en la contraria con extremada lentitud, movimiento que ponía en peligro a las palomas de las plazas que se me acercaban. Encontraba que esa manera de andar me daba un porte digno y distinguido y además era una forma de hacerme perdonar los tatuajes.

Tampoco sé cómo aparecieron los tatuajes. Recuerdo que hace mucho tiempo entré a una casa de baños en Estambul, me eché sobre un mármol vetado para probar los masajes turcos y cuando me vi desnudo en un gran espejo de azogue desgastado salí corriendo y descubrí que tenía el cuerpo cruzado de líneas azuladas como un mapa mundi y que el banco de mármol se había transmutado en una losa impoluta. Sí, me quejé, pregunté, inquirí, demandé, pedí explicaciones, pero me respondieron en un inglés incomprensible que los tatuajes los traería yo puestos, que allí no tatuaban a nadie y que si no quería un masaje turco que me largara. Acepté sus persuasivos argumentos tomándolos como un pequeño absurdo más de mi vida que no me impediría ser feliz y me alejé del lugar vetado y compungido. Poco a poco me fui acostumbrando a mis nuevos meridianos y latitudes epidérmicas como ahora a mi cojera.

Camino por la calle Ferrándiz. Si esta ciudad estuviera tomada por enemigos ya me habrían disparado desde las ventanas. De lo que puedo estar seguro es que no estoy en Bagdad ni en Nueva York. Ni siquiera recibo el «fuego amigo» de las miradas. Da la impresión de ser una ciudad evacuada, aunque esté llena de gente con miedo. ¿Quién nos ha convencido de que nosotros somos los malos? ¿Por qué persiguen a los automovilistas? ¿Por qué persiguen a los peatones, a las mujeres, a las parejas, a los solitarios, a los ancianos, a todos excepto a los niños? ¿Por qué no nos rebelamos? Llego a la plaza de la Victoria, si estuviera en Düsseldorf se llamaría Sieglplatz y estaría terminando un día sombrío a punto de llover. Una vez estuve en Düsseldorf y desde el tren vi patos negros en un estanque verde. Pero ésta ha sido una tarde clara y arbolada al borde del mar, aún quedan hilachas de la puesta de sol en los cipreses.

«El arroz con gambas del menú estaba bueno y hace muchos años que opino que es el sabor más adecuado para comer solo en una vieja habitación de hotel, se puede comer primero el arroz y luego las gambas una a una y al final tiene uno la sensación de haberse dado un banquete de mariscos.»

En la esquina que forman la calle Lagunillas con Altozano está la librería donde hace unos días compré un plano de la ciudad como si precisara urgentemente encontrar una dirección. Me senté a estudiarlo detenidamente en el café Central hasta que se me hizo de noche y no recuerdo dónde dormí.

Entro a un restaurante chino que está en el extremo opuesto de la plaza y pido el menú que anuncian señalándolo con el dedo. «¿Para llevar?» me pregunta una chica china con ojos como perlas machacadas sobre la gamuza de sus pómulos. «Sí, para llevar». Tengo intención de comérmelo en la habitación de mi hotel porque he conseguido hotel. La camarera china duda antes de marcar el código en la caja. Observo que la pantalla tiene caracteres chinos como arañitas disecadas. Se queda pensando con la mano en alto y las perlas de sus ojos adquieren la opacidad ciega de las figuras de Modigliani mientras yo me la imagino desnuda con el vello púbico hirsuto. Al fin se decide a preguntarle el código a su compañera que le responde: «sii yaow yaow» y ella marca 411.

Yo ya estaba distraído viendo los peces tropicales de un acuario pero al ver la cifra marcada deduje

que el número uno era el repetido dos veces: yaow, y se lo comenté a la chica: «¿Uno se dice yaow?». Antes de hacerle la pregunta carraspeé dos veces, temía que no me entendiera porque eran las primeras palabras que iba a pronunciar en el día. «No» me respondió sorprendida, «se dice yi». Entonces intervino su compañera: «Se dice yi pero también se dice yaow y yo le he dicho yaow». Nos reímos, sentí una gran satisfacción, había deshecho el malentendido rápidamente, no siempre se nos presentan en la vida ocasiones tan simples para decir lo que pensamos. Deduje que ellas sentían la misma alegría que yo por haberme enseñado algo absolutamente nuevo para mí: Uno, el número solitario de la aritmética, en chino está acompañado, se puede pronunciar «yi» y también «yaow», tiene doble personalidad. Me dieron ganas de comerme un arroz tres delicias sentado con ellas sobre las neveras industriales. A veces el mundo se nos revela inocente y sin misterios. Entusiasmado añadí: «Entonces sii es el cuatro». Ellas dejaron de reírse y siguieron laboriosamente preparando la bandeja de comida de mi menú como si no me hubieran oído. «¿El cuatro se dice sii o también hay otra forma de pronunciarlo?» insistí. No me respondieron, me entregaron la bolsa y me cobraron apresuradamente.

Salí alargando mi pierna coja con actitud más digna aún de la que había tenido al entrar al restaurante. Es extraño, tan pronto uno sintoniza con los demás se rompe la comunicación sin ningún motivo aparente y todo se estropea. Al salir a la calle tuve el humor de decirles a manera de despedida «bonitos farolitos» refiriéndome a los adornos orientales del local. Nunca hay que perder la compostura. Ellas no me oyeron porque ya habían cerrado la puerta.

Llegué a mi hotel por el Paseo y pedí la llave, al tenerla en la mano me di cuenta que estaba alojado en la habitación 411, «sii yaow yaow» me dije para mí mismo. Revisé los programas que había en la televisión, era tarde, en casi todas las cadenas ponían tablas de ejercicios pornográficos, nunca me ha gustado la gimnasia, la apagué. Comí frente a la ventana que daba a una pequeña terracita frente a la ladera donde por la mañana había oído gorriones y había visto un perro vagabundo metiendo delicadamente la lengua en una lata de conserva.

El arroz con gambas del menú estaba bueno y hace muchos años que opino que es el sabor más adecuado para comer solo en una vieja habitación de hotel, se puede comer primero el arroz y luego las gambas una a una y al final tiene uno la sensación de haberse dado un banquete de mariscos. Entablé un monólogo con el chirrido de las ruedas de los coches y autobuses que pasaban por la calle: ¿Por qué habían cambiado de actitud las camareras chinas? ¿Cuál era el misterio del número cuatro? Quatre, four, vier, sii. El cuatro es una silla invertida en cualquier idioma, un asiento imposible. Puse una silla al revés y comprobé que era un cuatro de madera, la dejé en esa posición apoyada en el espejo del armario vacío que abrió una de sus hojas como para abrazarlo.

Recordé que al subir a mi habitación había visto en el vestíbulo frente a los ascensores dos ordenadores conectados a Internet. Bajé y eché las monedas necesarias para consultar mi correo. No me había llegado ningún «E.mail» esperado, era natural porque no esperaba ninguno. Entonces entré en Google y escribí: «número 4 en chino». La respuesta fue: *Sii. El número cuatro es homófono de la palabra muerte. Según la tradición china trae mala suerte.*

Para contrarrestar el mal augurio decidí salir a la calle y buscar un sitio donde poder tomarme una cerveza. Eran las cuatro en punto de la madrugada.

© Leopoldo de Trazegnies Granda

El autor:

Leopoldo de Trazegnies Granda. Poeta, novelista e historiador peruano nacido el 12 de marzo de 1941 en Lima. Vivió su niñez y juventud en el Distrito de Miraflores y actualmente se encuentra radicado en Sevilla, España. Forma parte del *Grupo de Escritores Peruanos Radicados* en España, entre los que se encuentran Fernando Iwasaki (Sevilla), Jorge Eduardo Benavides (Madrid), Fernando Tola de Habich, (Barcelona) y Coco (Carlos) Meneses (Mallorca). Ha publicado los libros de poesía: *De las casas que nos poseyeron y que fuimos abandonando* (Mención honorosa de la II Bienal de Poesía, Panamá 1972), *Versos del oriental* (Premio Acentor de poesía, 1982), *Cinco poetas antiguos desconocidos* (Selección y notas. Sevilla, 2008); y los de relatos: *Conjeturas y otras cojudeces de un sudaca* (1996), *La lámpara de un cretino* (2000), *La carcajada del diablo* (2001), *Bulevar Proust* (2002), *Pasajeros de otros barcos* (2004) y *La tentación del silencio* (2006). Página web: <http://www.trazegnies.arrakis.es>

TRES RELATOS

por Mónica Sánchez Escuer

ORTODOXIAS

Era marxista. Usaba la mirada aguda en días de fiesta y la mezclilla a diario. Vestía con anteojos su cara de luna para mirar mejor el suelo; nunca tropezaba, sus pasos precisos caían como imanes sobre la tierra.

Yo lo admiraba: excelente ensayista, luchador social, intelectual sensible. Quería conocerlo, saber si en sus palabras diarias brillaba la misma luz que en sus escritos. Un día, saliendo de su clase, me atreví: lancé su nombre ocultando, tras el morral y una amplia sonrisa, mi pinta burguesa, y él me respondió. Así comenzaron nuestros encuentros.

Todo se volvió intencional entre nosotros: sus libros, mis preguntas, su materialismo dialéctico. Una tarde, sus palabras desaparecieron en la elocuencia de mi boca y, sin definiciones ni trazados paradigmas, empezamos a compartir algo más que El capital.

Me gustaban sus anteojos y las ideas que salpicaba sobre mi frente, sus labios mojados apenas abiertos y la duda constante clavada en su rostro.

Habíamos salido un par de veces y su piel aún no se atrevía a enseñarme sus maestrías. Esperé unas semanas. Nada. Fui yo entonces quien abrió las puertas. Una noche, en medio de los besos, le desabroché la camisa poco a poco. La mezclilla parecía cosida a sus piernas, pero al fin cayó con todo y el frío que cubría. En un impulso, él me arrancó los botones de la blusa para mostrarme su tacto muy de cerca. Sus manos rehicieron mi espalda y mis pechos diez veces, luego bajaron y subieron por mis muslos hasta atorarse en el cierre de mi falda. Las ganas terminaron intactas en el piso.

La escena se repitió unos días más tarde. Esta vez se detuvo ante mi cuerpo abierto. No puedo, eres virgen, me dijo, y se vistió.

Por meses, odié mi carne fresca, sus contradicciones de clase, abrí mi lacrado sexo, y a muchos.

Él nunca lo supo.

Ya no es Marxista. Tampoco profesor. Es funcionario del gobierno y un buen esposo. Me ha dado una casa, un buen auto, dos hijos y un perro. Después de hacer el amor, siempre me besa en la frente y me llama su virgencita.

* * *

ALLÁ

A mi amigo del desierto

Ya no llueve por allá, me dijo Tiburcio con tristeza. Todo se seca rapidito, hasta el agua de los cuerpos.

De veras que yo ya ni me acuerdo de aquellos rumbos, le dije, seguro que ni llegar sé. Ya ni de oídas me entero del Arenal, a nadie me encuentro, a nadie busco: de allá sólo se traen puras malas noticias.

Tiburcio siguió hablando: Los ojos se secan, nadie se acuerda de llorar, ni los viejos ni los niños conocen el agua del alma. Sólo se escuchan gemidos detrás de las puertas.

Allá no llueve nunca pero Tiburcio me lo vino a contar asustado, como si de un día para el otro la tierra se hubiera tragado todos los cántaros de ese pueblo sin poros.

Él hablaba y hablaba. Sólo de oírlo se me agrietaron los labios. Me los quise remojar con agua de tuna. Cómo extraño el agua de tuna, le dije. Aquí sólo hay latas y botellas retornables. Tiburcio tragó saliva. Sí, yo también extraño el agua, me dijo, y siguió hablando. Yo le noté la nostalgia en la boca. Entonces dejé de oír sus palabras, sabía bien que aquel lugar, como él mismo, no se mueve al parejo que el reloj. Además, yo ni me acordaba de aquella gente, ni de la sed, ni de los ruidos que tanto le raspaban la garganta a Tiburcio.

De pronto se detuvo a media palabra y me miró; yo sentí miedo de verlo tan quieto, tragando saliva. Tengo sed, me dijo. Sí, yo también estaba toda seca pero no le dije nada. Tiburcio me adivinó cuando pasé la punta de mi lengua por mis labios. No, eso no sirve, le oí decir apenas y luego me pegó su boca y sentí sus surcos. Empezó a sacarme agua, mucha agua, como de un pozo profundo: ya ni quien se acuerde de la gente, de la sed, de esa maldita sed que evapora los líquidos del cuerpo.

Tiburcio se fue; me dejó empapada tres días y no volvió. Él sí es de allá, no puede vivir entre las aguas.

* * *

UMBRAL

A Ricardo Bernal

Fue ahí, en el quicio de tu puerta donde se atoraron todas mis huidas. Ahí me encontraste hace meses recogiendo unas monedas, un espejo, las llaves que te robé, el retrato de mi madre y mis ganas de escapar regadas en el piso: el último de mis intentos, como mi bolso, se me había caído en el umbral.

Al día siguiente, lo recuerdo bien, compraste un gran espantapájaros y lo colgaste del techo, muy cerca de la puerta: para que no entren los malos sueños que te revuelven la cabeza, me dijiste. Pero no, esos ya estaban dentro y tú lo sabías.

Nunca supe por qué, pero ese día me empezaste a acariciar distinto, con las manos abiertas como quien roza una divinidad y no se atreve a despertarla. Semanas después llegaste a decirme que no querías manchar mi carne con los líquidos turbios de tu cuerpo y me tendiste en otra cama. No me necesitabas más que para adorarme, como se adora a una virgen de ojos tristes: a distancia, con piedad y compasión.

Desde ese día me ausenté sin marcharme. Había logrado burlar al espantajo colgado del techo que no consiguió asustar ni uno sólo de mis pájaros. No te veía ni te escuchaba, sólo sonreía de vez en cuando para que no sospecharas.

Tú no lo sabías, pero yo no estaba ya cuando martillabas los clavos sueltos de la repisa, y del tablón más alto, te cayó encima mi gran elefante de la suerte. No te escuché pedirme ayuda desde el charco de tu sangre y tampoco vi el último movimiento de tus ojos maldiciéndome.

Yo ya estaba lejos, muy lejos, cuando mi cuerpo atravesó por fin el umbral de tu casa y salió a buscarme.

© Mónica Sánchez Escuer

La autora:

Mónica Sánchez Escuer. Escritora mexicana (Ciudad de México). Estudió la licenciatura en sociología en la Universidad Nacional Autónoma de México (Unam) y una maestría bilingüe en creación literaria en la Universidad de Texas. Ha impartido cursos y conferencias sobre literatura, sociología, traducción literaria y cultura en diversos foros académicos. Sus cuentos, poemas y traducciones han sido publicados en suplementos culturales, antologías y revistas literarias de México y Estados Unidos. Ha sido becaria de la Unam, de la Universidad de Texas y del programa Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (Fonca) en la categoría de cuento. Ganadora del University of Texas Literary Contest en narrativa (2005) y del The Frank McCord Memorial Poetry Prize (2006). Tiene un libro de poesía, dos de cuentos y una novela en proceso de edición. Blog: <http://www.monicaescuer.blogspot.com>

EL DUEÑO

por Porfirio Mamani Macedo

Onel quedó callado, mirándose los pies desnudos llenos de polvo de tanto haber andado. Quizá no pensaba en nada, pero miró los pies del hombre que le franqueaba la puerta. Es posible que todo fuera un sueño o un error para el hombre de la puerta, no para Onel, él simplemente regresaba a su casa, aquella donde había plantado en su infancia un pino, como un juego y no como un desafío.

–A mí me la alquilaron –dijo el hombre–, sólo después pude comprarla. Tuve que vender todas las cosas que tenía y también las de mi mujer.

Onel sólo miraba los rincones de la casa casi desierta. Imposible saber lo que pensaba ni lo que le hacía recordar cada sombra, cada trozo de pared, ni la puerta, ni las ventanas que en ese momento estaban abiertas.

–A mí me la alquilaron –volvió a decir el hombre.

Onel se quedó mirando la puerta de madera con una ternura indescifrable, parecía que se le iban a caer los ojos. No lloraba. No había rencor en su mirada, sólo miraba quizá recordando una imagen o un gesto de su madre. Tal vez le hubiese gustado ver a su padre entrando por la puerta, pero nada. Sólo escuchaba la voz de un desconocido que le estaba repitiendo la misma cosa desde que entró.

–Tuve que vender mis cosas –dijo el hombre.

Nada de lo que había le hacía recordar algo a Onel; sólo los muros, las ventanas y la puerta que no habían cambiado mucho. El rincón donde su padre se sentaba a leer el periódico estaba allí; sin embargo, él miraba un vacío inmenso, y en ese rincón parecía concentrarse la infinitud, el principio y el fin de todo.

–No me regalaron nada –dijo el hombre.

Onel quería levantarse y también echarle una mirada a la cocina, a la huerta, allí donde pasó gran parte de su infancia; subir al techo para ver si aún se veía todo lo que él veía antes, pero nada. Quedó con la vista pegada en una fisura de una de las paredes, fisura que llegaba hasta el techo ennegrecido por el excremento que habían dejado las moscas.

–Esta es mi casa –dijo el hombre.

La ranura se había ensanchado un poco. Del techo tal vez goteaba aún, como cuando llovía antes. Luego Onel cerró los ojos para intentar olvidar lo inolvidable. Quizá era preferible irse y no reclamar nada, tampoco volver a ver esos muros, ni la ranura que esta vez lo estaba viendo a él; como si quisiese devorarlo. La única resistencia de Onel era desviar la vista hacia otro punto, hacia un vacío absoluto de donde no rebotase nada.

–Estas son mis cosas –dijo el hombre–, todo lo he comprado con el sudor de mi frente. He tenido que trabajar como una mula para tener todo esto.

Esa voz no llegaba a la conciencia de Onel. Tal vez ni siquiera se daba cuenta de la presencia de ese hombre que trataba de explicar su existencia. Se oía una voz, otra más lejana y más profunda, una voz que pesadamente arrastraba el viento. A ratos Onel miraba sus manos como se mira las piedras, como se mira el polvo que nadie ha tenido el cuidado de limpiarlo, de tiempo en tiempo, de los muebles de una casa abandonada.

Estaba cayendo la tarde y todo se iba inundando de sombras apagadas, envejecidas, trashumantes.

«La ranura se había ensanchado un poco. Del techo tal vez goteaba aún, como cuando llovía antes. Luego Onel cerró los ojos para intentar olvidar lo inolvidable. Quizá era preferible irse y no reclamar nada, tampoco volver a ver esos muros, ni la ranura que esta vez lo estaba viendo a él; como si quisiese devorarlo.»

La mirada de Onel, sus ojos y sus manos parecían envejecer con la tarde. Sólo el hombre quedaba pegado a su silla como si ya fuera un objeto más en ese ambiente irrefutable. A veces llegaba por la ventana abierta un ruido extraño de afuera.

–Yo la he comprado –dijo el hombre con una voz de vidrio.

Y Onel nada. Su mundo estaba allí, pero también en otra parte, en un lugar indefinido. Tal vez sólo era su mirada lo que realmente existía de él. Ni siquiera esa sombra pesada le parecía pertenecer. Todo estaba allí, quieto y tumultuoso como un delirio inexplicable. No era el tiempo ni la sombra, tampoco el hombre que luchaba solitariamente; eran los muros, era la casa y también la memoria que lo mantenía como encerrado en un laberinto.

–A mí no me dijeron nada –dijo el hombre–, sólo me alquilaron la casa, y la compré cuando reuní el dinero que me pedían por ella.

Alguien hizo un ruido detrás de la puerta. Ni Onel ni el hombre se movieron. A ninguno de los dos les sorprendió el ruido, era como si los dos estuvieran acostumbrados a oírlo. Onel tenía las manos sucias y quemadas por el sol al igual que sus pómulos que le brillaban con el reflejo de la luz. El hombre tenía el rostro marcado por el cansancio, ese que sólo labra la vida en un hombre desgraciado.

El silencio de Onel y la voz del hombre parecían fundirse en una extraña masa de aire que perforaba las paredes. Onel no dejaba de observar los rincones de la casa, donde tal vez aún quedaba algo de polvo del tiempo que le recordaban esas paredes. Nada era confuso en su memoria. Desde su sitio parecía vigilarlo todo.

–A mí me la alquilaron –volvió a decir el hombre.

«El hombre no miraba a la ventana sino a Onel que se rascaba la barba crecida. Sólo en ese instante el hombre se dio cuenta que a Onel no le interesaba nada lo que le estaba diciendo. Era como si no estuviera allí, sentado, mirando de vez en cuando ciertas partes de la casa.»

Ninguno de los dos bebió el agua que puso el hombre sobre la mesa cuando entró Onel. Lo único que realmente se movió en la casa hasta ese instante fueron las sombras, las sombras que giraban y se agrandaban con lentitud.

–Tengo el contrato, se lo voy a mostrar –dijo el hombre sin levantarse.

Esta vez Onel le miró a la cara como quien busca una duda o una mentira en un rostro, pero no encontró nada, sólo vio el rostro de un hombre envejecido.

–No le estoy mintiendo –dijo el hombre.

El tiempo de la tarde se consumía irremediamente por la ventana abierta. A veces el viento soplabla fuerte y hacía balancear el foco que estaba colgado del techo. Otra vez el ruido entraba como a perturbar el silencio que reinaba entre los dos y sus sombras respectivas. Esta vez Onel miró hacia la ventana abierta, tal vez no por el ruido, sino por el viento frío que comenzaba a entrar a la casa. El hombre no miraba a la ventana sino a Onel que se rascaba la barba crecida. Sólo en ese instante el hombre se dio cuenta que a Onel no le interesaba nada lo que le estaba diciendo. Era como si no estuviera allí, sentado, mirando de vez en cuando ciertas partes de la casa. En realidad lo único que hacía Onel era mirar, y tal vez recordar otro mundo, aquel mundo enterrado por el tiempo, que es el pasado. Cuando Onel dejó de mirar la ventana sorprendió al hombre que lo miraba, éste quedó impresionado, como si lo hubiesen cogido en flagrante delito. No se dijeron nada, apenas se cruzaron las miradas y continuó cayendo la tarde.

–Esta es nuestra casa –dijo el hombre–, no estamos usurpando nada.

Para Onel había cambiado algo, pero no sabía qué. Lo sentía cada vez que miraba por la ventana. No era el olor de la casa, porque desde que entró, entró también un extraño aroma que lo estaba esperando afuera desde siempre. Aunque para el hombre Onel era un extranjero, no lo era para la casa. Quizá Onel era el único sobreviviente a quien esperaba la casa antes de derrumbarse.

Otra vez el ruido extrañamente parecía entrar y salir de la casa. Súbitamente el hombre se puso a toser como si algo tratase de ahogarlo. Onel sin decirle nada miraba cómo se debatía el hombre con la tos. Sólo cuando el hombre se puso de pie, Onel estiró su brazo sobre el hombro del hombre, tal vez para que no cayera al suelo. Cuando dejó de toser el hombre, ninguno de los dos volvió a sentarse, quizá presintiendo una desgracia. El hombre se sirvió un vaso de agua y lo bebió de un golpe. Luego dejó el vaso en el filo de la mesa sin darse cuenta que al menor movimiento podría caerse. Onel se quedó parado con las manos en los bolsillos mirando la puerta por donde entraba el ruido.

–No es posible –dijo el hombre.

Para entonces ya las sombras eran inconmensurables, se habían integrado a la incipiente oscuridad. Onel permaneció con la mirada siempre perdida en algún rincón impreciso de la casa. Ya no eran las sombras ni los ruidos, eran los pasos de Onel los que se desplazaban hacia la puerta de la cocina. Parecía que ya no interesaba el ambiente estático de la sala, quería ver o recordar otras cosas, los otros muros, los otros muros que ocultaban los muros de la sala.

–No es posible –volvió a decir el hombre.

Onel regresó de la cocina con la frente fruncida como si hubiese viendo la muerte. Lo que vio fueron las cosas desordenadas de una cocina medio abandonada. Nada de lo que había en ella le recordaba el pasado o algo que él estaba buscando, algo que él, Onel, deseaba encontrar con urgencia, algo que podía estar confundido entre todo lo ajeno que llenaba la cocina o la casa.

–Esta es mi casa –decía el hombre mientras Onel es-
crutaba todo.

«Para entonces ya las sombras eran inconmensurables, se habían integrado a la incipiente oscuridad. Onel permaneció con la mirada siempre perdida en algún rincón impreciso de la casa. Ya no eran las sombras ni los ruidos, eran los pasos de Onel los que se desplazaban hacia la puerta de la cocina.»

Cuando terminó de visitar la casa, Onel pareció encontrar lo que buscaba. Miró fijamente la puerta bajo la cual estaba incrustada la herradura. No hacía falta decir o inventar otra cosa. Todo estaba claro en su mente.

–Yo no puedo irme –dijo el hombre retrocediendo un poco.

Onel avanzó hacia el hombre, y éste, temeroso, siguió retrocediendo poco a poco hasta chocar con la pared cubierta de polvo negro. No le dijo nada, sólo alargó su mano huesuda para coger un fierro que estaba colgado al lado de la puerta y con él extrajo la herradura, y con ella se alejó precipitadamente de la casa, sin decirle nada al hombre, que espantado lo vio partir hacia el centro de la noche.

© Porfirio Mamani Macedo

El autor:

Porfirio Mamani Macedo ha nacido en Arequipa (Perú) en 1963. Es doctor en Letras en la Universidad de la Sorbona. Se ha graduado también de abogado en la Universidad Católica de Santa María y ha hecho estudios de Literatura en la Universidad de San Agustín (Arequipa). Ha publicado poemas y cuentos en varias revistas en Europa, Estados Unidos y Canadá. Ha publicado entre otros libros: *Ecós de la Memoria* (poesía) Editions Haravi, Lima, Pérou, 1988. *Les Vigies* (cuentos) Editions L'Harmattan, París, 1997. *Voz a orillas de un río/Voix sur les rives d'un fleuve* (poesía) Editions Editinter, 2002. *Le jardin et l'oubli*, (novela), Ediciones L'Harmattan, 2002. *Más allá del día/Au-delà du jour* (poemas en prosa), Ediciones Editinter, 2000. *Flora Tristan, La paria et la femme Etrangère dans son œuvre*, L'Harmattan, 2003. (Ensayo). *Voix au-delà de frontière*, L'Harmattan, 2003. *Un été à voix haute*, Trident neuf, 2004. *Poème à une étrangère*, Editions Editinter, 2005. *Avant de dormir*, L'Harmattan, 2006. *La sociedad peruana en la obra de José María Arguedas (El zorro de arriba y el zorro de abajo)*, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Mayor de San Marcos, 2007. *Représentation de la société péruvienne au XXème siècle dans l'œuvre de Julio Ramón Ribeyro*. París, Editions L'Harmattan, 2007. *Lluvia después de mi caída y un Requien para Darfur*, Lima, Hipocampo Editores, 2008. Ha enseñado en varias universidades francesas. Actualmente enseña en Sorbonne Nouvelle-Paris III.

CUENTOS ERÓTICOS

por Ligia Minaya

SABOR A MÍ

Le gustó el sabor a mar de mi coño y en el relente de los negros rizos de la pendejera, como en una mullida alfombra, dejó descansar su cabeza borracha de recuerdos extraviados. Así, en el despertado precipicio de mis piernas, durmió un inquieto y largo sueño salpicado de palabras incoherentes y fragosos sobresaltos. Le despertó una confusa impresión de repentino pavor y en lugar de buscar las razones de su miedo, me penetró con frenéticos embistes que horadaron, como sal sobre una herida, mis entrañas. Pero sus manos que tenían la suave textura de la seda, con ciego movimiento de caricia, fueron despertando en mí una impetuosa lascivia que me condujo por incontenibles caminos de lujuria y, con perturbadores espasmos, a orgasmos repetidos. Quedamos, el encima de mí, en un desatado abrazo de olas desmayadas mientras mis más íntimos jugos se confundían con olores de peces y fragancias de aguas dulces y saladas. Le gustaron mis tetas que, según dijo, tenían forma de melones rematados por pezones oscuros como nísperos maduros. Lamió, dejando su rastro de saliva, el sabor a mango pintón de mis axilas y aspiró con devoción el aroma a cilantro que ellas despedían. Sus ojos de color canela se confundieron con la tonalidad de tamarindo caribeño de mi piel. Chupó con fruición, al igual que un niño, cada dedo de mis manos y mis pies, como si fueran limoncillos en racimos. Y en la blandura de pulpa de guanábana de mi vientre refugió sus espantos y temores. Libó mi ombligo cual si en él hubiera la última gota de café en una pequeña taza recogida. Semilla tostada y salada de cajuil fue mi clítoris y el tibio limón dulce de mi aliento apaciguó la enfebrecida soledad que le abrazaba. Sorbió cada gota de sudor que corría por la pendiente de mi espalda, y así se alimentó de mí. Antes de amanecer se marchó sin despedirse, llevándose mi razón de ser, la esencia de mi vida, y ahora, insabora mujer, página en blanco, busco mis sabores, mis olores, en cada hombre que pasa por mi lado.

* * *

UN ABUELO IMPROPIO

Asomado, y con la puerta entreabierta, Ybraim Hassan, mi vecino, me esperaba ansioso aquella tarde, y yo, sigilosa, muy pegada a las paredes exteriores de la casa, me deslizaba con el corazón palpitante casi a ras de la garganta. Tan pronto alcancé el olor a vetiver que salía de su cuerpo, me alcanzaron sus brazos y su boca, en un abrazo tranquilo que calmó los latidos de mi corazón y un beso tibio que me llevó a los umbrales de un iniciado placer reconfortante. Así me recibió aquella tarde que se marcó en mí como una herida luminosa por donde hoy mana un río de recuerdos al que recorro cada vez que quiero abreviar en él mi sed de calma y curarme las heridas que me infligió la vida.

Alumbrada con velas de aromas y colores diferentes e inciensos con fragancias de sándalo y rosa, toda la casa parecía un altar preparado para un ritual pagano. Sus manos arrugadas y suaves, de largos dedos experimentados en caricias, me fueron desnudando. Y con la paciencia ancestral de un abuelo que va reconociendo las partes de un cuerpo de mujer que ya creía olvidado, tanteó cada ladera, cada cumbre, cada hueco, cada colina. Yo tenía trece años, y él contemplaba cada tramo desvelado como quien palpa una reliquia, como un tesoro que lo deslumbrara. Lo vi temblar de codicia al saberse único dueño de riquezas recién descubiertas e intocadas.

Ya desnuda, ungió con aceite de nardos mis cabellos, y siguiendo como un peregrino el sagrado camino de mi cuello, con la misma caricia, continuó sin detenerse por la ruta de mi espalda. Mi piel se estremecía bajo el contacto tibio de sus manos. Me miró. Se alejó unos pasos para contemplarme, al igual que un escultor que necesita la distancia para perfeccionar su obra. Vi en sus ojos la complacida admiración jugueteándole en la mirada, y volvió a mi lado para continuar su creación, y con un sosegado andar de unguimiento iba de mis pechos a mi vientre hasta alcanzar mis muslos y mis pier-

nas, y así logró dar un aromático brillo a mi cuerpo que ya pedía la inevitable entrega. Pero faltaba más.

Me alzó en sus brazos y me depositó en un lecho de rosas rojas que cubrían todo el espacio de la cama. Entonces, entibió con su aliento unas gotas de esencia de jazmín tomadas de un bello frasco color violeta y, separando mis muslos, estregó con infinita paciencia el Monte de Venus y la hendidura secreta de mis labios discretamente escondidos. Ya unguada de aromas, con las luces de las velas haciendo filigranas de claroscurios en toda la geografía de mi piel, puso en mi cuello un hilo de oro puro, en mis tobillos y brazos ricas pulseras, y anillos con piedras preciosas en los dedos de mis manos y mis pies, y complacido volvió a alejarse para contemplar los resultados. Se desnudó entonces, y sin dejar de contemplarme, se acostó a mi lado. Su respiración me llegaba jadeante, entrecortada, y su inútil sexo se perdía entre los pliegues de sus muslos. Ybraim tenía entonces ochenta años, y con él aprendí a conocer el manejo de las riquezas de mi cuerpo.

Inclinado sobre mí, posó sus labios en mi vientre y, cuando creí que iba a lamerlo, dejó escapar de su boca una esmeralda hermosa, reluciente, húmeda, que cayó en la oquedad cóncava de mi ombligo. La sentí encajar, deseable, perfecta, y una vorágine de placer, de sensaciones encontradas, y hasta el momento por mí desconocidas, me recorrió toda.

La claridad oscilante de las velas capturadas por aquella gema, se paseaba por el techo y las paredes como un reguero de fosforescentes lentejuelas verdes. Entonces, hice ondular mi vientre, y aquel juego de luces adquirió un resplandor inusitado. Yo estaba feliz y él me miraba complacido, cautivado seguía aquel espectáculo de luces y colores. Me volví hacia él y lo besé despacio, saboreando sus labios y su lengua que sabía a yerbabuena. Respondió a mi beso. Sentí la sinuosidad de su experimentada lengua al mismo tiempo que sus manos rozaban mi pecho y pellizcaban mis pezones hasta dejarlos enrojecidos y turgentes. Apartó su boca de la mía, y sin dejar de acariciarme, muy quedo, me recitó al oído:

«La claridad oscilante de las velas capturadas por aquella gema, se paseaba por el techo y las paredes como un reguero de fosforescentes lentejuelas verdes. Entonces, hice ondular mi vientre, y aquel juego de luces adquirió un resplandor inusitado.»

«He aquí que eres hermosa, amiga mía, / tus cabellos son como manadas de cabras / que se recuestan en las laderas de Galaad. / Tus dientes como manadas de ovejas, / tu voz hermosa. Tu cuello como la Torre de David. / Tus pechos como gemelos de gacelas que se apacientan entre lirios. / Miel y leche hay debajo de tu lengua. / Y el olor de tus vestidos como el olor del Líbano»

A medida que recitaba aquellos versos fue bajando, con morbo embriagador, su nevada cabeza, hasta encontrar el monte del gozo más exquisito que, resguardado de rizos empapados de aceite y olores gratos, se confundía con el calor de mujer enardecida que escapaba de mi sexo y lo esperaba con rítmicas oleadas de deseo. En esa selva entrelazó sus dedos y separó las dóciles hebras humedecidas, entonces, mi clítoris se abrió paso en la hendidura palpitante como un botón de rosa tocado de rocío y, estremecido por la magia de la caricia, se entregó pleno y desnudo ante la lengua que lo buscaba ansioso. Cuando creí ascender a la conmovedora cresta donde se toca el cielo con el alma y se nos escapa en gemidos desgarrantes, él alzó mis nalgas en el cáliz de sus grandes manos, hundió los labios en la mojada y escondida herida, movió la lengua como sólo un virtuoso puede sacar insospechadas notas de un instrumento musical convertido en milagroso, y recibió el sumo dulzón de mis entrañas. Después de saber que yo había llegado a la cima, convirtiéndome en polvo de mil estrellas y sentir que lentamente descendía, reclinó la cabeza sobre mi pecho, se abrazó a mí, y murió.

© Ligia Minaya

La autora:

Ligia Minaya. Dominicana, residente en Denver, Colorado, USA. Fue abogada, juez, procuradora fiscal y profesora universitaria, en la actualidad columnista del periódico Diario Libre, de República Dominicana. Libros publicados: *Palabras de Mujer* (1997) recoge una selección de los artículos publicados en el periódico vespertino Última Hora. *El Callejón de la Flores* (Cuentos eróticos. Dos ediciones: 1999 y 2004). *Cuando me Asalta el Recuerdo de ti* (novela, 2003). *Mi Corazón Tiembla en la Sombra* (novela, 2007).

COSAS QUE DECIDIR MIENTRAS SE HACE LA CENA¹

por Maite Núñez

En ocasiones, Emma Menner sueña que cae al vacío. No es un sueño original, figura en todos los manuales de interpretación de los sueños, y en el caso de Emma no suele presentar variantes remarquables: Emma camina por algún sitio indeterminado cuando, de repente, deja de haber tierra bajo sus pies, y cae sin remedio. Los tobillos se le tornan frágiles, como si los tuviera de cristal y corrieran el riesgo de romperse al llegar de nuevo al suelo. No obstante, no encuentra obstáculos en su caída, y eso –que, según los manuales, es bueno– deja a Emma siempre que lo sueña muchísimo más tranquila.

Esa misma sensación de fragilidad, una especie de vacío universal, le ha embargado hoy durante toda la mañana y permanece aún todavía, por la tarde, mientras prepara la cena que compartirá con Enrique. Emma está convencida, sin embargo, de que esa sensación no tiene nada que ver con el hecho de que crea que Enrique le vaya a plantear de nuevo la pregunta, y menos aún con el hecho de que en las últimas horas ella haya reconsiderado su respuesta. Hasta ese momento su No había sido materia innegociable. Para no darle demasiadas vueltas al asunto, durante las horas de trabajo en la biblioteca Emma ha centrado sus pensamientos en el menú de la noche, de esta noche de viernes, preludio en los últimos tiempos de fines de semana domésticos, casi conyugales, con Enrique.

Emma duda entre un entrecôte y una lasaña de rape para el segundo plato. Enrique come mucho. A Emma a veces le parece que tenga la tenia. Engulle. A su madre le gustaría Enrique, a su madre le gusta la gente que come mucho. En cambio, Leszek, en el tiempo que compartieron en Londres, comía muy poco.

Dejó de ver a Leszek un 23 de diciembre de hacía 11 años, cuando ella subió al avión que la devolvía a casa después de todo un curso académico.

–Te llamaré –le dijo ella.

–O ya lo hago yo –la sonrisa de Leszek permaneció en el aire mientras ella se alejaba cada vez más por la puerta de embarque.

Pero pasaron aquellas navidades y ella no lo hizo. Y tampoco Leszek. Pasaron diez navidades más y ella seguía demasiado ocupada como para llamar a Leszek.

En esos once años, Emma acabó la carrera, obtuvo un buen trabajo, se mudó de ciudad, estudió un máster, cambió de trabajo, se compró un piso, viajó, salió con hombres a los que siempre acababa despachando sin razón aparente. Conoció a Enrique. Salió con Enrique.

Enrique no es como Leszek. Enrique es un hombre hecho y derecho, quizás sea más atractivo, más alto que Leszek, pero no es Leszek. Leszek le adivinaba el pensamiento. Tenía una nariz enorme. Le susurraba al oído palabras en polaco que no entendía pero que le humedecían como nadie el lóbulo de la oreja. Leszek tenía las manos fuertes y hacía crujir los nudillos a menudo. A ella eso le daba mucha rabia, pero nunca se lo dijo. Estaba muy colada por Leszek, pero tampoco se lo dijo. Así que

«Enrique no es como Leszek. Enrique es un hombre hecho y derecho, quizás sea más atractivo, más alto que Leszek, pero no es Leszek. Leszek le adivinaba el pensamiento. Tenía una nariz enorme. Le susurraba al oído palabras en polaco que no entendía pero que le humedecían como nadie el lóbulo de la oreja.»

¹ 1^{er}. Premio de la XXXI edición del Certamen Internacional de Narrativa «Tomás Fermín de Arteta», Fundación Bilaketa de Aoiz, Navarra, 2007

cuando años más tarde Enrique la miró un día como pidiéndole las llaves de su casa, Emma se vio volando sobre una urbanización de adosados idénticos, con tejados rojos y chimeneas de estilo inglés para que entrara Papa Noel en Navidad y trajera regalos a un ejército de niños.

Emma descarta la lasaña de rape para el segundo plato y decide que preparará una crema tibia de verduras de primero. Saca judías verdes, calabacines, calabaza y puerros de la nevera; le quita las hebras a las judías, pela los calabacines y la calabaza y corta el tallo sobrante de los puerros. Emma duda entre trocear las verduras primero y luego lavarlas, o primero lavarlas y después cortarlas. Finalmente las lava primero, pero entonces se da cuenta de que no le queda crema de leche y decide que con las verduras hará una menestra para el día siguiente.

El calor de la tarde de verano y el de la vitrocerámica han creado un microclima en la cocina, el vapor es un remedo envidioso de la niebla londinense, pero Emma ni lo percibe; en cambio, esta tarde los colores de la casa han adquirido para ella una intensidad inusitada, hasta diría que huelen: huele el amarillo de las cortinas, el azul del sofá, huele incluso el blanco aséptico de los muebles de la cocina. Cuando compró el estudio, le había gustado especialmente la minúscula cocina porque le recordaba la de la casa londinense de Mrs. Reeves. En ella no podía haber dos personas a la vez, a no ser que, como a ella y a Leszek, no les importara estar tan juntos que no pudiera distinguirse quién era quién en la maraña de brazos que se formaba mientras trajinaban al unísono con ollas y platos, sartenes y cubiertos.

«Enrique entra y tira su cartera encima del sofá. Cuando llega el viernes se apaga el interruptor que hace funcionar al Enrique eficiente de la primera parte de la semana. Parece mentira que haya desplegado tanta energía desde el lunes comprando y vendiendo activos, asesorando empresas, haciendo cálculos.»

Emma mira el reloj. Enrique tarda. Trabaja demasiado. Es demasiado responsable, demasiado razonable. Enrique es demasiado demasiado. A Emma le viene a la mente el día en que conoció a Enrique: él acudió a devolver un libro a la biblioteca, estaba fuera del límite del tiempo de préstamo y lo sabía. Y en lugar de disimular como hacía la mayoría de usuarios, Enrique asumió su falta y se mostró muy azorado. Emma sintió compasión y le perdonó la multa. Recuerda que el rubor de Enrique le produjo cierta ternura, la misma que sentía ahora al evocar aquel primer encuentro.

«Está bien –conviene Emma–, le diré que sí». En la plancha, el entrecôte aún está demasiado crudo. «Total, quizás sólo consista en dejarle un lado del ropero. En hacerle un hueco en el armario del lavabo para la espuma de afeitar. En tener que conceder algún partido de fútbol que otro en la tele. En comprar más carne que verdura. En juntar para la colada mi ropa y la suya. A enterrar mis cedés de Hall & Oates bajo su colección de Sting y de Peter Gabriel».

Llaman al timbre. Emma apaga el fuego y abre. Es Enrique. Entra y ella lo recibe con un beso de oficio, casi funcionarial.

–Hola, bonita. Si me hubieras hecho ya una copia de las llaves no te tendría que molestar con el timbre...

Enrique entra y tira su cartera encima del sofá. Cuando llega el viernes se apaga el interruptor que hace funcionar al Enrique eficiente de la primera parte de la semana. Parece mentira que haya desplegado tanta energía desde el lunes comprando y vendiendo activos, asesorando empresas, haciendo cálculos. Se deja caer pesadamente en el sillón y se afloja la corbata. Enrique siempre lleva corbata los días laborables. A la madre de Emma le gustaría Enrique. A la madre de Emma le gustan los hombres que llevan corbata. Emma lo mira y confirma su creencia de que llevar traje en verano no es nada conveniente, Enrique suda como un verdadero cerdo.

–¿Qué tal, cómo ha ido el día? ¿Te apetece una ensalada de queso y nueces de primero?

–Cualquier cosa que hagas irá bien. ¿Sabes qué? He comprado unas acciones de Telecom.

–Qué bien –Emma supone que debe alegrarse.

Sobre la marcha Emma va haciendo una ensalada con lo que encuentra: lechuga iceberg, lollo, nueces, queso gruyere. Prepara una vinagreta de mostaza. Vuelve a encender el fuego. El entrecôte lleva su tiempo, tal vez debería haber pensado en algo más ligero.

–¿Quieres que te ayude? –ofreció Enrique.

–Alcázame esos canónigos –ella señaló por encima de la barra que separaba la cocina de salón.

Emma no puede negar que su relación con Enrique ha alcanzado notables índices de intimidad, una no deja que cualquiera le ayude en la cocina. Esto, hasta el día de hoy, no había sido suficiente para que Emma dejara de postergar continuamente su decisión. Fue el sábado anterior la última vez que, comiendo, Enrique había vuelto a sacar el tema.

–Emma, aún no me has dado una respuesta.

–¿Una respuesta a qué? –Emma se limpió la comisura de la boca con la servilleta.

–A lo de vivir juntos. Emma, creo que estamos bien juntos. Y ya no tenemos edad de jugar a los novios, cada uno en su casa...

–A mí no me disgusta.

–Ya veo. A ti nunca te disgusta nada.

Enrique se equivocaba. A Emma le disgustaba cuando Leszek hacía crujir los nudillos. Pero nunca se lo dijo. Estaba loca por él, pero tampoco se lo dijo.

Emma apaga el fuego y da el último toque a la ensalada.

«Emma no puede negar que su relación con Enrique ha alcanzado notables índices de intimidad, una no deja que cualquiera le ayude en la cocina. Esto, hasta el día de hoy, no había sido suficiente para que Emma dejara de postergar continuamente su decisión.»

–Bien, ya está todo. Cenemos.

Antes de que Emma haya acabado de sentarse, Enrique ya ha empezado a comer, ataca por el entrecôte.

–Recuerda que mañana cenamos con Pedro y Elisa Medhalho.

–Ay, no... ¿Es necesario?

–Pedro es mi jefe, Emma –Enrique se sirve un vaso de vino. Es un compromiso, pero es necesario, o al menos digamos que es conveniente.

–¿Y no podrías ir tú solo? Ya sabes lo poco que me gustan estas cosas...

–Ya te lo he dicho, es un compromiso. No te lo pediría si no fuera necesario. Ponme un poco de vinagreta en la ensalada, por favor.

Enrique mastica las palabras a la vez que la comida: sustantivos, la carne, adjetivos, la lechuga, verbos, el pan, parecen formar todos parte indisoluble de una misma bola. Emma deja el tenedor en el plato. Mira el reloj. Recuerda que allá, en Londres, es una hora menos.

© Maite Núñez

La autora:

Maite Núñez (Barcelona, 1966). Licenciada en Historia Moderna y Contemporánea, con estudios de Periodismo y de Documentación. Ha recibido algunos premios literarios, entre los cuales destaca el primer premio de la V edición del Concurso Tanatocuentos (2005) de la Sociedad Funeraria de Madrid y el primer premio del XXXI Certamen Internacional de Narrativa Tomás Fermín de Arreta, de la Asociación Cultural Bilaketa de Aoiz (Navarra).

CATALINA DE 9 AÑOS

por Carlo Reátegui Avilés

I

Se levantó y no recordaba nada. La casa estaba vacía y la sangre que recorría por su cabeza le daba una rara sensación de humedad. Los ojos le ardían como piel en contacto con carbón ardiente, sus manos estaban atadas y los pies se le habían congelado por el inclemente frío que traspasaba las ventanas abiertas. Sus últimos recuerdos no le ayudaban en nada. Oyó la puerta cerrarse de golpe y luego un golpe lo cegó completamente.

–Me robaron, compadre –se quejaba Isaac–, me robaron todo, hasta mi chiquita que estaba de paso ese día.

–¡Ay!, compadre, que hasta le rompieron la cabeza, mire nada más qué herida. Qué suerte que no lo mataron. Nos queda esperar y rezar que no le pase nada a Catalina.

Luego de levantarse se acordó que su hija debió llegar en el transcurso del robo. Husmeó cual ratón hambriento por todos los rincones de la casa. Doña Amanda le había prometido traerla a las 2 y espero que no se la hayan llevado Dios mío porque me muero. De nada le valió rogarle a su Dios. Catalina de nueve años había sido raptada.

II

–César Prado, para servirle, Sr. Torres.

–Muchas gracias por venir –casi murmuró Isaac.

–Lamento mucho lo de su hija.

–Yo lo lamento más, créame. Yo lo lamento más

Cuando César empezó la investigación no tenía muchos datos. Una niña de nueve años que había desaparecido. Una vecina en estado de coma. Un padre que despertó amordazado y con la cabeza rota. La madre había pagado dos mil soles para empezar la investigación y le esperaban cinco mil si resolvía el caso. Ella quedó destrozada con la noticia desde el día que la supo, Catalina era una niña sana, activa y ellos no habían hecho nada como para que venga cualquier delincuente a secuestrarla. No podía dormir, fumaba constantemente y pidió vacaciones en su trabajo. Su estado era calamitoso pero iba a hacer todo por encontrar a su hija.

«Cuando César empezó la investigación no tenía muchos datos. Una niña de nueve años que había desaparecido. Una vecina en estado de coma.»

Los miércoles la niña era recogida del colegio por doña Amanda y pasaba toda la tarde en casa de su padre. Una suerte de pintor que en sus años mozos fue prodigioso, pero que había decaído en su producción artística de un momento a otro. Algunos días la niña lo encontraba con una botella de licor y tirado en el sofá. Doña Amanda se encargaba de todo hasta que despierte tu papá, hijita porque yo también tengo una casa. Ella casi no comprendía lo que sucedía con su padre pero cuando despertaba –y doña Amanda ya se hubiera marchado– corría a esconderse debajo de su cama. Su padre empezaba a tirar las cosas y gritaba el nombre de la madre de Catalina hasta quedarse dormido otra vez. Ni bien caía en sueño su padre, cogía todas sus cosas y salía corriendo de esa casa. Al llegar a la puerta miraba hacia su padre, se persignaba y cerraba cuidadosamente la puerta. Y como todos los miércoles, llegaba a las seis en punto a la casa de mamá.

Dos meses antes de su desaparición, él tuvo una fuerte discusión con Sofía –la madre de Catalina–, le reclamaba por qué había alejado a su hija de él, por qué no dejaba que la viera otro día que no sea el miércoles, por qué siempre que llegaba el miércoles no la veía porque tomaba, por qué no lo visitaban

el domingo y otros porqués que sacaron de quicio a Sofía. La discusión se tornó acalorada. Ella le reclamaba dilemas de hace nueve años, él simplemente escuchaba absorto y luego arremetía con más quejas de abandono, ella sollozaba cada vez que callaba y él simplemente arrojaba las cosas al piso. Catalina escuchó todo desde su pieza y no paró de llorar en toda la noche. Al miércoles siguiente fue como siempre a casa de su padre y repitió la rutina semanal a la que se había acostumbrado. Y de la que fue liberada 7 semanas después.

III

Doña Amanda era una sexagenaria mujer que vivía en la casa que estaba a dos pasos de la de los Torres. Una veterana profesora que pasaba sus días de jubilación cuidando a sus hijos y a los hijos de algunos buenos vecinos del barrio. Un encanto de mujer para quienes la conocieron –dijo Isaac cuando le pregunté por ella– nunca supe de ninguna mala actitud de ella. Esas palabras me ayudaron a indagar sobre la anciana. En su casa no me quisieron hablar del asunto. La madre de Catalina me asfixiaba con sus ansias de saber quién se llevó a su hija y al padre no le importaba mucho que digamos. A los dos días de enterarme que estaba en coma, falleció. El nerviosismo que rondaba cada vez que me aproximaba a la casa de Isaac había desaparecido al enterarse de la suerte de la señora. El calor quemaba y eso me asfixiaba más cada vez que retomaba el caso. La suerte de la niña era cada vez más incierta, un rumor de muerte rondaba la casa de los Torre y Sofía cada vez más histérica desde que recibió la primera llamada.

«La madre de Catalina me asfixiaba con sus ansias de saber quién se llevó a su hija y al padre no le importaba mucho que digamos. A los dos días de enterarme que estaba en coma, falleció.»

Me han amenazado, dijo dicen que deje de pagarle o sino mi hija va a morir que se encuentra bien y sigue las indicaciones la tendría en el menor tiempo posible. Lo que pasó después fue espeluznante. Llegó una carta con una foto en la que aparecía Catalina semidesnuda con la cabeza gacha y un cuchillo rozándole el cuello. Sofía quedó trastornada y abandonó el caso. La llevaron un sanatorio y no supe más de ella. Por mi parte el reto recién empezaba. Sabía que no era juego lo del raptor pero arriesgarme no sería mala idea en ese momento.

Al Sr. Torres le sorprendió mi visita. Más que interrogarlo sobre los hechos iba a interrogarlo psicológicamente.

–Sr. Torres, me preguntaba si quizá Ud. quiere que yo siga con la investigación...

–Por supuesto, faltaba más, se trata de mi hija.

–Pero su esposa...

–Ex esposa

–Disculpe, su ex esposa está en un sanatorio y mis honorarios se ven afectados.

–No se preocupe, yo le daré dos mil más. Y por cada hallazgo le daré mil. –Dijo entre aturdido y desafiante, con el índice indicando el techo.

–Entonces proseguiré con la investigación

Conseguir un incentivo era una alegría. Pero había notado en las expresiones un deseo deliberado de que no lograría cerrar el caso. Tres días después el Sr. Torres se mudó de casa. Motivó esto mis dudas y allané la casa. En el sótano encontré las prendas de una niña aproximadamente de la edad de Catalina. Salí corriendo hacia la nueva casa de Torres con una sensación de victoria.

IV

Cuando llegué a la casa las luces estaban prendidas. Toqué intempestivamente pero nadie abrió. Las ruedas de un auto chillaron y reconocí el Toyota de Torres. Lo seguí a la carrera. Arduos treinta minutos de persecución que acabaron en una playa al borde de un acantilado. Le ordené que se detenga

pero no hizo caso. Abrí fuego y el también, me sorprendió que no me apuntara a mí sino a alguien que caminaba delante de él y si no me equivocaba había salido también de su auto. Una bala le cayó en la pierna y sólo así se detuvo.

–Ud. no entiende, detective, suélteme, su raptor escapa.

–No diga nada, queda arrestado.

–Comete un error.

–No señor, cállese.

Arremetí contra él dejándolo esposado. Salí en busca de la otra persona pero ella me encontró a mí.

–Gusto de volverlo a ver, detective.

–Pero cómo es posible, Ud. no puede estar aquí.

–Claro que puedo, si no fíjese.

Le disparó a Torres en la cabeza. Corrí hacia el cuerpo pero su corazón había bombeado la sangre y ésta ya no circulaba. Murió instantáneamente.

–Así que no puedo estar aquí verdad.

–Ud. no le haría daño a nadie.

–¿Ah, no?

–Un fuerte dolor invadió mi pierna.

–No se esfuerce en correr, detective, ya estoy harto de que la gente me busque así que ahora quiero que huya de mí.

–Deténgase, al final igual se sabrá la verdad.

–¿Ud. sabe hacia dónde corría yo?

–Pues la verdad, no.

–Pues hay unas fosas del otro lado de la duna. Allí reposará su cuerpo junto al de Isaac no se preocupe.

–¿Y la niña? ¿Dónde está?

–Eso a Ud. no le importa

Un disparo rompió el prolongado silencio y minutos después los cuerpos de Torres y Prado yacían en un hoyo que empezaba a taparse.

«Cuando llegué a la casa las luces estaban prendidas. Toqué intempestivamente pero nadie abrió. Las ruedas de un auto chillaron y reconocí el Toyota de Torres. Lo seguí a la carrera.»

V

Dos días después llegó Catalina a la casa de su madre, donde no había rastro de existencia humana en días, estaba aturdida y sólo pensó en dormir. Un sonido la despertó y un escalofrío le recorrió el cuerpo. La sexagenaria Amanda le traía lo que ella le había pedido: dentro de un cofre estaban el corazón de su madre y de su padre, para que no me vuelvan a abandonar. Minutos después la anciana volvió a morir.

© Carlo Reátegui Avilés

El autor:

Carlo Reátegui Avilés (Ayacucho, 1992). Estudiante de letras en la Pontificia Universidad Católica del Perú, aspirante a periodista. Premio Excelencia Académica 2008 del Colegio Salesiano de su ciudad natal, también dirigió el grupo de periodismo escolar de dicho colegio. Administra el blog <http://sobreprotexion.blogspot.com> donde cuenta pasajes de su actual vivencia. Prepara su primer libro.

LA VIDA ENCIMA

por César Alejandro Obregón Guzmán

Una atmósfera fría y calante color añil despertó a los demás colores y a los olores aquella mañana crepitante. Los vaivenes de los árboles, jóvenes pinos y jacarandas bicentenarias, lograban ruidos suaves y armónicos como el roce de una cabellera contra la piel. Podía saborearse el nutrido aire que todo lo llenaba, que todo lo violaba con sus ráfagas y su olor a lodo fresco, que pintaba el cielo de un colorete violeta por influjos de los vírgenes rayos de un sol que no salía desde hacía seis días. Sobre esta estampa típica de una incauta mente idealista lucían como plastrones de errada geometría un puñado de calles y casas indiferenciadas, enanas y aburridamente grises, pero sobre todas ellas muy por encima de un gigante manzano dominaba una sin dueño, construida de madera y con ventanas ojivales rojo quemado, carecía de puertas y sus tejas de un perfecto azul índigo configuraban el camaleónico techo. Los niños que habitaban cerca gustaban de contemplar la casita cuando el día ya era más oscuridad que luz porque el tono del cielo igualaba al de las tejas, así que parecía un simple cubito café flotando en los vapores del temprano anochecer. Y literalmente flotaba porque era una construcción sin cimientos tan sólo sostenida por un fino ramillete de tensores, horizontales y misteriosos, que abrazaban su espalda para enclavarse en algún lugar del horizonte. Los vientos de octubre la mecían con fuerza y las sequías de mayo palidecían sus colores y le mataban el movimiento, pero estaba siempre viva, ahí, siendo acariciada constantemente por las ramitas del manzano gigantón.

En esa mañana ahora tornasol, mientras ya las personas caminaban a sus trabajos en la gran ciudad, Eliseo apenas abría los ojos después de una noche de repetidas pesadillas. Carraspeó con energía y luego quitó una delicada mano que le abrazaba el torso, se secó el sudor con la sábana y miró por la ventana a sus espaldas para que el sol le diera razón de la hora, y fue cuando la vio por millonésima vez, temblorosa, húmeda y resplandeciente, luciendo orgullosa la fuerza que los años le habían dado, los mismos años que a Eliseo le quitaron la suya. Tan sólo de él había quedado una masa flácida y abollada en vez del cuerpo marcado y tenaz que sus años de trabajo en la calera le habían regalado; las arrugas ya invadían los párpados que cubrían sus ojos azul turquesa, ahora empañados por la niebla de la vejez, y el cabello negro azabache causante de envidias y piropos ya parecía un puñado de algodón sin refinar. Sintió como le recorría la piel una rabia añeja, putrefacta, incontenible, que erizaba los vellos de su cuerpo e hinchaba sus manos y su pecho, como buscando una explosión para terminar con su existencia de una vez por todas. De repente, la misma mano que se aferraba a su cuerpo ahora rozaba con delicadeza su muslo. Eliseo se levantó rápidamente y cerró de un jalón la cortina de la ventana, pero el sol inclemente, impío, le seguía mostrando la casita reflejada sobre las raídas telas; ahí estaba, bailando al compás del infante viento con la música que producía el estire y afloje de sus cables.

«La muchedumbre de todos los días ya se había dispersado, los timbres de las tres escuelas del lugar rechinaron y las cortinas de metal de los negocios se carcajearon anunciando el inicio de otro día comercial. Aún desnudo frente a la ventana ciega seguía pensando con los ojos vagos y de pronto quiso recordar cuándo fue la primera vez que la vio.»

La muchedumbre de todos los días ya se había dispersado, los timbres de las tres escuelas del lugar rechinaron y las cortinas de metal de los negocios se carcajearon anunciando el inicio de otro día comercial. Aún desnudo frente a la ventana ciega seguía pensando con los ojos vagos y de pronto quiso recordar cuándo fue la primera vez que la vio. Un penetrante olor a especias lo anestesió y lo tumbó con suavidad, acariciándolo, hacia el pasto vestido de rocío que cubría el jardín de su abuela; la tibia brisa humectaba sus rojos labios de niño y sus ojos se llenaron de nubes, estáticos

en la geometría de la casita flotante. Deseaba que otro olor, un color o un sonido lo levantara de la mullida hierba para transportarlo de nuevo, pero nada pasó. Todo lo que había después del jardín era oscuridad con haces de luz amorfos y sonidos inconexos y huecos, al parecer nada claro había quedado grabado antes de los cuatro años de edad. Desistió de su intento y para cuando su atención había regresado hacia la ventana la lluvia de agosto empezaba a lavar los cristales.

A partir de ese día todos los demás que le siguieron iniciaban con algún recuerdo y terminaban con la misma duda, las noches antes apacibles y placenteras se convirtieron en vagones polvosos de un tren sin vías que viajaba sobre las casas del pueblo y se perdía en el fulgor de alguna estrella, no sin antes rozar su cuerpo metálico contra los tensores de la casa flotante con su única luz encendida. Eliseo se había asignado la tarea de tallar en madera un caballo para su único nieto, pero la labor parecía interminable, se suspendía a los pocos segundos de iniciada por pequeños estallidos de deseo alimentados por la suavidad y el calor de la madera pulida, por sus bordes romos perfectos y el olor cada vez más fresco de su profundidad, que le hacían cerrar los ojos y verse envuelto en una delicada piel humana que lo invadía poro por poro como una extraña enfermedad mortal, desquiciante, pero al mismo tiempo tan vital y reconfortante como la libertad le puede parecer a un preso, así que de nuevo el tren avanzaba y se perdía, ahora en un punto conocido, anhelado, de olor a carne curtida y añeja, totalmente deliciosa, con un sabor penetrante de esos que enchinan la piel. Y así era imposible, inconcebible, crear un objeto de tan noble intención pensando en eso tan terrenal e impropio de un niño, aunque era inevitable; la sensación de las yemas de sus dedos esca-

«Llegó noviembre y con él la melancolía con su acedo traje de vientos fríos y secos, contaminados de hojas y polvo. Eliseo, que sin saber por qué, había olvidado que existía aquella casa flotante, la veía de nuevo pero sin odio o rencor alguno, ahora su expresión demostraba curiosidad y miedo. Sentado en el balcón que daba a la calle de atrás la contempló por horas.»

lando por su espalda le producía un escozor tibio en la nuca que lo paralizaba, a la vez que guardaba de nuevo el inconcluso juguete y el sonido de un latigazo lo asaltaba, la casita, que se burlaba al mismo son que el norte de septiembre.

Durante más de un mes no pudo avanzar en su única labor importante de anciano jubilado y eso le mermaba la paciencia, se la festoneaba y la reblandecía como un chorro de agua a una rebanada de pan. Por las noches el sueño se convertía en reposadero de sus ilusiones, aquellas que lo arrastraban para hundirlo en el mundo paralelo de su realidad, con las mismas calles y casas nada especiales bajo un cielo negro sin estrellas pero bellamente iluminado por la casita flotante rebosando

de luz ambarina y parpadeante. Se veía a si mismo corriendo en la banqueta con cuatro niños preciosos que después desaparecían tras una barda para dejar ver a una mujer voluptuosa y morena de sonrisa franca, luego el sonido de un tensor latigueando fracturaba el oasis y Eliseo encarnaba su cuerpo abandonado a merced de la misma mano que lo abrazaba todas las noches. Tan sólo sus lágrimas lo acompañaban en las frías horas de la madrugada, enjuagándole los pensamientos y lavándole el dolor para dejárselo más pulido y evidenciable que nunca. De vez en cuando una chispa de conformidad saltaba por sus pupilas y calmaba la marea interior, esa que a todos nos mueve, agita y revienta, destazándonos.

Llegó noviembre y con él la melancolía con su acedo traje de vientos fríos y secos, contaminados de hojas y polvo. Eliseo, que sin saber por qué, había olvidado que existía aquella casa flotante, la veía de nuevo pero sin odio o rencor alguno, ahora su expresión demostraba curiosidad y miedo. Sentado en el balcón que daba a la calle de atrás la contempló por horas.

Ninguna persona la había habitado y no se sabía quién osó construirla. Cuando él llegó a la colonia con su madre y su abuela todos comentaban de su existencia y de cómo un día despertaron, salieron a dejar la basura y oyeron por primera vez el cantar de sus tensores. Todos se preguntaron si la compañía de bienes raíces la había puesto ahí, quisieron saber por qué estaba colgando encima de sus cabezas y de dónde se sujetaban los cables que la sostenían. Preguntaron al presidente municipal, al gobernador, científicos, brujos y chamanes y nadie contestó su interrogante. Muchos, movidos por la duda y unas cuantas monedas, treparon por las ramas del manzano y penetraron en la

casa. Se les vio entrar pero no salir. Así que fueron otros a salvar a los primeros y tampoco regresaron, los terceros fueron a salvar a los segundos y nada, no volvieron. Los habitantes pidieron su destrucción y se hicieron varias reuniones en las que su madre era la única que se oponía a tal acción. Un día quieto y soleado uno de los colonos trepó por el manzano sierra en mano, se recostó en una de las ramas y se dispuso a cercenar uno de los tensores que quedaba encima de él. Estuvo dos horas tratando y todos abajo le pedían que desistiera, pero ya no escuchaba ni se movía, así pasó seis horas más hasta que lo dieron por muerto. Nadie se ofreció a subir por el cuerpo, al parecer presagiaban una maldición, así que allá arriba, tostado por el sol y reblandecido por la lluvia, se fue desintegrando el valiente vecino, uniéndose poco a poco a las ráfagas del viento que iba hacia el sur. Por fin, después de aquel día viendo la rareza del asunto aprendieron a vivir con ella.

Eliseo recordaba aquel relato contado de la áspera voz de su abuela como si se lo hablara al oído... cómo la extrañaba y cómo su imagen flaca y amarilla le remordía la conciencia por no haberle cumplido. De nuevo, el ruido de los cables rompió el espectro y el odio resurgió.

Las procesiones del día dos colmaban la noche con su olor a cera y cempasúchil, la colonia se convertía en un puntillero de luces doradas, titilantes, y como único sonido se escuchaba el incesante rezo de la muchedumbre. Con este escenario de fondo, la oscuridad de la casa flotante era más evidente por la gracia de los contrastes, así que no dejaba de mirar la construcción que se movía suavemente rompiendo los primeros trazos de neblina. Ella estaba como todas las noches a su lado, desnuda sobre las ásperas sábanas, con la piel caliente y el corazón frío, como todas las de su clase, fantasmas del placer efímero. Eliseo ahora no requería tantas de sus atenciones, tan sólo la tenía por la costumbre y una incipiente lástima, aunque si bien es cierto que su belleza plástica era lo suficientemente atractiva como para tener lacónicos roces y ver satisfechas sus pulsiones, esas que eclosionaban cada cierta hora durante la madrugada al despertar de una de sus pesadillas.

Parado como siempre frente a la ventana, no dejaba de contemplarla y escudriñar con el pensamiento lo que había más allá de sus ventanas ojivales y de sus paredes sin acceso. De repente se sintió tan identificado con ella que le era imposible detestarla como siempre habían hecho todos los habitantes de la colonia, que algún día quisieron destruirla y encontraron la muerte en su intento, no podía ya odiarle ni temerle a una idea, a un objeto, al que era completamente absurdo adjudicarle un sentimiento; qué había hecho esa construcción, allí, levitando sobre su cabeza, para merecer su desprecio y no su respeto y su admiración, porque probablemente era digno de admirarse el hecho de estar ahí por tantos años y resistir tantas calamidades, sin un suelo de donde asirse, agitada y revolcada por el viento y el agua, dorada por el sol, y para acabar de rematar violada por quienes la penetraron y nunca salieron, sin saber por qué. Se imaginó adentro los restos de sus vecinos ya hechos polvo o acabando de pudrirse, bañado en el peculiar olor de la descomposición humana, sometido a presión dentro de esa casa sellada, sin embargo, la idea esparcida por los viejos y los supersticiosos de que estaba maldita se veía reforzada por tales acontecimientos dignos de un reportaje de lo paranormal.

« La luz. Eliseo cayó de espaldas contra el piso y lanzó un grito de como quien es herido de imprevisto por un cuchillo. Se encendió la luz. De inmediato corrió al balcón y miró hacia la calle, esperando ver a otros que también hubieran presenciado tal acontecimiento, pero al parecer nadie lo había advertido, todos caminaban con sus ramos de flores y sus velas, comiendo pan de muerto o calaveras de dulce, riendo o llorando, pero nadie sorprendido con la mirada elevada señalaba el suceso.»

Mientras todas estas ideas se filtraban por los pliegues de su cerebro, se encendió la primera luz dentro de la casa flotante. La luz. Eliseo cayó de espaldas contra el piso y lanzó un grito de como quien es herido de imprevisto por un cuchillo. Se encendió la luz. De inmediato corrió al balcón y miró hacia la calle, esperando ver a otros que también hubieran presenciado tal acontecimiento, pero al parecer nadie lo había advertido, todos caminaban con sus ramos de flores y sus velas, comiendo pan de muerto o calaveras de dulce, riendo o llorando, pero nadie sorprendido con la mirada elevada señalaba el suceso. Regresó con paso más acelerado a su recámara y se sentó, espe-

rando que a su mente llegara algo coherente. Si la casa ya tenía luz es porque alguien la estaba habitando, alguien que escaló por el manzano, entró y puso velas, porque no tenía conexión con alguna fuente de electricidad, pero a ese alguien él tenía que haberle visto, puesto que llevaba horas viendo la casa y el árbol, pero mas sin embargo entró desapercibido, de completo incógnito, aunque cabía la posibilidad de que hubiera llegado la noche anterior mientras todos dormían, lo que también significaría que no había muerto como los demás. De nuevo miró hacia la casa y ahora una ventana estaba abierta, en definitiva alguien estaba ahí y vivo. Corrió por su milenario pantalón de manta y su camisa de tercal, se vistió y salió corriendo hacia el manzano, sin dudarlo por un momento se asió al tronco y tuvo que revivir aquellos momentos de niño travieso para poder subir hasta la punta, de gruesas ramas. Lo detuvo el piso de la construcción, también de madera y por cuyas rendijas se colaban hilos de luz ambarina, interrumpidos por el caminar de alguien que cruzaba repetidas veces. Eliseo golpeó la duela pero adentro nadie parecía escucharle, así que avanzó por otras ramas hasta que llegó a un lado de la casa y vio que la puerta estaba entreabierta. La puerta. Con un puñetazo la abrió de par en par y brincó como un mono hacia su interior. Sólo un

«Corrió por su milenario pantalón de manta y su camisa de tercal, se vistió y salió corriendo hacia el manzano, sin dudarlo por un momento se asió al tronco y tuvo que revivir aquellos momentos de niño travieso para poder subir hasta la punta, de gruesas ramas. Lo detuvo el piso de la construcción, también de madera y por cuyas rendijas se colaban hilos de luz ambarina, interrumpidos por el caminar de alguien que cruzaba repetidas veces.»

cuarto vacío lo recibió, no se veían velas o focos, pero estaba iluminada por completo; era tan extraño, parecía que la luz brotaba de cada fibra de la madera que formaba parte de la habitación, y la persona que presuntamente estaba no se veía por ninguna parte, no tenía dónde esconderse puesto que sólo era un cuarto grande sin divisiones. Eliseo se levantó del piso y recorrió tontamente cada una de sus esquinas, una y otra vez, primera esquina, segunda esquina, tercera esquina, cuarta esquina, primera esquina, segunda esquina, tercera esquina, cuarta esquina, primera esquina, segunda esquina y en la tercera esquina estaba parada, ella, con la misma sonrisa franca y la misma piel morena con que la había soñado, reapareció ante sus pupilas

claras como formada por la manta luminosa que envolvía la casa, lo miró y le acarició la nuca. Asombrado, aterrado y conmovido sintió como si se le clavaran miles de pequeñas y finas agujas en la espalda, produciéndole leves descargas eléctricas alternadas con paroxísticas oleadas de escalofríos más tibios que fríos. Eliseo, sin alcanzar a comprender y dispuesto a no hacerlo, la tomó entre sus brazos y deseó que sus arrugas y su aspereza se unieran a su piel húmeda. Escuchó cómo unas pisaditas livianas corrían tras de él y le rozaban el pantalón, pequeñas carcajadas inocentes armonizaban la nada hasta ese momento sorda y pronunciaban con voz chillona su nombre.

Al día siguiente, los de la limpieza pública recogían todos los restos de la verbena anterior mientras la casita sin puertas, luz o signos de vida alguna, como siempre, permanecía quieta atada a sus tenses misteriosos. Un grupo de ancianos pasaba por la plaza y comentaban cómo algún día hombres fuertes y valientes de nuevas generaciones se encargarían de derribarla y esclarecerían las misteriosas muertes para acabar por fin con la maldición, porque el diablo ahí tenía su aposento y desde sus ventanas ojivales rojo quemado los observaba para tentarlos.

Ahora desde mi ventana la observo, como siempre, con su única luz encendida.

© César Alejandro Obregón Guzmán

El autor:

César Alejandro Obregón Guzmán. Médico Pasante del Servicio Social. Egresado de la Facultad de Medicina de la Universidad Veracruzana. Campus Xalapa. Finalista del concurso de Relato de la Feria Internacional del Libro Universitario (Xalapa, Ver) en el 2005 por el texto "Cuesta Arriba".

LA FOTO

por Francisco Ruiz

—Aquí en Calatayud estuve tres años interno —te dije. Y tus ojos me ordenaron sin palabras que me callara, querías intuir por tí misma cómo habían moldeado mi carácter aquellos viejos muros en los escasos segundos en que la carretera pasaba cerca de ellos. Josito y Rosa a lo suyo: Él al ataque civilizado, ella a la civilizada defensa. El viejo rito del cortejo. La carretera no se acababa nunca y nunca perdí de vista el reflejo de tu pelo, color Wella Balsam a la última. Lo que sí me perdí fueron los paisajes.

—...tu rendimiento no es satisfactorio, tu trabajo ha disminuido en volumen y calidad, no quisiera ser yo el que te ponga a disposición de Personal... pero me estás forzando a mirarte con otros ojos, estás perdiendo la audacia que te caracterizaba según los informes anteriores a mi llegada...

Qué sabrás tú de audacia, negrero, lo único que sabes es pegar estocadas a los pobres diablos que fabrican piezas para que tú y yo vivamos, y de vez en cuando a los que te salvamos la papeleta para que te cuelgues medallas, audacia es lo que tuvo Beatriz la primera noche en Andorra, cuando sonrió tímidamente y dejó caer que se habían olvidado la tienda en Madrid, que ambas hermanas tenían que dormir en la nuestra, cuando su pelo castaño teñido me reveló que quería olerme cuando durmiera, para hurgar en mis sueños y contaminarlos con la maldición que aún me persigue. Audacia fue cuando Rosa me enseñó la colección de fotos de tu boda, Beatriz, cuando caí en la cuenta de que un alma gélida como la tuya jamás se amarraría a la de un pobre hombre como yo. Audacia es que me estés sermoneando y yo analice la foto de familia que reposa sobre tu mesa, intuyendo los rasgos de tu mujer y tu hijo, en lugar de escucharte...

«Cómo me gustabas, Beatriz, carcajeante y con la cara pringada, solo te faltaban las rodajas de pepino en los mofletes, los rulos y la bata boatiné, no llegué a decírtelo pero te hubieras reído, seguro...»

—...llevas una temporada ensimismado, como si no tuvieras aliciente para trabajar, te recuerdo que alguien como tú, que entró a la Empresa por la puerta del taller es un privilegio trabajar en oficinas, y si no quieres la plaza seguramente juntemos tres docenas de candidatos en tus mismas condiciones, no te lo puedo consentir Jareño, sintiéndolo mucho, no puedo cons...

No va a parar, no señor, va a seguir con su inmunda verborrea. Nunca se calla a tiempo, nunca escucha, vive por y para el reloj y lo demás para él son zarandajas, jamás tendrá ocasión de volver a ser niño, como aquella vez en un camping de Mónaco, jugando a las cartas, donde el premio por ganar consistía en untarle la cara de pasta dentífrica a los perdedores, que risa nos daba vernos con la cara blanca, una de esas risas infantiles que no se pueden falsificar, sin control ni ganas de tenerlo. Cómo me gustabas, Beatriz, carcajeante y con la cara pringada, solo te faltaban las rodajas de pepino en los mofletes, los rulos y la bata boatiné, no llegué a decírtelo pero te hubieras reído, seguro...

—...no es normal que los rendimientos de la Planta hayan bajado del ochenta y seis por ciento, no es normal que los operarios paren de trabajar once minutos antes de la hora de salida, no es normal...

Normal... ¿sabrás tú lo que es normal? ¿dónde está escrito lo que es normal y lo que no? ¿es normal acaso que fuera ella la que me abordara en el lago di Garda? ¿consideras normal que aprovechara el

mínimo resquicio que tuve para encandilarme por siempre? ¿es normal que los siete días restantes de viaje durmiera en mi saco en la misma tienda que otras dos personas? Alguien tan simple como tú jamás comprenderá la gran mentira que encierra esa palabra, normalidad, el falso axioma envolviendo a la incertidumbre, no, no voy a seguir por aquí, no tienes luces para tanto... En el fondo creo que no te odio, creo que me das lástima por ser tan patético, por ser tan gris, tan sin vida propia fuera de estas paredes, a la altura que les supones a los padres de familia que explotas y desprecias a diario, y que al toque de campana vuelan lejos, donde tu pestilente influjo no puede rozarles la piel, al igual que volaba yo por las carreteras del sur de Europa, sentado atrás, en el Ford Orion de Josito, acariciando su pelo y cuello por el lateral para no montar el número, ensimismado por la oleada color violín que se derramaba por mi brazo como un torrente de agua, y que si cierro los ojos y me concentro aún puedo sentir, que sabrás tú de normalidad...

—...existen serias sospechas de la validez de tu trabajo, no estás cronometrando como debes y visto lo visto, regalas tiempo por doquier. Prefiero pensar que es algo involuntario, que tu criterio de Actividad no se ha ablandado de tanto tratar con vagos e inútiles, y lo que está pasando es un mal trago pasajero ajeno al trabajo, porque de lo contrario no te mandaría a Personal, te pondría de pat...

«No, te ha bastado con ser el hijo del Gerente, el cachorro imbécil de la camada que nace con la vida hecha, con los problemas resueltos, con una mujer que no te mereces, o quizá sí, porque es posible que os parezcáis más de lo que siempre he pensado, Beatriz y tú, tú y Beatriz, extraño binomio.»

Verona, daría treinta años por repetir una sola de tus noches de entonces, cuando sentados entre cipreses me dijiste que me querías, que no importaba la edad, que lo dejarías todo por un sueño conmigo aunque fuera una pesadilla. Qué bien mentías, jamás conocí una persona con tal capacidad de convicción en la mentira, como si te fuera tan cotidiano como respirar. Me hubiera dado igual saberlo, te hubiera pedido que siguieras dándome tu dichoso cóctel de sonrisas, mentiras y carretera, no me hubiera importado en absoluto. Hasta ahí llegaba mi obnubilación, aún sabiéndolo me hubieran sabido a gloria tus mentiras, no se puede describir cómo me supieron sin saberlo... qué trabalen-

guas, aún años después sigues poniéndome nervioso...

—...llegado quejas de los mandos de producción, dicen que no haces caso de sus requerimientos de mejora de tiempos, que te dan igual los esfuerzos que hacen para optimizar las líneas, y eso en un Analista de Tiempos no se puede consentir, no señor, te recuerdo que en la reunión bimestral de Marzo los Jefes de Producción se comprom...

¡Qué triste tener sólo esos recuerdos! Qué aburridas tus reuniones, yo me las paso enteras divagando, con paisajes que se niegan a diluirse en mi alma, y en cierto modo reviviéndolos, igual que sentía el perfume de su piel sobre la mía de adolescente, mientras jugábamos a perdernos por el Cartier des Liles en Marsella, verla entre aquella congregación de indigentes, putas, y marineros la hacían brillar aún con más esplendor. Mis recuerdos de aquellos días me traen a Rosa y a Josito de la mano, al fin, a un borracho que cantaba su pena por las esquinas, el Café Méditerranèe oliendo a jazz y humo, y La Pitonisa, con su fatídica sentencia al echarme la suerte: —Les cartes ne dirent rien à ton sujet aujourd'hui...— la mirada de desprecio que te dirigió, Beatriz, cuando un momento antes te había endulzado los oídos con buenos augurios y sonrisas envueltas en incienso. La Pitonisa lo supo al instante, sabía que me querías al igual que yo a ti, si no más, pero también vislumbró en las cartas la negra cueva que escondes en tu esencia, el egoísmo que te mueve a hacer lo que no quieres con tal de llegar más alto, esa avaricia imbécil que va a mantenerte rica e infeliz toda la vida. Quizá voy demasiado lejos, quizá es que no me querías, quizá ese niño que aparece en la foto entre mi jefe y tú se parece mucho a mí con su edad, quizá... sin más.

—...no llegamos a los objetivos y gran parte de esa responsabilidad recae en ti, Jareño, pero me estás fallando, me estás defraudando profundamente y no queda más remedio que darte un plazo de tiempo, un intervalo prudente en el que espero que vuelvas a ser el Analista frío, cerebral, y con todas las ganas del mundo de subir en el escalafón a fuerza de méritos, y no recurriendo a politiqueros de salón o padrinos, sabes que siempre he odia...

Padrinos dice, Javier Alfonso Simón Alvar-González, hijo de Salvador Simón de Outomuro, gerente de la fábrica, cómo tienes tan poca vergüenza ¿acaso has tenido tú que hacer méritos para ejercer de Jefe? No, te ha bastado con ser el hijo del Gerente, el cachorro imbécil de la camada que nace con la vida hecha, con los problemas resueltos, con una mujer que no te mereces, o quizá sí, porque es posible que os parecáis más de lo que siempre he pensado, Beatriz y tú, tú y Beatriz, extraño binomio. Por qué tendrían que ponerte como mi jefe, por qué tengo que aguantar todas las mañanas la visión de esa foto, ese extraño trío compuesto por ti, Beatriz, y mi hijo, el hijo que le concebí a ella, el hijo que siempre has creído tuyo. Por qué mi vida se viene abajo por una simple fotografía.

—...así que eso es lo que hay, espero que con un toque de atención tengas bastante y esta situación ridícula dé un vuelco de una puñ...

—¿Es su hijo?

—¿Qué?

—El niño de la foto, ¿es su hijo?

—...Sí... pero no veo qué relación tiene eso con...

—Cuídelo mucho.

—Esto ya pasa de castaño oscuro, voy a llamar ahora mismo a Personal y te aseguro que va a cambiar tu suerte.

—La suerte no se puede cambiar, la mía se quedó echada sobre una mesa plegable en Marsella, pregúntele a su mujer.

«Me va a echar, aunque solo sea por este último comentario me va a echar, pero no importa, llevaba tiempo amasando en la cabeza la idea de irme. No soporto la visión de esa foto a diario.»

Se ha quedado con la boca abierta. En el tiempo en que me he marchado a recoger mis cosas no ha reaccionado. Me va a echar, aunque solo sea por este último comentario me va a echar, pero no importa, llevaba tiempo amasando en la cabeza la idea de irme. No soporto la visión de esa foto a diario.

Vuelta al comienzo, empiezo de cero. No se le pueden poner puertas al corazón pues tiene todas las llaves. Ahora no tengo trabajo, estoy sólo y tengo pendiente cierto viaje, la repetición de uno anterior, pero esta vez sin compañía. Mi futuro no está claro pero el primer paso es disipar de mi cabeza ciertas nieblas. La única certeza es que tengo que vivir algunos sueños pendientes, aunque sean pesadillas, aunque sean sin ti, Beatriz.

© Francisco Ruiz

El autor:

Francisco Ruiz Carrasco. Ha sido premiado en el Concurso "Villa de Getafe" de Relato corto de 1999, en el Concurso Nacional de relato corto del Colectivo Patrañas de Leganés en el año 2002 y en el III Certamen Internacional de Poesía "La Lectora Impaciente" de Simat de la Vallidigna (Valencia). Ha publicado varios cuentos en los libros monográficos de Patrañas Ediciones, en la revista "La Fumarola" o en la revista en red "Almiar/Margen Cero". Alguno de sus relatos ha sido editado por el Centro Nacional de poesía José Hierro. Su primera novela, *La multitud silenciosa*, ha sido publicada por Patrañas Ediciones a primeros del 2009. Hace algunos años se embarcó con otros cuatro autores en lecturas en vivo, de manera experimental, por locales de Madrid. Los "Hermanos de barra" leyeron en el Café Manuela, en El Bosque Animado, en el Smoke, en AlMargen Café, y en algunos otros sitios de menos brillo y peor alcohol.

JUEGO DE MESA

por Luis Emel Topogenario

Rólex con ojos verdes sobre blusón hinchado para piernas convexas. Mirar panorama. Ojos fosforescentes, inmóviles en la muñequera, no resaltan sobre juego. Las pocas palabras se anudan al cuello de la corbata negrIRRUBIA antes de comenzar. Los ojos espesos se frotan contra los objetos carentes de vibratilidad. Rebote de sensaciones. Comenzar con fritas. Dolores para crepitar los pechos de un único observador privilegiado, respiración cansina acuchillando la frente sudada, la boca húmeda de carmines, dedo nervioso como tableta tocando botón de falda, apretar, por favor, contra ojo adorador de senos abundantísimos. La palabra del observador privilegiado ha roto el último sello. Ojos negros que sobresaltan por cejas bien centradas en cara casi fea, sentada a una mesa de bar. Bar entre cuatro veredas ortogonales, cartel encendido, curules para fumador recortando el paso. Los bucles de la noche torpedean el mundo exterior. Cara casi fea mira por encima del hombro derecho de ojos negros de enfrente buscando uno de los mozos. Ordenará dos maltas más. Rechista con paredes repletas de espejos en vigas y ventanales interminables y encontrados entre sí que atestiguarán su sed. La misma mirada volcada sobre espejo rebota, los vidrios arañados de frío, sin apagarse en el infinito. Bar en ele. Noche en pleamar. Los sonidos –voz que magulla sobre otra; golpe en el travesaño del televisor; trigo dorándose; chiclines de monedas propinadas; roces, risas de Bañogestán lentamente una vigilia fría y naturalmente vacía. Elevado, tierno, la noche muestra su lucero roto. Cada tanto la boca de los ojos negros se sonríe frente a esa segunda boca, que devuelve el movimiento pero sin mostrar los dientes. En mesa contigua dos amantes, estupificadas la una en la otra, bobean entre sendos vasos secos de capuchino. Una de ellas invierte en un beso que la otra costea muy pobremente. El beso se deshilacha en una farsa. Entre choque de canillas y posición legítima: primer gol. Apenas dos jarras helantes se tocan para celebrarlo. A dos pasos, sobre mesa de frente a la barra en ele inversa, algunos colegas, uniformados con caras de póquer y boinas rojas, peinan, aburridos, sus discursos y charlas de repuesto. El de boina roja –cualquiera– paga las sobras de la cena y la espuma de las cervezas con el desdén de todos. La atmósfera de la noche pincha las carcajadas hasta deshacerlas. En los paladares llagados el silencio se amontona con un sabor más bien crocante, como pan envasado o como hielo, y tarda mucho en asentarse. El reloj, caracteres dorados sobre marco y papel plástico marrón, marca las veintitrés horas. Los clientes que se van reaparecen transformados: cueros lustrados de calvicie ahora son cabellos recién remojados de guapura; nariz de mármol por pómulos atizados de acné; mocasines de marca por zapatillas negrirrojas.»

Se piden las mismas pizzetas y enlatados calientes con cigarrillos. Una prenda muy sucia sospecha y da que pensar. No hay criaturas vendiendo rosas de cebolla mesa por mesa. Los cristos repulsos, las caras tartajeadas por hambre, son azuzados por los garrotes al alejarse de los ventanales. De pronto, en el estómago de uno de los comensales vino helado y náusea se mezclan. Alrededor de la náusea, el frío agarrota las lenguas de los que hablan y taponan las orejas de los que escuchan. Casi siempre los cocineros conferencian entre ellos. El reloj marca las veintitrés horas. Mozo más alto acostumbra pifiar sus boletas cada cinco centavos por cuenta por cliente por vez (diez centavos para las mujeres solas y veinte por cada pareja –menos diez por ciento las homosexuales–). La billetera de los estafados, de ordinario, tolera tales errores como meros e insignificantes actos de supervivencia. Los agentes del Partido vigilan la ceremonia sin facturarla. Momento seguido se paga o se arriesga una lucha de clases sociales. La casa no invita. Los vividores han sido desterrados en los mismos baúles en que fueron traídos al mundo interior. La ambición voraz del mercado eliminó toda la cartera de vipis. La pausa del medio tiempo se

desparrama entre los juegos de mesa como una larga ola de agresividad. Los futboleros se reducen a mentarse sus queridas y españas; los mozos se engreen. La pausa es perfectamente empeñada en la mesa de la esquina del fondo: tipejo barbudo, casi gordo, los frenos protuberantes en la boca mordida por la dentadura, las cejas desviadas a causa de los batazos, sin anteojos, solitario esperpento, teje en el plato las conversaciones de todos los otros. Las luces de setenta watts, menos amarillas, parchean los focos de grasa en ciertos espacios; las penumbras aisladas propagan un toque sensual. Los televisores negriblancos –tres–, a pesar de todo, no intervienen en el proceso de iluminación. El ruido lastra el glub glub. El génesis del sonido se precipita como una cáscara de plomo sobre todo el planeta. En los orinales del Baño reza Y en el principio dios fue sonido, no luz mientras vos orinás tu mamá se revuelca Conmigo, Mamón, Anarkía, Ivania chupa mi pija gratis cero nueve cinco dos dos cinco siete tres ocho Llamá. Otras grandes frases hilvanadas en el inodoro, o en el trayecto hacia y desde ellos, se abstienen de comentarse. Ninguna discusión es zanjada antes de tiempo. Carteras de damas y bolsillos de caballeros resguardan sus palabras aplastantes y frases degolladoras bala en boca. Pelota al medio, pitido oficial contra silbatina y dos Qué buenos contra Vamos todavía. Aplausos generales del bar para el esputo del cervecero. Después de un largo análisis, rostro llenos de muecas y pápulas supuratrices en mesa número tres descubre que la mezcilla justa y analgada, de mesa contigua, es una conocida de tercer grado: querida del cuñado de un amigo con derecho (primera hipótesis); novia del hermano de una amiga no bien mutua (segunda hipótesis). Se comunica, si es que puede, utilizando dos cejas y varios dedos extendidos de la mano izquierda. El líquido puntiforme, amarillo y pustuloso, sobre la cara, no se le hidrata ni se le encostra. La mezcilla (la hipótesis en cuestión) es incomodada y apenas aporta un manojo de saludos erráticos. Silueta que

«El detrito flota en el agua y luego se amontona como detrito. Intestino despellejado se empoza en la grava. Nada. El reloj, detenido, es ignorado. El tiempo hurta la sencillez de las cosas. Una mano es alzada por sobre la inercia de los objetos circundantes.»

se desplaza –graciosamente– por el ventanal que amuralla la pared de la calle izquierda justo les interrumpe. La situación es trivial pero fruitiva: la silueta espléndida va hundiéndose en la vitrina a medida que la calle desnivelada se alarga hacia atrás. La mezcilla y el atado de muecas aprovechan para escabullirse a los asuntos internos de sus mesas respectivas. La ignorancia, inmejorable, es recibida con total caballerosidad. Abundancia de papas fritas fritándose hace las veces de polución aérea. Olor de aceite raspado en el fondo de las friteras se soporta, únicamente, por el dulce aroma del

dinero en los pulpejos de los mozos al aproximarse. Las pausas se desmayan de frío en los senos del observador privilegiado. Ahora todos, pausa, juntos, momentáneos, veintitrés horas, ojos negros, mezcilla, rostro de muecas, otros rostros, esperpento, bobas, boinas, mozos y demás objetos residuales, son distraídos por el delicado ronroneo de dos motores japoneses que oxigenan la pecera. Mantener cien litros de tilapias, dorados, arco iris, pedrones, angelitos y arrayanas más un bucito de la Prefectura Naval que escarba el tesoro. Mantener para caducar los ojos revulsos de privilegios. Cada mirada que se deposita en los peces destiñe las escamas. El detrito flota en el agua y luego se amontona como detrito. Intestino despellejado se empoza en la grava. Nada. El reloj, detenido, es ignorado. El tiempo hurta la sencillez de las cosas. Una mano es alzada por sobre la inercia de los objetos circundantes. Peces reaccionan desplazando en el agua sus ictiocabezas rápida y violentamente. El mozo más alto modula sus movimientos con elegancia para responder. Violento, el frío acompaña cada secuencia corporal. Reacción unísona. El servilletero de la mano alzada se ha quedado sin servilletas, por favor. En el brocal de los vasos cerveceros los suspiros silenciosos se van secando. El esperpento, ágil desde su mesa, espía el simulacro de conversación y el servilletero, los modifica a su gusto; luego observa su plato, los peces; luego la conversación, el reloj, el plato, los motores nipones, rostro acendrado del mozo más alto; luego el servilletero vacío de conversación, el plato, reloj, pez. Su cerebro busca urgente una emoción embriagante que lo momifique. No lo logra. No fracasa. Veintitrés. No le extraña. Vuelve la cara al plato y su barba renegrada bisecta la luz que se precipita desde el ventanal. Tercer gol (córner derecho con pierna cambiada / frente de cabeza entre seis codos / red al segundo palo). Indiferencia unánime. Voz desde la registradora pide el recambio de canal. Codo y palma de la mano sostienen aburridos la quijada de la voz. El mentón, fresco pero verde por incansables afeitadas, rasca mecánicamente la mano que lo sostiene. El match es viejo y repetido. Desde sus espaldas, eviternas papas fritas continúan

pegamentando la atmósfera de todo el bar. La saliva ya casi ácida de sal sirve para sosegar el rencor de los comensales expuestos. La orden de la voz en la registradora, a través del aire, coapta a la perfección con la lumpenobediencia del mozo más gordo. Uno por uno, los televisores son cambiados de estación pero no de servilismo. Mantener. Mal hadado, el mozo más gordo se lerdá por una torpeza extrema en su técnica cambiacañales. Improvisa frente a dos whiskys puros en rocas de hielo azul para no volcarlos. En el acto llega un cuarto que va directamente a la mesa del esperpento y allí se sienta sin más trámite. No se dicen nada y si se miran no se tutean. Pide el periódico de siempre, por favor. La noche comenta al pie sus lecturas. Los frites destiñen el cristal de la pecera. Rebobinado de clientes idem para mantener. Cigarrillos abrasados levantan una dócil zarabanda gris que empaña las córneas. Uno de los peces, a contramarcha, da de tropezón con la piernita del buzo. Pechos enormes ingresan a solicitar el uso gratuito del Baño sí, cómo no, y el silencio que se enrosca en ellos es abrumador. Pétreo. Sorda, la mezcilla enrojece. Las bobas se celan antes de admirarse. Sólo el esperpento y la quijada aburrida en la registradora permanecen indiferentes, anestesiados en cualquier pausa. Los pechos enormes ingresan al Baño, egresan, la carne henchida, los músculos del cuello tatuados con perfume. Las toses rijosas modifican el silenciábulo de las mesas y, poco a poco, las conversaciones retornan a lo habitual. Los mozos, el más alto, el más gordo y el más negro, palmean las mangas anchamente aladas de sus trajes negriblancos, limpiándose las ideologías, el perfume de los pechos enormes, la penetrancia del tabaco reposado. Lo tosido levita en el aire y luego se transforma en crústula. Otros comentarios quedan al margen, disueltos por los resultados de la quiniela. 23. Los ruidos, al atravesar el agua, llegan retorcidos hasta el contacto con los peces; no tocan una sola escama. La pulpa del silencio, aquí y allá, reposa intacta. Los rayos lunares son esquivados por el edificio del bar. Dos miradas negocian antes de entregarse el sí en una de las mesas cercanas al Baño. Cuando una levanta el ojo bueno de la hamburguesa, la otra mirada pellizca los vasos a medio tomar, la mano sobre la otra mano y los dígitos de la cuenta que se van apilando. La mirada original hace un efecto de búmerang sobre las ropas chillantes de la segunda y luego regresa a su punto de origen. Muecas sí. El silencio espástico es fracturado por un me gustás dos puntos y el romance rojo, crecido en las mejillas como grandes ronchas, por fin se instala obliterando la rigidez de los rostros. Proceder a besar sí, cómo no, proceda, hedor de la emoción primera, labios arrugados y sin respiración, boca holgada, gónadas tembleques y gordas. Bomba de contacto para labios. Reventar. Poses de vergüenza y disimulada promiscuidad enlatan sus caras, virulentas de cobardía; saben qué no decirse, recular y mantener dignidad libreta sí. Los pocos chancros de la mesa de boinas empiezan a morder genitales para generar picazón. Una mano negrirroja ingresa en bolsillo de pantalón izquierdo y rasca chancro ipsilateral; acompaña risa espontánea y monólogo pulcro, cautivador, políticamente correcto. Los otros chancros asienten inermes. El tiempo no es soportado por los objetos. Peinados de rulos comienzan a aterrizar, llenando en rueda la última mesa disponible. Los rizos se distribuyen al azar. Los dedos índices en cada cabeza empiezan a enrollar, de forma maniática, los rizos de los cabellos; los bucles son continuamente perfeccionados. El bar está lleno y pronto. Los peinados de rulos se dividen en dos bandos entremezclados: los que generan alboroto y los que lo consumen, secundándolo. Se grita a quemarropa, se ríe de frente, se fuma de costado. Jarritas curvas de vino negritinto se agolpan en fila india e inundan la mesa. Todos los objetos se apoyan en los peces simulando definirlos. En el orinal una boina orina haciendo estribillos con el chorro y moja toda la superficie del cuenco, limpiándolo de pelos púbicos caídos previamente. Los teamos toquetean sus dorsos de piernas con talones descalzados por debajo de la mesa. El deseo, hecho eclipse entre sus manos, les obliga a contornear los ojos escleróticos hasta velarlos de blanco. Las bobas pagan, sirviéndose a la extorsión. Dentro de la pecera el agua se mueve en bloques y por sectores. A cada movimiento, acompaña otro de peces que se acomodan para evitar ser atrapados y triturados entre los bloques de agua. El conjunto todo de la pecera dibuja un ballet bello y normal. La voz en la registradora utiliza lengua y saliva en su piso de boca como estricta diversión. Con la mano izquierda también se acaricia el cutis grasiento. El mozo más negro

«En el acto llega un cuarto que va directamente a la mesa del esperpento y allí se sienta sin más trámite. No se dicen nada y si se miran no se tutean. Pide el periódico de siempre, por favor. La noche comenta al pie sus lecturas. Los frites destiñen el cristal de la pecera. Rebobinado de clientes idem para mantener.»

se acerca con los billetes aplanados en la lengua billetera de terciopelo negro. Entrega, cuenta, teclas, chiclines, de vuelta y se aleja al sitio anterior. La voz en la registradora deja escapar un suspiro hondo que se cae bajo la barra como se cae un as bajo la manga del ganador. Allí es pisoteado junto con las partículas del polvo. Los cocineros –dos–, latigados por el calor del horno, se arremangan aún más los codos de las gabachas. Sus caras, inexpresivas, marmolizadas por las frituras en los ollones, intentan reírse con bromas de corte sexista gastadas como sueldos una y otra y una vez más. Con el bar lleno, los mozos, el más gordo y el más negro, charlan, caminan y sirven nerviosamente. El más alto silabea solo y metódico, concentrado, aislado de los ojos para adentro. La lectura de periódicos se levanta de la mesa y se dirige al Baño. El tiempo nada. Reloj. Cada minuto ha sido un sonido abandonado al borde de los objetos. Veintitrés. El esperpento se alarma súbitamente: Cada minuto ha sido una palabra abandonada: denuncia entre sus papeles. De pronto las cicatrices en su cuerpo le efervescen; la lectura de periódicos ha rendido el asiento. Nada. Los ojos incoloros. Cree que una emoción lo ha invadido. Se lleva la mano al tórax y se descubre las tetillas viejas y duras debajo de la ropa. Llama al mozo. El mozo más negro lo ignora. El esperpento, sus palabras sepultadas por ojos, encabrona su expresión, pánico, se enrarece. La ira empieza a cabalgarlo. Putea sus maldiciones hacia adelante y hacia los costados de su cabeza, en un radio de ciento ochenta grados. Dos mozos lo ignoran. El otro, cuando pueda, también lo ignorará. El escándalo

«Con el bar lleno, los mozos, el más gordo y el más negro, charlan, caminan y sirven nerviosamente. El más alto silabea solo y metódico, concentrado, aislado de los ojos para adentro. La lectura de periódicos se levanta de la mesa y se dirige al Baño. El tiempo nada. Reloj.»

suscitado comienza a tomar ardor y forma, se adormece rápidamente por el griterío de los peinados rulos. Una de las bobas se dirige mecánicamente hacia el Baño. Se intercepta con la lectura de periódicos y el arrastre inercial de sus cuerpos los engulle con desodorantes baratos y feromonas. Los cuatro ojos no observan sus propias imágenes sin reciclar. No se miran, no se oyen, no se tocan, no se comunican. Se huelen. La otra boba mira en la mesa la silla con la estatua que ha quedado vacía. Los muñones de sus pensamientos retozan como hormigas en sus piernas llenas de mandíbulas. Mira en el salero los granos de arroz descascarados por el cloro. Mira la silla, la mesa, dos de siete

galanes de boina roja, la mesa, la silla, las uñas de los anulares tiesos, el reloj, mesa, pez. Quien ha orinado los vellos púbicos –cualquiera– le devuelve las miradas ganadoramente, sin cesar de sobar el chancro en el genital. La boba se apoya en su respaldo. Nada. Pestañea con ambos ojos y los arruga hasta cuadrificarlos en un horizonte falso. Sonríe pero su sonrisa se cae a dos palmos. Se inclina un poco a la izquierda y con la mano toca sus botas de lagarto nigroestriado. El tiempo no es soportado por los objetos. Las cosas permanecen ingastables por la carencia de sentido. La luna solitaria se desliza en el mismo radián hasta petrificarse sobre el edificio del bar. No existen razones para seguir. La voz en la registradora consulta su rólex. La segunda flota en un mar de indecisión. No existen razones para empezar los privilegios del observador. El principio de los objetos circundantes es cancelado en el cuello de la corbata. No tiene sentido seguir. Ballet bello y normal donde bloques de agua en movimiento logran atrapar un pez en un descuido. El cráneo del pez se asfixia hasta comprimirse. Los peces de repuesto observan el intestino bilioso teñirse de agua. El esperpento, irreparable, se desvanece. Rayo lunar en la barba renegrida. Los radianes se multiplican, clonándose bajo las lunas de sangre y yeso negro. Nada. Reloj. No tiene sentido empezar. El tiempo no es soportado por los objetos. El cuerpo del esperpento es momificado por una emoción. Cada segundo es un sonido abandonado al borde de los objetos. El deseo feroz de las bobas patrulla sus cuerpos a la distancia, hasta recalentarlos. Más saliva. Crústulas sobre los hombros de los adoradores. Entre las cabezas todas gotea la linfa de los sueños muertos, nutriendo cadáveres de queso y salsas de orégano. La sangre en los objetos se transparenta hasta volverse cloro. Trigo dorándose. Rulos ante guapura entre boinas. Chiclín inútil. As de manga. Rólex.

© Luis Emel Topogenario

El autor:

Luis Emel Topogenario. Escritor nicaragüense (Managua, 1980). Actualmente reside en Montevideo, Uruguay. Ha publicado varios relatos, tanto en papel como en revistas digitales especializadas en literatura. *La Codorniz*, su tercera novela, es su proyecto narrativo más ambicioso.

LOS CUENTOS DEL POSADERO DE BACHARACH

por Enrique García Díaz

EL CUENTO DE EGINHARD Y EMMA

El pueblecito de Bacharach se encuentra situado en el valle del Rhin, en Alemania. Se trata de un lugar entrañable a orillas del mencionado río, y que bien parece sacado de un cuento de hadas. El porqué encaminé mis pasos hacia éste es una cuestión que no viene al caso aquí y ahora, pero que sin duda alguna fue de los más enriquecedora. Nunca pensé que aquel pueblo y aquellas gentes fueran las culpables de que mi estancia se prolongará indefinidamente. Y más en concreto un personaje de dicha localidad, el señor Friedrich Wolfgaunsen, a quien tuve el placer de conocer. El señor Wolfgaunsen posee en sí mismo una riqueza cultural sin igual. A él va dedicado esta recopilación de relatos y cuentos alemanes. Porque no pienses, querido lector, que yo soy el artífice de estas historias. No. Nada más lejos de la realidad. Yo sólo soy el compilador. No quiero atribuirme, ni que nadie me atribuya un mérito que no es mío. Por eso quiero dejar firme y clara constancia de que el único autor de estas historias es el señor Wolfgaunsen.

Fue en el invierno de... cuando llegué en tren a este pueblo pintoresco y que todas las guías turísticas de Alemania recomiendan visitar. No sabía a ciencia cierta qué era lo que podía encontrarme, pero el paisaje invitaba a que pudiera soñar con una estancia memorable. Encaminé mis pasos por la calle principal del pueblecito y al momento no quedó la menor duda de que nunca olvidaría mi estancia allí. Tenía la sensación de encontrarme en una especie de cuento de hadas. Las casitas típicas alemanas se distribuían a ambos lados de la calle con sus tejados de pizarra acabados en cúpulas. Sus blasones adornando las fachadas y sus letreros sobresaliendo para ser mecidos por el suave viento que soplaba aquella mañana de comienzos de septiembre. Ni que decir de sus balcones adornados con toda clases de plantas y flores de diversos colores. Transitar por sus callejones de suelo adoquinado para asomarse como si de una ventana se tratara al Rin. Orgulloso y majestuoso río que cruza Alemania y que da nombre a este emblemático valle, donde se asientan lo pueblos más pintorescos.

Estaba tan sorprendido contemplando las maravillas del pueblecito que no me percaté de que una fina lluvia había comenzado a caer. Cuando me hube repuesto de mi estado de asombro, decidí resguardarme en una cafetería. El dueño sonrió amablemente al verme, y pronto me di cuenta que me encontraba ante una persona que no era de allí. Las paredes del local estaba adornadas con mapas y motivos de Italia. Pero lo que resultó determinante fue el hecho de que estuviera conversando en italiano con una mujer.

–Un *expresso* –le pedí al gentil hombre, quien solicito se dispuso a satisfacer mi petición.

Tomé asiento en una pequeña mesa algo alejada de puerta y me dispuse a disfrutar de mi café. Mientras, el hombre seguía charlando con la mujer en lengua italiana. Eché un vistazo a la guía que llevaba conmigo para recordar lo que podía verse y hacerse en este lugar. Aquello captó la atención del dueño del local quien se acercó hasta mi.

–¿Es usted un turista? ¿Quiere que le recomiende algo que no viene en ninguna guía? –me preguntó mirándome fijamente.

–Bueno... –titubeé recelando de la proposición de aquel hombre, quien sonrió al momento.

–No tema. No voy a recomendarle nada extraño, sino algo curioso y que apuesto que le gustará.

–Adelante pues –le invité gustoso de conocer su misterio.

–Camine un poco más hasta que llegue a una taberna que reconocerá de inmediato por su exquisita decoración. Entre y pida de comer, pero sobre todo quédese después un rato.

–¿Por qué? –le pregunté extrañado.

–Porque descubrirá algo que jamás encontrará en otro lugar –me respondió rodeando su explicación de cierto misterio que me cautivó en seguida–. Hágame caso.

Contemplé cómo se retiraba el hombre hacia el mostrador, mientras terminaba de sorber mi expresso. Aboné mi cuenta y abandoné el café encaminando mis pasos hacia la taberna que me habían recomendado. Estaba revestida toda en madera dándole un aspecto muy lugareño y acogedor. Cuando empujé la puerta de madera me di cuenta que volvía a encontrarme en un sitio extraído de algún cuento de los hermanos Grimm. Un lugar acogedor y ricamente engalanado con cuadros y emblemas del país. La mesas de madera presentaban un orden y una pulcritud exquisita. Con un pequeño jarrón del que sobresalía una flor que dotaba de colorido a ésta. Tomé asiento mientras una linda muchacha de cabellos oscuros y ojos claros se dirigía a mi. Le pedí un lugar para comer y ella me indicó que eligiera cualquier mesa. Ocupé la primera que quedaba justo a mi lado y me senté a esperar para pedir para comer. La carta estaba situada sobre la propia mesa y tras echarle un rápido vistazo, me decanté por comida típica alemana.

Degusté aquel delicioso plato acompañado de la típica cerveza. Después de lo cual pedí un café y me dispuse a esperar. En mi mente se agolpaban de nuevo las palabras del camarero italiano: «Espere pacientemente y verá algo que jamás ha visto». No sabía a qué se estaba refiriendo pero dada la intriga que rodeaba a este acontecimiento me dediqué a sorber con lentitud mi café. A los pocos minutos la posada comenzó a llenarse de gente que pasaban de largo del comedor y se adentraban en lo que parecía ser un enorme salón de recepciones. Hombres, mujeres y niños de todas las edades desfilaron bajo mi mirada.

—¿Por qué no va usted también a escuchar al señor Wolfgaunsen? —me preguntó la camarera invitándome a seguir los pasos de aquellos.

No ocultaré mi recelo a la hora de adentrarme en el amplio salón presidido por una amplia chimenea en la que ardían varios tizones, y que arrojaban su calor a toda la estancia. Vi que había varias sillas y tajos de madera diseminados en torno a una mesa redonda, a la que había sentado un hombrecillo de pelo cano, que en ese preciso instante se limpiaba sus gafas. Vestía con ropas sencillas y estaba por apostar a que era un lugareño de Bacharach. El hombre tomó un sorbo de una copa que contenía un líquido transparente, y tras aclararse la garganta encendió su pipa de madera, cruzó las piernas y se dejó caer sobre el respaldo de la mecedora, en la que estaba cómodamente sentado. Durante unos segundos se hizo un silencio sólo semejante al momento en el que llega la noche y todo el mundo duerme. Hasta que la voz potente y grave del señor Wolfgaunsen lo rompió como si de un trueno se tratara.

«La historia que voy a narraros hoy es de lo más interesante, y si a ello añadimos que está basada en hechos reales... —comenzó diciendo el hombre mientras arqueaba sus cejas hasta que casi se unieron con sus cabellos—. Pues bien, sucedió hace mucho tiempo en la pequeña localidad de Ingelheim, donde existía un hermoso castillo construido en mármol, y que era la residencia preferida de Carlomagno. A menudo se retiraba a este solitario y tranquilo lugar acompañado tan solo por un puñado de sus más leales servidores y los miembros de su propia familia. Einghard, el secretario privado del emperador, siempre estaba incluido en el pequeño círculo de vasallos que acompañaban a Carlomagno. Hombre de incommensurable destreza y sabios conocimientos, este joven era bastante diferente del resto de consejeros, no sólo por la manera de aprender las cosas, sino también porque era el favorito de las damas de la corte.»

»Einghard se encontraba siempre al lado del emperador, tanto que se había convertido en un amigo íntimo de la familia, y el propio Carlomagno decidió encargarle la educación y el aprendizaje de su propia hija, Emma. Ésta era considerada como la más hermosa de entre todas las damas del reino; tanto que el propio Einghard no pudo mantenerse frío y distante a su belleza.

En este punto, el hombre se detuvo unos instantes para refrescar su garganta y luego de llevarse su pipa a la boca continuó la narración. Había conseguido captar mi atención al igual que la de todos los allí reunidos.

«Las horas que ambos compartían aprendiendo provocaron que ambos se compenetraran de manera excepcional. Einghard, sin embargo, luchaba para recordarse a sí mismo cuáles eran sus deberes con el soberano, pero el amor lo estaba venciendo, y pronto un juramento de fidelidad eterna unió a la joven pareja.»

»El propio emperador no había medido las consecuencias de permitir que el joven secretario y su hija

compartieran tanto tiempo juntos. Durante la noche, cuando todos dormían, Eingham buscaba la habitación de su amada. Ella escuchaba las ardientes palabras de amor de su joven enamorado.

»Pero quiso el destino aliarse en contra de la joven pareja –dijo el hombre inclinándose hacia delante para clavar su mirada en las de los chiquillos, que sentados en el suelo los rodeaban, provocando un gesto de sorpresa–. Sí, fue una noche en la que ambos estaban sentados en la habitación de Emma hablando de manera confidencial –el tono del hombre se volvió más tétrico y desgarrador provocando el espanto en la audiencia–. En el momento en el que Eingham se disponía a abandonar la habitación de su amada Emma, percibió el sonido de las voces en el patio cubierto de nieve. Sería imposible cruzarlo sin ser visto y sin dejar un rastro de huellas sobre ésta. Pero debía alcanzar su propia habitación cuanto antes. ¿Qué podían hacer para que no fueran descubiertos? Ah, amigos, el amor es ingenuo en ocasiones. Después de considerarlo durante algún tiempo ambos acordaron que sólo existía una manera de salvar aquel obstáculo que el destino ponía ante ellos. Así, la joven dama le pidió a Eingham que subiera a sus espaldas. Ella lo llevaría a través del patio dejando tan sólo un pequeño rastro de huellas.

»Pero ocurrió que el emperador no conseguía conciliar el sueño aquella misma noche, y se sentó en la ventana contemplando el patio en silencio. De repente percibió la forma de una sombra que cruzaba el patio. Al fijar su vista en aquel extraño descubrió para su asombro que se trataba de su propia hija Emma. –El tono del narrador subió provocando una nueva exclamación en su concurrida audiencia. Debo admitir que aquel misterioso hombre me había atrapado con su forma de narrar. Estaba tan intrigado con su historia que me olvidé que mi tren partía aquella misma tarde, en escasos minutos–. ¡Sí, era ella! Y llevaba a un hombre a sus espaldas. Y no era otro que su favorito, Eingham. El dolor y la rabia se mezclaron en su corazón. Quiso precipitarse escaleras abajo y descubrirlos. ¡La hija del emperador y su secretario vagando en la noche como vulgares criminales! Pero ¿cómo había sido posible? ¿En qué momento habían decidido compartir algo más que la instrucción? Con gran esfuerzo, el emperador se contuvo de hacerlo, y preso de una extrema agitación regresó a su cama a esperar el amanecer.

El hombre se detuvo aquí otros instantes mientras volvía a beber del vaso que tenía sobre su mesita y daba otra calada a su pipa. Sin duda alguna se tomaba estos segundos para acrecentar la expectación entre sus oyentes. Sabía manejar con maestría las sensaciones de éstos y darles la dosis exacta de emoción. Todo un genio, pensé sonriendo mientras cruzaba mis piernas aguardando impaciente la continuación.

«A la mañana siguiente el emperador reunió con urgencia a sus consejeros. Todos se horrorizaron al ver la mirada de éste. El ceño fruncido, las manos a la espalda y el semblante pétreo. Eingham miraba a su señor sin comprender qué le sucedía. Hasta que éste comenzó a hablar.»

»–¿Qué castigo merece una princesa que recibe la visita de un hombre durante la noche?

»Los consejeros se miraron los unos a los otros sin comprender el propósito de aquella pregunta, mientras el rostro de Eingham palidecía.

»–Majestad, creemos que un mujer débil no deber ser castigada por algo hecho por amor –le respondió un consejero.

»–¿Y qué castigo se merece el favorito del emperador por arrastrarse en la oscuridad de la noche hasta la habitación de esa princesa? –preguntó lanzando una mirada de ira hacia su secretario Eingham.

»Comprendiendo que todo estaba perdido y que habían sido descubiertos éste respondió con voz clara y potente:

»–La muerte, mi señor.

La audiencia exclamó al unísono un Ohhh, que dejó mudo a nuestro narrador. Permaneció en silencio dejando que sus palabras hicieran mella en todos ellos. Los miraba a unos y a otros observando en todo momento sus gestos y sus muecas. Pero ninguno de ellos se atrevió a interrumpirlo. Ni le pidieron que siguiera. Entonces, el señor Wolfgaunsen sonrió y continuó su narración.

«El emperador contempló a su secretario con sorpresa. Una mezcla de ira y de admiración por haber sido él quien pronunciara su propia sentencia se apoderó de su alma. El silencio se hizo en la sala del

trono, y el emperador ordenó a sus consejeros que se retiraran al tiempo que le pedía a Einhard que lo siguiera.»

»Sin decir una palabra el emperador lo condujo a su cámara privada donde a su requerimiento apareció Emma. Su corazón se estremeció al ver la mirada de su padre. Comprendió al instante todo lo sucedido, y en un arrebato se arrojó a sus pies.

»—¡Clemencia, clemencia padre mío! Nos amamos —murmuró levantando el rostro empañado por las lágrimas.

»—¡Clemencia! —pidió Einhard imitando el comportamiento de Emma.

»El emperador guardó silencio. Después comenzó a hablar de manera fría y serena en un principio, pero su voz cambió a un tono más dulce al escuchar los sollozos de su hija.

»—No tengo intención de separar lo que el amor ha unido. Un religioso os casará y al amanecer de mañana deberéis abandonar el castillo y nunca más regresar.

De nuevo la concurrida audiencia lanzó una exclamación de sorpresa ante este anuncio.

«El emperador abandonó su habitación dejando a los dos solos. Emma se sentó en el suelo sin poder dejar de llorar, y fue la dulce voz de Einhard quien la tranquilizó cuando le susuró:»

»—No llores Emma. Al echarte de su lado, tu padre, mi señor, ha permitido que vivamos juntos para siempre. Ven, debemos irnos, pero el amor nunca se irá de nuestro lado.

»A la mañana siguiente, dos peregrinos abandonaron el castillo Ingelheim y tomaron el camino hacia Maguncia.

»El tiempo pasó, y el emperador ganó la guerra a los sajones y se ciñó la corona del Imperio Romano, y se convirtió en el emperador más famoso de la Historia. Pero toda su fama no hizo que su edad avanzara, que sus cabellos se tornaran plateados, que su corazón sintiera pena y dolor por la ausencia de sus seres queridos. Día tras días pensaba en el pasado. En los días de dicha y felicidad que había conocido en el castillo. En las fiestas, en los bailes, en las canciones de los trovadores... y en las antiguas y casi olvidadas leyendas, que él amaba tanto y que gustaba escuchar de labios de su favorito Einhard.

»Una mañana en la que había decidido llevar a cabo una cacería para distraerse el emperador quedó apartado del grupo principal por haber perseguido un ciervo. El animal viéndose acorralado llegó a orillas de un río. El emperador lo siguió, pero pronto se dio cuenta que las fuerzas le fallaban. Estaba cansado y, además, no conocía aquella región del bosque. De repente, percibió el humo que salía de una chimenea. Obligó a su caballo a seguir aquella estela, hasta que encontró una pequeña cabaña junto al río. El emperador vio que ésta era bastante sencilla; sin adornos superfluos ni lujos.

»—Tal vez se trate de algún ermitaño que vive retirado —murmuró mientras golpeaba la puerta de la cabaña.

»De repente, se encontró frente a un hombre de cabellos claros. Sin decir su nombre el emperador le informó que se había perdido y le pidió pasar la noche allí. Al escuchar su voz, el hombre tembló. Había reconocido al emperador. Una vez que ambos estuvieron dentro, Carlomagno vio a una joven sentada en una silla de madera con un niño en sus manos. Ella lo miró fijamente y su rostro palideció al reconocer ella también al emperador. Éste se sentó y rechazó cualquier ofrecimiento de comida.

»Los minutos pasaron y aún seguía sentado allí. En la misma postura. Con sus cabeza entre sus manos. Al final sintió que alguien acariciaba una de ellas. Despertó de su estado de somnolencia y descubrió el rostro de una niña de poco más de seis años, que venía a desearle las buenas noches. El emperador contempló a aquella criatura que se asemejaba a un ángel bajado del cielo. Con sus cabellos rubios como el trigo y sus ojos azules como el cielo de verano.

»—¿Cuál es tu nombre, pequeña? —le preguntó el emperador.

»—Emma —respondió ésta.

»—Emma —repitió el emperador con lágrimas en los ojos, y levantando a la niña del suelo la acercó a él y depositó un suave beso en su frente.

»En ese mismo instante, el hombre y su joven esposa se arrojaron a los pies del emperador.

»—¡Clemencia señor, clemencia!

»El emperador estaba sorprendido por aquel repentino comportamiento. Y cuando los rostros de ambos se levantaron hacia su señor, el corazón de éste dio un vuelco.

»—¡Emma! ¡Einghardt! —gritó con gran emoción abrazando a ambos—. Bendito sea el día y el lugar donde os he encontrado!

»Desde ese día Emma y Einghardt regresaron al castillo con grandes honores. El emperador les entregó su hermoso castillo de Ingelheim, y sólo se sintió feliz cuando ellos estuvieron con él allí. Al mismo tiempo mandó construir una abadía en el lugar en el que los había encontrado, a la que dieron el nombre de Seligenstadt, la ciudad de la felicidad. Pronto creció una ciudad alrededor de esta abadía, donde hoy en día reposan en la misma tumba los restos de Emma y Einghardt por expreso deseo de ambos.

El silencio se hizo en todo el salón. Nadie se atrevía a moverse, ni a decir una sola palabra. Era como si todos estuvieran inmersos en una especie de hechizo mágico. Ni siquiera yo me atrevía a levantarme de mi asiento. Y de pronto, un clamor semejante a una tormenta estalló. Aplaudieron con enormes ganas la narración del señor Wolfgaungsen, quien tímidamente saludó al público. Pasados unos minutos me levanté de mi asiento aún preso de esa sensación de paz y magia que envolvía la taberna de Bacharach. Me volví y me encontré con el hombre que regentaba la cafetería primera en la que había parado. Me miraba con una sonrisa en sus labios.

—¿Qué opina de nuestro juglar?

—No sé qué puedo decir... —balbuceé nervioso.

—Le dije que no vería nada igual en otro sitio.

—Cierto.

—Mañana puede volver si lo desea.

—¿Mañana?

—Sí, y pasado, y el siguiente. Wolfgaungsen atesora una increíble riqueza de leyendas y cuentos relacionados con estos lugares.

En un acto reflejo consulté mi reloj y me di cuenta que había perdido mi tren de vuelta a Frankfurt.

—¿Le sucede algo?

—Perdí el tren que me debía llevar de vuelta a Frankfurt.

—Bueno, no importa, amigo. Mañana puede tomarlo.

—Mañana —murmuré—. Sí, claro, mañana. ¿Y dónde pasaré la noche?

—No se preocupe. Y le indicaré una buena posada. Venga conmigo.

Acompañé a aquel gentil italiano que vivía en Bacharach y del que apenas sabía nada. Por ahora no podía hacer otra cosa que permanecer aquella noche en el pueblecito y partir al día siguiente. En mi mente aún resonaba la historia de Emma y Einhardt y la figura del señor Wolfgaungsen.

Aquella noche dormí plácidamente imaginándome la historia de Emma y Einghardt en mis sueños. No sabía porqué, pero sabía que nunca olvidaría esa tarde y aquella taberna de Bacharach, y mucho menos al señor Wolfgausen, quien se convertiría en alguien muy importante en mi vida.

© Enrique García Díaz

El autor:

Enrique García Díaz. Doctor en filología inglesa por la Universidad de Salamanca: Walter Scott y la novela histórica inglesa. Colaborador en diversas revistas literarias españolas y de América del Sur. Lector profesional. Profesor de idiomas y traductor. He publicado numerosos ensayos de investigación en revistas españolas, suramericanas y de Escocia. Soy miembro del Edinburgh Sir Walter Scott Club. Así mismo he publicado una novela romántica bajo pseudónimo y a finales de mayo saldrá la segunda. Pero no puedo revelar mi identidad.

LA IGLESIA DE GABOR

por José Antonio Lozano

Juan de Dios López llegó al pueblito en mitad de un enero inusualmente frío. No era normal que en pleno verano estuvieran disfrutando de unas temperaturas tan bajas. Tanto, que más de uno tuvo que echar mano de rebecas, frazadas y mantas desempolvadas para mejor pasar el rigor de las noches. Tiempo después, muchos achacaron aquella extravagancia climatológica a la inesperada aparición de Juan de Dios.

Las gentes que estaban sentadas en los bancos de la plaza vieron a Juan de Dios arrastrando un carro en el que llevaba un par de maletas y algunos enseres, pocos, como todo equipaje. Saludó sacándose el sombrero y nadie le respondió, desacostumbrados como estaban a la presencia de forasteros. Varios pares de ojos le siguieron hasta el final de la calle, la que desembocaba en la vieja tienda de alimentación que permanecía abandonada desde que Melquíades, su inquilino durante tantos años, marchó el verano del Año de la Revolución a conocer el mar, y nunca más volvió. Esos pares de ojos y algunos más, alertados por el silencio que se hizo en la calle, vieron cómo Juan de Dios desclavaba de la puerta el letrero de «Se Vende» y de un puntapié hacía gemir los goznes acalambrados del portón.

Se instaló de un modo natural, como llegan las desgracias, como el río anegaba año tras año los campos de labor del pueblo, callada e inexorablemente, la vista en el cielo y las rodillas en el empedrado. Juan de Dios vivía en la parte trasera de la tienda, apenas salía del local, acaso para ir a comprar unos pocos productos de limpieza, para pasear a la caída de la tarde por las cercanas afueras del pueblo. Le aceptaron a la espera de ver qué es lo que andaba tramando, tranquilizados por su porte elegante y la buena educación que demostraba, y ya correspondían, cuando por algún motivo se cruzaban en su camino.

Pintó la fachada de verde, de un verde inclasificable en la escala cromática, que olía a albahaca y musgo, que parecía brillar y palidecer a la vez. Restañó los huecos de la mampostería y retejó la zona echada a perder por el pedrisco de pasados julios. El día que cogió una escalera y pidió ayuda para colocar el letrero encima del dintel, le sobraron brazos para realizar la tarea. Había ganado la primera batalla con su discreción y ya podía decirse que era uno más entre los lugareños.

BOQUETERIA es lo que pudieron leer los que contemplaban la escena. Se miraron unos a otros y antes de que pudieran articular palabra, Juan de Dios se secó el sudor con la manga de la camisa y con una limpia y satisfecha sonrisa cerró la puerta de su local tras de sí. Al otro lado se quedaron perplejos y confundidos, interrogaciones en las pupilas y las preguntas colgadas del aire. Mira que ir a poner un negocio de bocadillos en aquel lugar perdido. Se les antojaba una idea descabellada y, más aún, se les hacía incomprendible que aquel tipo tan pulcro y sin duda con estudios hubiera escrito mal el título de su negocio. Bocatería. Eso era lo que debía haber querido poner en las restallantes letras rojas del letrero. No se atrevieron a llamar a la puerta, ya habría tiempo de hacer caer en la cuenta de su error al pobre Juan de Dios.

A la mañana siguiente, mucho antes de que el invisible árbitro del encuentro diera el pitido inicial, Juan de Dios ya había abierto las puertas de su establecimiento y esperaba detrás de su escueto mostrador al primer cliente. Serafín Ormaechea, hijo de vascos, nieto de vascos y todas las ramas generacionales que pudieras decir de vascos, llegados años atrás en una de las cada vez más infrecuentes oleadas de inmigrantes, fue el primero en asomar su cabeza por el negocio. Dio los buenos días, arrugó la boina entre sus manazas y absolutamente confundido se plantó delante de Juan de Dios. Por más que miraba, no veía por allí ninguno de los muebles y utensilios que se supone deben servir para poner en marcha un negocio de bocadillos. Pese a todo, achacando le desorientación de su cerebro a sus escasas luces y al poco mundo que conocía, decidido a gastarse unas monedas siendo el primero en degustar la mercancía, pidió tímidamente uno de anchoas, alegando que iba a hacer corto con lo que su mujer le había colocado en el zurrón. Juan de Dios le dijo que no tenía. Y con sus asombrados enormes ojos grises invitó a Serafín a abandonar el comercio. Este, profundamente avergonzado, le deseó un buen día y cabizbajo abandonó el lugar. No sería el último, ni mucho menos.

A medida que pasaban las horas, más y más vecinos del pueblo fueron acercándose a la bocatería, unos

a probar qué cosas hacía el recién llegado, otros a advertir de su error al dueño. Uno detrás de otro fueron saliendo de allí, las manos en los bolsillos y la sensación de que algo no andaba bien. Amablemente, Juan de Dios fue denegando las peticiones de toda su clientela con sus escasas palabras y su acento inclasificable por más que algunos dijeran que parecía de los Urales y otros que del interior de la región o de la colonia alemana instalada alrededor del lago. Los ojos de Juan de Dios se iban apagando al mismo tiempo que respondía que no. De gris a marrón y de marrón a negro. Una nube se instaló encima del pueblo y un aire extraño amenazaba con levantar las faldas de las mujeres. Hasta que llegó Mariela.

La niña Mariela entró en la tienda, miró hacia arriba desde su escasa estatura y clavando azul en negro le dijo a Juan de Dios: Quiero un boquete. Y cómo lo quieres, respondió éste. Uno por el que se pueda ver el mar. Dicho y hecho. Juan de Dios se acercó a la parte de atrás y en un momento regresó con un pequeño boquete que dejó dulcemente en las manitas de Mariela. Ahí lo tienes, bonita. Que lo disfrutes. La niña le pagó con una gran sonrisa y dando saltos salió a la abarrotada calle, gritando: «¡Se ve el mar, se ve el mar!». Su madre quiso acabar con aquel disparate pero, al acercarse a su hija, una espuma salada le salpicó en los ojos. El tiempo se paró por un instante y pareció que el cielo se abría cuando todos comprendieron por fin. Los más rápidos ya corrían hacia el interior.

Juan de Dios no tenía manos para todos. Multiplicó los viajes a la trastienda, volviendo con los boquetes más insospechados: Grandes, pequeños, regulares, apaisados, dulces o salados, de color o en blanco y negro, suaves o peludos, nativos, ausentes y pasados. Boquetes hinchados o desinflados. De verdad y de mentira, sus ojos cada vez más grises, las miradas incrédulas a su alrededor. Resbaladizos, peligrosos o caseros. Para la mujer y para los no nacidos. Boquetes para llorar, para esconderse o para saborear en las habitaciones oscuras. Boquetes en Navidad o en la Francia guillotizada. Musicados y esparcidos, múltiples o sencillos, encadenados como el amor de un adolescente o boquetes definitivos donde pasar el resto de una vida. Públicos, privados, revolucionarios o consentidos. Amalgamas de boquetes de sabores en los que poder ver la cara de la madre muerta. Una mariposa en un boquete, prestidigitadores entre bambalinas, vaporosos y sudados, boquetes con olor o anestesiados. Un boquete para hoy. Un boquete para siempre que se pudiera llevar encima, guardarlo en el bolsillo o clavarlo en una fotografía desteñida. Boquetes para coleccionistas o depravados. El ojo de Dios y la baba del diablo.

«La niña Mariela entró en la tienda, miró hacia arriba desde su escasa estatura y clavando azul en negro le dijo a Juan de Dios: Quiero un boquete. Y cómo lo quieres, respondió éste. Uno por el que se pueda ver el mar.»

Pronto la noticia corrió por toda la región. Los boqueteados se contaban por cientos, por miles, y era tal su felicidad que todos querían uno. Llegaron de incontables sitios, en caballos o en autos, a pie o en ferrocarril, como si de una peregrinación se tratara, invocando que aquel milagro no se terminara. Juan de Dios no desfallecía y para todos tenía el boquete deseado. Las mujeres comenzaban a mirarle de otro modo, preguntándose cómo no se había casado. Las más osadas le decían frases acaloradas al oído, le prometían noches de placer a cambio de un boquete eterno y compartido, del secreto de aquel prodigio. Juan de Dios fue probando, conociendo hembras del más diverso pelaje, que se le entregaban en secreto o con estrépito aullado en noches interminables. Nunca nadie las había tratado así. Contaban que las remontaba hasta el techo y que ellas se veían entre las sábanas, desde afuera, desde otro lugar, con envidia del gozo que notaban allá abajo. Ninguna consiguió pasar dos noches seguidas con él y nadie supo jamás de su misterio.

Dicen que le vieron hacer un boquete con sus manos, la mentirosa luna menguante presenciando la escena, y que se metió dentro de la boquetería dejando en la noche un hiriente olor a melocotón. Fue la última vez que lo vieron. Al día siguiente nadie abrió la puerta de buena mañana y nadie respondió a los insistentes golpes en la madera ni mucho menos se encaró con los que derribaron a empujones lo que había debajo del letrero desaparecido en el viejo almacén de un verde lloroso. Nadie dijo nada, no sabiendo qué decir, hasta que la niña Mariela, con un acento extraño que bien pudiera ser de los Urales o de los lagos del interior, murmuró en voz baja: Habrá que hacer una iglesia.

En Gabor hacía muchos años que no había iglesia. Desde que triunfó la Revolución, la religión fue prohibida, sustituida por el culto público a la personalidad del Presidente. Su cuerpo contrahecho, su

inacabable calva y su mirada congelada dentro de un barroco traje de General de Todos los Ejércitos, se aferraba a las paredes de cada uno de los lugares públicos, sustituyendo las imágenes de otros tiempos. Por eso, cuando la niña Mariela mencionó lo de la iglesia, un escalofrío recorrió la espalda de los presentes, y desconfiados ojos delatores se miraron entre sí. Pero la semilla no cayó en suelo yermo.

Los boqueteros más convencidos, los más fieles, seguramente los más insensatos, comenzaron a levantar un altar en la tienda del desaparecido Juan de Dios. Allí se reunían y hablaban sobre él. Recordaban las anécdotas, las conversaciones, los minutos que habían compartido, lo felices que les había hecho y cómo le echaban de menos. Al principio fueron unos pocos, al cabo de un tiempo eran una muchedumbre desorientada, tanto que ya no cabían en el interior de la boquetería y tuvieron que comenzar a construir una nave anexa donde reunirse y mirar hacia arriba en busca de un boquete en el cielo. Cada uno aportaba lo que tenía, lo que sabía hacer. Los albañiles se esforzaban en colocar piedra sobre piedra, los carpinteros serraban de aquí para allá, eligiendo las mejores maderas, las más olorosas para hacer marcos de puertas, ventanas y tarimas. Los cristaleros se las ingeniaban para hacer un simulacro de vidrieras que las más de las veces acababan en el suelo, con un estrépito de campanillas y miembros malheridos. Los pintores se entretenían iluminando las fachadas interiores, intentando reconstruir la cara de Juan de Dios, recreando los pasajes boqueteriles preferidos de la gente. Las mujeres tejían y tejían interminables cortinajes, túnicas con las que empezaron a vestirse, faldones para revestir el nuevo altar de mármol. En mitad del cansancio, muchos se preguntaban si aquello agradaería a Juan de Dios. La niña Mariela les trajo la respuesta.

Andaba por allí, de un lado a otro, a veces distraída con sus juegos infantiles, mirándolo todo con sus crecientes ojos marinos, convertida sin saber por qué en la directora de aquella industria. Sus palabras sonaban cada vez más lejanas y su familia no comprendía la procedencia de aquel acento extraño con el que regaba sus frases convertidas en órdenes. Un día, los atareados y cada vez más confusos boqueteros volvieron sus ojos hacia la niña Mariela, buscando respuesta a las no pronunciadas preguntas, queriendo que algo les guiara y les confirmara si aquello merecía la pena. Mariela, cada vez menos niña, sonreía hacia un punto colgado de un castaño. Parecía ausente de lo inmóvil que estaba. Todos dejaron lo que andaban haciendo y el silencio se apoderó del lugar. Mariela empezó a brillar de un modo extraño, primero suavemente, enseguida como si fuera un lucero. Juntó sus manos y de allí brotó un pequeño boquete, un boquetito que sonreía y acariciaba las cabezas de los presentes. Unas inaguantables ganas de llorar agarraron por la espalda a los congregados. Empezó a llover un agua cálida y dulce, pétalos fosforescentes estallaron entre las piedras, un rumor a tiempos pasados se colaba entre las piernas de los más desprevenidos y un olor naranja a mandarino chino llegó para quedarse. Mariela seguía la secuencia estáticamente, índices y pulgares juntos, mientras el boquete andaba de acá para allá. Al cabo de un tiempo que ninguno de los presentes pudo precisar cuando hablaron del prodigio, el boquete volvió por donde había venido y todos comprendieron. También la Revolución.

Lo sucedido en Gabor llegó a los oídos del Presidente y su Comité Revolucionario, y decidieron poner fin a una historia que venían siguiendo con desasosiego en los últimos meses. Un nutrido grupo de soldados se dirigió al pueblo con la orden clara de acabar con aquello, poniendo fin al disparate, costase lo que costase. La iglesia fue derribada ante la incomprensión de los boqueteados y una tímida protesta que pronto fue reprimida. El cordón militar de seguridad, iluminadas sus caras por el fuego destructor, presenció en primera fila el ocaso de un sueño.

Mariela y un grupo de fieles huyeron a los bosques hasta que se olvidó lo sucedido. Allí tuvo un sueño, o algo parecido. «Volveré a la iglesia para ver mis pinturas», dijo Juan de Dios. «Yo también volveré». «Pues allí nos encontraremos». Cuando regresaron al pueblo, sólo hablaban de aquello con los más allegados, el temor a la represión circulando por sus entrañas. Habían sido años duros, la persecución obstinada, el miedo sólido. Años más tarde Mariela observaría a un niño dibujando boquetitos en un cuaderno. Y sonreía.

© José Antonio Lozano

El autor:

José Antonio Lozano (Zaragoza 1969). Licenciado en Derecho y un amante de la Literatura y el Arte en general. Llevo escritos unos cuantos relatos, participado sin éxito en otros tantos concursos, y heridas varias en la batalla con las editoriales esperando ver publicado mi primer libro. Mientras tanto, canalizo mi inspiración a través del blog: jalozadas.blogspot.com

EN CUERPO Y ALMA

por Laura López Alfranca

Los cálidos rayos del sol le acariciaron los parpados despertándola, obligándola a recibir el amanecer de un nuevo día. Istaru abrió los ojos y sonrió al techo, sin más motivo que el desear hacerlo. Se levantó y se estiró perezosa, mientras el sonido del mar y su olor a salitre inundaban su nueva habitación, que era la de mayor tamaño del templo del dios Dialture. Se acercó a sus ropas de sacerdotisa mayor y las acarició con orgullo y amor; la capa tenía bordadas miles de aguamarinas y lapislázulis formando extraños mosaicos acuáticos. Antes de que se decidiera, a su cuarto entraron cientos de aprendices alegres y parlanchinas que hablaban de las fiestas mientras la vestían; la ignoraban, no podía culparlas, las normas exigían que nadie de un rango inferior al suyo podía dirigirle la palabra a menos que ella les hablara primero. Suspiró con paciencia, reconfortándose con la idea de su pronta marcha...

–Mi señora –murmuró una de las aprendizas más jóvenes que apenas debía tener diez años. Sus compañeras aguantaron la respiración asustadas, las consecuencias por aquella falta de respeto podían ser nefastas–, ¿os importaría ayudarme? Tengo muchas preguntas que hacer y nadie es capaz de responderme.

–Claro pequeña, las que desees –respondió ella con una sonrisa jovial, al fin una valiente entre toda aquella pandilla de ovejas. La pequeña correspondió a su gesto con timidez e Istaru se preguntó cómo era posible que nadie la hubiera atendido.

–¿Por qué nos exigen para avanzar en la orden ser limpias de cuerpo y espíritu? ¿Y qué es ser limpio de cuerpo? –la sacerdotisa sintió cómo la columna se le helaba, ahora entendía por qué nadie deseaba contestarle a aquellos temas tan... problemáticos.

–Nuestro señor Dialture quiere que solo aquellas que estemos completamente preparadas –comenzó a decir con cautela– nos dediquemos en cuerpo y alma a él... es decir, aquellas que sintamos un enorme amor hacia él.

–¿Como el que siente Rikume por ese chico tan raro? –ante esa revelación, la aludida comenzó a exclamar escandalizada mientras se intentaba justificar a la sacerdotisa, que no pudo hacer otra cosa más que reírse por la escena.

–Niñas, niñas, no es malo que os atraigan otras personas. No todas estamos llamadas a seguir el camino de nuestro dios –entonces se callaron aliviadas–, habrá algunas que encontréis a quien dar todo el amor que tiene vuestro corazón y ese alguien no será Dialture.

–¿Entonces el amor que hay que sentir hacia el dios es como... el que le daríamos a un hombre normal? –insistió otra de las pequeñas, parecía que aquel tema era el que más les desvelaba.

–O como el que le daríais a vuestro padre, a un amigo... cada cual quiere a Dialture como su corazón ordena y aunque a las demás sacerdotisas mayores les parezca mal, podéis amarle como a un compañero –las jóvenes cuchichearon entre sí, comentando lo que acababa de decir la mujer. Ella las comprendía, había tenido las mismas dudas a su edad.

Aún recordaba la primera vez que su padre la había llevado a uno de los rituales de la Iglesia del dios del agua. El continente en el que vivían, aun siendo el más grande que existía, la mayor parte de este estaba cubierto por grandes lagos y bosques... como una hermosa joya de esmeralda y añil. Todas las mañanas, las sacerdotisas y aprendizas se acercaban a las orillas de las playas, se metían en el agua y bailaban con ésta... cuanta más fe y poder tuvieran las mujeres, mayores prodigios y malabarismos podían conseguir con el elemento. Las leyendas decían que este ritual consistía en invocar al dios Dialture y cuando esto se conseguía, él danzaba con sus sacerdotisas y, si le agradaba, regalaba a sus feligreses con buen tiempo o una gran cosecha de sus dones.

Istaru podía presumir de haber podido ver bailar por última vez a la sacerdotisa mayor Idder Mignir... fue el mayor milagro que nunca había presenciado, el agua se movía calmada a su lado, giraba

a sus órdenes e incluso los seres acuáticos se adentraban por los remolinos y corrientes que creaba por el aire. Fue ese día, cuando decidió que serviría al dios del agua y así lo hizo durante casi toda su infancia y parte de la adolescencia, metiéndose en el agua y bailando con el mar... aunque para su frustración, no conseguía ni la mitad que la gran Idder Mignir y hasta unos cuantos años después, no supo que lo que ella consideraba pequeños logros era, en muchos casos, el máximo potencial que podían llegar a alcanzar sus otras compañeras.

Bajó seguida de su jovial séquito hasta el templo principal, donde sus hermanas la aguardaban para enseñarle el secreto más importante: a capacitarla para vivir dentro del mar si su señor así lo deseaba. Entró sola, nerviosa por lo que iba a ocurrir en el *Heredarero*, la sala donde se invocaban todos los poderes de su señor. A cada año y rango que se subía, se le iba rebelando una verdad y un poder... y a Istaru solo le quedaba aquél, el que llevaba tanto tiempo deseando con tanta intensidad.

El lugar estaba oculto en las profundidades del acantilado cercano a la playa del templo, el mar y el aire eran separados por unas cortinas blancas, que se agarraban a nueve columnas hechas con coral del mismo color. En el techo flotaban cientos de peces luminosos, que de cuando en cuando bajaban a jugar con sus cabellos y a susurrarles palabras en su lenguaje mudo. Las otras nueve compañeras se colocaron enfrente de cada columna y comenzaron a recitar los conjuros; la muchacha sabía que habían tardado más en concederle ese poder por ser tan joven y también porque las demás mujeres no deseaban renunciar a su cargo, ya que solo podía haber nueve sacerdotisas mayores... deseó reírse de ellas, ¿creían acaso que ella lo que deseaba era gobernar por encima de las demás? No, prefería a su amor, era por él por lo único que había aguantado hasta ahora todos aquellos tormentos. Pronto, su cuerpo sintió como si se volviera líquido y supo que estaba a punto de recibir el último don de los suyos.

«El lugar estaba oculto en las profundidades del acantilado cercano a la playa del templo, el mar y el aire eran separados por unas cortinas blancas, que se agarraban a nueve columnas hechas con coral del mismo color.»

Rememoró cómo se sintió cuando supo que el culto a Dialecture, para medrar dentro de éste, exigía que sus seguidoras renunciaran a cualquier deseo de pareja o de formar una familia propia. Siendo tan joven, no es que deseara tener hijos en aquel momento... pero sabía que sería incapaz de consagrar su vida a un ser inmaterial, aunque esto le reportara grandes riquezas y felicidad. Deseaba tener pareja, amarle y tener a sus hijos como habían hecho sus padres, aunque fueran tan pobres... tan pobres como para tener que pedirla que renunciara a todo, e ingresara en la orden. Se negó, ella ya no deseaba servir a un dios egoísta y acaparador, aunque ellos insistían en que era la única forma de conseguir dinero con su talento para el baile. La chiquilla les espetó que sería capaz de llegar lejos siendo una bailarina con el viento, un juglar libre que no servía a ningún señor terrenal o etéreo.

Recordó los reproches, los ruegos de sus hermanos... si ella no se unía a la orden del Señor del Agua, entonces ellos no podrían estudiar y medrar. Istaru sabía que lo que hacía no era lo correcto, pero prefería aquello que a vivir bajo el yugo de aquel dios que no había adorado con inocente fervor.

La noche antes de que llegaran las reclutadoras, hizo su macuto y caminó con intenciones de no volver jamás al pueblo... pero al pasar al lado del lago que siempre usaba para practicar sus danzas, algo la detuvo.

Entonces la joven respiró profundamente, la concesión del secreto había acabado y, al fin, ella era libre para irse... ¿pero cómo? No podía salir del templo sin ningún buen motivo y dudaba que su amor pudiera ayudarla en aquella tarea. Recibió las felicitaciones de las demás con una sonrisa, mientras su cabeza se preguntaba qué debía hacer.

Cuando salieron de las salas sagradas al *hall* principal, una de sus aprendices corrió hacia ella y le dijo que el señor Durgunt deseaba hablar con ella. Accedió al instante, adoraba a aquel hombre y a su mujer, le habían dado su primera oportunidad cuando comenzaba, pidiéndole la bendición de Dialecture para el primero de sus nietos... y cuando se encontró con que venía a pedirle como favor personal otra

danza sagrada, estuvo a punto de abrazarle y echarse a llorar. Accedió. A fin de cuentas, las sacerdotisas mayores no acostumbraban a hacer aquellos actos, pero siendo un gran benefactor del templo y de la joven Istaru, nadie se podría negar.

Corrió hacia sus habitaciones y sin esperar a la ayuda de su séquito se zafó de las incómodas ropas, para luego ponerse la suave túnica de aprendiz, la mejor para poder bailar en el agua.

Cuando acabó, se marchó hacia la playa de aguas cristalinas, donde esperaba toda la familia de los señores Durgunt a que ella comenzara. Les saludó con una rápida reverencia y se metió en el agua apresuradamente, acarició la superficie y ésta le dio la bienvenida como siempre... sonrió feliz y comenzó a bailar.

En el agua había un muchacho de su edad, de pelo oscuro, piel pálida, ojos azules, profundos como el mar y tan hermoso, que dejó a Istaru sin respiración. Se acercó a él y éste la saludó con una maravillosa sonrisa... cuando estuvo a su altura se abrazaron con delicadeza, él estaba completamente mojado, pero eso no le importó a la joven.

Y al son de un compás imaginario, comenzaron a bailar en soledad. Apenas eran capaces de susurrarse más de dos palabras seguidas, embargados por todas las emociones y la solemnidad de la ocasión... le amó desde el primer instante y supo entonces, con mayor seguridad, que nunca ingresaría en una orden que le obligara a separarse de él.

Se alzó un poco y para afirmar su decisión, besó sus labios con ternura. Eran suaves y sabían a sal... en un instante, necesitó volver a saborearle con mayor intensidad y así lo hizo. Una y mil veces, devoró sus labios y su piel, deseando no tener que detenerse, mientras sus manos seguían la misma estela fogosa que iba trazando con su boca. Su compañero la imitó, sin dejar de susurrar palabras de amor y esperanza, sin dejar de prometerle que nunca la abandonaría.

Pero a la mañana siguiente se despertó y él se había marchado... al principio pensó que le había mentado, pero algo dentro de ella le dijo que aquello no era cierto. Entonces, se asomó al lago para mirar su reflejo y con horror supo lo que en verdad había pasado. Volvió a llorar amargamente, porque si deseaba estar al lado de su amor, tendría que ceder a lo que más odiaba y seguirle. Se levantó y embargada por la pena, se dirigió a la plaza del pueblo, donde hizo la mejor actuación de su vida.

El agua la acaricia electrizando su piel, que se volvía fuego a cada movimiento de su cuerpo. El líquido apenas tardó unos momentos en acudir a su llamada y en mostrar a todos no hasta dónde alcanzaba su poder, sino su amor por Dialture, por él, que había renunciado a su libertad sólo para poder seguirle hasta su reino submarino. El mar y sus habitantes se hicieron uno con ella, todos eran capaces de ver los enormes prodigios que hacía una sacerdotisa que, hasta el día antes, no era capaz de hacer ni la mitad de aquellos milagros, consiguiendo maravillas que ni la mismísima Idder Mignir podría lograr. Los ilusos pensaron que su poder era enorme, pero Istaru sabía que solo era la fuerza del amor que había entre el dios y su sacerdotisa, que habían sido capaces de contenerse hasta el límite, de apenas rozarse cuando ansiaban perderse en el otro para toda la eternidad... los dos habían esperado a que ella consiguiera el último poder para estar juntos, recatándose para que no la impidieran avanzar por exceso de ambición para conseguir el poder de las demás. Pero ahora no había barrera alguna y el mar festejaba el reencuentro de los amantes, que bailaban sin vergüenza y sin dejar de hacerse las mismas promesas que renovaban bendición tras bendición, con fugaces caricias anhelantes.

Antes de que ninguno de los espectadores pudiera darse cuenta, Dialture arrastró a Istaru hacia las profundidades de su reino, para vivir por toda la eternidad a su lado, bailando en una danza sin fin con las mareas y el resto de criaturas marinas... dedicándose en cuerpo y alma el uno al otro.

© Laura López Alfranca

La autora:

Laura López Alfranca (Madrid, España. 1983). Estudiante de informática y escritora vocacional. Ha publicado en diferentes revistas de internet y conseguido diferentes puestos en otros tantos concursos literarios. Actualmente busca editorial para publicar sus novelas.

POR QUÉ ODIAR A RAYMOND CHANDLER

por Esther Ranera

Hacía tiempo que no hablaba con ningún electrodoméstico. Tampoco Elisa me había arrojado ningún objeto contundente a la cabeza en los últimos días. Me preparaba el café animado, con ganas de que aquella tranquilidad se mantuviese, al menos, hasta el fin de la Navidad. Salí al patio, con la taza humeando. Encendí un cigarrillo y me quedé mirando perplejo a un tío disfrazado de reno que colgaba en mi alcorcho de Perú.

–Hey, Elisa.

–Déjame, ¿no ves que estoy durmiendo?

–No, hija, con ese antifaz no sé si tienes los ojos cerrados o abiertos.

–¿Qué carajo quieres? ¿Ya es hora de ir a ver a tu madre?

–No. Es que he salido al patio a tomar café...

–¿Y qué? No pienso ir a fregar lo que se te haya caído.

–No es eso. Hay un hombre disfrazado de reno ahorcado en el alcorcho. El que nos trajo tu hermano de Perú.

–¿Ha roto alguna rama?

–No.

–¿Y qué hace disfrazado de reno?

–No sé. Es Navidad.

–Avísame cuando tengamos que ir a ver a tu madre –dijo ella, dándose media vuelta en la cama.

Era imposible convencer a Elisa de nada. Igual que cuando intenté hacerle ver que tenía un problema de adicción a los yogures de fresa. Negó todo y no hubo forma. O cuando aquellos policías la sujetaban para que dejase de golpearme, tampoco la convencieron. Así que un tipo disfrazado de reno no iba a conseguirlo. Desistí de su ayuda y volví al patio.

Di unas vueltas alrededor del ahorcado, cuidando de no ensuciar la escena. En seguida me di cuenta de que aquel hombre no podía haberse suicidado. Tenía un cuchillo clavado en la espalda. Sin duda alguien lo había apuñalado y después lo había colgado en mi alcorcho. En la valla blanca que cercaba el patio había un pedazo de tela gris que no se correspondía con el disfraz de reno. Todo aquello me tenía entusiasmado. Llamé a Luis Arzán, el presidente de mi club de lectura.

–Hey, Luis.

–¿Qué pasa Martín? ¿A santo de qué me llamas tan pronto?

–Creo que la reunión de esta tarde la podíamos hacer en mi casa. Tengo algo genial.

–¿Cómo? Íbamos a recrear la muerte del viejo en *El corazón delator* de Poe.

–Lo sé, pero tengo algo mejor. Tengo un caso para nuestro detective. El Detective.

–¿Bromeas? ¿Para El Detective? Los chicos van a alucinar... ¿Qué tienes Martínez? Habla.

–Un tío vestido de reno ha aparecido colgado del alcorcho que tengo en el patio.

–¿En la mañana de Navidad? ¡Eso es genial! ¿Has sacado fotos?

–No, aún no.

–¿Y a qué esperas? Voy a llamar a los chicos, a las cuatro estamos ahí. Y Elisa...

–Está todo previsto, va a comer en casa de mi madre.

–Perfecto. Nos vemos luego.

Tenía que prepararlo todo deprisa, antes de que mi mujer se levantara y comenzase a gritar. Para no mancillar la escena del crimen, tapé al muerto con una sábana que Aristóteles, nuestro gato, tenía arañada. Después puse una sombrilla en la zona de la valla que se había roto, para que no se viera desde la calle y eché el toldo para terminar de cubrir.

Fui al trastero y cogí la gabardina marrón *camel* y el sombrero de fieltro. Mis libros estaban escondidos en algún baúl, bajo llave, eso era cosa de Elisa. Pero lo importante lo tenía. Bajé a la cocina y escuché cómo mi costilla terminaba de arreglarse para ir a comer. Mi costilla. En verdad me hubiera gustado poder llamarla así alguna vez.

–¿Qué haces sin arreglar? Hemos quedado con tu madre a las dos. Vístete.

Elisa me dirigió una mirada sin percatarse. Después se quedó quieta, con las llaves del coche en la mano y giró despacio la cabeza. Me miró como se mira al fantasma de un padre y se me acercó arrastrando lentamente los pies.

–No... –susurró– no puede ser...

Me levanté un poco el ala del sombrero y la miré fijamente. Me llevé a la boca la taza del segundo café y después de dar un pequeño sorbo le dije:

–Adiós muñeca. No iré a comer a casa de mamá.

–¡No! –gritó fuera de sí– ¡otra vez no! ¿Has vuelto a hablar con la nevera? ¿Has vuelto a pedirle consejos a la batidora? ¿Es eso?

–¿De qué hablas? –contesté yo extrañado.

–¡Estás disfrazado de detective! ¡Otra vez!

–No es un disfraz, querida. Y no soy un detective soy...

–¡Es Navidad, por Dios bendito! ¿Ni siquiera en Navidad?

–No puedo descansar aunque sea Navidad. No sé si sabes que un hombre ha aparecido colgado en...

–¡Vete al cuerno! –berreó.

Elisa salió disparada de la casa. Me asomé a la ventana de la cocina y vi cómo se montaba en el cuatro por cuatro rojo. Cuando arrasó la maceta que teníamos en la puerta, bajó la ventanilla y gritó airada:

–¡Y llama a la policía!

–¡La policía no hace más que estorbar! –me defendí.

–¡Maldita crisis de los treinta!

El todoterreno desapareció al final de la calle, sin rozar apenas la farola de la esquina.

Encima de la mesa del comedor, había habilitado cuidadosamente una zona donde almacenar las pruebas. La carbonilla gris que limé de un lapicero esperaba ser esparcida para capturar huellas. Las bolsitas de plástico con cierre hermético y los pinceles de crin de corcel estaban listos para usarse.

Eran las cuatro cuando llegaron los chicos. Entraron en casa sin decir ni una sola palabra. Con un movimiento de cabeza les señalé los guantes de látex que les correspondían. Los tres pasaron por delante de mí hacia el patio y se quedaron mirando al tío vestido de reno.

Poco a poco y como si el hablar fuese a despertar al muerto, comenzamos a recoger pruebas en silencio. De vez en cuando se oía el despegar de la cinta adhesiva, con restos de pelo o huellas y un maullido lejano de Aristóteles pidiendo su latita de atún. Embolsamos todo y lo guardamos en una caja grande, de esas de mudanza, que nos habían sobrado a Elisa y a mí cuando nos fuimos a aquel barrio pijo.

–Esto se queda aquí –dije yo, convencido de que dejar las pruebas en casa era la mejor opción.

«Di unas vueltas alrededor del ahorcado, cuidando de no ensuciar la escena. En seguida me di cuenta de que aquel hombre no podía haberse suicidado. Tenía un cuchillo clavado en la espalda. Sin duda alguien lo había apuñalado y después lo había colgado en mi alcornoque.»

Cuando terminamos ya era de noche. La luz de la luna cubría por completo el cuerpo del hombre reno que había empezado a perder algo de color. Nos sentamos los cuatro en el comedor, mirándonos como si eso fuese a darnos respuestas.

–Si te soy sincero Martín, esto me pinta feo –dijo Andrés Sobrino mientras encendía un cigarro.

–No tenemos medios y a quien más temo es a Elisa –intervino Luis.

Asentí con la cabeza.

–Los dos me decís lo que pensáis y os lo agradezco, pero no podemos dejar que pase esta oportunidad. Creo que es la definitiva, chicos. ¿Qué opinas tú, Sastre?

Sastre estaba acariciando a Aristóteles justo en la garganta, que es donde le hace ronronear. El gato se le había subido a las piernas y lo miraba como Edipo a su madre.

–Creo que se me ha hecho pis encima.

–No, coño, Sastre. Del muerto, que qué opinas tú del muerto.

–Ah –dijo, algo decepcionado–. No sé. Igual tenemos que llamar a la policía.

En ese momento reconocí el sonido del motor del cuatro por cuatro rojo. Podría reconocerlo hasta en una exhibición de todoterrenos. El sonido de ese coche me recordaba la sierra mecánica que mi padre usaba para cortar las ramas bajas de los olivos. Un sonido palpitante y agudo, como si estuviesen haciendo palomitas en un segundo izquierda. Después escuché pasos por la escalerilla de entrada.

Elisa agarró a Aristóteles como si se tratase de un niño al que le estaban enseñando películas porno. Lo estrechó entre los brazos y se colocó detrás de un sillón. Por un segundo pensé que no iba a ocurrir nada, porque parecía que nadie iba a tener valor suficiente para hablar. De pronto, Sastre le dijo:

–¿Tienes algo que me quite el pis de gato del pantalón?

Pero ella no contestó.

Unos minutos más tarde la policía entraba en la casa para hacer lo mismo que nosotros con unos instrumentos un poco más sofisticados. Elisa seguía sosteniendo a Aristóteles cuando me llevó del brazo hacia la cocina. Con un gesto consternado que nunca había visto en ella, me acarició la cara y dijo muy despacio:

–Ya se ha terminado, Martín. Esto se acaba aquí.

–No se acaba, Elisa, es mi oportunidad.

–Cariño por favor... – repitió ella en susurros–. Eres Martín Martínez, contable. Tú no eres ese maldito detective de los libros, eres un hombre sencillo, eres mi marido.

–Voy a resolver el caso del hombre disfrazado de reno, ya tengo las pruebas. Y después...

–¡Púdrete, imbécil! –chilló Elisa saliendo de la habitación.

Me quedé solo en la cocina, escuchando cómo los policías arrastraban los pies por toda la casa. Es cierto: era un hombre sencillo. Me gustaba mojar pan en los huevos fritos y hacer una buena siesta los domingos. Quizá tendría que cultivar más mi ego para conseguirlo, pero iba a escribir una novela, con un misterio de verdad. Con el caso del hombre vestido de reno. No iba a tenerlas todas conmigo, pero estaba decidido. «Vas a hacerlo, Martín» me dije.

El microondas asintió.

© Esther Ranera

La autora:

Esther Ranera. Nací en Madrid, en un buen mes de 1984. Soy licenciada en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid y trabajo en la Facultad de Ciencias de la Información, como diseñadora gráfica. Curso actualmente el segundo año de los Talleres de Escritura Creativa Fuentetaja. Mi pasión, recién descubierta, es la novela negra y mi profeta Raymond Chandler. Este relato es un homenaje a él y a su estilo inconfundible.

SÓLO ERA UN GATO

por Lea del Pozo

No fue culpa mía, el gato se dejó caer. Estábamos en el séptimo piso, eso es verdad, igual que es verdad que la pereza de levantarme del sillón cuando lo vi encima de la barandilla fue más grande que el miedo a lo que diría él.

Me dejó.

Era su gato. No el mío. Era el gato de ella y de él. Yo sólo estaba ahí. Eso me lo dijo más tarde, cuando el gato ya se había estrellado contra el suelo y yacía aplastado con las entrañas fuera. Era una imagen repugnante pero también poética.

En realidad las cosas nunca son tan sencillas. Eso se lo dije cuando anunció que me dejaba: no quería estar con una asesina de gatos. Me llamó así, asesina de gatos.

Yo lloré y grité y le prometí que «no lo sabía, te lo juro, que el gato saltaría». Mentira. Estaba sentada con un libro entre las manos y la tele encendida, a volumen bajo. Oí un ruido y vi el gato encaramarse a la barandilla. Sabía que una vez el animal había caído desde ese mismo balcón y esa misma barandilla. Pero no hice nada. Era una oportunidad para que desapareciera, para que el pasado se escurriera por el vacío. Así que miré al gato, le dije adiós (un acto de cinismo innecesario por mi parte, lo acepto) y seguí leyendo. «Toda la vida he sido un fraude. No estoy exagerando. Casi todo lo que he hecho todo el tiempo es intentar crear cierta imagen de mí mismo en los demás»¹. Buen principio. Me jodió no poder continuar.

Lo que vino más tarde fue el grito de la vecina y mi novio bajando los peldaños de las escaleras de dos en dos. Yo cogí el ascensor. Cuando llegué a la calle, la vecina todavía gritaba y él estaba llorando. El gato era de color marrón y rayas blancas. Vulgar y corriente, vamos. Había reventado a un metro de la mujer cuando se dirigía a comprar el pan; la mujer, no el gato. No paraba de repetir que hubiera podido morir. A mí me pareció exagerado su aprecio por la vida. Su marido la había dejado y ya casi nunca se peinaba.

Mi novio tenía la mano derecha dentro del estómago del gato; aunque no le pregunté, imagino que fue un acto reflejo. Debió de llegar y, al ver el animal allí, con las tripas fuera, intentó insertárselas otra vez. Como si la vida consistiera en eso, en un sacar y meter.

Yo me acerqué y pregunté qué podía hacer. Él estaba allí quieto, sentado frente al gato, emitiendo un ruido que no llegaba al sollozo pero casi. No me dijo nada. La gente que pasaba por la calle nos miraba: a mí, a él, a la vecina y al gato. Cogí el móvil y llamé a mi hermano. Me dijo que fuera al piso a por una bolsa de basura y que con delicadeza recogiera el animal. Lo hice. Lo más difícil fue sacar la mano de él del interior del gato –tenía hilillos de vísceras hasta el codo–. Algunos vecinos bajaron preguntando qué había sucedido. También hubo bastantes «pobre gato». El morbo era excesivo pero no dije nada. Yo a lo mío. Cogí su mano con fuerza y tiré para afuera. Tenía el corazón del animal agarrado entre el índice y el pulgar, no sé cómo hizo para llegar a él. Con el tirón se ensució la camisa. Cogí el gato o lo que quedaba de él y lo puse en la bolsa negra. Los vecinos se fueron dispersando.

En el ascensor, no me miró, lloró. Me molestó tanto drama. Al fin y al cabo, sólo era un gato. Preparé la cena y escondí la bolsa en el armario de al lado de la lavadora. Él se pasó una hora –lo sé porque miré el reloj antes y después– en el balcón, con la mirada fijada en el suelo, siete pisos más abajo. Fue un momento triste para él.

Nada es tan sencillo, le dije cuando me anuncio que me dejaba y que yo era una asesina de gatos. Eso me dolió. No porque no fuera cierto, sino por la rabia con que lo soltó. Asesina de gatos. Sonaba feo. Suena feo.

¹ N. de la A. El fragmento del cuento que lee la protagonista es de Foster Wallace.

Más tarde me enteré de que iba por ahí contando que yo era una asesina de gatos. Pero eso fue más tarde.

La cena estaba encima de la mesa, esperando a que todo volviera a la normalidad. Le llamé y vino. Pensé que sería una de esas noches en las que él no hablaba y se sumergía en algún trozo de comida. Pero habló. Me dijo que no era sólo un gato, que era el gato de ella y de él, algo así como el símbolo de lo que fueron y que yo no tenía ningún derecho a matarlo. Hubo un momento en el que ya no supe si se refería al gato o a su pasado. Pero no pregunté. Me arrepentí de no haber tirado la bolsa negra de plástico en un contenedor.

Soltó un discurso que ya no recuerdo y me echó de casa, de su casa: la que había sido de ella y de él. Volví con mis padres.

Luego, ya lo he dicho antes, supe que iba diciendo que yo era una asesina de gatos. También supe que él y ella, una tarde, lloraron juntos por la muerte del animal y que él le pidió que volviera a casa. Ella se lo pensó, pero al final, se largó con otro. No sé si tienen gato.

Nosotros, después de todo, nos decidimos por uno negro.

© Lea del Pozo

La autora:

Lea del Pozo nació en 1978, es periodista y vive en Barcelona. En otra vida vivió en Marruecos y se licenció en Filología Hispánica, aunque no en ese orden. Mantiene el blog <http://lealio.wordpress.com/>

* * *

Relato

A LA CAZA DEL TESORO

por **Daniel Alejandro Gómez**

No sabía qué me pasaba, pero no voy a mentir: yo estaba contento, si bien no feliz, no feliz. Aunque estaba contento, sí, condenadamente contento: durante diez años había intentado conseguir mi propia casa; lo había logrado, y, una vez que entré en ella con mi esposa, sin embargo alguna sombra de mal agüero empezó a hacer su trabajo en mi psicología.

No sabía, lo dije, qué era lo que me pasaba y no se lo comenté a María, que sí estaba completamente feliz.

Me pregunté, entonces, lo que había hecho en los últimos diez años, las cosas que había perdido y ganado, mi deseo fanático del hogar, y, viendo todos mis afanes, me di cuenta de que pensaba en los demás, que yo pensaba en los demás. Bueno, los demás ya lo tenían en la cara a lo mío; yo había conseguido la casa propia y muchos de mis amigos y conocidos no: era mi premio, debía disfrutarlo...

Entonces me dormí, bien entrada la noche, y soñé.

No soñé nada inventado, soñé con la verdad, y entonces comprendí lo que me pasaba.

Es un sueño, pero siempre hay que contarlo bien. Es un recuerdo también, y tengo que respetarlo. Es una moral, acaso, y he de alegrar por ella. Pero también es una historia, y debe gustar, como a mí me gustó, como a mí me gustó recordarme.

Éramos una barra. No teníamos más de diez años, pero parecíamos mayores. La calle Curupaytí estaba llena de chicas y chicos, todos no pobres pero sí de clase media baja. Todavía me acuerdo de la tierra de la calle, y cómo se ponía llena de barro en la lluvia, y cómo caminábamos descalzos en medio de vidrios rotos. Veo todavía el cielo puro y honesto, porque no había muchas edificaciones, y cómo la vida, al menos para mí, era sencilla, franca, acaso feliz.

Bueno, yo no hablaba mucho, pero me divertía, me divertía condenadamente. Era el inteligente del equipo, el tipo taciturno y pensante. Pero me tenían en buen concepto; me veían, creo, con una mezcla de alguien que es buena persona e inteligente. Recuerdo aquel viejo sobrenombre afectuoso, que olvidé durante muchos años: me decían Sangre, por el color de mi pelo; pero también me llamaban por mi nombre, Gabi.

Es emocionante ahora, cuando uno está en una aburrida madurez, recordar aquella época porque no hay mucha gente que sepa del silencio nocturno de la calle, del ruido íntimo de la zanja, de los grillos entre algunas matas de pasto alto, del cielo franco que reventaba en tormentas, en el verano – bonitas tormentas que hacían castañetear los dientes de mi hermanita–, o de las heladas en el invierno, con todo su aspecto gris y solemne. Y recuerdo los amaneceres majestuosos, como con hambre de tiempo y de relojes, y a nuestra habitación, en donde entraba la sencilla luna blanca del suburbio, y a mis charlas risueñas, y a los juegos de carrera, y a las pocas luces eléctricas del alumbrado, y al viento, que nos daba de lleno, y que doblaba los manzanos, los ligustres, los naranjos. Todavía veo el patio de mi casa, tan rico, tan frutal, con su mandarina, con el limonero, con todos los semblantes de cítricos y todos los gustos olorosos de la savia, y el rocío tibio cuajado en gruesas gotas veraniegas, y los chicos y yo corriendo, todos embarrados, en ese fondo, o en la misma calle. Bueno, era mi casa, era mi casa, y la pude recordar. Me veía a mi mismo, pues, sentado tranquilamente en el pilar de cemento del frente de mi casa, mientras algunos de los muchachos mayores fumaban por ahí, en la vereda, todos serios, seguros, serena y distraídamente fanfarrones, y algunas chicas también más mayores, mostrando sus recientes y frescas bellezas, admirando aquel humo como si fuera santo y viril incienso, y nosotros, los más pibes, haciendo travesuras e insinuaciones más modestas: corriendo, saltando, riendo, viviendo sin darnos cuenta:

O sea, de la mejor manera posible.

Me veía, me soñaba, me recordaba corriendo, saltando, jugando a la paleta en la calle, haciendo mil cosas olvidadas. Todavía recuerdo, me pudo recordar el sueño, a la helada y el pasto con una envoltura blanca y llena de encanto, como un rictus y asomo de nieve. Y los pies nos ardían de andar descalzos en verano, y después teníamos que ponerlos en la pared de nuestras casas, que estaba fría y buena, en la noche, en el quieto silencio lunar. Y recuerdo los vientos que levantaban el polvo, y las tormentas eléctricas, con esos colores y aires y aspectos platinados, y ese violento viento con olor de agua, y la piel quemada por el sol, asunto que arreglábamos con algunos tomates encima, y las razas y continentes que todos llevábamos en la sangre, porque los chicos éramos argentinos, y entre los mayores, en algunos de ellos, teníamos para elegir respecto a nuestro bien cacareado crisol de razas: teníamos, entonces, italianos y españoles, los más corrientes, pero también portugueses, alemanes, polacos, ucranianos, teníamos paraguayos y brasileños, teníamos las Américas, las Europas, y nuestros japoneses, y nuestros coreanos y nuestros judíos y árabes... El mundo giraba en esa cuadra, y la raza humana se entendía muy bien, creo, y según mi recuerdo ciertamente idílico, ahí, en ese modesto rincón de todo el planeta. Pienso que estoy omitiendo algunas cosas; pero mi sueño no lo pudo evitar: hay pesadillas y hay sueños, y este fue un sueño, y así será la historia.

Y, en fin, no era el paraíso, no lo digo; había cosas, había cosas, pero todo era muy bueno...

Dije que éramos una barra, en esa calle, en el barrio. Y un día, un día magnífico, lleno de misterio, unos tipos altos y atezados, con brazos hombrunos, cargados de experiencia, vinieron y abrieron la tierra, la abrieron y nos la desgarraron en dos, como quien abre el mar en su singladura de navío solitario, como quien abre en dos el jugo que va sangrando dentro de una sandía, y del vientre del barrio se metieron hasta la nariz, e instalaron un caño, un caño grande, grande como un túnel, donde decían que iba a ver algo magnífico, misterioso, desconocido:

El progreso.

A nosotros nada nos importaba el progreso, tampoco el caño, pero sí el túnel, aunque nunca supimos, y yo nunca supe, para qué era el dichoso túnel, que era lo suficientemente alto como para que los chicos entraran en él, y que luego lo cubrieron de un sólido y nada romántico manto de cemento. Pero lo que voy a contar es respecto a esos días en que estuvo la tierra abierta, con el gran caño instalado, y que no sabíamos cuán largo era ni hasta dónde llegaba, porque nosotros no nos movíamos de las esquinas de nuestra cuadra y el túnel iba más allá, calle arriba.

Así que estábamos una noche, una noche calurosa, donde los grillos cantaban, y el cielo oscuro tenía unos apuntes rojos, como que nos iban pintando la lluvia para el día siguiente, y ya todos saboreábamos la tormenta, y cómo íbamos a pasarla en casa, y quién iba a visitarse con quién, y veíamos algunos relámpagos, bien blancos y acezantes, y entonces nos acordamos del túnel: pues los hombres del silencio viril, los hombre forzudos, morenos, lo dejaron a la buena de Dios y de nuestras malas intenciones.

–Vamos al túnel.

Dijo alguien. Y fue como el sonido de corneta que a todos nos despertó las venas.

Hicimos como una expedición, una larga hilera de chicos y chicas que bajamos hacia una abertura en la tierra, en la entrada de la gran cañería, que justamente quedaba en una de nuestras esquinas. A nosotros el caño nos parecía un pasadizo, misterioso, con emotivo aire de caverna, y que no sabíamos, lo dije, hacia qué lugar llegaba. Había una buena y cálida luna bien arriba, y todos teníamos los rostros y las ropas como fantasmas, y el único ruido, fuera de nuestras voces, eran los grillos y el zumbido tenue del único poste de luz eléctrica del barrio, donde todos nos congregábamos como manojos y miradas de libélulas viéndonos en la luz.

Nos metimos ahí, y a mí me tocó el honor de ser el tercero en la hilera; así que, con ello, me consideré algo más importante, y así dejé el asunto... Después pasé cosas malas, pero, en mi relación con los demás y el mundo, dejé la cosa como que yo era algo importante, el tercero, un tipo misteriosamente popular, porque yo casi no hablaba. Bueno, así que fuimos en la oscuridad, y todos nos callamos, porque todos teníamos un poco de miedo aunque los varones, los que íbamos en cabeza, hacíamos voces valientes y alegres. Pero eran puro teatro, nos temblaban hasta los pelos. Había un barro aguado bajo nuestros pies, y un eco temeroso que parecía repetir nuestra respiración. No veíamos nada, pero confiamos en la sucia bondad del barro con agua, y en que éste no iba a jugarnos una mala pasada con alguna piedra, o algo que no sabíamos. De pronto el muchacho que iba en cabeza, Julio, empezó a reír, y habló con el segundo, Enzo, «el italiano», aunque en verdad solamente era hijo de italianos y él se sentía y lo sentíamos más argentino que el mate y el dulce de leche. Bueno, ellos empezaron a hablar, bien en confianza y en confidencia y en voz baja, y todos teníamos hambre de esas palabras; a mí, entonces, me tocaba ser el interlocutor de los tímidos: algo dije, no recuerdo qué, pero ellos no hicieron caso, y entonces vimos una luz, una luz al fondo del túnel, y la noticia se fue corriendo y llegó hasta el fondo de la trémula y curiosa serpiente que formábamos en el caño. Yo quería saberlo todo sobre la luz y entonces ellos me dijeron:

–Che, Sangre, es un tesoro. No digas a nadie, es un tesoro.

Sí, la broma era para mí, pensé. Está bien, me hacía cargo, que siguieran adelante con la broma, yo estaba satisfecho. Así que no dije nada; después de todo, yo estaba contento de que ellos dos, dos de los más populares, me hicieran una broma a mí; entonces les seguí el oriente que me marcaban, y me hice el interesado, y tan y tan interesado que me estaba interesando muy en serio, porque la luz, que los que estaban detrás de mí no la podían ver bien pero yo sí, era cada vez más creíble, casi física y real. Era algo como plateado, que venía del fondo, y se iba haciendo más y más nítida, y el corazón me latía y todo mi cuerpo era una emoción, y yo me sentía condenadamente vivo. Estaba que ardía por saber todo del tesoro: qué había, qué riquezas... No, riquezas no; yo era romántico en ese entonces, y quería saber nada más acerca del tesoro en sí, sin ningunas consecuencias.

Finalmente me acerqué a ellos: ya el asunto era cosa de nosotros tres, y los demás chicos, pensando que sería alguna mera luz y nada más, algún poste eléctrico al otro lado, por ejemplo, no nos hacían caso. Bueno, ellos seguían con el tesoro, y me contaban cómo lo veían.

–Es la luz, es la luz, Gabi –me decían.

Y el uno al otro se decían cómo era, y lo misterioso del asunto, y cuánto iban a ganar o pensaban ganar, y los tres íbamos más rápido, y todos los demás se habían quedado por detrás. Hablaban de cuántos tesoros habían encontrado, y, yo tengo que decirlo a favor de su habilidad, no solamente no se reían, sino que la risa no se las podía yo oler, no les seguía ni la huella del chiste: lo hacían todo tan nítido y tan limpio que era digno de aplauso, digno de aplauso. Y entonces llegamos los tres afuera.

Estábamos en la misma calle, pero dos cuadras más adelante.

No había nada. Nada. Solamente la calle, la zanja, los grillos, la soledad barrera de la noche, y...

La luna, una enorme y cálida y buena luna blanca que nos mandaba sus chispas de plata, su buena fe en formas de plateadas caricias de luz.

–Ahora no está –me dijeron ellos, completamente serios y sutilmente complacientes; serios, en fin, como una Biblia o como un juez dictando sentencia–. Pero –continuaban– ahí estaba: te lo perdiste.

Y siguieron hablando de tesoros y esas cosas, mientras los demás salían; y ya nada preguntaban los demás, porque la luz no les interesaba como a mí.

Yo pensaba, claro, que todo eso no era otro asunto que la luna, ahí todo eso tenía como sabor a ser solamente luna, luna y nada más, y la luna estaba detrás de todo, y era imposible, en fin, que la luna me hubiera jugado a mí, justamente a mí, una mala pasada como esa y engañarme con un tesoro.

Pero me engañé, o eso quise. No les creí y les creí al mismo tiempo. Y por la noche, mientras mi hermanita, que había participado de la expedición, comentaba risueña cómo era el túnel, yo pensaba en el tesoro, y en lo que había perdido, y las cosas que debía sufrir en mi vida para conseguir dinero. Pero no era eso, no era eso. Me dormí satisfecho; y soñé –y durante varios días– con perlas y diamantes y oro y plata, y todas las cosas que un chico pueda trabajar en la imaginación. Nada de eso había obtenido; pero yo estaba satisfecho.

A decir verdad, no me importaba, en fin, el tesoro, sino cómo lo había buscado, cómo me había emocionado ese asunto:

Cómo, en fin, había vivido... y sin darme cuenta.

Así que me desperté, otra vez en la adulta monotonía, en la severidad del tiempo, y en la quietud mesurada y fría de los años. Estaba en la casa, en esa casa por la cual había luchado; lo había conseguido, me dije: llegué a la luz. Pero no había ningún tesoro, no había llegado en verdad a nada que me hiciera rico, no lo había hecho de corazón.

Entonces, y por mucho tiempo, me di cuenta de que el tesoro lo había encontrado en mi niñez, cuando lo había buscado de veras; y que mi casa no era un tesoro, no era un sueño. Era una obligación. Queden entonces mis sueños, queden entonces esas luces que están, aunque nunca se alcanzan...

© Daniel Alejandro Gómez

El autor:

Daniel Alejandro Gómez (Buenos Aires, 1974), escritor, ensayista y dibujante. Libros publicados: *Muerte y Vida* (Ediciones Mis Escritos, Argentina, 2006) y la novela electrónica *Sembrar Palabras* (EBF Press, España, 2002). Mención y medalla Concurso Bioy Casares, cuentos, 1999, finalista y diploma en Concurso Hespérides Universidad de La Plata, Argentina, 2007. Publicó cuentos y poemas y ensayos en medios electrónicos y en periódicos y revistas especializadas de Argentina –como la histórica Revista Lilit–, de España –como la Revista Fábula–, de Estados Unidos –como la Hispanic Culture Review, de George Mason University, Georgia–, de Brasil y Colombia. Fue columnista político del periódico impreso mexicano Sufragio y escribe ensayos literarios para la revista Konvergencias. Como dibujante, expone en varias galerías digitales en varios idiomas, y su obra está incluida en la colección real de ARTE GO MUSEUM, Padua, Italia.

CASTAÑAS PILONGAS

por José María Morales

Cuando las nieves caen sobre Tellerda, el paisaje se pinta suave y las laderas de Cotiella pierden su verdor hasta la primavera. Pero las calles se hielan y la vida se torna más dura. Las gentes se refugian en la soledad de sus casas, esperando que vuelva a crecer la albahaca cuando la blancura se derrita. Y fue en uno de los inviernos más largos y gélidos que se recuerdan cuando transcurrió la historia que hoy les quiero contar.

Anselma vivía en la calle que sube hacia las parideras desde la plaza Mayor, junto a la de Francisca Arista, quien tuvo la única carnicería del pueblo. Ambas llevan ya varios años viviendo solas, una por quedarse viuda, la otra por no casar y morir su hermano. Desde entonces comparten prácticamente sus vidas, si bien comen y duermen por separado, como es menester de mujeres temerosas del qué-dirán. Cuando el clima lo permite, tras desayunar y aviar las casas, salen a sentarse a la calle, a veces con las agujas de hacer calceta, siempre con la bolsa del pan, para que, cuando el hijo de la Chon baje al horno, pueda subirles una hogaza que ellas se reparten por la mitad. Tras la novela radiofónica vuelven a salir a tomar algo de sol, hasta que en el ocaso entran en el patio, cada día en uno alternativamente, a jugar a las cartas, comentando lo poco nuevo que ha ocurrido en sus vidas. A las nueve en punto, cada una acude a su cocina a calentar el puchero para la cena, y sobre las diez ya están acostadas, que no dormidas, más porque sus ancianos cuerpos descansan que por necesidad de sueño. La vecindad ha propiciado que tan sólo un tabique separe sus camas, así que antes de cerrar los ojos se han acostumbrado a golpear tres veces la pared, para esperar la misma señal por respuesta como mensaje de que todo anda bien al otro lado. Al despertarse, sobre las siete, la primera que vuelve a la vida emite el mismo pom-pom-pom, siendo correspondida inmediatamente e iniciándose un nuevo día.

«Sin embargo los inviernos son bien distintos. El estar en la calle se hace imposible y todas las horas se pasan en las cocinas, único sitio donde la lumbre calienta. Son muchos los días que pasan encerradas por una cuarta de nieve, recibiendo tan solo los lunes la visita de Martín, el hijo de la Chon, que les acerca los panes y algo de carne.»

Sin embargo los inviernos son bien distintos. El estar en la calle se hace imposible y todas las horas se pasan en las cocinas, único sitio donde la lumbre calienta. Son muchos los días que pasan encerradas por una cuarta de nieve, recibiendo tan solo los lunes la visita de Martín, el hijo de la Chon, que les acerca los panes y algo de carne. Y en ese vivir de soledad, el ritual de los golpes en el tabique se repite, día a día, como un pronunciar «sigo viva». Tan sólo esta rutina se rompe el día de Nochebuena, cuando el hijo de Anselma llega con su mujer a cenar y pasar la celebración, hasta que tras la comida de Navidad vuelve a Barcelona devolviendo el silencio a la casa que recibirá el pom-pom-pom en los tabiques al anochecer.

Pero aquel invierno Martín anunció al entrar las hogazas que había carta de Barcelona que venía a decir que ese año la familia de Anselma no iría por Nochebuena, puesto que las pasaban en Mallorca con unos amigos. Francisca se enteró de la noticia, pues el hijo de la Chon le pidió que estuviese pendiente de su vecina al notarle decaer mucho el ánimo, y pasó a visitarla preguntándole que si le parecería bien que cenasen juntas en tan señalada noche, y hasta no tener su consentimiento no se movió de la puerta.

Los quince días que faltaban transcurrieron como los demás, encerradas en sus casas, comiendo costillas de adobo y alimentando la estufa de leña. El 24 de diciembre no nevó pero la temperatura bajó por el viento que entraba desde Francia, así que Francisca tuvo que abrigarse bien y andar con mucho cuidado para recorrer los cinco metros que separan sus puertas, temiendo que un resbalón en el hielo hubiese tirado por el suelo la olla con las castañas que había cocinado para la cena. Anselma atrancó bien la puerta en cuanto su vecina entró, ajustándola con un paño para evitar que el frío entrase por la holgura. La mesa ya estaba puesta, con dos platos, cubiertos, vasos, servilletas, sidra, y pan.

–He traído garbanzos con castañas pilongas. Se las encargué a Martín porque siempre dices que las comes en Nochebuena y que te gustan las que te traen de Barcelona. Estas son de Aínsa, a ver qué tal –dijo Francisca dejando la olla sobre un salvamanteles de esparto que había en el centro de la mesa.

El segundo plato fue un guiso de pollo con pasas, que Anselma sirvió junto con la sidra, mientras escuchaban un programa de variedades. Las almendras garrapiñadas fueron el postre y a eso de las once, Francisca hizo ademán de levantarse para ponerse el abrigo.

–Espera un momento –le dijo su vecina, y de la bolsa de las agujas, sacó dos manoplas rojas–. Tómalas. Son por Navidad.

Francisca Arista no supo en ese momento recordar la última vez que recibió un regalo, y tal vez por eso una lágrima brotó de sus ojos. Rodeó su cuello con la bufanda y metió sus manos en tan apreciado presente. Se despidió con gesto corto y mirada fija. Anselma desencajó el paño de la puerta y la abrió, pero antes de que se fuese le cogió del brazo para decirle: –Son muy buenas las pilongas de Aínsa.

Los días fueron pasando. Pom, pom, pom. Enero se hizo Historia. Pom, pom, pom. Febrero fue vencido. Pom, pom, pom. El primero de marzo, el sol entró por la ventana de Francisca, para calentar tímidamente su almohada y sus arrugadas mejillas. Al abrir los ojos vio cómo la luz daba vida a su geranio que se desperezaba del letargo. Levantó el puño, como todas las mañanas, y golpeó la pared, pom-pom-pom. No hubo contestación. Debía ser tarde, tal vez se hubiera levantado. No. No lo haría sin dar la señal. Volvió a golpear, esta vez más fuerte. POM, POM, POM. Nada. Se vistió lo rápido que sus brazos pudieron y se abalanzó sobre la puerta, que casi no pudo abrir por lo atrancada de la humedad invernal. Corrió hasta la casa de su vecina y por más que gritó, no consiguió respuesta. A la llamada de auxilio se congregaron varios hombres y fue Martín quien derribó la entrada para encontrar a Anselma tendida muerta en su cama.

Días después, cuando la albahaca reverdeció y las aliagas despuntaron hacia el amarillo, Francisca volvió del colmado donde había recogido el encargo que llegó desde Barcelona. Se le veía más decaída desde que enterraron a su vecina, se ha vuelto más reservada, sale menos a tejer a la calle, y desde hoy, tiene la manía de dormir con un puñado de castañas pilongas en su mesilla

© José María Morales

El autor:

José María Morales Berbegal. (Zaragoza, 1969). Mantiene una relación activa con el mundo de la escritura, contraria a la que cabría esperar de un ingeniero. Ha publicado varios relatos en revistas literarias, ediciones menores y suplementos culturales. Mientras espera que alguna editorial se decida a publicarle, mantiene el blog <http://unodetellerda.blogspot.com>, donde refleja parte de su obra.

* * *

Relato

EL ORFEÓN ESMERALDA

por Blanca del Cerro

Las voces se elevaban hacia las nubes, llegando hasta el cielo y más allá. Y eran unas voces fantásticas, únicas, extraordinarias, que hacían piruetas por el aire, se enroscaban alrededor del viento y trazaban caminos de fantasía ante un variopinto auditorio que permanecía en absoluto silencio y escuchaba embelesado. Era aquella una melodía arrolladora que se introducía por los poros y creaba surcos de melancolía y sueños debajo de la piel. Y ellos, los allí presentes, se sentían atrapados y transportados por aquel canto irrepitible, sin ser conscientes de la exclusividad de tan delicioso sonido. Las notas

subían y descendían sin cesar formando una suerte de lluvia eterna de sonos infinitos. Más que voces parecían caricias.

Era la señal del inicio de la primavera.

Ellos, los habitantes de aquel singular paraíso terrenal, cerraban los ojos y se limitaban a escuchar.

Sucedía todos los años. En el centro de la oscuridad profunda, entre grandiosas montañas cubiertas de nieve, donde nadie tenía acceso salvo multitud de animales de todos los tamaños y condiciones, el bosque apiñado se desparramaba inmenso, cuajado de árboles infinitos, extendiéndose hasta perderse de vista, una especie de sombra esmeralda formada por miles de troncos, miles de ramas, miles de hojas, que se desperezaban repentinamente del aullido del invierno. Y allí, en aquel valle oculto a los ojos del mundo, cuya existencia sólo conocían los animales que lo poblaban, la primavera despertaba con un canto único e inigualable, jamás escuchado por ningún oído humano. Miles de voces subiendo, miles de voces desgranando arpegios, miles de voces arrullando el sendero de la perfección absoluta. Miles de voces verdes.

Era el cántico de los árboles.

En el mismo instante del inicio de la primavera, los árboles empezaban a entonar un murmullo suave, muy suave, y tenue, muy tenue, cuyas notas se elevaban hasta el firmamento y llegaban a todos los rincones de aquella inmensidad. Los árboles, cuajados de brotes verdes, se transformaban como por arte de magia en un coro singular y entonaban una melodía indescriptible. Se diría el saludo de la naturaleza a la vida.

«Sucedía todos los años. En el centro de la oscuridad profunda, entre grandiosas montañas cubiertas de nieve, donde nadie tenía acceso salvo multitud de animales de todos los tamaños y condiciones, el bosque apiñado se desparramaba inmenso, cuajado de árboles infinitos, extendiéndose hasta perderse de vista, una especie de sombra esmeralda formada por miles de troncos, miles de ramas, miles de hojas, que se desperezaban repentinamente del aullido del invierno.»

Era como un orfeón de color esmeralda.

Y ante tal acontecimiento, todos los habitantes de los alrededores se congregaban embobados a escuchar el canto de los árboles. Cientos de animales, desde los más grandes hasta los más pequeños, desde los enormes elefantes hasta las diminutas hormigas, desde los terroríficos tigres hasta las tiernas gacelas, se acercaban silenciosos al centro del valle para disfrutar de aquel acontecimiento único. Un año tras otro, a lo largo de los siglos, los leones, los pumas, los lobos y los leopardos se aposentaban junto a los impalas, los ciervos, los antílopes y las cebras. Resultaba curioso contemplar a tantos y tan distintos

animales unidos y reunidos por el cántico del orfeón esmeralda, sin prestarse la más mínima atención unos a otros. Su interés quedaba exclusivamente centrado en la música que desgranaba el bosque. Y todos ellos sin excepción olvidaban ese día sus luchas, sus disensiones y sus diferencias. Su única ocupación consistía en escuchar.

Así venía sucediendo desde el principio de los siglos.

Al finalizar el primer día de la primavera, cuando el canto de bienvenida cesaba, no quedando en el aire más que un suave murmullo de cadencias y ausencias, los animales se retiraban en silencio, cabizbajos, somnolientos, impregnados de melodías jamás escuchadas hasta entonces, y volvían a su vida cotidiana, a su ir y venir continuo y a su lucha diaria por la subsistencia.

El cántico del orfeón esmeralda no duraba más que un día, pero era un día fastuoso.

Por las venas de todos los animales del valle galopaban inquietas las maravillosas voces de los árboles cantores y allí quedaban encerradas. Hasta el año siguiente.

Y todo volvía a la normalidad.

Sólo ella, la Naturaleza viva, compuesta de plantas y animales, era conocedora de aquel rincón oculto y de aquel fenómeno inexplicable que tenía lugar año tras año. Los hombres ignoraban que allá, en el fondo de la oscuridad, se extendía una jungla todavía virgen. Los hombres jamás habían pisado el

valle. Los hombres nada sabían de su existencia. Los hombres...

Pero un día aparecieron.

La zona entera sufrió un estertor de sombras oscuras.

Un día aparecieron a lo lejos, un punto lejano que fue agrandándose y agrandándose, hasta llegar al borde de la jungla. Aparecieron en un vehículo negro que dejaba extrañas huellas en el suelo. De aquel aparato compuesto de ruidos y estallidos salieron tres personas que, absortas y ensimismadas, contemplaron el fastuoso panorama de árboles infinitos extendiéndose ante ellos, hasta el horizonte y más allá. Las tres personas, dos hombres y una mujer, se sintieron muy felices, sonrieron, hablaron, se acercaron a la linde de los bosques apiñados, incluso palparon los árboles, mantuvieron una larga conversación de palabras perdidas, montaron de nuevo en el vehículo y se alejaron dejando tras de sí un terrorífico olor a humanidad.

La zona entera exhaló un suspiro de alivio. Pero no pudo evitar el trallazo de un espantoso temblor en las entrañas.

Los hombres habían descubierto su existencia.

Transcurrieron varios días de dudas e incertidumbres. Los animales se mantenían alerta. Las plantas habían reducido su sonido al mínimo. El silencio se adueñó repentinamente de la zona esmeralda, un silencio teñido del color granate de la desesperación.

El valle entero quedó encerrado en un interrogante que se propagaba hasta más allá de su propio horizonte. Una inmensa duda se hizo dueña del entorno.

«Y ellos volvieron. La zona entera tembló de nuevo. Volvieron provistos de camiones, de máquinas y de artilugios desconocidos. La zona entera sufrió una conmoción.»

Y ellos volvieron. La zona entera tembló de nuevo. Volvieron provistos de camiones, de máquinas y de artilugios desconocidos. La zona entera sufrió una conmoción. Llegaron con muchos vehículos y aparatos, y una multitud de hombres y mujeres se aposentaron en el valle, plantaron tiendas de campaña, descargaron extrañas máquinas, investigaron, midieron, hablaron, se perdieron entre los árboles y las ramas de aquel paraíso verde, impregnaron con su olor y su sabor los rincones del bosque, hicieron fogatas, comieron, durmieron allí durante muchos días, conversaron, se desplazaron de un lado a otro, un movimiento continuo de seres humanos. Mientras tanto, plantas y animales esperaban temblando.

Y un día tranquilo de viento suave, cuando el corazón del valle todavía palpitaba lento y nada hacía presagiar la inminente catástrofe a punto de producirse, los hombres de aquella expedición sacaron del fondo de los vehículos unas potentes sierras de dientes afilados, conectaron sus motores y empezaron a cortar todos y cada uno de los troncos del orfeón esmeralda.

El silencio se condensó prieto mientras en el aire se hacían añicos los sueños. El único sonido que se elevaba hasta los cielos era el espeluznante chirrido de las sierras.

Los hombres sonreían.

Los árboles caían uno a uno.

Los animales contemplaban espantados el fin de su querido entorno.

Si alguien hubiera querido escuchar al viento, habría percibido los ecos de un fabuloso lamento paseándose sobre las cabezas de todos los testigos de aquella espantosa masacre.

Y así, día tras día, sin cesar durante mucho tiempo, durante un tiempo interminable.

Los hombres cortaban, los troncos caían, los camiones se aproximaban y cargaban los tristes cadáveres de los árboles, las hojas sembraban los caminos, unos vehículos se alejaban, otros volvían a continuar la labor, siempre proseguían, nunca terminaban. Ocultos entre piedras y grutas, desplazados cada vez más hacia las montañas, los animales observaban atónitos el pausado despoblamiento de su hogar.

La nada iba adueñándose lentamente del centro del valle.

Y así, muchas horas, y muchas semanas, y muchos meses.

Por fin, un día muy oscuro y triste, tan triste como los ojos ahora cerrados del bosque, los hombres, plagados de sonrisas y triunfos, muy orgullosos de sí mismos y de su gran hazaña, se reunieron ante su magnífica obra y decidieron dar por terminada su labor de destrucción. Desmontaron sus tiendas de campaña, recogieron sus enseres, pusieron en marcha sus vehículos y se alejaron tal y como habían venido, dejando a su alrededor un desierto de sombras, un páramo de soledades huecas y un silencio de lágrimas.

En el valle quedó una mancha profunda y negra como la noche, una mancha que se extendía lívida y abarcaba la casi totalidad de lo que anteriormente había sido un edén.

Los animales caminaban cabizbajos, ocultándose en cuevas y oquedades, repartiéndose por los montes cercanos, preguntándose qué habían hecho ellos para que aquellos seres les hubieran despojado de su hogar.

«Por fin, un día muy oscuro y triste, tan triste como los ojos ahora cerrados del bosque, los hombres, plagados de sonrisas y triunfos, muy orgullosos de sí mismos y de su gran hazaña, se reunieron ante su magnífica obra y decidieron dar por terminada su labor de destrucción.»

La luz era más triste que antes, y el aire más sucio, y el viento rugía y rugía con mayor intensidad.

El orfeón esmeralda había caído fulminado por las ansias de los hombres. El orfeón esmeralda había desaparecido por completo de la faz de la Tierra. Todo era tristeza en el valle porque ellos, sus habitantes, creían que el orfeón esmeralda nunca más volvería a entonar su delicioso canto de bienvenida a la primavera.

Pero no era cierto.

Sí era cierto que el orfeón esmeralda jamás se escucharía de nuevo en el entorno, que sus voces no despertarían del invierno para saludar la llegada de las flores y los frutos, que sus melodías nunca más repetirían notas fastuosas elevándose hasta el infinito, pero allá arriba, en un lugar por todos ignorado y por nadie conocido, en el denominado Cielo de la Naturaleza, el orfeón esmeralda continuaría desgranando sus canciones por toda la eternidad.

Allí, en ese increíble paraíso, es donde descansan para siempre todas las plantas, todas las flores y todos los árboles cortados y derribados. Es ése un lugar misterioso de cuya existencia no tienen constancia los hombres. Y fue allí donde el orfeón esmeralda se aposentó de inmediato, reunió sus maravillosas voces y, al igual que había hecho en la Tierra, empezó a entonar su melodioso canto.

Y allí continúa.

Dicen que los árboles ahora siempre están engalanados de verde porque en ese fantástico emplazamiento no existen las estaciones, puesto que siempre es primavera.

Dicen que, pese a no encontrarse en la Tierra, los árboles son muy felices y cantan y cantan sin parar para celebrarlo.

Dicen que todo sigue igual, que nada ha variado salvo el entorno, que los árboles ahora siempre repiten de continuo sus quiméricos cantos con las mismas voces, aunque éstas ya no se elevan hasta los cielos, sino que se quedan allí entre ellos, porque no pueden subir más alto.

Y dicen que sus voces continúan siendo magníficas, fantásticas, sublimes, tan deliciosas que hasta los ángeles se acercan por los alrededores de aquel lugar exclusivamente dedicado a la Naturaleza y, ocultándose tras las nubes, se detienen a escucharlas.

© Blanca del Cerro

La autora:

Blanca del Cerro nació en Madrid. Cursó sus estudios en el colegio de Jesús-María, en esta misma ciudad. Estudió Filología Francesa, Traducción e interpretación y lleva veinte años dedicada a la labor de traductora, aunque su asignatura pendiente ha sido la escritura. Tiene publicado el libro *Luna Blanca*.

EL SILENCIO

por Pepe Perez

Allí estaban los dos, Ramón tratando de abrir la caja fuerte y Santiago, muy inquieto, vigilando la entrada del local.

—...Quieres estarte quieto de una puta vez. Necesito concentrarme.

—Si no he hecho nada.

—Silencio, joder.

Ramón pegó la oreja a la ruleta de la caja y la hizo girar lentamente. Santiago tomó aire y lo fue soltando poco a poco, intentando tranquilizarse.

—Pareces un búfalo, tío... Respira sin hacer ruido.

Santiago estuvo a punto de perder la paciencia pero en el último momento consiguió serenarse y guardar silencio. Rebuscó en sus bolsillos sin encontrar lo que buscaba. Ramón lo miró enfadado.

—¿Qué he hecho ahora?

—Ruido. No paras de hacer ruido.

—Solo estaba buscando un cigarro.

—Ni se te ocurra fumar. Ya solo faltaba que me causases un cáncer.

—No exageres.

—Silencio.

Santiago, cada vez más irritado, se quedó inmóvil junto a la puerta. Ramón estiró el cuello a ambos lados para relajar sus músculos. Luego centró toda su atención en la ruleta. Santiago lo miró de reojo, con desprecio. Hacía más de media hora que su vejiga estaba pidiendo un desalojo pero viendo el percal no quería interrumpir al otro. Aguantaría hasta que la caja estuviera abierta para ir al servicio. Sin darse cuenta, se puso a tamborilear con los dedos el marco de la puerta. Ramón se giró hacia él con el ceño fruncido.

—¿Qué? —dijo Santiago, cansado de tanta llamada de atención de su compañero.

Ramón dirigió su mirada al marco de la puerta.

—Perdona... Es que estoy nervioso.

—Por favor, seamos profesionales.

—Vale.

—Solo te pido un poco de silencio.

—Que sí, tío.

Santiago sintió ganas de golpear a Ramón por cuestionar su profesionalidad, pero se contuvo y siguió vigilando la puerta. Llevaban años trabajando juntos pero en realidad, no se aguantaban. Ramón sacó un pañuelo y se secó el sudor de la frente. La caja se le estaba resistiendo. Mientras, su compañero seguía esforzándose para no mearse encima.

—¡La puta que la parió! —dijo Ramón malhumorado—. No hay manera de abrirla...

—Ramón ¿te importa si meo en aquella esquina? Es que ya no puedo más.

—Si, claro... siempre que no te importe dejar tu ADN por ahí.

—¡Joder, entonces necesito ir al baño!

Ramón accedió al comprobar que su compañero estaba realmente angustiado.

–Está bien, pero ten cuidado.

–Vuelvo enseguida.

Santiago salió de la habitación a toda prisa. Ramón trató de calentar la punta de sus dedos con su aliento. Padecía un principio de artrosis y sus manos ya no eran las de antes. Hacía diez años, no había caja fuerte que se le resistiera. Aprovechando la ausencia de Santiago, decidió probar suerte otra vez. Quizá lo lograra ahora que tenía el silencio que necesitaba para concentrarse. Acercó la oreja a la ruleta y la hizo girar. Tuvo el presentimiento de que lo iba a conseguir.

–¡Animo viejo, que tú puedes! –pensó para sí, inculcándose un poco de seguridad.

Justo entonces entró Santiago con el gesto duro y los pantalones mojados.

–¡Joder, no me ha dado tiempo a llegar y me lo he hecho encima!

–¡Mierda puta! Estaba a punto de conseguirlo... –maldijo Ramón sin hacerle caso–. Siempre la estás cagando. Contigo no se puede trabajar.

–Mira, Ramón. No me toques las pelotas que no está el horno para bollos.

–Eres un inútil. No sirves para nada...

–Ramoooooon...

–...No vales ni para mantener seca la entrepierna.

–Si me he meado ha sido por tu culpa.

–¿Por mi culpa?

–Sí. Llevamos aquí una eternidad y no eres capaz de abrir la puta caja. Si hubieras terminado ya esto no hubiera ocurrido.

–¿Qué quieres decir?

–Está muy claro. Ya no sirves para esto.

Ramón se puso en pie y se abalanzó sobre su compañero. Santiago esquivó la embestida y Ramón se estrelló contra la mesa cayendo de bruces al suelo. Santiago preparó sus puños para una nueva embestida y esperó a que Ramón se levantara, pero Ramón continuó tirado en el suelo. Santiago pensó que tal vez se había hecho daño y por eso continuaba sin moverse. Pasados unos segundos empezó a preocuparse.

–¿Ramón, estás bien?

Ramón se incorporó quedando de rodillas y de espaldas a su compañero. Santiago bajo los puños y dio un paso hacia él.

–¿Te has hecho daño?

Ramón estaba llorando. Al darse cuenta, Santiago se acercó a él y se arrodilló para quedar cara a cara. Ramón clavó la mirada en el suelo y Santiago trató de consolarle.

–Venga Ramón, que no lo he dicho en serio... Lo que pasa es que me daba vergüenza por haberme meado en los pantalones y he querido pagarlo contigo...

Ramón siguió llorando, inconsolable.

–Tú eres un artista de la profesión. Un maestro... No ha habido caja que se te haya resistido... Y no lo digo por hacerte la pelota que yo he estado de testigo. Ni una sola se te ha resistido...

–Lo dices en serio. Dijo sorbiéndose los mocos.

–¿Que si lo digo en serio? Pues claro. No hay otro mejor que tú. ¿Te acuerdas de aquella vez en el museo?

–Aquella fue una buena noche.

–¿Cuántas abriste? ¿Cinco cajas?

–Fueron cuatro.

–Me da lo mismo cuatro que cinco. ¿Quién en una noche abre cuatro cajas? Solo tú.

Santiago se puso en pie y ayudó a su compañero para que también lo hiciera él.

–Venga, Ramón. Arriba ese ánimo y abre la caja.

–No sé si podré.

–Claro que sí. Eres el mejor. El puto amo.

–Antes de que entrases creo que estaba a punto de conseguirlo.

–Claro que sí, Ramón. Tú puedes.

Ramón se llevó la punta de los dedos hasta su boca y echó aliento sobre las yemas. Luego se acercó con decisión hasta la caja, pegó la oreja cerca de la ruleta y la hizo girar. Santiago se quedó quieto y en silencio junto a la puerta, mirando de reojo a su compañero. A los cinco minutos la puerta de la caja se abrió. Ramón lo había conseguido.

–¡Síííí!... –dijo Santiago conteniéndose para no gritar de alegría–. ¡Eres el puto amo!

Ramón sonrió orgulloso y se apartó para cederle el sitio a Santiago.

–Ábrela tú. Te lo has ganado.

–Gracias, Ramón. Es todo un honor.

Santiago se acercó mostrando una gran sonrisa y con un gesto más o menos teatral terminó de abrir la puerta de la caja. Un desagradable olor salió del interior. Miraron y dentro había una cabeza de mujer y unas manos con las uñas pintadas de rojo. Silencio.

© Pepe Perezza

El autor:

Pepe Perezza. Ex-actor de cine y teatro durante más de veinte años. Trabajando en compañías independientes y otras no tanto como La Fura Dels Baus. En cine protagonicé la película de Juanjo Jiménez Peña "Nos hacemos falta". Guionista de cine y cómics. Director de cortometrajes. Y aprendiz de escritor con un librito de poemas publicado en la editorial 4 de agosto. Blog: <http://peperezza.blogspot.com/>

* * *

Relato

LICORES DE SANTA CATERINA

por Fran García Parra

El sujeto-sujeto estaba sentado aburrido y en una silla de madera baja frente a una tienda de las que dan a la parte de atrás del mercado de Santa Caterina, cuando huele. Eran las ocho de la mañana aproximadamente y habiéndome levantado pronto esa mañana-mañana y buscando algún refresco para mi desayuno me encontré con que todas las tiendas estaban cerradas; me fijé en la cara del sujeto-sujeto, quien estaba masturbando un puro, y vi que la tienda que él aguardaba estaba abierta. Y al ver los escaparates llenos-llenos de botellas antiguas con las etiquetas de los precios secos por la

antigüedad y el sol, me dispuse a entrar, tras lo cual el sujeto-sujeto del puro hizo lo mismo detrás de mí.

Qué le trae por aquí, joven. Pues mire, quería una botella de coca-cola light. No tengo light, bah, eso no se vende, sólo la toman los niños pequeños, acompañando con su mirada y su cabeza, que en esos momentos estaba ya en mis piernas, pues ese día llevaba puestas unas bermudas de palmeras azul turquesa con fondo blanco, unas deportivas rojo chillón y una camiseta de tirantes pirata de pata de palo.

Pues si no tiene light démela normal, es que la light refresca más que la otra, ¿sabe? porque no contiene azúcar y el azúcar da más sed. Normal sí que tengo, joven. Se fue detrás del mostrador y al volverse y mirándome fijamente me dijo: a que tú no sabes preparar un potaje, a lo cual repuse, pues claro que sí. Bah, es que los jóvenes de hoy en día no saben cocinar, todo congelao y al microondas. Eso es una mierda de comida. Antes la abuela hacía un potaje en la olla para dar de comer y cenar a toda la familia, y si sobraba, pues para toda la semana. Antes las mujeres hacían bien de comer, no como ahora, que no saben ni hacer un potaje.

En esos momentos no supe qué decir, así que distraje mi mente con las estanterías repletas de botellas de brebajes que no supe adivinar cuánto tiempo podían llevar en la penumbra de la tienda. Sabe, le dije al fin, nunca antes había reparado en esta tienda, a lo que contestó él muy rápido, es que sólo abro por las mañanas, cierro a las dos y media, seguro que siempre pasas por aquí por las tardes, a lo que contesté, pues sí, normalmente hago la compra cuando salgo de trabajar por la tardes.

Ves, continuó él, es que si te tienes que hacer rico, tiene que ser antes de que cumplas los cuarenta, luego ya está uno demasiado cansado para hacerse rico y ya es muy tarde. Yo cierro a las dos y media y, bah, por las tardes no trabajo. Hace bien, así tiene mucho tiempo libre, y entonces él me miró muy de cerca –calvito él– y me sonrió. Es que los jóvenes de hoy día no sabéis cocinar, espetó de nuevo mientras me miraba otra vez de arriba abajo y a la camiseta y a las bermudas y a las zapatillas rojas chillón. Las mujeres sólo quieren dinero, joven, y a partir de los cuarenta si no tienes dinero se te van. No es como antes, que el abuelo se quitaba la gorra y la levantaba y todo el mundo «sí buana». Bueno, tampoco es para tanto, dijo él. Ahora las mujeres se cansan y si no te has hecho rico antes de los cuarenta, te dejan y se van. Yo me separé hace unos años (el hombre debía tener unos 60, con los dientes pelados y amarillos de tanto chuparle al puro) y ahora ya no tengo problemas. Para qué, si una puta te la chupa por treinta euros y llegas a tu casa y no te dan problemas. Haces así, hizo el gesto, apoyándose con el puro, de quién coge la cabeza de una mujer por los pelos y la trae para si, y no te dan problemas...

«Se fue detrás del mostrador y al volverse y mirándome fijamente me dijo: a que tú no sabes preparar un potaje, a lo cual repuse, pues claro que sí. Bah, es que los jóvenes de hoy en día no saben cocinar, todo congelao y al microondas. Eso es una mierda de comida.»

En ese momento entró un dominicano también joven como yo por la puerta. Hombre, míralo, éste es otro, aspeó una ligera mueca y una risita, éste vive en un quinto sin ascensor, ¿dónde me habías dicho que vivías tú? Yo en un cuarto sin ascensor. Y se rió.

Déme también un agua de 8 litros y me cobra, por favor. Dos ochenta, majo. Ale, encantado de conocerle, le dije, y salí por la puerta y me fui a comprar el pan francés que tanto me gusta al mercado de Santa Caterina y media docena de huevos de corral grandes –que son mis preferidos– y me fui para mi casa pensativo a prepararme el desayuno del sábado-sábado por la mañana-mañana.

© Fran García Parra

El autor:

Fran García Parra. Nacido en 1976 en Murcia (España) y residente en Barcelona. Ha publicado cuentos y poemas en diversas revistas literarias en España, Francia y Argentina. Colabora eventualmente en producciones audiovisuales así como con artistas plásticos. Desde junio de 2008 es editor de la revista digital *TORETEO – Revista de Inquietudes*: www.toreteo.com

CORRESPONDENCIA NICARAGÜENSE

por Berenice Noir

Escribo a la luz de la llama. Somos pobres y en mi casa no sobran los córdobas como para colocar la luz eléctrica en todo el pueblo. El pueblo, a cambio, se prohíbe dejarme sola. Son mis primeras palabras.

Casi nunca permanezco sola. Escuché tus canciones en el radio. Me gustaron. Pero no se lo dije a nadie más que a mis cartas y a mis gallinas, antes de echárselas a mis gallos. Mis cartas llenas de córdobas y mis gallinas. Guardo mis senos para tu aparición.

Nuestro pueblo es pequeño y poco importante. Yo conservo en él muchos animales. Todavía no tenemos chavalos. Quizá es por eso que aún no nos dan la luz eléctrica. La carretera se llevó las palabras y las canciones con que hacíamos los chavalos. A veces sospecho que nosotras somos vírgenes estériles como el maíz del que nos desenterraron. Guardo mis brazos y mis piernas para tu boca.

Yo no sé qué decirte al respecto. A mí me gustan las plantas de mi campo. La carretera se llevó los chavalos. Eso fue. Pusimos nuestros córdobas y la alcaldesa nos trajo la carretera. Seré un poco más simple para hablarte. Hoy que te escribo así por primera vez. Éstas son mis primeras palabras.

Antes, si el pueblo me dejaba sola en mi casa, yo te escribía poemas. Poemas de chavala. Aunque ya estoy vieja. Luego escuché tus canciones. Las que hiciste para mí. Cuando escuché mi nombre, Berenice, dejé de escribirte poemas. Dejé de ser chavala. Yo, que ya estoy vieja. Aquellas palabras se acabaron, se agotaron como córdobas. Entonces apareció tu correspondencia.

Quisiera halagarte diciéndote que la recibí con sorpresa. Y que mis palabras te adornaran y mi sorpresa te coronase, allí donde estés. Pero no fue así. Yo te esperaba. Te esperaba en mis campos, convertido en danto. Apareciste carta. Son estas palabras, y no mi sorpresa, tu adorno, tu coronación, tu pelambre. Así son nuestras cartas.

La carretera se llevó nuestros córdobas, porque qué habían sido nuestros hijos sino dinero malgastado, y nos trajo las cartas. Yo te escribo sentada en el porche. Mi casa es amplia, como la soledad del pueblo. La quietud del viento y del polvo me hizo posible. Yo dije: «La primera noche en que la calma me permita escuchar cómo duermen los gallos le escribiré». Ésta es esa primera noche mía.

Todo el tiempo anterior puedo resumirlo con un solo momento en mis poemas, entre palabras de chavala que tus canciones arruinaron. Cantas muy lindo para estar tan viejo. Tus canciones son tu milicia en el campo, fronterizo de mi pueblo. Si sos el danto que espero, yo te puedo cazar. Mis poemas sobran en este mundo. Ésta es mi primera carta.

Tengo miedo de nombrarte y que la carretera se lleve los córdobas de mi radio, y con ello tus canciones donde nombrás mi nombre, Berenice. Tengo miedo de nombrarte y que te conviertas en chavalo.

Te escribiré más.

Pero te soy sincera: te escribiré más cartas sólo si me escribes respondiéndome. Si no me respondes, aunque me cantes canciones, yo solamente te escribiré poemas. Palabras de chavala que no sabrás cómo leer.

La noche está muy bonita en mi pueblo. Como estás en la ciudad, sé que no diferencias entre la noche y la muerte, entre la luna sobre una laguna y la pasta de dientes sobre tus dientes (en algún lugar vi tus dientes en una fotografía, y la fotografía era tan bonita como la dentina). No distingues entre cazar y luz eléctrica. Entre rojo y negro. Los días cambian sólo con la pulsión de un interruptor. El café te enllavó las puertas del infinito. Aunque te escondas entre tus guitarras, Managua te encontrará.

Oh, no te ofendas: no te cuestiono ni te reclamo tu existencia. Me dices que me escribes de noche para cantarme de madrugada. Eso es bueno y bonito. Y si mintieses, también sería bueno y bonito. Pero si me mentís, Managua te morderá seis veces, una por cada laguna. Yo sólo comparo tu existencia para

calibrarme hasta que llegue el momento en que me recibas.

Yo te escribo en mi porche porque puedo escuchar a mis gallos dormir. Así es la calma del pueblo. Así de pausadas son mis respiraciones al escribirte.

La llama en la vela no sabe oscilar. Los córdobas en la cera tardan en evaporarse. Te escribiré tanto. Voy a escribirte tan sólo por nada. Y eso te revelará que, entre tantas canciones solitarias, entre tantos pueblos colorados como gorgojos, aún soy humana. Aún soy capaz de cazarte.

Podés cantar, como los dantos al reproducirse. Cantá todo lo que quieras. Pero para sobrevivir tenés que escribirme. Y anunciarte. Guardo mis ojos para ese momento.

La humedad de los lagos de Nicaragua ha salido a buscarme entre los árboles de las laderas colindantes. Mis secretos han salido a defenderme, enmontañándose. Mientras la guerra se desarrolla, yo te saludo, hasta nueva carta, quizá te beso, sin desabrocharme.

© Berenice Noir

La autora:

Berenice Noir (Rivas, Nicaragua. 1975). Artesana, tatuadora y escritora nicaragüense. Constantemente viaja por Centroamérica. Todavía no tiene un nicho definido.

* * *

Relato

PRECIOSA Y PEREZOSO

por **Olivia Vicente Sánchez**

Preciosa y Perezoso se conocieron en una tarde de dudosa estación del año, mitad invernal, mitad estival. Preciosa se topó con Perezoso a la vuelta de un árbol, aunque, en un primer momento, apenas se percató de su presencia. Perezoso bostezó y, con la expulsión suave del aire de sus pulmones, despertó de sus sueños a Preciosa. Ella se sentó en el suelo y le animó para que él hiciese lo mismo.

Durante las horas que siguieron, ambos hablaron de los árboles que les rodeaban y de la hierba fría del invierno y cálida del verano. El prado les separaba a través de una línea casi imperceptible, pero que resultaba una frontera eficaz entre ambos. A un lado de esta frontera, Preciosa agarraba una hoja marchita; al otro, Perezoso jugaba con una rosa tardía. Sin embargo, en sus miradas no existía distancia, ni espacio, ni tiempo, ni siquiera la relatividad.

En un alarde de valentía, Preciosa quiso cruzar la frontera para tocar la hierba, quemada por el sol, sobre la que se sentaba Perezoso y abandonar la suya, repleta de escarcha. Entonces, él se agarró fuertemente la cabeza; la movió hacia derecha e izquierda repetidamente; incluso la bajó hacia el suelo y la levantó con brusquedad. Preciosa sólo observaba a su interlocutor, a ratos muda, a ratos osada. No sabía qué debía esperar de la situación. Mas, antes de que ella comprobara la solución, Perezoso se incorporó de un brinco y desapareció entre los árboles.

© **Olivia Vicente Sánchez**

La autora:

Olivia Vicente Sánchez. Nace en 1979 en Zamora (España), donde cursa la primaria y la secundaria. De su adolescencia destaca su participación en las revistas del instituto y en un grupo de teatro. Estudia la carrera de Filología Hispánica en la Universidad de Salamanca y realiza los Cursos de Doctorado en la misma universidad. Actualmente, imparte clases en un instituto de Secundaria. Compagina esta profesión con la escritura narrativa, poética y divulgativa o ensayística, como reflejan su blog (*Mis Letras*), su *Antología desesperada*, sus *Historias de encuentros y ausencias*, su tesina... Ha publicado en revistas (*El secreto* en *Letralia* y *El hombre alado* en *Destiempos*) y en blogs (*Reiteración* en *Químicamente impuro* y *Había un vez...* en *Cuentos y cuentos*).

Fernando Iwasaki

Lima (Perú), 1961

<http://www.fernandoiwasaki.com>

* * *

Fernando Iwasaki nació en Lima en el año 1961. Es un escritor polifacético que se mueve con naturalidad y maestría entre géneros tan variados como son el relato, el ensayo, la novela.

Es historiador. Durante el tiempo que ejerció como tal fue profesor universitario en Perú, investigador en el Archivo de Indias de Sevilla, investigador en el Archivo Secreto del Vaticano. Fue así mismo profesor titular de historia en Universidad Católica del Perú y profesor de Ciencias Políticas en la Universidad del Pacífico de Lima. Dirigió el área de cultura de la Fundación San Telmo de Sevilla (1991-1994) y fue director de la Fundación Alberto Jiménez-Becerril contra el Terrorismo (1998-2001). Ha sido columnista de Diario 16 (1989-1996), El País (1997-1998) y La Razón (1999-2000).

Su bibliografía es extensa y variada.

Ensayo

- *Republicanos. Cuando dejamos de ser realistas* (Premio Algaba de Ensayo, 2008)
- *El descubrimiento de España*. (Nobel, 1996), *Con Prólogo de Cabrera Infante*. (2008)
- *Mi poncho es un kimono flamenco* (Sarita Cartonera, 2005)

Cuentos

- *Tres noches de corbata* (AVE, 1987)
- *A Troya, Helena* (Los Libros de Hermes, 1993)
- *Inquisiciones peruanas* (Páginas de Espuma, 2007)
- *Un milagro informal* (Alfaguara, 2003)
- *Ajuar funerario* (Páginas de Espuma, 2004)
- *Helarte de amar* (Páginas de Espuma, 2006)

Novela

- *Libro de mal amor* (RBA, 2001)
- *Neguijón* (Alfaguara, 2005)

Crónicas

- *La caja de pan duro* (Signatura, 2000)
- *El sentimiento trágico de la Liga* (Premio Fundación del Fútbol Profesional, 1995).

Es quizá la mezcla cultural que le precede con un abuelo japonés, padre peruano y madre italiana, lo que hace que sea una mezcla tan explosiva en sus letras, su humor, su ironía y su talento. Y que le ha llevado a añadir un nuevo país, una nueva tierra a sus raíces: España, en concreto Sevilla, donde reside desde el año 89, y es columnista del diario ABC, director de la Fundación Cristina Heeren de Arte Flamenco y director de la revista literaria Renacimiento.

Ha tenido la amabilidad de conceder una entrevista para Narrativas, desde mi tierra natal Sevilla. Así como un relato inédito: «Naipes».

Fernando Iwasaki es un escritor con alma de músico. Y esta dualidad se percibe por cualquiera que adore la música, que disfrute con ella. Se puede sentir al abrir la primera página de sus obras. La maravillosa sensación de estar leyendo con música acompañándonos de fondo, en la más que sorprendente y gratificante aventura de perderse entre sus letras.

* * *

“No es que me interesen en particular el amor, el horror, el dolor físico, el erotismo o el fanatismo religioso. Lo que me interesa es mostrar el lado cómico y muchas veces ridículo de la condición humana. ¿Tiene esto alguna finalidad? A nivel programático, ninguna. A nivel existencial, muchísimas.”

NARRATIVAS*: *Juegos de palabras, dichos populares, referencias históricas, una marcada y personal ironía. Uno tiene la sensación en muchas ocasiones que debe volver a leer cada párrafo porque se ha podido perder algo importante. Tu prosa cómoda de seguir lleva detrás un trabajo de estilo, forma y profundidad impresionante. ¿Eres consciente de que esto puede no ser percibido por todos los lectores? Y lo más importante. ¿Le importa a Fernando Iwasaki?*

FERNANDO IWASAKI: Del historiador Fernand Braudel y del historiador del arte Erwin Panofsky, aprendí que existen tres formas de «duración» en la historia y tres niveles de significación en el arte. Siempre he buscado esos tiempos y niveles cuando leo una obra de ficción, y siempre he procurado definirlos cuando dentro de mi propia narrativa. Soy consciente de que no todo el mundo tendrá ni el interés ni la curiosidad de dilucidarlos, pero también soy consciente de que si el primer nivel no es ni sencillo ni atractivo, a nadie le interesará profundizar en ellos. El tono, el humor y el estilo formarían parte de esa primera lectura y por eso los mimo tanto, pero si alguien desea saber de qué se ha reído, quizás lo que descubra no sea tan divertido.

N.: *¿Qué camino dirías que ha tomado la narrativa de Fernando Iwasaki desde tus inicios, en Lima, hasta la actualidad?*

FI.: Mi narrativa no ha cambiado tanto como mi manera de percibir la literatura, gracias a la lectura de autores y títulos que en Lima me resultaban inaccesibles o desconocidos, al menos cuando era estudiante universitario. Con esto no sólo quiero decir que ciertos libros no llegan jamás a las librerías latinoamericanas, sino que llegan a unos precios que incluso los ponen fuera del alcance de las bibliotecas (¿cuántos libros editados en Gijón o Zaragoza –por ejemplo– nunca llegan a las librerías sevillanas?). Por lo tanto, creo que mis intuiciones se han enriquecido, ensanchado y fortalecido gracias a mis nuevas y mejores posibilidades de lectura. No obstante, consciente de la abundancia de títulos he decidido poner un límite a mis publicaciones y de aquí en adelante sólo me quedaría por publicar cinco libros de ficción: dos novelas, dos libros de relatos y un disparate futbolístico. El resto de mis publicaciones serán ensayos, crónicas y experimentos varios.

N.: *En general, cada libro tuyo de relatos gira alrededor de un tema concreto: lo fantástico, el erotismo, la crueldad humana. ¿Estarían ahí los temas que más te obsesionan como escritor? ¿De qué habla Fernando Iwasaki en sus libros?*

FI.: Cada uno de esos temas ha sido abordado desde el humor. Y tienen en común que nadie los relaciona con el humorismo. No es que me interesen en particular el amor, el horror, el dolor físico, el erotismo o el fanatismo religioso. Lo que me interesa es mostrar el lado cómico y muchas veces ridículo de la condición humana. ¿Tiene esto alguna finalidad? A nivel programático, ninguna. A nivel existencial, muchísimas.

N.: *También parece predominar en tu obra los libros de relatos frente a las novelas. ¿Es real esa preferencia o mera cuestión de oportunidad, simple casualidad?*

FI.: Me formé como lector gracias a los cómics y los clásicos infantiles, a los poemas homéricos y los libros de divulgación mitológica. Esas lecturas me prepararon para leer a Lovecraft, Poe, Conan Doyle, Cortázar, Borges y Ribeyro. El veneno de la literatura me lo inocularon los relatos, aunque ello no me ha impedido disfrutar de Stendhal, García Márquez, Vargas Llosa, Nabokov o Tolstoi. La literatura me produce placer en cualquiera de sus formatos y el placer nunca es sectario. El placer te puede llevar al vicio, pero jamás a la represión.

N.: *Has escrito también algunos ensayos. De hecho, tu formación universitaria tiene que ver con la historia, no con la literatura ¿Sería posible desgajar la figura del Iwasaki-ensayista de la del Iwasaki-narrador?*

FI.: El Iwasaki narrador no ha ganado ningún premio porque siempre lo toman en broma, pero el Iwasaki ensayista ha ganado más de uno porque lo toman en serio. A veces me gustaría que fuera al revés y que se tomen más en serio mi humor literario y más en broma mi humor ensayístico. Total, el tono es el mismo y la intención también. No obstante, prueba de que no creo mucho en los géneros es mi predilección personal por un libro que titulé *El Descubrimiento de España* (Nobel, Oviedo, 1996), que no es propiamente ni ensayo, ni ficción, ni memoria, pero que participa de los

* Entrevista realizada por Mónica Gutiérrez Sancho

tres.

N.: *Podría resultar extraño que, siendo historiador, no te prodigues en la novela histórica, ahora tan de moda. ¿Qué opinión te merece este género literario?*

FI.: La novela histórica contemporánea –suponiendo que incluyamos aquí los templarios, las reliquias, los cátaros y las catedrales– me interesa muy poco. Además, la credencial «histórica» no hace mejores a unas novelas con respecto a otras. *Guerra y Paz* o *La Cartuja de Parma*, por ejemplo, son felizmente mucho más que novelas históricas.

N.: *Al terminar una obra tuya, se tiene la sensación de que has pasado un rato con Fernando Iwasaki. Y que has pasado un rato entrañable, divertido entre amigos. ¿Te gusta reírte con el lector?*

FI.: Me haría mucha ilusión que mis lectores sintieran complicidad conmigo. Si lo consigo, me doy por satisfecho. Por eso me río de mí y procuro que los lectores también se rían de sí mismos riéndose de mí.

N.: *No caminamos por días fáciles ¿En algún momento el tiempo que vivimos y el mundo que nos rodea han hecho peligrar este marcado sentido del humor de tus letras?*

FI.: Las crisis son terribles, pero nunca aburridas. Pero no creas que pretendo mantener el registro humorístico en todos mis libros de ficción. He dicho que me quedan dos novelas por escribir y la última no será humorística porque no me permitiré ninguna concesión.

N.: *Por último me gustaría preguntarte por una amiga común: Sevilla. Mi tierra natal, tu tierra por derecho propio. Con su flamenco, su música esa que tanto adoras, su arte y el de su gente. ¿Es una fuente de inspiración para un escritor o puede ser un peligro para dispersarse entre tanto duende?*

FI.: Mi amigo Abelardo Linares –poeta, editor y librero de viejo sevillano– siempre dice que le encanta nuestra ciudad, aunque no le gustan ni el fútbol, ni los toros, ni el flamenco, ni la Semana Santa, ni el Rocío. Por lo tanto, se puede ser escritor en Sevilla sin tener trato con los duendes.

* * *

Relato

LOS NAIPES DEL TAHUR

por Fernando Iwasaki

«En España escribí dos libros. Uno era una colección de ensayos que había titulado, ahora me pregunto por qué, Los naipes del tahúr. Eran ensayos literarios y políticos... Al no encontrar editor, destruí el manuscrito tan pronto regresé a Buenos Aires».

Jorge Luis Borges, Un ensayo autobiográfico

Abelardo Linares arrellanó su enteca humanidad frente a un ordenador donde parpadeaba fosforescente un mensaje turbador: «La flota invasora se acerca. Presione intro para destruir la Tierra». Después de someter imperios, conquistar el Nuevo Mundo y desembarcar en Normandía, a nadie le sorprendió que Abelardo explorara el espacio en busca de emociones más fuertes. «Hay que ver lo listos que son los puñeteros marcianos», se lamentaba sonriendo.

La librería tenía una animación especial aquella noche, pues todos habíamos salido hechizados de la conferencia que Abelardo leyó en la Diputación de Sevilla por el Centenario de Borges. En realidad la charla fue más bien breve. Abelardo habló de un olvidado escritor argentino, Manuel Forcada Cabanellas, quien había vivido en Sevilla entre 1919 y 1920, donde asistió al nacimiento del Ultraísmo y trabajó amistad con el joven Borges. Si no recuerdo mal estábamos José María Conget, Vicente Tortajada, Pepe Serrallé, Alfredo Valenzuela y yo. Todos queríamos seguir hablando de Forcada Cabanellas, pero Abelardo nos entretuvo en un bar hasta que García Martín se marchó a su hotel. Era una madrugada de enero y en la librería hacía tanto frío como en la calle.

Mientras hojeábamos curiosos el libro de Forcada Cabanellas –*De la vida literaria*. Editorial Ciencia (Rosario, 1941)–, Abelardo se concentró una vez más en repeler la inminente invasión alienígena. No fue difícil encontrar los capítulos dedicados a las tertulias sevillanas de principios de siglo, las veladas litera-

rias de los Jardines de Murillo y la jocosa anécdota en la que un Borges adolescente y gamberro apedreó la casa del poeta Luis Montoto –Cronista Oficial de Sevilla y pregonero de su Semana Santa– en compañía de Isaac del Vando Villar y Adriano del Valle. Pero el pasaje que más nos interesaba era el que Forcada Cabanellas dedicaba al baúl que perdió cuando huyó de España al estallar la guerra civil.

Ahí estaban las citas leídas por Abelardo: «Entre las revistas literarias –mis inseparables camaradas y también mi mejor archivo, mi más caro tesoro– que perdí en Madrid juntamente con mi biblioteca volante con motivo de la fratricida guerra española, se contaban entre otras, la colección completa de *Grecia*, encuadernada en dos tomos con pastas españolas y lomos con rótulos dorados». Creo que fue José María Conget quien leyó en alta voz los ruegos de Forcada Cabanellas a quien hallara las revistas de su entrañable baúl: «Hay que conservarlas con la ternura que requieren las cosas amadas y los objetos que participan de nuestra propia existencia». Cuando José María cerró el libro, todos recordamos el momento en que Abelardo confesó con cuánta ternura había respetado la voluntad de Forcada Cabanellas, mientras levantaba ante el perplejo auditorio un tomo de *Grecia* encuadernado en pastas españolas y rótulos dorados en el lomo.

«Copón, y tú matando marcianitos», le reprochaba conmovido Valenzuela. «Abelardo, haz favor y cuéntanos cómo encostraste las revistas», le urgió Pepe Serrallé. Abelardo seguía pulsando botones y disparando en vano misiles que apenas rasguñaban a los extraterrestres. Sin apartar la mirada del monitor, Abelardo deploró la aniquilación del ejército americano y el pobre fuego del armamento ruso. «Ya sólo me quedan las tropas de la OTAN» –farfulló fastidiado– «Otra vez voy a perder». De pronto descubrió que todavía le quedaba un par de submarinos nucleares en el ártico y lanzó una andanada de cohetes contra la nave nodriza, revelándonos a la vez cómo un anticuario de Madrid le ofreció el baúl con todo su contenido por apenas diez mil pesetas.

–¿Y se puede saber dónde tienes el baúl ése? –quiso saber Vicente.

–Ahí, debajo del equipo de música –señaló Abelardo, que acababa de perder sus dos submarinos.

Los cinco nos precipitamos sobre el baúl. Toda la vida había estado allí, ante nuestras propias narices y debajo de las rumas de poemarios inéditos que Abelardo recibe y que tira a la basura generalmente sin abrir. Dentro encontramos, en efecto, los volúmenes encuadernados de *Tableros*, *Proa*, *Ultra* y otras revistas de aquellos años, junto a postales, billetes de teatro, fajos de cartas y algunos sobres amarillentos que decidimos abrir ante la galáctica indiferencia de Abelardo. Así fue como apareció el manuscrito, mecanografiado en papeles de un color crudo cuyos membretes rezaban «Cécil Hotel. Plaza de San Fernando, 15. Sevilla». Serían unas setenta o setenticinco cuartillas, todas anotadas con la caligrafía inglesa y minúscula de Borges. El título nos dejó mudos de estupor: *Los naipes del tahúr*.

Vicente soltó las muletas y se dejó caer en la primera silla que encontró. José María Conget aseguraba que aquél era el descubrimiento literario del siglo y que sabía de al menos tres universidades americanas que podrían pagar cientos de miles de dólares por la primera obra de Borges. Alfredo Valenzuela no entendía por qué Abelardo no había subastado o publicado ya ese libro, saneando así las terribles pérdidas de la editorial. Y Pepe Serrallé, organizador del homenaje del Centenario, le preguntó en un hilo de voz si no había considerado la posibilidad de ponerlo en manos de María Kodama. Yo, mientras tanto, leía uno de los ensayos del manuscrito, dedicado –creo– a Baroja.

Abelardo, que para entonces combatía a las naves enemigas con la aviación ecuatoriana, murmuró que en realidad el libro era muy malo, que Borges hizo bien en destruirlo y que por supuesto él no sería quien lo diera a conocer. «¿Pero tú sabías que estaba aquí, copón?», le preguntó exasperado Valenzuela. «Sí» –respondió lacónico– «Borges apreciaba el criterio de Forcada Cabanellas y le entregó ese manuscrito que copió a máquina del original que guardaba en un cuaderno. El puñetero siempre escribía en cuadernos». Los extraterrestres habían aplastado ya cualquier manifestación de resistencia y Abelardo dirigió el cursor hacia el desierto de Arizona, donde un búnker secreto esperaba la orden de pulverizar la Tierra.

«Creo que voy a tener que destruir el mundo», se lamentó Abelardo, acariciando pensativo *Los naipes del tahúr*. «Es la única manera de preservarlo de sus enemigos», sentenció sonriente. Un ruido seco rasgó el silencio de la librería y la explosión arrasó a los invasores, mientras las trizas de Borges caían en la papelera como una baraja rota.

© Fernando Iwasaki



CÓMO MATAR A UN POETA, de Manuel Jurado López

Editorial Edaf
XII Premio de Novela Ciudad de Getafe 2008
Fecha de publicación: 2008
191 páginas
ISBN 9788441420694

* * *

«Sin duda alguna, la literatura y la vida se emparejan y se dan la espalda con mucha frecuencia. Se desprecian en público y se aman en privado». Numerosos fragmentos de este tipo acompañan la lectura de esta novela, donde la poesía, forma parte importante de su estructura. Son frecuentes las alusiones a Claudio Rodríguez, Juan Ramón Jiménez, Cernuda... y junto a estos nombres del canon,

otros ficticios. Algunos de ellos, junto con situaciones y lugares, son parte del mundo literario creado por el mismo autor en otros de sus libros, por ejemplo, hay referencias directas a *Tristula* (1985) o a *El bebedor de bourbon* (1995), novelas también premiadas en diversos concursos literarios.

El protagonista principal de *Cómo matar...* no tiene nombre (y llama la atención porque todos los personajes lo tienen), aunque sí identidad. Es un escritor de novela negra de cierto prestigio, que se comporta como un personaje más de sus novelas. Amigo de los bajos fondos, se mueve en un mundo poblado de soledad, o en el mejor de los casos, de amigos rencorosos y prostitutas que lo acogen cuando no queda más remedio, por los viejos tiempos. Todos esos momentos, se nos dan con cuentagotas, a través de capítulos breves que se van engarzando de forma alterna, y donde destacan los regresos en el tiempo para explicarnos una situación determinada.

Casi nada tiene sentido en la vida de nuestro protagonista, únicamente conseguir un poco de dinero, encontrar sus libros en las librerías que recorre y conseguir otra botella más de alcohol. En ese recorrido, su misión es mofarse del mundo, de los libreros que no lo reconocen y gestionar el odio que le reconcome desde hace tiempo.

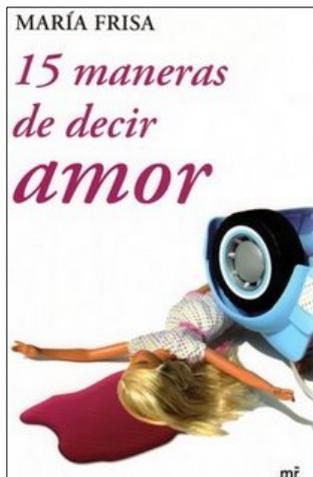
A pesar de este modo de vida, no hay un deterioro en su estado, no recorre un camino hacia la perdición. Estaba ya hecho desde la infancia, marcado por el odio y un hecho terrible que se desvelará sólo al final de la obra, iluminando de este modo, la historia que el lector ha recorrido con oscura luz.

Otras tramas acompañan la vida del frustrado escritor, por ejemplo, la visión de una amistad empañada por la competencia para acceder a un puesto como profesor de la Universidad. Dos amigos inseparables, separados por la vanidad, que queda fielmente reflejada en la obra como uno de los atributos fundamentales del mundo artístico y quizá, académico: «La humildad es la soberbia de los mediocres».

Otros autores han retratado el mundo universitario y muchas de las situaciones a él asociadas, dando visiones parecidas, es el caso de *El mundo es un pañuelo* de David Lodge o *El heredero* de José María Merino.

En este caso, el mundo académico choca una y otra vez con el mundo de la creación –de la ficción–, representado en ese yo misterioso de nuestro protagonista. A su vez, el mundo de la creación, se hunde bajo el peso del secreto del escritor, un autor que considera sus novelas «apuntes en sucio, continuos borradores para cometer un crimen», y es que alguien debe morir. Quizá puedan cometer ustedes mismos el crimen, también, resolverlo. El delito y la solución, comienzan al abrir el libro.

© Pablo Lorente Muñoz



15 MANERAS DE DECIR AMOR, de María Frisa

Ediciones Martínez Roca
Colección: Astarté
Fecha de publicación: 2008
384 páginas
ISBN 978-84-270-3458-7

* * *

DESHACER EL DOLOR

Para hablar de *15 maneras de decir amor*, la última novela de María Frisa, podría coger un folio en blanco y escribir cien veces seguidas la palabra *maravilla*.

Pero, en lugar de eso, me levanto y miro por la ventana. Y veo a gente desconocida caminar por la calle, y trato de adivinar en su rostro un gesto que me hable del dolor o la felicidad, la derrota o la esperanza. Y mientras miro sus caras escucho lejana la sirena de una ambulancia, la música que se escapa de algún bar abierto, el eco de una carcajada, un suspiro y un insulto.

Y alguien que no conozco se para en mi portal y llama al portero automático; y pienso en mis vecinos, en sus gritos detrás de los tabiques y en sus sonrisas en el ascensor o en el supermercado. Y pienso en lo que sé de sus vidas y en lo que ellos creen saber de la mía.

Y pienso en los amigos, que se cuentan con los dedos de una mano; y en mi familia y en todas sus imperfecciones. Suyas y mías. Nuestras.

Vuelvo a mirar por la ventana y veo a todos esos desconocidos cruzarse en silencio, y entiendo que de los demás sabemos poco o nada; que en realidad, tan sólo sabemos de ellos lo que nos han querido contar, nos han dejado saber.

María, en *15 maneras de decir amor*, les pone voz a esos desconocidos. Les pone rostro y forma a sus cuerpos, causa y razón a sus profundas heridas y a la triste luz de sus ojos. María nos muestra sus monólogos, la carga de profundidad de sus pensamientos, la saliva que cuesta tragar y el nudo en el estómago. Nos hace saber que, en este mundo estrecho y pequeño, nuestro destino puede depender de otras vidas que se cruzan en el camino.

María ha creado una maravillosa novela para narrarnos la historia de unas vidas corrientes que la tragedia de un asesinato destruyó por completo. Vivir bajo la aniquiladora sombra de la muerte, sometidos por un dolor que lo pudrirá todo. Una vida destruida por el remordimiento y el sentimiento de culpa. Vivir con deseos de morir.

Una vida en la que el amor son besos equivocados, engaño y egoísmo. Unas vidas que se cruzan con otra que parece perfecta y dorada, pero que en realidad esconde y calla su desesperación, su imperfección, su triste vacío.

Unos lloran y se resignan, otros callan y crecen con su odio. Unas vidas que tendrán la desgracia de cruzarse con otra que finge, que les arrastrará y destruirá en el largo camino de su mentira.

Una vida en la que se cruza y descubre la amistad, almas gemelas que comparten citas literarias, canciones y poemas. Pero ese amor imposible, el consuelo y la complicidad, termina perdiéndose por las palabras no dichas, lo que no se atrevieron a contar, el dolor ocultado, los mensajes que no entendimos, los gritos de auxilio que se quedaron dentro de los ojos y ese temblor en las manos por el que no se preguntó. El silencio levantando su muro infranqueable.

Y unos padres y una hija que conviven separados por todo lo que les une. Un error del que sólo se tendrá conciencia ante el salto sin retorno del suicidio, una vida que se querrá recuperar cuando ya es demasiado tarde.

Y reconozco que he llorado. Que he llorado por los recuerdos, por las vidas ingratas, por las marcas y las heridas, el sufrimiento y las derrotas. Por las palabras dichas a destiempo, los ojos cerrados y las uñas mordidas.

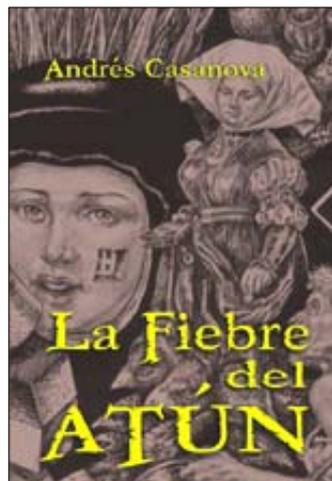
15 maneras de decir amor me ha enseñado que vivir es arrepentirse, saber pedir perdón a tiempo;

escuchar, comprender cuando tiene remedio, no cuando ya no podemos devolver la llamada. Que necesitamos vomitar nuestros secretos, librarnos de nuestro dolor, dejar salir las penas. Que necesitamos sabernos queridos, confiar en que alguien nos recordará y echará de menos.

Y al final, tras el aleteo de una mariposa y su efecto, encontré una novela dentro de otra. Y en una noche todo sucede y cambia. Que existen la fortuna y las segundas oportunidades, y que el destino es el afán de supervivencia. Y que todo comienza por el principio, por hacer retroceder el tiempo y empezar a deshacer el dolor.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



LA FIEBRE DEL ATÚN, de Andrés Casanova

Editorial Oriente

Fecha de publicación: 2005

180 páginas

ISBN 9789591104397

* * *

Andrés Casanova¹ ha jugado con el concepto de ficción con particulares intenciones, y esto no significa un juzgamiento. El progreso mejor es únicamente el estilístico, y en este sentido y para lograrlo el autor ha puesto un personaje en una realidad descrita con detalle, poblándolo de ensoñaciones y de mujeres ficticias que lo visitan en la imaginación, sin caer en el fácil juego de ir de un mundo a otro en un parpadear. Ni la honestidad ni la inescrupulosidad son puestas en

duda, y ello participa al servicio de la ficción. En un tono a veces agresivo y a veces paródico muestra el especial orden de las cosas que una comunidad isleña va desarrollando en un tiempo que transcurre lento, donde los jóvenes viven tempranamente hastiados y decepcionados y los viejos llevan la resignación calcificada en los huesos. La idiosincrasia de un pueblo (ideas, religión, economía) es transmitida de tal forma que podemos reconocernos en ella quienes crecimos en otras latitudes.

El encarnizamiento con la imagen del fracaso que sólo el alcohol y las mujeres de la vida pueden borrar momentáneamente, mientras la verdadera buena vida transcurre lejos y les sucede a otros, es el sentimiento que impregna los días de esos hombres que buscan un cambio y creen en el amor, en definitiva, como la última opción a la que podrían entregarse y salvarse. Pero es una idea ilusoria del amor, por lo tanto la redención les es negada. La búsqueda de la mujer ideal –física y espiritualmente– es un pretexto (Alisio, un periodista esclavizado por la mediocridad ideológica del periódico en que trabaja, tiene alguna sospecha de esto), pues el camino es hacia su propio interior, y las continuas desilusiones que esta introversión provoca es su responsabilidad, es su mirada sobre el hombre que va descubriendo sus propios defectos. Vive en un limbo mezcla de lo empírico y lo imaginario, y tal vez sólo un poco más de esa medicina (adictiva, como la repetición de sus lecturas preferidas en las cuales las parejas se relacionan con plenitud y a veces hasta la lujuria) le permita seguir viviendo.

La fiebre del atún es una construcción subjetiva que logra encontrar su forma. A menudo el autor logra introducirse en el aura del personaje, sabiendo organizar lo objetivo en la tempestad que significa la experiencia vital de un hombre. La amenaza de una enfermedad degradante y contagiosa instala el miedo a la muerte y prepara un final inesperado: la mujer de sus sueños aparece, y de ella y con ella obtiene todo lo que anhelaba, pero... esta ficción (tal vez ensoñación) tendrá un final más contundente que una realidad. Lo versátil en el uso del artificio es logro de pocos autores, por eso aquella afirmación primera en este comentario.

¹ Andrés Casanova (Las Tunas, Cuba, 1949) ha publicado las novelas *Hoy es lunes*, *Tormenta tropical de verano*, *Las trágicas pasiones de Cándida Moreno*, *La jaula de los goces* y *La fiebre del atún*, entre otras. Para acceder a su obra y/o contactarse: www.cubaliteraria.com

Esta novela es una idea realizada. Andrés Casanova consigue mostrar no sólo que pudo escribir la historia que deseaba: ha desnudado su intencionalidad, su arte y su particular visión del mundo de un hombre.

© María Helena Sofía
<http://www.mariahelenasofia.es/tl/>



PIEDAD, de Miguel Mena

Xordica Editorial
Colección: Los libros de la falsa
Fecha de publicación: 2008
184 páginas
ISBN 978-84-96457-37-9

* * *

Ahora siento vergüenza. Ahora me arrepiento de haber abierto la boca sin saber. Me has dado una lección. Perdóname, por favor.

Y es que me has enseñado el inmenso valor de lo breve, la extraordinaria belleza que cabe en lo mínimo. Esta *Piedad* tuya no es un capricho de autor consagrado. Al contrario. Me has demostrado que se puede llenar un folio con cuatro líneas y una imagen. Decirlo todo con pocas palabras.

Esta *Piedad* tuya me ha recordado algo que olvidamos frecuentemente: que una moneda siempre tiene dos caras. La paradoja de la vida y la muerte.

Me has enseñado todas las contradicciones que nos gobiernan, a darme cuenta de lo poco que pensamos en los demás, en las consecuencias de nuestros actos, en nuestro terrible y habitual egoísmo. La muerte ajena nunca debe interrumpir el espectáculo. Qué más da. Nosotros aún vivimos y el dolor no nos alcanza.

Esta *Piedad* tuya es un libro contra el olvido. Porque la injusticia de la muerte provocada por el terrorismo, el asesinato, no debe olvidarse nunca. Nunca.

Esta *Piedad* tuya es un libro contra la ceguera, porque hay débiles a los que ignoramos premeditadamente, ancianos que hablan solos y niños distintos que sólo piden nuestra sonrisa, un gesto amable y cariñoso.

Que pasamos los días pensando que la mala suerte no sabe donde vivimos, y que, ante el ramo de flores secas junto a la carretera, aceleramos para que desaparezca. Que nos cambiamos de acera, pasamos la página, cerramos los ojos ante la visión de los herederos de la muerte, los supervivientes heridos.

Esta *Piedad* tuya es una invitación a la reflexión, a la incomodidad del dolor. Es un libro contra la mirada rápida, contra la indiferencia, lo instantáneo. Nos hace ver lo que pasa inadvertido, nos enseña a mirar despacio, descubrir, observar, fijarnos en lo cotidiano. Nos hace asomarnos y ver lo que hay detrás, al lado, enfrente, lo que queda más allá de nosotros, de nuestros actos, nuestra ignorancia y nuestra irreflexión.

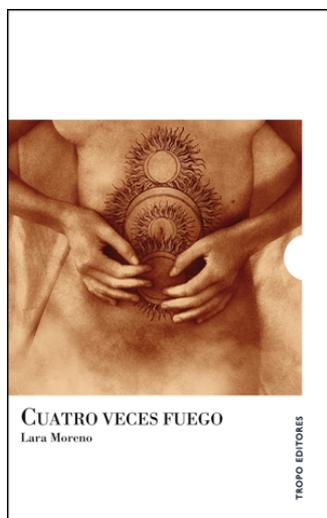
En esta *Piedad* tuya hay héroes sin brazos, historias de valor y voluntad invencible, hazañas construidas dentro de una piedra. Hay decisiones, miradas hacia atrás, anécdotas, recuerdos hechos de música y amigos. Hay enfermedades de seis letras, nombres propios y vidas que se apagan con una sonrisa, trasplantes y deseos de vivir. Hay destinos absurdos, sucesos que se quedan clavados en la memoria, accidentes, azar, casualidad, cambios de planes, sueños rotos y tardes de fútbol.

Hay cumpleaños y regalos, síndromes con el nombre de la inocencia, largas noches de insomnio que se pagan con días de felicidad y besos descomunales, alegría desbordada. Hay toda una lección de fortaleza y amor, de lágrimas y palabras mudas. Tu experiencia, la que te ha hecho cambiar la mirada. Tu manera de ser y sentir. Este es un libro de sentimientos, ejemplos y mira-

das, de la inmensa necesidad de la piedad, ese desconocido, ignorado y olvidado sentimiento.

© Luis Borrás

<http://aragonliterario.blogspot.com>



CUATRO VECES FUEGO, de Lara Moreno

Tropo Editores
Colección Voces
Fecha de publicación: 2008
250 páginas
ISBN 978-84-96911-07-9

* * *

Tropo es una editorial zaragozana que está haciendo una encomiable labor. Edita muy bien y está dando a conocer autores nuevos e interesantes. Uno de los últimos libros de esta editorial que he leído es *Cuatro veces fuego*, de Lara Moreno. Se trata de un libro de relatos, un libro muy especial en el que el lenguaje es el verdadero protagonista. Relatos que parecen largos poemas en prosa, que nos sumergen en un mundo que no es sino una metáfora de éste. Lara Moreno es tam-

bién autora del libro de poesía *La herida costumbre* y ha seleccionado los poemas que componen *Aquí y ahora*.

En *Cuatro veces fuego* la autora avanza, entre sueños y fantasías, por un mundo un tanto surrealista y etéreo. Sus personajes se mueven despacio, se rozan, se miran, mantienen diálogos enigmáticos y se marchan dejándonos un tanto desamparados, deseando que nos cuenten más, con la evidencia de haber tocado la esencia del relato, incapaces de ver lo que hay detrás pero conscientes de la sensación que esa historia nos causa. Del mismo modo en que un poema consigue llegar a nuestro corazón sin que el intelecto pueda interceptarlo, estos relatos se nos cuelan por dentro y nos emocionan. Su universo encierra ecos del mundo desquiciado de Alejandra Pizarnik, de la elegancia estilística de Ángela Carter. Se trata de un libro que requiere un esfuerzo por parte del lector, y su complicidad para dejarse sumergir en esas historias de personajes desamparados, rotos. Cuentos en los que los personajes actúan de un modo ajeno a lo convencional, en los que se describen recorridos imposibles, sin principio ni fin la mayoría de las veces, momentos suspensos en un mundo que no es éste, aunque se le parezca bastante, un reflejo que nos envuelve y nos explica, con imágenes sorprendentes, lo que no somos capaces de ver.

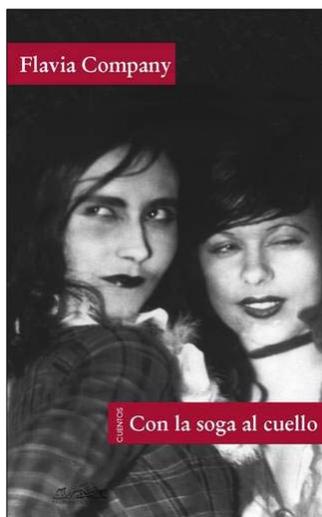
En las narraciones de Lara Moreno tiene gran importancia la descripción de todo lo que los sentidos perciben del mundo que nos rodea, el modo en que nos hacemos una idea de cómo es nuestro entorno: el tacto, los sabores, los olores, la luz, los objetos... Esta fisicidad confronta con el estado emocional de los personajes, lo tangible y lo intangible, historias que podemos palpar y oler, salpicadas de humor y erotismo, los sentidos y los sentimientos. Nos encontramos en un mundo que queremos hacer nuestro, aprehenderlo, pero que siempre parece escurrirse. El cuerpo es nuestro límite.

Imágenes poderosas, perturbadoras a veces, como la de ese hombre metido en una caja, en una casa vacía («La danza»); o la muchacha que salta por la ventana y recorre las calles de un pueblo en fiesta, con una manta en la cabeza y unos zapatos demasiado grandes («Carnaval»); o esa mujer que enciende un cigarro en la calle, apoyada en un muro y con la falda bajada («Durante horas»); la mujer que baja las escaleras con una sábana atada al cuello como una capa blanca de ser volador («Paraíso y caos»); el hombre que viaja en tren con la boca llena de agua de mar («Maneras de estar sediento»); el hombre que ata a su mujer a una silla para explicarle que se siente acabado («Un hombre sentado a la mesa»)... Personajes de los que queremos saber más; escapan a nuestra comprensión y, sin embargo, nos dejamos seducir por ellos.

Un libro misterioso que nos engulle irremediabilmente. Una autora a la que hay que seguir la pista.

© Miguel Sanfeliú

<http://ciertadistancia.blogspot.com>



CON LA SOGA AL CUELLO, de Flavia Company

Páginas de Espuma
Colección Voces
Fecha de publicación: 2009
139 páginas
ISBN 978-84-8393-030-4

* * *

Una de las voces que más resuenan en el mundo del cuento en los últimos tiempos quizá sea, junto a la de Cristina Fernández Cubas –que el año pasado nos regaló *Todos los cuentos* (Tusquets)– y Mercedes Abad –*Medía docena de robos y un par de mentiras* (Alfaguara, 2009)– la de Flavia Company (Buenos Aires, 1963).

Prolija autora afincada en Barcelona, ha publicado los libros de cuentos: *Viajes subterráneos* (Bassarai, 1997), *Género de punto* (El Aleph, 2002), *Trastornos literarios* y las novelas: *Saurios en el asfalto*, *Luz de hielo* (Bassarai, 1998), *Dame placer* (Salamandra, 1999), *Ni tú ni yo ni nadie*, *Melalcor* (Edicions 62, 2001) y *La mitad sombría* (DVD, 2006).

Diecinueve cuentos componen el libro que nos ocupa: *Con la sogá al cuello*. La mayoría de ellos presentan escenas de la vida cotidiana truncadas, extrañadas en un momento dado por una acción del todo verosímil que pone a los personajes en una compleja situación vital, *con la sogá el cuello*.

Company consigue ese efecto con temas y situaciones propias de la vida cotidiana, apenas hay espacio para la fantasía, aunque sí esté presente en algunos relatos, como por ejemplo «Con luz verde», donde un macabro taxista anuncia la muerte de su cliente. También hay algo de misterio ambiente demoníaco en «La carnicería», donde, de nuevo, un extraño ser se apodera de la vida de una mujer en apuros carnales, la carne entendida en varios aspectos creando así un interesante juego.

Hay espacio, y mucho, para la vida, una existencia en femenino, ya que la mayoría de los personajes que componen los relatos son mujeres, mujeres que sienten y padecen, y que sufren también de amor. Dos relatos, «Rodajas de limón» y «El pelo», nos trasladan a los terrenos del amor lésbico, con situaciones peregrinas que entrañan una reflexión aplicable a todos sobre las dificultades del amor y del enamoramiento.

Esa vida que nos retrata la autora habla también de dificultades económicas –no sabemos si motivadas o no por la crisis–. Todos hemos visto las imágenes de gente de este primer mundo y sociedad del bienestar, rebuscando entre los cubos de basura de las grandes superficies, en busca de alimentos o productos que puedan utilizar, pero ¿qué pasa cuando llegan a sus casa? ¿qué pasa cuando deben responder a la familia que vive ignorando la mala situación pecuniaria? Una hipótesis podría ser el cuento «Una vida en común» o «La víctima».

A menudo somos víctimas, sin quererlo, en el cuento anterior y algún otro, como «La réplica», donde encontramos un claro nexo con Kafka, con ese *proceso* que algún día se inicia contra nosotros sin ni siquiera saberlo.

También resuenan en este libro ecos de Cortázar, sobre todo, en el relato «El ascensor», que nos traslada a esos encuentros fortuitos tan bien definidos por el autor argentino, esas manos desconocidas que un día se rozan y comienzan a sentir y a expandir toda su energía.

Un libro que nos invita a viajar, a plantearnos el lugar que ocupamos en el mundo, quizá un lugar «En tránsito» donde se establece un vívido diálogo con el lector, que sufre «La condena» de la lectura. Una lectura no pasiva donde se verá obligado a comprender a los personajes, a conocerles y participar de su dolor y de esa promesa de la sogá.

© Pablo Lorente Muñoz

EL GATO Y LA SIMBOLOGÍA AMBIVALENTE

Entre el dios y el demonio

por Vanessa Alanís Fuentes Oliver

«No son más silenciosos los espejos
ni más furtiva el alba aventurera;
eres, bajo la luna, esa pantera
que nos es dado divisar de lejos.
Por obra indescifrable de un decreto
divino, te buscamos vanamente;
tuya es la soledad, tuyo el secreto.
Tu lomo condesciende a la morosa
caricia de mi mano. Has admitido,
desde esa eternidad que ya es olvido,
el amor de la mano recelosa.
En otro tiempo estás. Eres el dueño
de un ámbito cerrado como un sueño.»¹

Es vasta la literatura que considera a los gatos como figuras mágicas con capacidades de conectar el mundo de los vivos con el mundo de los muertos, con lo cual, han ganado fama de dioses en algunas épocas y demonios en otras tantas. Sin embargo, pocos son los textos que hablan del gato como símbolo que relaciona el mundo de los vivos con sí mismo, pero en diferentes estadios.

Para el mundo europeo del siglo XVIII, los gatos eran animales altamente simbólicos. Por un lado, para los burgueses eran prototipos de poder, pues la pasión por los gatos parecía haberse apoderado de grandes y diversos establecimientos, por lo menos a nivel de los patrones o burgueses. «Un burgués conservaba 25 gatos, tenía sus retratos pintados y los alimentaba con aves asadas.»² Pero para los menos afortunados, es decir, la clase trabajadora, los gatos figuraban como ingredientes en todo tipo de medicina popular, sugerían brujería, significaban atraer la mala suerte sobre su dueño o casa. Asfixiaban a los bebés y contaban los chismes en la calle. Su poder se concentraba en el sexo y el poder onomatopéyico de su dialecto ponía énfasis en la sexualidad destructiva. Aún más importante, estos felinos burgueses comían mejor que los trabajadores del patrón. Este fenómeno dio como resultado una gran matanza de gatos. ¿De dónde proviene este fenómeno, que no existía en las tradiciones paganas ni en las tradiciones cristianas?

Comencemos por hablar del término «gato». El Bestiario de Aberdeen (circa 1200), que contiene textos e imágenes relacionados con diversos animales, hace la siguiente anotación sobre los gatos: «El gato, es también llamado *musio*, cazador de ratones, debido a que es el enemigo de los ratones. Es comúnmente llamado *catus*, *cat*, que viene de captura, el acto de capturar. Otros dicen que este animal adquiere su nombre de *capto*, debido a que atrapa ratones con sus ojos agudos. Por esto, tiene tan perforante vista que supera los límites de la oscuridad nocturna, atravesándola con una luz que proviene de sus penetrantes ojos. Como resultado, la voz griega *catus* significa agudo, astuto.»³

¹ Jorge Luis Borges, *El oro de los tigres*, Buenos Aires, 1972.

² Robert Darnton, "La rebelión de los obreros: la gran matanza de los gatos", en *La gran matanza de los gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, FCE, México, 2000, p. 81.

³ Las imágenes, transcripciones y traducciones del bestiario se encuentra en Colin McLaren & Aberdeen University Library, Londres, 1995.

EL GATO COMO DIOS

«Dios hizo el gato para ofrecer al hombre el placer de acariciar un tigre.»⁴

La primera manifestación del gato como dios puede ser encontrada en una connotación femenina: la diosa egipcia Bast, patrona de la guerra, el hogar y la sabiduría, y protectora de los campos cultivados, se revelaba con cuerpo de mujer y cabeza de gato. Esto se explica si tomamos en cuenta que los campesinos egipcios encontraron en el gato un equilibrio natural para sus campos generalmente infestados de pestes.

Hasta hace muy poco se creía que el gato, originario del África salvaje, se acercó a las civilizaciones del antiguo Egipto atraído por la importante cantidad de ratas en los graneros y ahí fue donde los sabios habitantes del norte africano descubrieron sus cualidades para disminuir y controlar la plaga de roedores a cambio de nada; trabajo por comida, siendo la comida parte del trabajo. Sin embargo, estudios recientes han encontrado esqueletos gatunos en excavaciones hechas en Chipre durante los primeros años del siglo XXI. Se estima que esta tumba puede llegar a tener nueve mil quinientos años de antigüedad, lo que magnifica un poco más la cantidad de posibles explicaciones de el porqué este animal misterioso, descendiente del *Felis silvestris lybica*, ha venido conviviendo con el ser humano desde el inicio de la historia.

De ahí puede que se derive esta temprana adoración egipcia por la compañía felina. Algunos murales y esculturas muestran que Bast, la hija del dios sol Ra, incluso llegaba a tomar la forma de leona en situaciones bélicas, pero siempre relacionándose con la protección del hogar. Expresando así la gratitud de un pueblo hacia un defensor de pequeñas pero peligrosas amenazas.

Sin embargo, pronto el gato se convirtió en un ícono de distinción y poder. Pese a los intentos de los egipcios por evitar que sus sagrados animales salieran de sus dominios, fueron primero los fenicios y posteriormente los griegos quienes comenzaron el tráfico del preciado animal por el mediterráneo. Posteriormente, al apropiarse de ciudades y tradiciones griegas, los romanos también adquirieron el gusto por los preciados mininos. De esta manera, mediante la expansión del imperio, la raza felina, alcanzó con las legiones romanas, los confines europeos. Eran los romanos, fervientes adoradores del gato como un símbolo de libertad. Empero, con la caída del imperio y el creciente auge del cristianismo, se observa en Europa una decadencia de las tradiciones paganas, incluyendo la adoración del gato. Mientras la iglesia cristiana iba derrumbando templos edificadas a diversas deidades, degollando las cabezas de hermosas doncellas de piedra, la moda por lo gatuno perdía fortaleza.



Freya, La diosa noruega de la fertilidad, y sus gatos.

EL GATO COMO DEMONIO

—¿Y cómo sabes que tú estás loco?

—Para empezar —repuso el Gato—, los perros no están locos. ¿De acuerdo?

⁴ Victor Hugo.

–Supongo que sí –concedió Alicia.

–Muy bien. Pues en tal caso –siguió su razonamiento el Gato–, ya sabes que los perros gruñen cuando están enfadados, y mueven la cola cuando están contentos. Pues bien, yo gruño cuando estoy contento, y muevo la cola cuando estoy enfadado. Por lo tanto, estoy loco.⁵

Es alrededor del siglo XI que comienzan a surgir las connotaciones negativas sobre los gatos a través de supersticiones de dominio popular como el famoso gato negro que se cruza en tu camino. Particularmente en territorios celtas, donde la brujería era una práctica común antes de los cristianos e incluso antes de romanos, es donde la iglesia católica encabezó su primera cruzada en contra de los gatos a quienes difamaban como brujas metamorfoseadas o familiares de brujas que fungían como espías entre la comunidad y, nuevamente, como interlocutores de este mundo y el más allá. La justificación de encontrar en el gato un enemigo del hombre y aliado del diablo puede ser primeramente debido a que son criaturas nocturnas de hábitos curiosos, pero mucho más importante es el hecho de que el gato, siendo un animal tan cercano al hombre desde hace nueve mil años, nunca ha sido capaz de someterse a una entera domesticación como en el caso del perro, cuya evolución de ojos tiernos lo ha convertido de cazador de patos en mejor amigo del hombre.

Por lo anterior, a lo largo y ancho del período medieval, en Europa se hizo costumbre perseguir a los gatos. Se estableció la fiesta de San Juan como una tradición para quemar brujas y gatos sin distinción. Sin tomar en cuenta que, indirectamente se estaba cazando al cazador. No se necesita ser matemático para saber que, al disminuir la población de gatos en Europa, se incrementó la población de ratas, lo cual, entre muchas otras desventuras, acarrió la proliferación de la Peste Negra, una verdadera amenaza diabólica para la raza humana. Se cree que la plaga, originaria de Asia, llegó al continente Europeo a través de moscas que a su vez contagiaban ratas que a su vez contagiaban humanos. Algunos estudios consideran que la pandemia provocada por la Peste Bubónica aniquiló alrededor del 30% al 60% de la población europea.⁶

La ailurofobia, este miedo irracional a los gatos, disminuyó alrededor del siglo XIV en la población sobreviviente a la peste. Así, los gatos volvieron a poblar el continente Europeo y las nuevas colonias de altamar, como exóticos compañeros de la realeza y colaboradores de los sirvientes, trabajadores y campesinos que apreciaban su diligencia y extrema limpieza. También se convirtieron en amigos de los intelectuales ilustrados que no tomaban en serio las supersticiones de la iglesia y, en cambio, consideraban al gato un ejemplar asombroso del mágico reino animal ahora, con el Renacimiento, redescubriéndose. Ya decía Leonardo Da Vinci que el más pequeño de los felinos puede considerarse una obra maestra.

EL GATO COMO SÍMBOLO DE PODER

«He estudiado a una gran cantidad de filósofos y a una gran cantidad de gatos. La sabiduría de los gatos es infinitamente superior.»⁷

Existe otra acepción más para sumar a esta connotación polémica alrededor del gato, y es su estatus como símbolo de poder económico. Ya dijimos que en el Renacimiento y la Ilustración, los gatos se convirtieron en compañeros y amigos de grandes personajes. Con la aparición de una nueva clase social, la burguesía, el gato, comúnmente relacionado a reyes y figuras de poder hegemónico, pasó a ser un bien deseado por los señores burgueses.

Durante el siglo XVIII, en los talleres de imprenta franceses, se comenzó a poner en práctica una derivación exótica de la fiesta de San Juan en donde tradicionalmente se mataban gatos. Pero esta

⁵ Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*, Londres, 1865, fragmento del capítulo "Cerdo y Pimienta."

⁶ Stéphane Barry and Norbert Gualde, in *L'Histoire* n° 310, June 2006, pp.45–46, say "between one-third and two-thirds"; Robert Gottfried (1983). "Black Death" in *Dictionary of the Middle Ages*, volume 2, pp.257–67, says "between 25 and 45 percent".

⁷ Se atribuye esta frase al escritor francés, Hypolite Taine.

vez, a los gatos no se les mataba por considerarlos entes demoníacos, sino por ser íconos del poder de los patrones opresores.

Robert Darnton, en una obra titulada *La Matanza de los Gatos y otros Episodios en la Historia de la Cultura Francesa*⁸ relata un cruento episodio llevado a cabo en el patio del taller de la imprenta en la calle Saint-Severin de París. En general, el autor dice que, al hacer historia sobre la vida privada de los trabajadores, el apartarse del camino trillado y ortodoxo de la historiografía contemporánea no es una metodología en sí, pero el uso de fuentes como anécdotas, poemas y cartas (como en el caso de este testimonio), otorga la posibilidad al lector de disfrutar visiones poco usuales de la historia que pueden ser muy reveladoras.⁹

En este caso en particular, la matanza de gatos es como una metonimia¹⁰ que representa, simbólicamente, la opresión burguesa ante los obreros de las imprentas parisinas en el siglo XVIII. Los impresores vivían y respiraban una atmósfera de costumbres y creencias tradicionales que lo penetraba todo. En un contexto general, los gatos simbolizaban, entre otras cosas: sexo, violencia y brujería. Eran utilizados para muchos remedios medicinales y con frecuencia eran un símbolo importante del Carnaval. El carnaval en Francia, como en otros lugares del mundo, es un medio utilizado por la juventud para expresar sus deseos más carnales, permitiendo a la gente del pueblo salir, por unos momentos, de la represiva realidad. Matar a los gatos significaba muchas cosas, pero en el caso de los obreros de la imprenta parisina significaba humillar al patrón burgués y «violar» de manera simbólica la intimidad de la patrona al matar a la gata consentida *Grise* (que era como parte de la familia) y exteriorizar así su adulterio con el sacerdote del pueblo (algo sabido por todos, incluso por el patrón, pero nunca exteriorizado). No conformes con eso, el texto revela que los obreros, después de cometer su fechoría, reían a carcajadas en el taller, al ver cómo el aprendiz, que era un excelente copista (imitador), repetía la escena de la matanza una y otra vez, no para recordar a los gatos difuntos, sino para restregarle al patrón que habían encontrado una ranura por donde violar y recordar esta violación a su autoridad.

En este texto no podemos encontrar un odio de clases porque aún no existe la conciencia de clase, aunque sí se manifiestan las diferencias entre unos y otros, ricos y pobres por lo menos. Pero al no haber conciencia de clase, la clase obrera no puede rebelarse por completo y busca siempre medios para liberar su represión, utilizando al gato como un símbolo que alguien tres siglos después no comprendería a menos que tuviera claro el contexto en el cual se llevó a cabo la gran matanza; lejos de dios, lejos del diablo y, como siempre, más cerca de los seres humanos.

Así, aparece en el testimonio histórico una tercera faceta de la compleja simbología felina. Y se explica, de una manera novedosa, que este animal/dios/demonio matado tantas veces siga conservando algunas de sus tantas vidas.

© Vanessa Alanís Fuentes Oliver

La autora:

Vanessa Alanís Fuentes Oliver (México, DF, 1981). Historiadora, Cantante, Habitante y estudiosa de la Frontera Cultural. Actualmente reside en Buenos Aires, Argentina. Intenta seguir al pie de la letra lo que ya auguraba para ella Luis González y González en el "Oficio de Historiar;" a saber: es tan buena para socializar como vacilante para escribir, lo que genera historias serias con rastros de romanticismo y ficción, y ficciones crudas muy apegadas a la realidad. No es raro escucharla cantar en varios idiomas. Registra mentalmente las conversaciones que mantiene con amigos y desconocidos para distorsionarlas y generar diálogos extraños sin sentido aparente que ella misma define como "efímeros." Se le puede encontrar en <http://diminui.blogspot.com> y en diminui@gmail.com.

⁸ Robert Darnton, *La Gran Matanza de los Gatos y otros Episodios en la historia de la cultura Francesa*, FCE, México, 2000.

⁹ Cita: *cuando no podemos comprender un proverbio, un chiste, un rito o un poema, estamos detrás de la pista de algo importante* (pg. 12).

¹⁰ Figura retórica que designa una cosa con nombre de otra.

LA VORÁGINE OCULTA ¹

por Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

*La palabra ha sido concedida al
hombre para que éste disfrace con
ella su pensamiento.*
Malagrida.²

¿Cómo leer una obra de la que, en apariencia, se ha dicho todo? ¿Cómo abordar una novela que ha madurado en cada nueva lectura desde la fecha de su publicación (1924)?³ Desde esta perspectiva la lectura de la vorágine en el siglo XXI no es una tarea sencilla. Se corre el riesgo de no ahondar en su complejidad artística y seguir repitiendo las valoraciones de los críticos que nos preceden. Y desde luego empobrecer nuestra lectura.

Sin embargo, cuando se lee atentamente y se toman todas las consideraciones necesarias para comprenderla, es decir, analizando, en un primer momento, la novela sin necesidad de apreciaciones ajenas y comparando después nuestras reflexiones con las de los críticos; *La vorágine* del colombiano José Eustasio Rivera se convierte en una obra completa, brillante, llena de símbolos y de claves que la enriquecen y hacen que el lector formule infinidad de hipótesis a partir de cada elemento, por insignificante que parezca, que la novela le ofrezca.

Así pues, por ejemplo, no podría entenderse *La vorágine* sin saber cuáles son las razones por las que Arturo Cova, su narrador y escritor ficcional, la escribe, a quién, y cuándo. Esta clave la conoceremos ya terminando la historia: Arturo Cova escribe su texto para relatarle a su amigo Ramiro Estévez su «Odisea» mientras están en las barracas del Guaracú, y es fundamental para entender a Cova como personaje, ya que podemos comprender el tono que usa y su intención primordial al escribir:

No ambiciono otro fin que el de emocionar a Ramiro Estévez con el breviario de mis aventuras, confesándole por escrito el curso de mis pasiones y defectos, a ver si aprende a apreciar en mí lo que en él regateó el destino.

A partir de esta afirmación que hace Arturo Cova es indiscutible que el interlocutor de su relato es Ramiro; es a él, en principio, a quien quiere relatarle sus vicisitudes, sorprendiéndolo con su relato. Pero no nos detengamos, podemos examinar más y descubrir cuál es la relación psicológica que Cova tiene con este personaje. Arturo Cova cuando lo ve recuerda el afecto que siente por él, manifiesta querer ser su hermano menor y muestra la importancia que Estévez tiene en sus actos:

De tal suerte llegue a habituarme a comparar nuestros pareceres, que ya en todos mis actos me preocupaba una reflexión: ¿Qué pensará de esto mi amigo mental?

Ahora bien, este sentimiento que une a Arturo Cova con Ramiro Estévez se hace más significativo para entender la obra cuando, este último, en un primer momento se muestra «incólume ante la seducción de mis aventuras» (192) ante esto, Cova, para demostrar que lo que le ha pasado es aún más importante que el desamor y la pérdida de la mujer de Estévez, afirma:

Quise tratarlo como a pupilo, desconociéndolo como a mentor, para demostrarle que los tra-

¹ José Eustasio Rivera. *La vorágine* (1924)

² Citado por Stendhal en *Rojo y negro*. Libro I Capítulo XXII.

³ Su éxito fue instantáneo y ascendente. El *New York Times* la comentó con grandes elogios en su sección de libros. Las ediciones se sucedieron incesantemente y cuando Rivera murió en 1928, *La Vorágine* ya había sido traducida a cerca de diez idiomas. Su aliento poético, el fuerte carácter de sus personajes, el halo de tragedia que los rodea y los consume, la perfección de la trama, hicieron de *La Vorágine* un hito literario y la situaron como una de las grandes novelas mundiales del Siglo XX. SANTOS MOLANO, Enrique. La novela y los novelistas. En: Revista Credencial Historia. Bogotá. No. 31, Edición 203. (nov. 2006); p. 5.

bajos y decepciones me dieron más ciencia que los preceptores de filosofismo, y que las asperezas de mi carácter eran más a propósito para la lucha que la prudencia débil, la mansedumbre utópica y la bondad inane.

Y más tarde:

Viéndolo inerme, inepto, desventurado, le esboqué con cierta insolencia mi situación para deslumbrarlo con mi audacia:

–Hola, ¿no me preguntas qué vientos me empujan por estas selvas?

–La energía sobrante, la búsqueda del Dorado, el atavismo de algún abuelo conquistador...

–¡Me robé una mujer y me la robaron! ¡Vengo a matar al que la tenga!

Cova menosprecia las circunstancias de la vida de su amigo para resaltar el valor de las propias, dándonos una vez más la clave para descifrar los excesos en su narración:

Su vida de comerciante en Ciudad Bolívar, de minero en no sé qué afluyente del Caroní, de curandero en San Fernando del Atabapo, carece de relieve y de fascinación (...) En cambio, yo sí puedo enseñarle mis huellas en el camino, porque si son efímeras, al menos no se confunden con las demás. Y tras de mostrarlas quiero describirlas, con jactancia o con amargura, según la reacción que producen en mis recuerdos, ahora que las evoco bajo las barracas del Guaracú.

Esta búsqueda de atención que busca Arturo Cova en Ramiro Estévez, y la ostensible alabanza propia supeditan toda la narración de sus aventuras. El narrador en su afán de dar a su historia un tinte de majestuosidad y originalidad exagera los sucesos que acontecieron. Quizá la historia fue relatada para complacer a su amigo, lo que explicaría lo que dice Cova en la última parte de la novela, cuando la narración se precipita y el narrador deja ver cierto patetismo que antes no había mostrado:

–Pero te irás conmigo, ¿verdad? [A Ramiro Estévez] ¡A seguir mi suerte! ¡A encentrarnos en el Brasil! ¡Trabajaremos como peones, donde no nos conozcan ni persigan! ¡Con Alicia y nuestros amigos! ¡Esa varona es buena y yo la perdí! ¡Yo la salvaré! ¡No me reproches este propósito, este anhelo, esta decisión!

La única razón del posible reproche de Estévez serían las incoherencias entre lo que narró Cova y lo que va a hacer ahora. Recuérdese que en el desarrollo de la historia Alicia era menospreciada, echada a menos. «*Alicia me estorbaba como un grillete*», dice Cova en las primeras páginas de su relato. Pero ahora, Arturo se decide a ir por ella asegurando que «*Esa varona es buena*».

¿Podríamos pensar, entonces, que Cova ha estado mintiendo y encareciendo su relato todo este tiempo? ¿Cómo podríamos averiguarlo si conocemos la historia únicamente por medio del su relato? Estos son algunos de los retos que propone Eustasio Rivera en su obra y que quedan a consideración del lector. El lector es aquí puesto a prueba: puede quedarse con la historia tal como la relata Arturo Cova, o puede pasearse, incrédulo, por la selva espesa, sopesando cada palabra, cada silencio y escuchando que hay más allá.

Esta reflexión, que no pasa de ser un primer acercamiento, es muy importante para comprender la obra. *La vorágine* aún despierta el interés en sus lectores y estoy seguro de que será analizada cada vez más desde diferentes puntos de vista. Es una novela completa, original y sugerente que debe ser leída y apreciada como el clásico que es.

© Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón

El autor:

Jorge Eliécer Pacheco Gualdrón nace el 15 de julio de 1987 en la ciudad de Bogotá. En la actualidad cursa noveno semestre de la Licenciatura en Español y Literatura en la Universidad Industrial de Santander. Asimismo, se desempeña como tutor en la enseñanza del francés como lengua extranjera en l'Alliance Colombo-Française de Bucaramanga. Ha participado en diversos eventos académicos y artísticos como las VIII Jornadas Andinas de Literatura Latinoamericana – Jalla-E Colombia 2006, donde presentó la ponencia Barba Jacob, desarmonía en tres actos. Blog: <http://lassillasmalditas.wordpress.com>. e-mail: helihazer@gmail.com

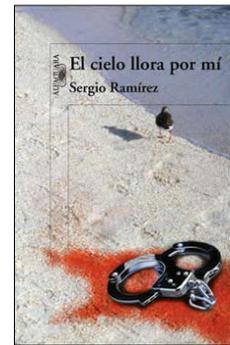
Novedades editoriales

El cielo llora por mí

Sergio Ramírez

Alfaguara, 2008

El inspector Dolores Morales y el subinspector Bert Dixon, del Departamento de Narcóticos de la policía nicaraguense, y antiguos guerrilleros, investigan la desaparición de una mujer; las únicas pistas son un yate abandonado en la costa de Laguna de Perlas, sospechoso de transportar drogas, un libro quemado y una camiseta ensangrentada (más tarde aparecerán una valija con cien mil dólares y un vestido de novia). Los detectives crean una insólita red de espionaje en la que participan por igual la DEA y doña Sofía, afanadora de la policía. Las cosas se ponen candentes cuando ocurren una serie de asesinatos, entre ellos el del principal testigo. Managua, caótica y ardiente, es el escenario de las pesquisas de estos dos policías que se enfrentan con las uñas, y con humor y valentía, a los poderosos cárteles de Cali y Sinaloa. En esta novela policíaca, narrada con tensión e ironía, y donde la sorpresa salta en cada página, las fuerzas del bien son a veces las fuerzas del mal. Sergio Ramírez explora los resquicios de esas fuerzas, por donde corre impetuosa la vida.



La lista negra

Varios autores

Editorial Salto de Página, 2009

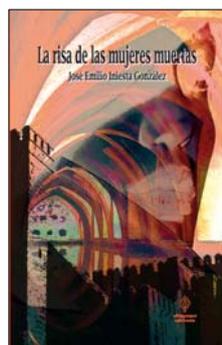
Los veinte autores reunidos en la presente antología son ya algo más que sospechosos habituales en las ruedas de reconocimiento de la narrativa policial española. Si abrimos el sumario, comprobaremos que la mayoría son buscados por más de una novela policial de éxito, y quien menos empieza ya a sonar en los bajos fondos literarios entre murmullos de cauteloso respeto. El lector que se adentre en ellos encontrará, como señalan los antólogos de este volumen, no sólo nuevas miradas sobre el policial español, sino también una lista negra de autores que irrumpen cada vez con más fuerza en la narrativa negrocriminal.

Bajo este sol tremendo

Carlos Busqued

Anagrama, 2009

Certati está hundido en la nada. Sin trabajo ni propósito, pasa sus días encerrado viendo la televisión y fumando porror hasta que un desconocido le informa de que su madre y su hermano han sido asesinados a escopetazos. Viaja a Lapachito, el derruido pueblo donde vivía su madre, para hacerse cargo de los cadáveres. Allí, conoce a Duarte, antiguo militar, albacea y amigo del asesino de su madre, y a Danielito. El derrotero de Certati incluirá las chapuzas ilegales para cobrar un seguro y la nebulosa complicidad en los oscuros negocios de Duarte. Es una novela poderosa, sin reflexiones psicológicas ni demasiados datos concretos del porqué de la anestesia emocional de sus protagonistas, que recuerda el territorio de algunas películas de los hermanos Coen.



La risa de las mujeres muertas

José Emilio Iniesta González

Alfaqueque Ediciones, 2009

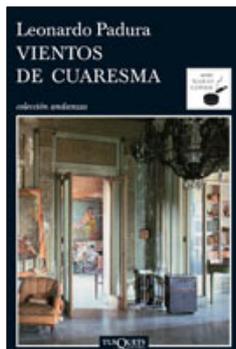
Julio Pretel, concertista sevillano, tiene un extraño encuentro con una misteriosa mujer en el bellissimo Alcázar de Sevilla. Después, la joven desaparece ante sus ojos, como si se desintegrara en el aire. ¿Alucinación? ¿Experiencia paranormal? ¿Salto en el tiempo? Ansioso por saber lo que de veras sucedió, Julio halla coincidencias entre la mujer que él vio (o creyó ver) y... ¡una princesa sevillana que vivió en ese mismo Alcázar novecientos años atrás! El músico inicia así una búsqueda obsesiva en la que intentará borrar las fronteras del tiempo. Poco a poco irá conociendo la personalidad de una extraordinaria mujer, Buthayna, poetisa, princesa de Sevilla y esclava de los almorávides. Una mujer atrapada como él en una historia en la que lo verosímil y lo imposible no parecen ser sino una misma cosa. Mientras, una antigua amante vuelve a cruzarse en su camino, reiniciándose así una historia de amor que ambos creían ya acabada mucho tiempo atrás.

Sólo para fumadores

Julio Ramón Ribeyro

Editorial Menoscuarto, 2009

Como afirma el también escritor peruano Bryce Echenique, profundo conocedor de su obra, Julio Ramón Ribeyro (1929-1994) es uno de los mejores narradores de Hispanoamérica: «...Sólo quiero mencionar tres *nouvelles* o novelas breves —*Al pie del acantilado*, *Silvio en el rosedal* y la muy autobiográfica *Sólo para fumadores*— como ejemplos de la calidad sin par de la narrativa de Ribeyro. Escritos con muchos años de distancia, estos tres relatos bastarían para situar a su autor entre los más grandes exponentes de la narrativa breve en el mundo occidental.» Ribeyro inició su carrera como escritor con el cuento *Vida gris*. Tuvo éxito también en otros géneros: novela, ensayo, teatro, diario y aforismo. El año de su muerte ganó el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo. Sus obras han sido traducidas a numerosas lenguas.



Vientos de cuaresma

Leonardo Padura

Tusquets Editores, 2009

En los infernales días de la primavera cubana en que llegan los vientos calientes del sur, coincidiendo con la Cuaresma, al teniente Mario Conde, que acaba de conocer a Karina, una mujer bella y deslumbrante, aficionada al jazz y al saxo, le encargan una delicada investigación. Una joven profesora de química del mismo preuniversitario donde años atrás estudió el Conde ha aparecido asesinada en su apartamento, en el que aparecen además restos de marihuana. Así, al investigar la vida de la profesora, de impoluto expediente académico y político, Conde entra en un mundo en descomposición, donde el arribismo, el tráfico de influencias, el consumo de drogas y el fraude revelan el lado oscuro de la sociedad cubana contemporánea. Paralelamente,

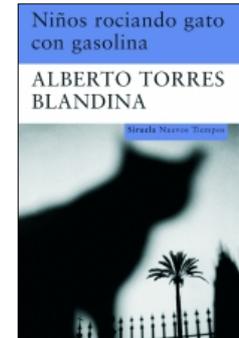
el policía, enamorado de la bella e inesperada mujer, vive días de gloria sin imaginar el demoledor desenlace de esa historia de amor.

Niños rociando gato con gasolina

Alberto Torres Blandina

Ediciones Siruela, 2009

Estaban destinados a cambiar el mundo. Un crío gordito que escondía comida debajo de la almohada y una mujercita que jugaba a maquillarse delante del espejo. Un muchacho de color azulado con ojos de divinidad hindú y una niña que tocaba el piano por el día y lloraba por la noche llamando a su madre. Los habían elegido porque eran especiales, porque tenían un don que los hacía superiores. Es fácil convencer a un padre de que su hijo es especial. Decirle que será todavía mejor, el mejor, el encargado de guiar al mundo hacia una nueva era de paz y prosperidad. Persuadirle para que se separe de él y lo envíe a una institución donde se formarán los líderes espirituales del mañana. Eran los años ochenta. Cuatro niños fueron seleccionados para formar parte del Proyecto Índigo. Hoy, veinticinco años después de la muerte violenta de uno de ellos, todavía se despiertan en mitad de la noche y se preguntan quiénes son realmente.



El caso Neruda

Roberto Ampuero

Editorial Norma, 2008

Un Pablo Neruda anciano y enfermo acaba de regresar a Chile después de dejar su cargo como embajador del gobierno de Salvador Allende en París. De su vida —llena de éxitos— le queda solo un misterio por desvelar. Una duda profunda que lo atormenta cuando percibe el final de su existencia. En el invierno de 1973 conoce al cubano Cayetano Brulé, a quien involucra en una investigación que cambiará la vida de este para siempre. A partir de lo que descubre en un viaje inicial a Ciudad de México, Brulé debe seguir el rastro de Beatriz de Bracamonte, una mujer bella y misteriosa, la única clave que puede ayudar al poeta. Pero Beatriz emerge como una persona de identidades contradictorias y paradero desconocido. Por eso Brulé sigue sus huellas por México, Cuba, Alemania Oriental y Bolivia. Mientras tanto, en Chile el poeta espera impaciente la llegada de noticias, en medio de un ambiente cada vez más tenso por el inminente golpe militar contra el Gobierno.

Ya sólo habla de amor Ray Loriga

Editorial Alfabeta, 2008

El autor describe el conflicto de tantos hombres a la hora de enfrentarse al amor. La historia del desastre sentimental de Sebastián, un cuarentón divorciado, un hombre roto por la vida y dividido entre las mujeres «reales» y las de su imaginación, que se conduce hasta la derrota moral. Sólo cuando comprende que está hundido, lee la magnitud de su equivocación: el amor sin amor. Una especie de expiación en plena batalla con el desamor, un purgatorio lleno de imágenes brillantísimas, metáforas memorables y reflexiones lúcidas, que se mueven entre la precisión de Chéjov o la locuacidad del loco obsesionado que maneja Dostoievski. Un monólogo interior con algunos diálogos, contados pero reveladores, que logran a través de situaciones casi absurdas presentar verdades pasmosas



Una mujer como tú Neus Arqués

Ediciones Martínez Roca, 2009

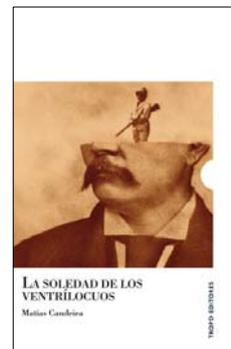
Marta, Luisa y Bel son tres amigas que parecen tenerlo todo: son guapas, su trabajo les satisface y han encontrado al hombre perfecto. Sin embargo, las tres han llegado a un punto de inflexión: lo que tanto les costó empieza a resultarles insuficiente. Por su parte, Ruth, divorciada, judía y single, regresa a Barcelona a causa de la muerte repentina de su padre. En la ciudad apuesta por una nueva vida y un nuevo proyecto, contraviniendo la tradición familiar y religiosa. *Una mujer como tú* sigue a las cuatro protagonistas en su tortuoso camino hacia la satisfacción personal, y en tono de humor y de una manera ágil nos presenta los retos actuales de la mujer urbana:

encontrar pareja en un «mercado de la escasez», quedarse embarazada a toda costa, convivir con un marido «peterpanesco», buscar en el trabajo su salida. Y nos responde a la pregunta, ¿de verdad somos amigas las amigas?

La soledad de los ventrílocuos Matías Candeira

Tropo Editores, 2009

Éste es un libro que está lleno de voces. Susurran para el lector en un espacio de vacío, llenan la intimidad y la penumbra, cuentan para explicarse a sí mismas. Voces que hablan de la muerte y el funeral de una nevera. Del extraño despertar de un cazador con cuerdas de marioneta en la espalda. De un hombre que vive en un barreño y mira una casa con jardín. Del almacén polvoriento donde se guardan todas las armas de la humanidad. De esas flores dulces con las que el enemigo bombardea la ciudad al anochecer. Voces sobre peluquerías misteriosas, manos que te arrastran hacia el horizonte oscuro, cabezas reducidas a buen precio, arañas venenosas, pozos en la nada, agujeros que cantan a la mujer que quieren. Y nunca van a callarse.



Erótika, escenas de la vida sexual Patricia de Souza

Ediciones Barataria, 2009

Erótika habla de un asunto revolucionario y al mismo tiempo aceptado en la vida cotidiana de miles de mujeres en todo el mundo: la aceptación del cuerpo y la búsqueda del placer, no sólo como una experiencia sensorial y sexual, sino también como una búsqueda de identidad. Las mujeres de este libro son, por tanto, herederas de la revolución cultural que significó la famosa frase de Simone de Beauvoir: «Una mujer no nace mujer, lo deviene». En este conjunto de relatos hay reconocimiento y devenir, hay exploración y aceptación de la sexualidad y de su naturaleza efímera y al mismo tiempo absoluta. Nos encontramos personajes seducidos por la fuerza sexual de algunas de las mujeres. Un encuentro es al mismo tiempo una explosión de eros y su derrota. «Siempre me han conmovido los hombres frágiles. Quiero decir, aquellos que no se sienten a gusto con su rol masculino y se hunden en la melancolía, aquellos que tienen un aire de indefensión que desarma, y que suelen ser leales», dice la protagonista de una de las escenas. La autora afirma que su trabajo tiene que ver con un análisis del discurso femenino en la novela.

Al final del pasillo

Varios autores

Ediciones Comuniter, 2009

Al final del pasillo, primer número de la nueva línea editorial de Comuniter, Las Voces de Margot, es una antología de cuentos de algunos de los mejores escritores aragoneses, que acercan su pluma a un género nunca tratado con anterioridad en esa comunidad. El terror, la ciencia ficción, la novela negra... la literatura, en definitiva *pulp*, un género capaz de aglutinar a todos los públicos, desde el analista más sesudo del cuento romántico hasta los *freaks* consumidores de tebeos y figuras coleccionables. La selección y coordinación del proyecto ha corrido a cargo de Octavio Gómez Milián y los autores presentes en *Al final del Pasillo* son Ángel Gracia, Daniel Gascón, Eva Puyó, Ignacio Escuin, Juan Luis Saldaña, Magdalena Lasala, Manuel Vilas, María Frisa, Miguel Serrano, Oscar Sipán y Patricia Esteban Erlés.



Las caras del tigre

Alfonso Mateo-Sagasta

Editorial Seix Barral, 2009

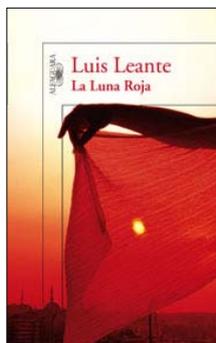
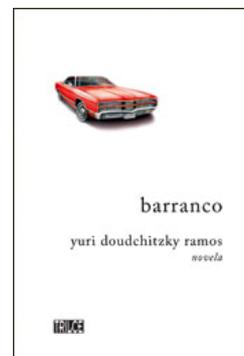
Matilde Gil, técnica de la compañía de seguros Ajorca SA, recibe el encargo de investigar las circunstancias que rodean un trágico accidente entre un autobús de pasajeros y un camión cisterna cargado de propileno. Una vez identificadas todas las víctimas, la batalla para exonerar a la compañía de seguros del pago de las indemnizaciones se libra en torno a unos restos que no corresponden a ningún ADN conocido. Recién divorciada a sus cuarenta y dos años, madre de dos niños pequeños, Matilde afronta este reto junto a su infalible e inestable ayudante, el singular Pajarito, en un momento crucial de sus vidas. La determinación de ambos por seguir adelante una vez concluida la investigación oficial, sin pistas y con un punto de partida inverosímil, es el motor de una intriga creciente que reúne historia, ciencia y filosofía. Con *Las caras del tigre* Alfonso Mateo-Sagasta muestra un insólito vigor narrativo y la muy infrecuente cualidad de involucrar a personajes de la vida diaria en una trama que, partiendo de la investigación científica, desemboca en una novela policiaca con una revelación sobrecogedora.

Barranco

Yuri Doudchitzky Ramos

Ediciones Trilce, 2008

«Barranco» en Venezuela es el final de una fiesta desenfundada. Separado de su mujer y en plena crisis existencial, Jorge, el joven protagonista, vive una historia de bohemia, alcohol y drogas en lo que quedó de la plétorica Caracas de los años setenta. Un periplo vertiginoso que tendrá su barranco y su dramático despertar. Como el autor, Jorge («el Pibe», para sus amigos) es hijo del exilio rioplatense, pero conoce a la perfección los códigos generacionales de su ciudad de adopción. Con un estilo ágil y un manejo fluido y eficaz del lenguaje oral, la novela consigue atrapar al lector en una trama donde no faltan el humor, el sexo y la violencia, pero tampoco el desamparo de las grandes urbes latinoamericanas y ciertas formas de la solidaridad.



La Luna Roja

Luis Leante

Editorial Alfaguara, 2009

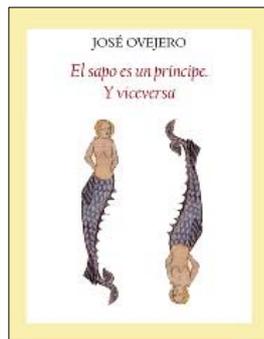
Una novela sobre secretos y pasiones, sobre el amor por los libros, por las historias y por contarlas. Las vidas paralelas de un escritor, Emin Kemal, y su traductor, frustrado por su falta de talento literario. Y en el centro, una mujer ambiciosa a cuyo alrededor giran los dos hombres incapaces de escapar del círculo. Un autor turco en el declive de su carrera muere en extrañas circunstancias. Su traductor al castellano se verá envuelto en la muerte del escritor y en una trama que lo obligará a destapar su propio pasado y el de Emin Kemal en Estambul. En la atmósfera de confusión flota la presencia oscura de Derya, esposa y amante. Un conmovedor viaje por el tiempo, por paisajes y personajes que nos resultan cercanos y exóticos a la vez gracias a la habilidad narrativa de Luis Leante, Premio Alfaguara de Novela. *La Luna Roja* es un minucioso juego de espejos, un inquietante relato sobre la identidad y la literatura como parte de la vida.

Una isla en la Luna

Consuelo Triviño Anzola

Alfaqueque Ediciones, 2009

Un escritor frustrado, una joven obstinada tras la búsqueda del amor, una hechicera insólita que cura y enferma, a la vez; un crítico literario feroz; un antropólogo oportunista que reniega de los valores tradicionales; y un espectador escindido que reseña la vida de tan lastimeras criaturas. Estos personajes, vinculados por hilos secretos, arman lo que podría ser la historia de unos amores fatales que son también el testimonio de un momento clave, en el que los seres humanos pensaban que era posible transformar el mundo con la voluntad. Así, la joven rebelde que abandona el solar nativo, pretendiendo una vida intensa y apasionada, cae en un laberinto de perversidad; mientras el escritor que persigue la belleza, se estrella contra la página en blanco, víctima de sus delirios de grandeza y de sus abstracciones.



El sapo es un príncipe. Y viceversa

José Ovejero

Editorial Funambulista, 2008

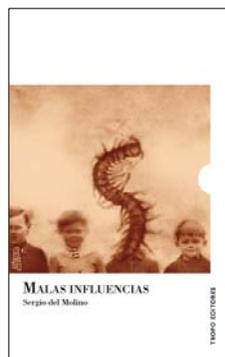
Hacemos leer los cuentos de hadas a los niños para que aprendan a distinguir el bien del mal y extraigan enseñanzas sobre problemas existenciales. ¿Pero que ocurriría con tales valores si le diéramos la vuelta a esos mismos cuentos? José Ovejero –escritor iconoclasta donde los haya– nos ofrece aquí un ramillete de estos cuentos de «los de toda la vida», y lo hace en una clave políticamente incorrecta, llena de ironía y de espíritu paradójico. Estos nuevos cuentos desaforados de príncipes, sirenas, genios de la lámpara y peces dorados suponen algo más que una humorada en la obra proteiforme del escritor, o una atrevida incursión en la cuentística tradicional (sin duda le habrían causado un buen quebradero de cabeza a Bruno Bettelheim, autor del conocido libro *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*): son historias que, aprovechando que nos hacen reír (y no poco), nos empujan a reflexionar.

Esto que ves es un rostro

Lolita Bosch

Editorial Sexto Piso, 2008

La muerte siempre ha impactado profundamente al ser humano. Implica un misterio, un enigma que al mismo tiempo revela, en contraste, el signo de la vida. Más que en esta última, es en la primera donde se expresa con mayor nitidez la esencia del ser humano. El rostro de un hombre muerto es, por tanto, manifestación de vida, de aquella que dejó de ser pero que sigue siendo para quien lo mira: es eso lo que refleja la última mueca, lo que se desliza en los pliegues de piel inerte que componen el gesto eterno. Es entonces cuando un flujo de sensaciones, pensamientos, recuerdos, imágenes y reflexiones irrumpe en la mente y la atrapa en su lógica delirante, tal y como ocurre en esta breve pero intensa novela. Este libro es, pues, una evocación de lo que fue y una búsqueda de lo que se es a partir de la contemplación de un rostro –«un pedazo de tierra fragmentado en tres añicos»– del que en realidad no se sabe más que lo que produce en quien lo mira.



Malas influencias

Sergio del Molino

Tropo Editores, 2009

Un psiquiatra cirrótico que no cree en las pastillas, la hermana de un terrorista esquizofrénico, la poeta Sylvia Plath planificando su propia muerte, la extraña cicatriz en la espalda de un anciano que luchó en la guerra, una vieja gloria de las letras encerrada en un piso con una pierna gangrenada, un desahuciado que se niega a salir de la cama, una diva aficionada a la masturbación, un ejecutivo incapaz de controlar la ira y un tal Federico Jogenzoler empeñado en cumplir la promesa de asesinato que le hizo hace treinta años a su amigo Gregorio. Son algunos de los protagonistas de *Malas influencias*, un libro donde Sergio del Molino presenta a unos finales de raza que aspiran a morir matando o a matar muriendo; seres inadaptados que se arrancan de la piel las palabras que forjan sus historias. Un libro de intimidades y frustraciones en el que aletean sombras muy diluidas del realismo sucio americano.

¿Te veré en el desayuno?

Guillermo Fadanelli

Almadia Editorial, 2009

Con cuatro personajes Guillermo Fadanelli construye una bomba de tiempo de inmensa eficacia: Cristina es una prostituta que debe sortear el acoso de los policías, el frío de las calles y a los hombres que se enamoran de ella. Ulises es un oficinista solitario, cuya máxima ilusión consiste en obtener un ascenso que sabe imposible. Adolfo, un veterinario incapaz de distinguir entre un perro y un coyote, vive enamorado de la bella e inocente Olivia, la cual ignora olímpicamente que este vecino la vigila a diario con amorosa dedicación. Sus cuatro apacibles existencias se verán transformadas a raíz de un encuentro brutal. ¿Te veré en el desayuno? cuenta cómo la caótica Ciudad de México elige destinos absurdos para cuatro de sus habitantes más optimistas. A pesar de la violencia y la pobreza, estos personajes se empeñan en construir una mínima burbuja de felicidad: aunque llegue a destiempo, aunque sea demasiado frágil, o se encuentre demasiado desfigurada para reconocerla. Adaptada al cine por Rodrigo Pizá, esta magnífica novela confirma la maestría de uno de los autores esenciales de la literatura latinoamericana, capaz de ser a un tiempo amable y sarcástico con sus fascinantes criaturas, exploradas con respeto pero sin piedad, con una prosa a la que no le duelen las palabras.



El corrector

Ricardo Menéndez Salmón

Editorial Destino, 2009

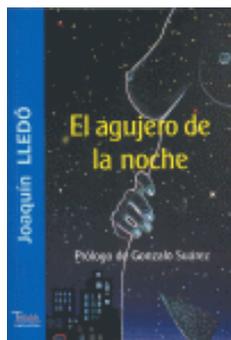
El jueves 11 de marzo de 2004 la vida de España cambió sin remedio. Esta novela narra cómo vivió aquella terrible jornada y cómo la reconstruyó más tarde un corrector, alguien que, obligado a enmendar los errores ajenos, se tropezó aquel día con una errata imborrable escrita sobre el libro de la realidad. Concebido como el testimonio de un ciudadano corriente, pero sobre todo como una confesión a los seres que amamos, *El corrector* es un homenaje a quienes nos permiten mantener la cordura en tiempos oscuros y una emocionante novela acerca del poder de las distintas formas del amor – la amistad, la paternidad, la sexualidad– como recinto contra las inclemencias de la vida y contra las mentiras del poder.

Todo nada

Brenda Lozano

Tusquets Editores, 2009

Anciano ya, el reconocido gastroenterólogo Emilio Nassar tuvo un proyecto: dejarse morir de hambre. Como testigo de esa agenda oculta eligió a su joven nieta, Emilia, con quien compartió largas charlas de café antes de fallecer. Aún afectada por la pérdida, y enfrascada en una turbulenta relación amorosa, Emilia se dedica a reconstruir los últimos meses de convivencia con su abuelo; los últimos meses de ese ávido lector, megalómano incurable, padre autoritario, abuelo melifluo, conservador recalci-trante, cinéfilo y caballero a la antigua. Ajena a toda solemnidad, Emilia rememora los animados y conmovedores monólogos de quien, pese a su determinación suicida, siempre tenía un recuerdo, revelación o nuevo prejuicio que contar, como cabría esperar de un hombre intolerante pero, también, que ofrecía gallardía, ternura y, en sus mejores momentos, el más sensato consejo: «no estamos aquí para dormir angustiados: hemos venido a pasarla bien». Sin embargo, Emilia se dará cuenta de lo complicado que es aplicar ese principio en su caótica vida. Hecho que arrojará una tímida, triste, pero reveladora luz acerca del sinsentido de nuestros afectos.



El agujero de la noche

Joaquín Lledó

Editorial Trifaldí, 2009

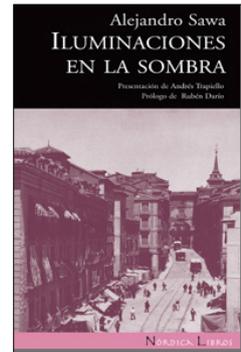
Madrid en los años finales de la década de los ochenta. Una vertiginosa, apasionada y desesperada historia de amor, que se va desgarrando en una noche sin fin a través de los bares de copas, el Coq, el Sol de Jardines, Amnesia... Como dice Gonzalo Suárez en su prólogo: «Una historia de desamor que se expresa a través de un acontecer colateral cuya fugacidad produce vértigo...». Lledó, nacido en Madrid, obtuvo refugio político en París a finales de la década de los sesenta. Ha realizado diversas películas y publicado novelas y ensayos. Es redactor jefe de Álbum Letras Artes.

Iluminaciones en la sombra

Alejandro Sawa

Nórdica Libros, 2009

En 2009 se cumplen 100 años de la muerte de Alejandro Sawa. Esta edición de *Iluminaciones en la sombra* es nuestro homenaje a este gran desconocido de la literatura española en quien se inspiró Valle-Inclán para su famoso Max Estrella de *Luces de Bohemia*. Al leer sus páginas, pasearemos por el París de Verlaine, Daudet y Mallarmé, asistiendo como espectadores privilegiados al nacimiento del simbolismo y el modernismo. El pasado, nuestro pasado, nos ilumina en esta obra que combina la lucidez del pensamiento con la intensidad del sentimiento, dibujando una época en la que aún se soñaban sueños con fe y el arte era, sencillamente, por el Arte. Como señala Andrés Trapiello en su presentación, «Las Iluminaciones es en realidad un libro misceláneo, en forma de diario, que es género donde cabe todo lo que no cabe en ningún otro sitio. Podría decirse que es el primer gran diario de intimidad literaria de la literatura moderna española».



La fiesta ha terminado

Daniel Vázquez Sallés

RBA, 2009

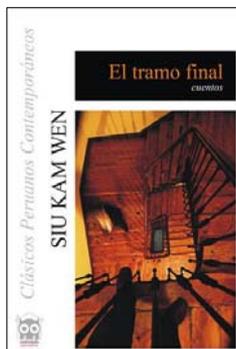
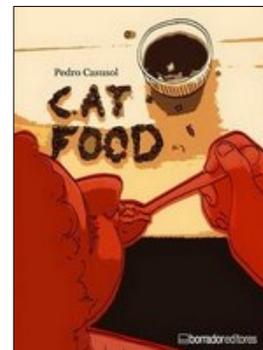
En la mejor línea de la literatura que toma como punto de partida las complicadas relaciones de pareja, Daniel Vázquez Sallés escribe una novela que indaga en la vida de Ruth y Mo, el matrimonio Tosar, que se resquebraja en la insatisfactoria vida familiar. Lo intentan como pueden e, incluso, quedan en hoteles para simular encuentros furtivos y así alimentar su anodina vida sexual. Ruth falta voluntariamente a una de sus teatrales encuentros y empieza una catarsis marital (que recuerda a Anne Tyler y, a ratos, a los diálogos de Woody Allen, pero con una dosis extra de realismo). Ella decide romper con los convencionalismos y empezar un juego de triángulos, infidelidades y emociones crueles que roza lo peligroso y en el que los dos empiezan a revelar lo peor de cada uno

Cat Food

Pedro Casusol

Borrador Editores, 2008

Con un estilo ágil, irreverente y que por momentos coquetea con la tragicomedia, los personajes de *Cat Food* transitan entre el vacío existencial y la búsqueda por colmar sus sentidos. Un chico que se vuelve adicto a la comida de su gato, la conversación de otro con una rata en un baño, una estudiante que se ahoga en su propio silencio. En suma, una galería de jóvenes que deambulan de una historia a otra sin llegar a ningún lado. En los 17 relatos de este libro, Pedro Casusol retrata el estado de ánimo de una generación, a la vez que nos propone un viaje por las entrañas de un mundo desprovisto de máscaras.



El tramo final

Siu Kam Wen

Editorial Casatomada, 2009

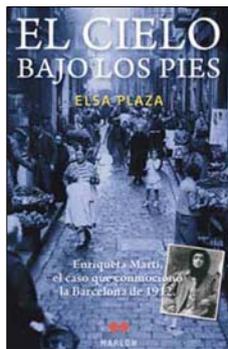
En los ochenta el Perú vivió una serie de transformaciones políticas, sociales, económicas y culturales que influyeron en una generación de narradores que vivieron doce años de dictadura militar. En ese escenario un grupo de escritores, hijos de inmigrantes establecidos en el Perú años atrás, cobra importancia al mostrar en su producción literaria una visión particular y el retrato de nuevos universos sociales cerrados para el común de los peruanos. En 1985, Siu Kam Wen (que aprendió el castellano a los ocho años de edad) sorprende a los lectores con su primera entrega titulada *El tramo final*; este libro fue elegido libro del año y luego señalado por escritores y críticos como una de las 10 mejores entregas de la década de los ochenta. Para entonces Siu Kam Wen ya había partido a Hawái. Es por eso que el diario *La Prensa* reseñó: «*Siu Kam Wen, quien no sabemos si en realidad existe, ya que está de moda inventar escritores orientales para encubrir autores conocidos...*». El resto es historia, un escritor enigmático convertido en autor de culto, nos presenta una colección de relatos estupendos, sobrecogedores, tiernos, deslumbrantes, que han convertido a *El tramo final* en un clásico de nuestras letras.

Una isla sin mar

Cesar Silva

Mondadori, 2009

Cuando la huida se convierte en la única posibilidad de vivir. La cómoda existencia de Martín en Ciudad Juárez se ve súbitamente sacudida. Su novia lo ha dejado, su exitosa carrera atraviesa un mal momento y, por si fuera poco, sufre unos sueños recurrentes y extraños. En ellos, Martín visita su antigua casa paterna, donde un viejo de barba blanca le urge a huir de Juárez. Sin duda, Martín abriga sueños de fuga, moldeados por películas norteamericanas, el sopor de las costas del sur de México y la pulcritud de las ciudades californianas. Sin más horizonte que la posibilidad de una huida, la vida de Martín se enfla gradualmente hacia un limbo. Una novela inteligente por una joven promesa de la literatura mexicana.



El cielo bajo sus pies

Elsa Plaza

Marlow/Edhasa, 2009

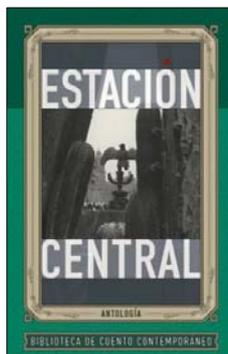
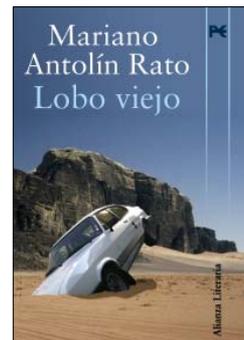
Casi cien años después, el caso de Enriqueta Martí sigue despertando morbo y fascinación. Tras su detención, los rumores sobre todo tipo de aberrantes crímenes la asediaron sin cesar. Sin embargo, ¿qué hay de cierto en esas acusaciones de asesinatos de niños y fabricación de unguentos destinados a proporcionar la inmortalidad? Elsa Plaza responde a esta pregunta en una novela que cuenta la historia social y policial de la Barcelona de principios del siglo XX, una ciudad en plena ebullición, con el avance imparable de los movimientos obreros, el nacimiento de un nuevo periodismo, las desigualdades sociales y con todos sus claroscuros.

Lobo viejo

Mariano Antolín Rato

Alianza Editorial, 2009

El escritor Rafael Lobo ha decidido emprender un viaje en su viejo Ford Capri para saldar, definitivamente, todas las deudas pendientes con sus fantasmas personales. Un viaje que le llevará a los territorios reales –los del sur de España carcomido por la especulación y el desarrollo salvajes–, a los de ficción –los de sus propios libros–, y a esos otros que entremezclan lo vivido con lo que hubiera podido ser. La vida y la literatura se enfrentarán con todas las consecuencias en una lucha a veces cruel, otras no queriendo tocarse la una a la otra, y siempre con cada una de ellas reclamando su lugar desde que Lobo encuentra a la joven Silvia Solís, a su madre Mery Suardiá y a García –el traductor, viejo conocido que es, en cierto modo, su complementario y su contrincante–. Todo comienza a desatarse en un ajuste de cuentas con el tiempo. El amor y las traducciones, el paisaje destrozado y los sentimientos heridos, la grandeza y el fracaso del puro vivir aparecen unas veces como voces principales y otras como telón de fondo de una existencia –la del héroe de otras novelas del autor que aquí se convoca para gozo de sus seguidores– que parece empezar a cerrarse entre las luces –siempre tenues– de lo logrado y las sombras –demasiado poderosas– de lo que nunca pasará de un sueño no cumplido. Y habrá de ser el lector, a fin de cuentas, quien acabe por decidir quién gana la partida.



Estación central

Varios Autores (antología)

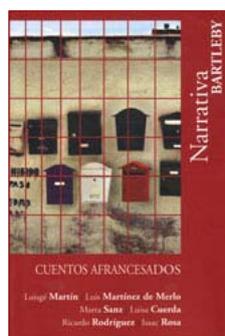
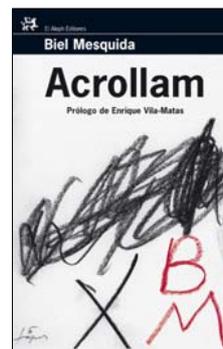
Editorial Ficticia, 2008

El Centro Histórico de la Ciudad de México es uno de los lugares más fascinantes del planeta. Contemporáneo y ruinoso, elegante y decadente, turístico y peligroso, todos los días se gestan en sus calles, hoteles, consultorios médicos, tiendas, parques y plazas públicas, antros, templos, gimnasios, cantinas y cafés, infinitas historias dignas del mejor de los cuentistas. En *Estación central* se dan cita trece escritores –Rosa Beltrán, Gibrán J. Cohen, Alejandro Estivill, Javier García-Galiano, Juan Maya Leo Mendoza, Gonzalo Soltero, Luis Bernardo Pérez, Ángel Rodríguez, Eusebio Ruvalcaba, Leonardo Sáinz, Hernán Sarquis y Arturo Trejo Villafuerte– para escribir de amor y sexo, crímenes, extraterrestres, niños de la calle, enfermedades secretas, fantasmas, mariachis, botargas, boxeadores, prostitutas y políticos, e inician un viaje en el que la realidad está en una parada más allá que la de la ficción.

Acrollam Biel Mesquida

El Aleph Editores, 2009

Acrollam nos sumerge en una Mallorca rabiosamente actual: Mesquida despliega un muestrario espléndido de personajes de toda edad y condición: la mujer inmigrante que trabaja en un hotel, la esposa abandonada que se consuela delante de un espejo, el adolescente que corta con su novio por email, el traficante inmobiliario que quiere hacerse rico en poco tiempo, el fiscal que en lugar de luchar contra la corrupción come y cena con los corruptos... Mesquida describe la devastación del territorio balear en una dimensión más trágica, como si fuese la extinción de un paisaje interior: la especulación urbanística también mata a las personas, corrompe a sociedad y degrada su memoria y su verdad. Asistimos a un doble movimiento acelerado que nos introduce en la vida íntima de un personaje para abrirnos al mundo en su más grande amplitud. El escritor se muestra elegiaco y satírico, pero el trazo de la frase es siempre preciso, escrito con un pulso nítido y emocionado: con su ritmo vertiginoso la prosa de Mesquida casi nos obliga a contener la respiración mientras leemos.



Cuentos afrancesados Varios autores

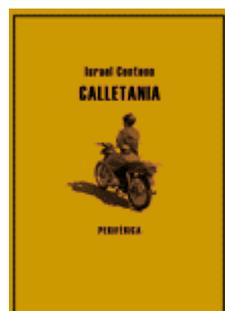
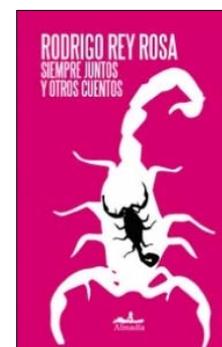
Bartleby Editores, 2009

Isaac Rosa, Marta Sanz, Luisa Cuerdo, Luisg  Martin, Ricardo Rodríguez y Luis Martín de Merlo nos ofrecen en este volumen seis divertidos relatos que suponen una vuelta de tuerca literaria a los fastos y declaraciones que han acompañado al bicentenario del levantamiento del 2 de mayo de 1808. Escritas desde la distancia y la ironía, estas historias de hoy muestran una percepción radicalmente diferente, y muchas veces cómica, de aquellos lejanos sucesos y su recuerdo en la España del siglo XXI. La edición ha sido realizada conjuntamente por la Fundación Domingo Malagón y Bartleby Editores.

Siempre juntos y otros cuentos Rodrigo Rey Rosa

Almadia Editorial, 2008

Escrita al amparo de diversas geografías y bajo el influjo de distintas formas de violencia, la obra narrativa del guatemalteco Rodrigo Rey Rosa ha gozado desde sus primeras publicaciones del favor de la crítica y de los lectores más exigentes. Traducidos al inglés con entusiasmo por Paul Bowles, mentor durante muchos años del centroamericano, estos cuentos constituyen oscuros objetos verbales que se desplazan con un estilo inquietante y personal, e inyectan cierto veneno en el lector desde las primeras líneas. *Siempre juntos y otros cuentos* reúne los relatos más provocadores del autor, animados por una prosa inusualmente sobria pero expresiva, controlada y sin embargo lírica, clara para referir lo sombrío, concisa para acceder al inagotable lado oscuro del ser humano, la cual abre una puerta a un universo habitado por gente más o menos común que, afectada por el medio violento en que le ha tocado vivir, termina atrapada en el lado más indómito y absurdo de la realidad. Un recorrido por las cimas indiscutibles de este autor de quien Roberto Bolaño escribió que «cree en la vida como sólo creen los niños y los que han sentido la presencia de la muerte».



Calletania Israel Centeno

Editorial Periférica, 2008

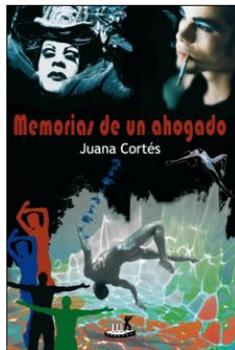
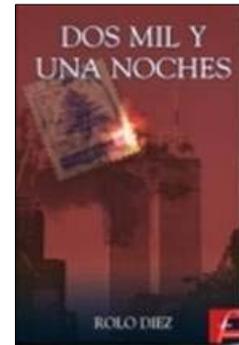
Calletania, a través de la *gran* historia de un barrio de Caracas, cuenta la *pequeña* historia del Coronel y sus mujeres: la esposa, la actriz, la «lolita». Pero *Calletania* cuenta también cómo es la política después de la política, es decir, cómo *sería* la revolución después del fracaso de la revolución.  El resultado? Unas páginas apabullantes pobladas por viejos compañeros de partido y vendedores de droga, por mafiosos y policías corruptos... En 1992, cuando esta novela que ahora rescatamos fue publicada por primera vez en su país, Venezuela, Israel Centeno se convirtió instantáneamente, gracias a ella, en uno de los autores más seguidos y respetados de Latinoamérica, en una de las voces –todavía demasiado secreta para muchos– más sugerentes y singulares de la narrativa contemporánea.

Dos mil y una noches

Rolo Díez

Ediciones B, 2009

El 11 de septiembre de 2001 la confianza en la invulnerabilidad de Estados Unidos quedó herida de muerte. La nación más poderosa del planeta podía ser desafiada de una manera inédita en la historia y atacada en su propia casa. Los aviones que perforaron las Torres Gemelas del World Trade Center trajeron un mensaje demoledor: nadie está seguro en ninguna parte. El fantasma del terrorismo recorrió el mundo y cierto amarillismo puso bajo sospecha al mundo árabe. Mexicano de ascendencia libanesa, vecino de la colonia Florida, Kaluf se verá envuelto en una telaraña trágica tejida por los delirios policíacos y por la ferocidad con que bandas de narcotraficantes se disputan en dominio de Tepito y el Distrito Federal. Acosado por una ninfómana, un asesino solitario y el ojo alucinado del Hermano Mayor, Kaluf bajará a los círculos del infierno y caminará por calles sin salida. Sólo una luz alumbrará sus noches: el amor de una mujer.



Memorias de un ahogado

Juana Cortés

Editorial El Tercer Nombre, 2009

Memorias de un ahogado es una novela de iniciación, un viaje que comienza desde el fondo de las entrañas. Jota es alcohólico, un fracasado y un homosexual que no se ha reconocido como tal. Una terapia introspectiva, un arrastrar de pies y de tabúes y, poco a poco, y de la mano de Miguel, Jota se adentra en el terreno desconocido de la desnudez del alma y de los cuerpos. Miguel se convierte en la pieza clave de su vida; gracias a él Jota visita el mundo desde otro prisma; conoce el sexo de las saunas, la libertad del individuo fuera de las pautas políticamente correctas, la ternura y las múltiples caras del ser complejo y sin complejos. Miguel es también Silvia, una mujer despampanante que se lleva de calle a cualquier curioso. A partir de este momento la historia coge un ritmo zigzagueante, vertiginoso, tierno y desgarrado al a vez; una enseñanaza cuyo reto está en construirse uno mismo de acuerdo con sus principios, sus intuiciones. Construirse continuamente, adaptarse, crecer. Jota, sin darse cuenta, ha construido su propio mundo, su propia familia, y, consciente de que todo cambia, de que nada es estático, se siente, por primera vez, satisfecho.

La sombra del animal

Vanesa Guerra

Editorial Bajo la Luna, 2008

En los once relatos que conforman *La sombra del animal*, Vanesa Guerra construye un sistema narrativo que indaga en distintas posibilidades del lenguaje. A partir de variaciones sutiles —cambios de ritmos, asociaciones, mínimas marcas temporales, sintácticas o gramaticales— define íntimas relaciones entre lo narrado y el modo en que lo hace. Curiosamente, es en la habilidad para asumir diversas voces, en esa versatilidad, donde mejor puede apreciarse el resultado de la apuesta de Guerra: los indicios de constitución de una poética sólida, la huella de una voz propia. Este libro obtuvo el premio del Régimen de Fomento a la Producción Literaria Nacional y Estímulo a la Industria Editorial Año 2007.



Las anfibias

Flavia Costa

Adriana Hidalgo Editora, 2009

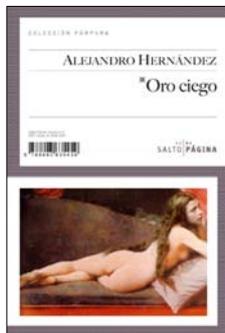
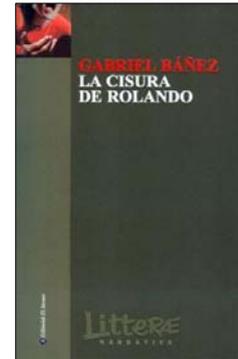
Las anfibias es una novela sencillamente preciosa e inexplicable, en la que —echando mano, como siempre, a una analogía— me parece ver un sistema de relaciones desproporcionadas entre partes desaparejas pero íntimas, como las que podrían darse entre la perfección de una miniatura y una usina remota e inmensa que alimenta su pequeñez y su brillo, su intensidad. El hecho de ser una historia «desubicada» —un aleph al revés: ningún tiempo, ningún espacio— no le impide producir momentos conmovedores. Quizá porque sucede en un tiempo y un espacio ya agotados, y de los que sólo queda la melancolía como mensajes de humo de un mundo hecho de pasado, cuyos personajes parecen vivir sólo de recuerdos. Que en ese espejismo sobreviva la hora del té es, realmente, un resabio cruel de aquel mundo, mucho más que una ironía.

La cisura de Rolando

Gabriel Bañez

Editorial El Ateneo, 2008

La obra es la autobiografía de Rolando cuyo interés y preocupación principal es recuperar el habla que perdió a los once años. Padece una enfermedad cerebral que inhibe la facultad de articular palabras, lo que lo obliga a valerse de anotaciones para poder comunicarse. La creatividad innata de este adolescente para generar ideas e intentar inverosímiles métodos para recuperar el habla incrementan el interés y el deseo de avanzar en el relato, ¿podrá encontrar una solución?, se pregunta el lector mientras simpatiza con Rolando y su inquebrantable propósito. Luego de siete años, recupera el habla para alegría de su madre. Al cumplir los cuarenta años, inicia una terapia con un lacaniano delirante que analiza sus patologías psíquicas en paralelo con las imágenes del país. Cada sesión y las cavilaciones posteriores de Rolando están impregnadas de un humor inteligente y sutil que provoca en el lector, por un lado, la risa y, por otro, la reflexión. Con este material, Bañez logra una novela sorprendente, de un notable sentido del humor, mezclando con eficacia materiales cultos y populares y con el trasfondo de la sociedad argentina de la que se habla de una manera tan original como polémica.



Oro ciego

Alejandro Hernández

Editorial Salto de Página, 2009

Alex Pashinatra se enfrenta a un pelotón de fusilamiento. Los máuseres le apuntan, pero un jinete anuncia su salvación: la guerra ha terminado. Es Cuba, 1898. España ha perdido su última colonia. Las tropas estadounidenses toman el control de la isla. Entre los mambises, milicianos del ejército libertador cubano, cunde el descontento. Y en el caos de la guerra un hombre enloquecido escapó vivo de las entrañas de la tierra cargando un secreto: oro cubano. Ésta es la aventura de Alex, cocinero y soldado mambí, descendiente de hindúes y superviviente de los horrores de los campos de concentración españoles. El destino lo llevará a sortear la muerte,

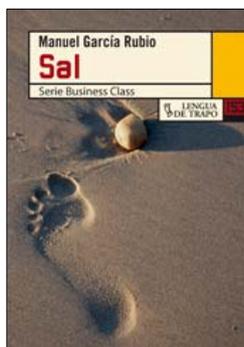
descubrir nuevos placeres, coronar una montaña de cadáveres, revivir la infancia, confiar en el enemigo, perseguir un tesoro y conocer a Gador, una mujer hermosa en busca de un barco que la aleje de allí.

Los sauces

Juan Manuel Periañez

Baile del sol, 2008

Una cajera de cine, un guitarrista de jazz decepcionado, una joven y voluntariosa psicóloga, un expresidiario que huye de su pasado, dos hermanos chabolistas o un marido despedido que ha dejado su destino en «manos de los dioses» son algunos de los personajes cuyas vidas se entrecruzan en una urbanización llamada «Los Sauces». Construida en las afueras de Madrid, sobre lo que en la década de los treinta fue una posada para viajeros en ruta hacia la capital, las olvidadas pasiones y rencillas acaecidas entre sus muros se mezclan ahora con el incierto presente de la urbanización.



Sal

Manuel García Rubio

Lengua de trapo, 2008

Urbano Expósito, guionista inédito, quisiera estar seguro de querer lo que quiere. Tino, en cambio, tiene claro que quiere lo que quiere. Selmo, en fin, quiere que lo quieran. Vidas diferentes, cada una apunta un recorrido propio, que Urbano, ahora aprendiz de novelista, pretende contar, aunque con un estilo ingenuo y torpe, plagado de recursos cinéfilos. Para entonces, sin embargo, habrá irrumpido en la historia la señora Gladstone, y la narración se encauza, se transforma, se convierte en algo nuevo, inesperado y, a la postre, misterioso; pero también terrible. Sal no deja de sorprender desde la primera línea y hasta el final, donde se encuentra la luz que

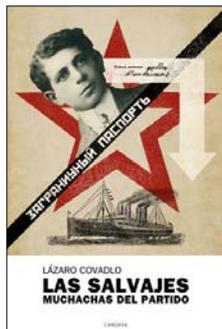
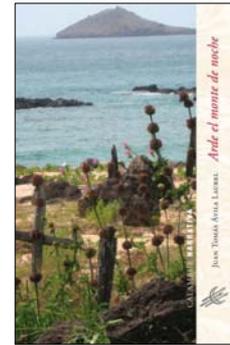
lo ilumina todo. Bastará leer un par de páginas al azar para advertir una prosa rica y distinta, pero en esta novela hay muchas cosas más: personajes de carne y hueso, historias formidables, reflexión y metaliteratura, y, sobre todo, una mirada tierna y desconsolada sobre el ser humano en estos tiempos que algún filósofo calificó de líquidos.

Arde el monte de noche

Juan Tomás Ávila Laurel

Calambur Editorial, 2009

Escritor prolífico y polifacético, Juan Tomás Avila Laurel ha abordado con constatada calidad todos los géneros literarios, en los que ha publicado obras merecedoras de varios premios nacionales e internacionales. Entre sus obras destacan la novela *La carga* (1999); *El desmayo de Judas* (2001), libro por el que recibió el Tercer Premio de Narrativa del xxxv Certamen Internacional Odón Betanzos Palacios que organiza el Círculo de Poetas y Escritores de Nueva York; el poemario *Historia Íntima de la Humanidad*, (1999), merecedor de una mención honorífica en la misma edición del antes mencionado certamen. La presente novela, *Arde el monte de noche*, sigue a la reciente publicación de *Ladrón de cerdos, avión de ricos* (2008), y representa la confirmación de la paulatina presencia de la literatura guineana en el panorama literario español.



Las salvajes muchachas del Partido

Lázaro Covadlo

Editorial Candaya, 2009

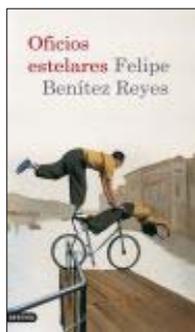
Esta novela en la que Lázaro Covadlo —con su reconocida maestría— refiere las andanzas, batallas, amores y desventuras de Baruj Kowenski, tiene la rara virtud de atrapar al lector desde las primeras páginas y de convertirlo en testigo asombrado de algunos de los acontecimientos que convulsionaron la agitada primera mitad del siglo pasado. Roberto Arlt, Perón, Isaak Babel, Trotsky o Félix Dzerzhinsky —fundador de la Cheka— son algunos de los personajes reales que se cruzan en el intrincado itinerario del aventurero Baruj, uno de esos seres que, dotado de un innato instinto de supervivencia, personifica las vicisitudes de un nuevo judío errante del siglo XX.

Con tal de no morir

Vicente Molina Foix

Anagrama, 2009

Los relatos aquí reunidos reelaboran algunas de las preocupaciones latentes en la novela *El Abrecartas*, por la que Molina Foix obtuvo el Premio Nacional de Literatura (Narrativa) 2007. Así, el motivo del fantasma, visto como una emanación del pasado que modifica el presente de los personajes, aparece significativamente, del mismo modo que ciertos sucesos de la realidad más actual influyen en la historia sentimental de varios de los protagonistas. «Con tal de no morir», el relato que da nombre al libro, es una brillante variación de la leyenda de Fausto, en la que destaca la conmovedora presencia maternal y una sorprendente figura mefistofélica atrapada en el despiadado universo de la economía de mercado. Los espectros de la usurpación histórica, la sexualidad descabezada, los padres terribles y los seres incompletos completan un libro que alterna los tonos graves con la pincelada luminosa, la vena fantástica con el realismo estilizado. Molina Foix confirma así su espléndida madurez literaria.



Oficios estelares

Felipe Benítez Reyes

Editorial Destino, 2009

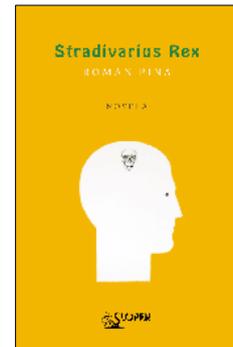
Ilusionistas que dominan el secreto de la invisibilidad, viajeros imaginarios, intérpretes de sueños, cazadores a sueldo que ansían la aparición de un animal prodigioso, bazares encantados, seres inmortales que deambulan por el mundo a lo largo de los siglos, abogados que aprenden a no tener conciencia, civilizaciones del futuro en las que se rinde culto a objetos del pasado, personajes miedosos que no logran interpretar la realidad, amas de casa que creen vivir en un laberinto, fracasados que siguen acariando sus quimeras, escritores en pugna, muertos que transgreden las leyes de la muerte, comerciantes de secretos... Cualquier cosa es posible en estos relatos, en estas historias breves que revelan la condición caleidoscópica de la realidad, sus armonías anómalas y sus sinsentidos razonables. Felipe Benítez Reyes es un escritor tocado por la magia. De magias posibles y de realidades improbables trata este volumen, que reúne la totalidad de su narrativa breve: los libros *Un mundo peligroso* (1994), *Maneras de perder* (1997) y el hasta ahora inédito *Fragilidades y desórdenes*.

Stradivarius Rex

Román Piña

Editorial Sloper, 2009

Marcos Badosa era un ignorante. De esa clase de ignorantes que creen que un Stradivarius es un dinosaurio. Marcos Badosa quería ganar el Premio Nobel de literatura. Ahora hace diez años que no consigue verse la cara. Esta es una novela sobre la necesidad de escapar de uno mismo y sobre la imposibilidad de ser otros... el tiempo suficiente. Con Stradivarius Rex, Piña ha conseguido intensificar su clásico cóctel de diversión y crudeza. Un auténtico despliegue de humor loco, humor negro, entretenimiento, pero también lirismo, meditación y alguna carga de profundidad. Román Piña, además de escritor, es colaborador de El Cultural y director de la revista La Bolsa de Pipas.



Concierto para luciérnagas

Antonio Moretti

Editorial Casatomada, 2009

Tomando a un concierto como base para armar esta colección de cuentos, Moretti ha planteado la conjunción de una serie de piezas que generan atmósferas en un público cautivo, donde el lector pasa de la tristeza a la alegría o la contundencia de las marchas de sentimientos encontrados. Como un gran ejecutor, Moretti guía hábilmente a las luciérnagas personales, esos entes que iluminan el devenir de los personajes indicándoles el camino en esa búsqueda íntima, donde cada lector encontrará sino su camino, una forma de verse reflejado en cada historia. Escritos con una prosa limpia, madura e intensa, el autor de *Matiz de azul* nos entrega este

segundo libro donde la escritura, el arte y el aprendizaje se mezclan para dejar en el lector la sensación de haber asistido al mejor de los encuentros: la nostalgia.

La multitud silenciosa

Francisco Ruiz

Patrañas Ediciones, 2009

La multitud silenciosa es el título de la primera novela de Francisco Ruiz, 320 páginas que ponen el foco en un personaje que ya al comienzo anuncia una inquietud: la de buscarse. Pedro M. regresa a casa «magullado de recuerdos» tras un accidente de automóvil. En primera persona, la mirada de Pedro M. muestra al lector los personajes de Arrabal, una ciudad gris donde «los pájaros se despiertan angustiados al alba». Sus habitantes, los de la taberna, de la fábrica, del matadero, de la cola de Hacienda, del supermercado... están todos inmersos en el sinsentido de una sociedad basada en la competitividad. En esa mirada cruel se atisban rastros de poesía, género sobre el que Francisco Ruiz ya planeó desde sus inicios en la Literatura. Con esa poesía que salva a Pedro M. del desastre, el autor pasea por los recovecos de una sociedad que provoca un sentimiento de vacío y de impotencia. Pero no es una novela de resignación, pues Pedro M. se embarca en una rebelión personal que se convierte en *leit motiv* de *La multitud silenciosa*, al tiempo que la infancia, el tiempo y la muerte se descubren como temas principales de la novela, por medio de la redención y el humor cínico.



La cita

Gustavo Marcelo Galliano

Editorial Aries - Instituto Cultural Latinoamericano, 2009

Gustavo Marcelo Galliano, nacido en Gödeken, en 1965, se graduó como Bachiller Universitario en Derecho por la Universidad Nacional de Rosario, desempeñando también la docencia universitaria y tareas investigativas. Su veta literaria ha convertido repentinamente a este escritor y poeta autodidacta en uno de los autores noveles más destacados y requeridos a nivel internacional. Autor de poemas y narraciones premiados a nivel internacional, ha sido halagado por la crítica como uno de los autores noveles con mayor potencial y carisma de la actualidad. *La cita* obtuvo el primer premio en género narrativa en el IV Concurso Internacional de Poesía y Narrativa Elegidos 2007, organizado por Editorial Aries y el Instituto Cultural

Latinoamericano, Junín, Buenos Aires.